
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01310862 6



OBRAS COMPLETAS

DE

DON MIGUEL ANTONIO CARO

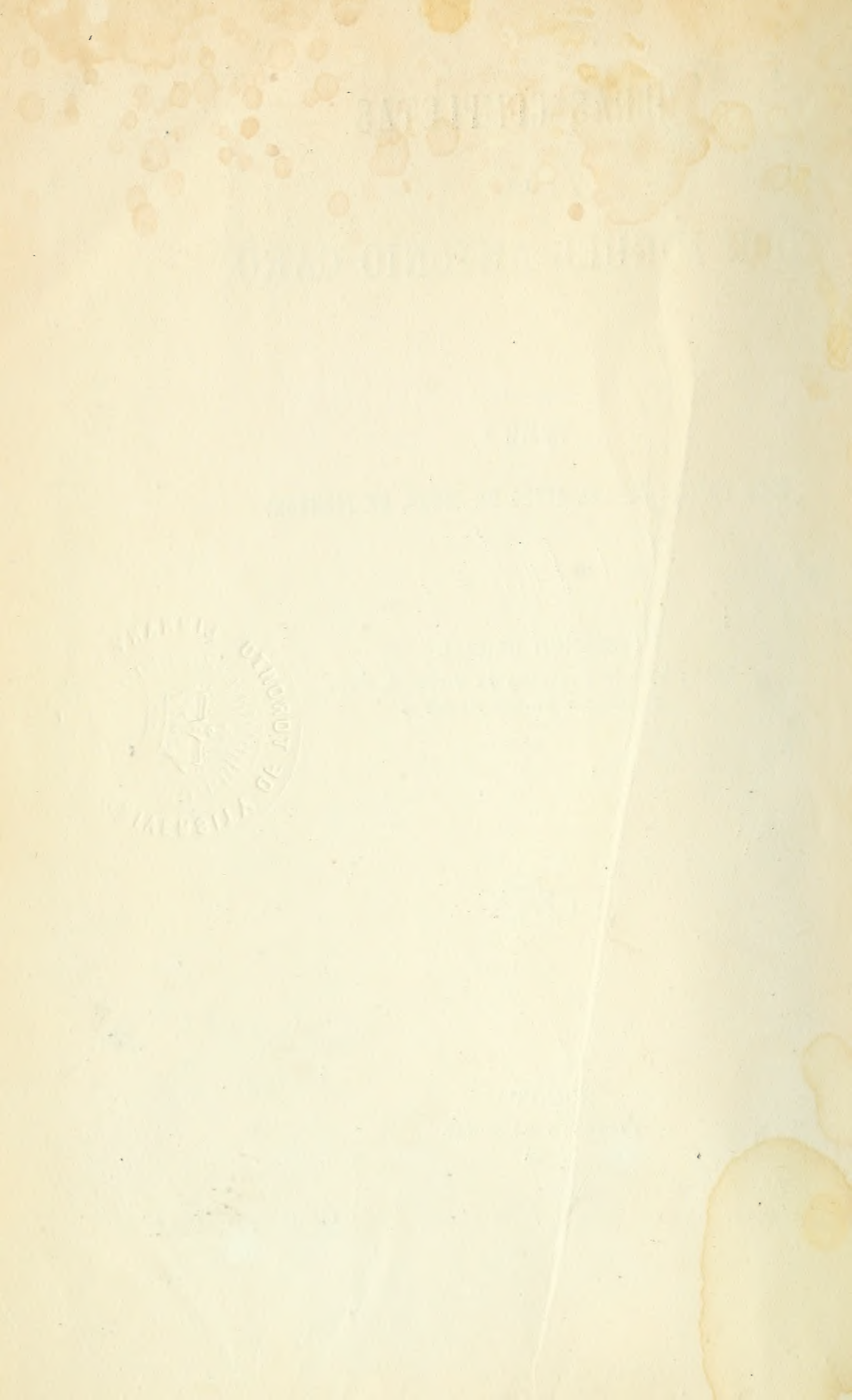
TOMO I

FLOS POETARUM—EL CINCO DE MAYO, DE MANZONI

EDICION OFICIAL
hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro
y Antonio Gómez Restrepo



BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1918





Estatua de don Miguel Antonio Caro, inaugurada en Bogotá el 10 de noviembre de 1917.

LEY NUMERO 12 DE 1911

(30 DE SEPTIEMBRE)

por la cual se honra la memoria de un colombiano ilustre.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

Artículo 1º La República honra el nombre de don Miguel Antonio Caro, hijo ilustre de Colombia, quien por sus virtudes eximias, por su abnegación y probidad, por sus talentos y saber, hizo honor a la patria y la sirvió durante largos años como maestro, como publicista y filólogo, como legislador y primer Magistrado.

Artículo 2º En el patio principal del edificio de Santo Domingo, en Bogotá, se levantará una estatua de bronce del grande hombre, con esta inscripción:

A MIGUEL ANTONIO CARO
LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

Artículo 3º Las obras de Caro se publicarán a costa del Erario Nacional, previa la autorización de su familia. La edición será ordenada y dirigida por una Comisión que designará el Ministro de Instrucción Pública, y se destinará la cuarta parte para distribuírla en las bibliotecas nacionales y extranjeras, y las otras tres cuartas partes para entregarlas a la familia de Caro, por derechos de autor.

Artículo 4º En el Presupuesto se incorporarán las partidas necesarias para dar cumplimiento a esta Ley.

Artículo 5º Un ejemplar autógrafo de esta Ley será entregado a la familia de Caro.

Dada en Bogotá a veintiocho de septiembre de mil novecientos once.

El Presidente del Senado, PEDRO ANTONIO MOLINA. El Presidente de la Cámara de Representantes, MIGUEL ABADÍA MÉNDEZ—El Secretario del Senado, *Carlos Tamayo*—El Secretario de la Cámara de Representantes, *Miguel A. Peñaredonda.*

Poder Ejecutivo—Bogotá, 30 de septiembre de 1911.

Publíquese y ejecútese.

CARLOS E. RESTREPO

El Ministro de Gobierno,

PEDRO M. CARREÑO

DISCURSO

pronunciado en la inauguración de la estatua de don Miguel Antonio Caro, por Antonio Gómez Restrepo, en nombre del Gobiero Nacional y de la Academia Colombiana.

El Gobierno Nacional, cumpliendo una ley de la República, ha levantado este hermoso palacio, para que sirva de mansión a la Academia Colombiana, y de relicario a la efigie del insigne varón que honró el nombre de Miguel Antonio Caro.

El Gobierno, no obstante las dificultades de una época azarosa, se ha esforzado por dar cima a esta obra en el menor término posible, pues el Jefe del Estado ha querido que durante su Administración se rinda este homenaje al hombre civil más ilustre que ha producido la ciudad de Bogotá, desde los tiempos de Antonio Nariño.

Aquí, donde se yergue la imponente fachada de este edificio, sirviendo de fondo al bronce glorificador, se levantaba no há mucho la modestísima casa, único patrimonio que poseyó el hombre que rigió por seis años los destinos de la Nación, y tuvo en sus manos los caudales públicos en tiempos anormales de guerra civil. Aquí, la pequeña sala que él cruzaba a grandes pasos, como león aprisionado, en épocas de voluntario encierro; aquí el jardín minúsculo, en cuyo centro lucía el busto de Virgilio, numen tutelar del poeta; aquí el cuarto de trabajo, tapizado de libros, y adonde bajaron tántas veces, ya la musa de la indignación, ya la de la severa y cristiana filosofía. Aquí resonaba la voz solemne y grave del padre y del maestro, entrecortada con francas risas, que desarrugaban el ceño olímpico del varón consular.... todo esto era ayer, y ya ha pasado a la historia; todo esto se borró de la vista, pero no de la memoria de los colombianos; y del seno de esa humildad surge hoy la presente glorificación. En este recinto, donde el silencio veló los últimos años de la vida de Caro, resuena hoy la voz de la Nación, que ensalza, no a un político, no a un Presidente, sino a un gran colombiano, a un hombre que encarnó nobilísimos rasgos de su raza, y entregó a la admiración de la posteridad un tipo de selección espiritual y de belleza moral, que puede enorgullecer a todos sus compatriotas, sin distinción de principios ni de colores políticos.

La glorificación de los hombres verdaderamente grandes une a los pueblos y armoniza a los espíritus que son capaces de comprender la gloria. El culto de la mediocridad anarquiza y empequeñece. ¡Ay de los pueblos que no tengan tipos representativos en los cuales contemplar su propia imagen, depurada de transitorios accidentes y de inevitables imperfecciones! Las razas dotadas de vitalidad concentran de vez en cuando sus fuerzas para producir figuras superiores, que rescatan la inferioridad de millares de seres anónimos, destinados al olvido. No siempre esos hombres son comprendidos durante su vida; su propia superioridad los aísla a veces, haciéndoles perder el contacto con sus contemporáneos; su madre misma, la patria que los produjo, después de recrearse en su gloria suele desconocerlos y hacer con ellos las veces de «cruel madrastra,» según la frase del poeta (1); pero cuando las pasiones se aquietan y el polvo de la lucha se aplaca al influjo del gélido rocío de la muerte, entonces la efigie surge transfigurada, convertidas en estrellas las heridas abiertas por las espinas de la corona de desengaños, y resplandeciente la túnica, con ese fulgor de nieve que ostentaban las vestiduras de los ángeles, guardadores del sepulcro y encargados de anunciar al mundo el día de la resurrección.

Caro, por sus condiciones nativas era un representante de este pueblo, en cuyo seno pasó toda su existencia; pero su carácter y su inteligencia eran de temple y de elevación tan excepcionales, que establecieron un desequilibrio entre este hombre superior y las circunstancias que lo rodearon. Su condición de humanista, hombre de Estado, le habría alcanzado laureles dignos de su frente en un país de tradiciones clásicas, donde sean espectáculo normal un Macaulay, insigne orador político y autor de los *Cantos de la antigua Roma*, y un Gladstone, jefe de partido, comentador de Homero y traductor de Horacio. Su talento generalizador, su concepto filosófico de las altas cuestiones públicas e internacionales, le habrían permitido trazar las grandes líneas de la política de una nación poderosa, y ser consejero escuchado en los gabinetes y en los congresos de las naciones; sin tener que mezclarse en las luchas de intereses y ambiciones, para la cual no estaba dispuesto. Porque él había nacido para vivir en la contemplación de las ideas puras, cuyo trato es sereno, aquietador y luminoso; pero no conocía la política práctica, arte mudable y engañoso, que requiere, en quien lo cultiva, una penetración genial para sorprender los ocultos móviles de las acciones, una grande afición al manejo de los hombres y una curiosidad no muy

(1) Ortiz, *La monja desterrada.*

distinta de la que mueve al dramaturgo y al novelista, para penetrar en el oscuro y tortuoso laberinto de las almas.

Caro era, intelectualmente, un hijo de la civilización latina, un lejano descendiente de la antigua Roma. Su genio tenía la solidez, la severidad de líneas, la grandiosidad de las construcciones romanas. Porque no sólamente el espíritu latino sigue informando nuestra civilización, sino que de vez en cuando surgen en las naciones modernas hombres a quienes hubiera venido bien la toga consular y hubieran hablado dignamente en el augusto recinto del Foro. De éstos era Caro. De aquí la elevación y rigidez de su pensamiento, la concisión majestuosa de su frase, que consagra cuando rinde un homenaje, y cuando condena, se estampa como hierro encendido. Así hablaban los antiguos romanos, cuyas sentencias, hechas para inscribirse en láminas de bronce, perduran en las páginas eternas de Tito Livio.

Había heredado también del espíritu latino, que buscó la unificación del mundo, la tendencia a la unidad, no en forma tiránica ni opresora, sino como aspiración suprema de un talento organizador y sintético. Amó la unidad de fe sin imposiciones de intolerancia; la unidad del idioma, sin estrecheces ni timideces de purismo exagerado; la unidad de la patria, dentro del fecundo desarrollo seccional. Contempló a la América, no como campo de batalla, donde combaten intereses y odios regionales, sino como una inmensa liga anfictiónica, donde pueblos hermanos, iguales en el derecho, si distintos en extensión y riqueza, preparan amplio y magnífico campo a la civilización del porvenir. Quiso ver a los colombianos todos, unidos en la aceptación voluntaria y consciente de ciertos principios constitucionales, tutelares del orden religioso y social, cooperando al servicio de la patria común, en medio de las naturales divergencias de credo político, y de organización administrativa: ideal hermoso, que no pudo ver realizado porque su Gobierno se desarrolló en época de pasiones irreductibles que desdeñaban toda inteligencia con el contrario. Era preciso que una convulsión pavorosa pusiera al país al borde del abismo, para que la sensatez empezara a reinar en las luchas políticas y se estableciese, por mutuo acuerdo, un campo neutral en el cual pudiesen todos los hombres de buena voluntad servir a la patria y colaborar en el Gobierno, sin temor a merecer el deshonroso calificativo de tránsfugas o de traidores.

El momento más luminoso de la vida política de Caro fue aquel en que, abandonando el cultivo retirado de los libros, se sentó en la curul del constituyente para tomar parte importantísima en la reorganización de la República. Los que estaban acostumbrados a ver en él, exclusivamente, al literato y al poeta, dudaron al principio de su aptitud

para las cuestiones jurídicas y constitucionales; y sólo se rindieron a la evidencia cuando Caro intervino con superioridad incontrastable en los debates y pronunció aquellos admirables discursos, que son el mejor comentario de la Constitución. Su acción fue decisiva en la redacción de ese código, que en sus líneas esenciales permanece en pie, y ha de perdurar, Dios mediante, por voluntad de los colombianos, porque no es como una pagoda oriental, cerrada a los profanos, sino como un edificio clásico, sostenido en severa columnata, que permite apreciar la armonía de sus proporciones y en cuyo recinto pueden moverse libremente todos los ciudadanos. Cuando pasó de la concepción teórica a la aplicación práctica, sufrió las decepciones y tropiezos que han encontrado todos los grandes idealistas, cuando han tenido que adaptarse al arte realista de la política; desde Marco Aurelio, el sublime pensador de los *Soliloquios*, hasta Lamartine y Castelar.

Caro fue gran pensador, gran poeta, gran orador parlamentario. Su prosa tiene la diafanidad y la sencillez de los maestros del siglo diez y ocho, pero con una energía, un hervor de vida que en ellos suele faltar. No buscó nunca la imitación arcaísta, y miró con desprecio los aportes traídos al idioma por torpes neologistas. Es uno de los pocos clásicos de la moderna literatura castellana. Rehuyó las galas retóricas y los procedimientos efectistas: su estilo es velo que deja transparentar la viril musculatura del pensamiento. Cuando la indignación mueve su pluma, su frase es ariete que derriba y pulveriza; cuando se eleva en alas de la meditación, su estilo tiene austeridad y grandeza; y un dejo melancólico propio del titán que después de vencer monstruos y ejecutar magníficas proezas, se sienta a meditar, con la frente entre las manos, recordando que también es hombre. Algunos trozos de historia que dejó escritos, revelan un narrador a la inglesa, sobrio, expresivo, inclinado a buscar la filosofía de los acontecimientos y más pragmático que pintoresco. Sus estudios de crítica literaria dan testimonio, no solamente de su erudición inmensa, sino de la intuición genial con que penetraba en lo más hondo de las obras ajenas, y después de descomponerlas con el análisis, acertaba a dar la expresión sintética del conjunto. Aun tratando temas filológicos, hallaba campo para desplegar sus alas de pensador, como en ese sabio discurso sobre *El uso en sus relaciones con el lenguaje*, cuya precisión y profundidad filosófica causaban la admiración del insigne Cuervo: y que es digno de quien se abrevó en las enseñanzas de Bello y de Littré. Como orador tenía la facultad de exponer una tesis con rigor lógico implacable, elevando a inmensa altura los debates; y al propio tiempo, la de encender los ánimos con su peroración ardiente, y abrumar a los adver-

sarios con frases que no se olvidan. En ocasiones lidió solo contra aguerridos atletas, semejante a la roca acantilada, por el poder de resistencia, por la solidez de su estructura, por la firmeza de su basamento, por la impavidez con que hace frente a la furiosa acometida de las olas. Entonces era cuando su cabeza romana de típicas prominencias frontales y coronada de negros cabellos, se iluminaba con luz superior y adquiría toda su belleza. Quienes pudieron presenciar los debate de la Constitución y las sesiones del Senado en el período crítico de 1903 a 1904, gozaron de un espectáculo que probablemente no volverá a presentarse nunca en nuestra tierra.

El talento crítico tenía tal fuerza en Caro, que lo hacía polemista irresistible, pues le permitía descubrir rápidamente el punto débil del contrario; y penetrando por allí en la fortaleza enemiga, la conmovía con el empuje de su dialéctica, triturando los argumentos para dejar a descubierto su falsedad y endeblez. Y cuando organizaba la defensa de una tesis, sabía escalonar en torno de ella series de razonamientos, enlazando el caso particular con principios generales; de tal manera que el contrario, aun cuando no estuviese convencido, no hallaba manera de replicar ni medio de desembarazarse de aquella tupida trama de pruebas y de objeciones, que lo oprimían y paralizaban sus esfuerzos.

Como Nisard y Brunetière, tenía Caro un severo gusto clásico, modificado por el estudio de las literaturas modernas. Cuando nos hace entrar en las intiminades de Virgilio y Horacio, y nos revela las condiciones características de su genio y los secretos de su arte literario; cuando vierte luz sobre la interpretación filosófica y estética del Quijote; cuando estudia las silvas de Bello y los cantos de Olmedo con tanta profundidad y delicadeza, que a sus propios autores habría sorprendido quizá la revelación de cosas que ellos apenas entrevieron en medio de la misteriosa elaboración de la obra de arte; es Caro digno representante de la alta crítica, de ese género antes desdeñado como secundario y que en los tiempos modernos ha alcanzado tan singular importancia, en manos de grandes pensadores y artistas. Los críticos verdaderos son eficaces colaboradores del genio creador, e iluminan para los profanos las abismosas profundidades de las obras maestras, poniendo de relieve sus más hondas bellezas y perfecciones como el foco potente que encendido en las entrañas de una gruta, disipa las espesas tinieblas y hace brillar las estalactitas, permitiendo apreciar en toda su belleza la mágica estancia, donde pretendían hallar guarida las aves nocturnas. Así los grandes críticos pusieron en fuga a los necios retóricos que oscurecían con sus rastreros comentarios las obras de Home-

ro, de Dante y de Shakespeare; e hicieron lucir en todo su esplendor esos monumentos del arte, inaccesibles por su misma grandeza a los ojos miopes y acostumbrados a la media luz de prosaicos censores.

La poesía fue pasión dominante de Caro, desde sus primeros años hasta los últimos días de su existencia: y la cultivó, ya como traductor insigne, ya como poeta original. Trajo a nuestra lengua, con arte admirable, preciosas flores de la poesía latina, entre otras, las elegías de Tibulo y las epístolas de Horacio. Pero su obra capital fue la traducción completa de Virgilio, trabajo ciclópeo emprendido y llevado a cabo en su primera juventud. Este es el monumento, más duradero que el bronce, elevado por el poeta bogotano a su maestro, jefe y guía. Virgilio fue el ídolo de Caro: halló en el cantor de la *Eneida*, si no esa poesía primitiva, cercana a la naturaleza, que corre fresca, viva y majestuosa en los poemas homéricos, sí el arte exquisito, que logra fundir los varios elementos de una obra vasta y complicada en una armonía suprema; e ilumina con serena luz espiritual, no sólo el conjunto, sino hasta los más humildes pormenores del poema; la delicadeza afectiva, que reemplaza la titánica grandeza de la edad heroica, con la expresión penetrante y patética de sentimientos tiernos y humanos; el ritmo, ya grave y rotundo, ya blando y dulcísimo; el plan gradioso, que arrancando de los orígenes legendarios de Roma, conduce la acción hasta la época de Augusto y abre al pensamiento perspectivas de futura inacabable grandeza. ¡Virgilio! él se alza en momento providencial de la historia, recibiendo reflejos de Homero y alumbrando, a su turno, con rayo de inspiración cuasi profética, los lejanos horizontes por donde ha de surgir, siglos después, el astro de Dante. Para medirse con su poeta, Caro se preparó largamente, ensayando sus fuerzas y acopiando todas las riquezas y preseas de la lengua y de la versificación castellanas. Su traducción se levanta con la majestad de las cosas indestructibles, en el campo de nuestra literatura; y no hay hasta hoy en nuestro idioma otra que pueda competir con ella en brío de dicción y en elegancia poética. ¡Dichoso el que, como él, logra unir su nombre al de un inmortal, según la frase célebre de Leopardi!

Como poeta original, brilló Caro en la poesía grave y meditabunda, que hace a un tiempo pensar y sentir. No tienen sus versos la sonoridad de la poesía romántica, hija de Zorrilla, pero sí un ritmo más hondo, que brota de las entrañas mismas del pensamiento. Como poeta clásico aspira a la precisión, al relieve, a la pureza de la línea; pero a veces su inspiración se expande en forma de honda, solemne sinfonía, que nos lleva lejos del mundo; como en la bella composición *La vuelta a la patria*, donde de estrofa en

estrofa vamos ascendiendo desde las bajas y oscuras regiones de la tierra hasta las claridades del ideal divino. Pero su obra maestra es la oda *A la estatua del Libertador*. Bolívar fue su héroe, como Virgilio fue su poeta. En sus paseos por su ciudad nativa, de la cual nunca salió, se detuvo muchas veces a contemplar el bronce inmortal de Tennerani, que representa al semidiós envuelto en el manto de la melancolía. Caro admiraba como nadie el canto épico de Olmedo, donde aparece Bolívar entre los esplendores de la apoteosis, y se complacía en oír el estruendo de la cuadriga de caballos inmortales que conducían al héroe a las cumbres de la gloria. Pero su genio no lo inclinaba a la oda pindárica, sino a la meditación heroica; y contemplando esa cabeza tan bella como la del Apolo de Belvedere, pero más conmovedora, porque expresa un dolor infinito, sintió las inspiraciones de la musa que consagra los supremos infortunios y convierte el martirio silencioso en apoteosis triunfal; la musa de la piedad y de la justicia, que da forma imperecedera a los oráculos de la historia y expresa el fallo sereno y reparador de la posteridad. En esas estrofas lapidarias la inspiración asciende con la majestad del vuelo del águila, que describiendo círculos inmensos se remonta a las alturas andinas. No canta al sol que deslumbra y ciega en el cenit, sino al astro rey, que en los lejanos términos del horizonte, ya próximo a morir, se ve más grande, velado por la tristeza de la hora final. Nuevamente Caro unió su destino al de un inmortal; como lo unieron Manzoni y Tennyson al de los dos guerreros que decidieron la suerte de Europa en el campo de Waterloo.

La última grande inspiración de Caro es el *Canto al Silencio*, escrito en tercetos dantescos, en que hay más pensamientos que palabras. El formidable luchador, el que tántas tempestades había desatado en torno suyo con su palabra inflamada, invoca al silencio, precursor de la calma perpetua. Los últimos años de Caro fueron de meditación recogida y silenciosa, de concentración espiritual; y cuando la desgracia lo hirió en lo más sensible, arrebatándole a su santa compañera, se dispuso a marchar en pos de ella, sordo a los reclamos de la popularidad, que volvía a golpear a sus puertas disponiéndose a otorgarle otra vez los más altos honores. Vióse entonces que debajo de la férrea coraza de aquel hombre, aparentemente estoico, latía un corazón sensible, capaz de los más vivos afectos, y que si él hubiera escrito sus confesiones íntimas, las hubiera podido encabezar, como el grande emperador romano sus *Soliloquios* (¡y con cuánta más razón que él!), dando gracias al cielo por los bienes domésticos que le había dispensado.

Grandes y múltiples fueron los talentos de Caro; pero quizá por ellos solos no habría merecido este homenaje

excepcional; porque mucho significa el genio, pero para que sea benéfico y útil a las naciones debe apoyarse en el fundamento de la virtud. Y Caro fue, no solamente poeta y crítico, orador y publicista, filósofo y jurisperito; no sólo enriqueció las letras patrias con páginas perdurables, sino que dejó ejemplos de esos que honran y enaltecen a un pueblo. No fue él uno de esos caracteres tímidos y acomodaticios, que un gran dramaturgo estigmatizó bajo el irónico título de «los hombres de bien,» que no hacen directamente el mal, pero dejan ejecutarlo sin atreverse a formular una protesta y aceptan cómodamente los hechos cumplidos. Caro no era hombre de virtud pasiva e indolente sino enérgica y activa. Siempre estuvo listo a romper lanzas en defensa de sus convicciones religiosas y políticas; pero el que combatió con vehemencia a sus adversarios fue el mismo que, poniendo el pecho al peligro, abogó por ellos en momentos críticos de la vida nacional. Nunca tuvo temor a nada ni a nadie, excepto a Dios y al testimonio de su conciencia; y en los más adversos trances ostentó la dignidad de un hijo de la República romana. Y como los héroes de ésta mostró siempre el más absoluto desinterés, contento con abrigar su pobreza en un girón del manto de la patria. No hay en sus escritos un solo rasgo que mancille la dignidad del hombre, ni que inspire ideas muelles y utilitarias. Por dondequiera dejó lecciones de fe, de constancia, de noble idealismo. No creyó lícito traficar con las cosas del alma, ni prostituír la alteza de la poesía. Amó a su patria con afecto indomable, y sufrió por ella «cuanto lengua mortal decir no pudo.» Erró a veces, como todos los hombres, pero quedando siempre a salvo la firmeza de su convicción; y en medio de los grandes desastres morales que le tocó presenciar, permaneció incólume, revistiendo en la vida la majestad que conserva en este bronce. Por eso la Patria lo saluda con respeto, y los que fuimos su amigos y seguidores nos descubrimos con emoción y con júbilo al ver instalada su efigie a modo de genio tutelar de esta ciudad que iluminó con su talento y honró con sus virtudes.

CATULO

CATULO

CARM. I. A CORNELIO NEPOTE

Quoi dono....

¿A quién este flamante libro mío,
Ya por la árida pómez alisado,
Habré de dedicar?—A ti, Cornelio;
Pues que a estas mismas bagatelas antes
Algún valor atribuír solías,
Cuando ya, entre los Italos, tú solo,
Toda en tres partes dividida, osaras
La historia desvolver de las edades.
¡Obra docta, por Jove! y arduo empeño.
Valga lo que valiere aqueste libro,
Lo que tengo te ofrezco de buen grado.
Recíbelo por tuyo—¡Excelsa musa!
Concédeme que el dón no indigno sea,
Haz tú que más de un siglo viva, y dure.

—

II. AL GORRIÓN DE LESBIA

Passer......

Gracioso pajarillo,
Delicias de mi dueño,
Quien ya contigo juega,
Ya te abriga en su seno,

O ya a tu pico ansioso
Con la yema del dedo
Halaga, o le provoca
A algún mordisco acerbo,

Mi hermosa deseäda
¿Qué trata, dime? Pienso
Que acaso en ti embebida
Mitigue oculto fuego.

¡Pudiese yo contigo
En semejantes juegos
Adormecer dolores
Que acá en el alma siento!

Pudieses de mis males
Traerme tú el remedio,
Cual fue manzana de oro
De alada ninfa premio.

¡Manzana por quien dicen
Que ella, tras largo tiempo,
Desatar vio su zona
Por mano de mancebo!

—

III. A LA MUERTE DEL GORRIÓN DE LESBIA

Lugete, o Veneres...

¡Llorad gracias, amores,
Llorad el triste caso;
Bien apuestos mancebos,
Todos venid, lloradlo!

Muriósele a mi Lesbia
Su gorrioncillo caro,
La niña de sus ojos,
Y todo su cuidado.

Garrido y halagüeño
La conocía tanto
Como mimado niño
El maternal reclamo.

Saltaba en torno de ella,
Posaba en su regazo,
Con su pïar frecuente
Su cariño mostrando.

Y ¡ay! agora camina
Por los sombríos campos
De donde a nadie, dicen,
Acá volver fue dado.

Tinieblas maldecidas
Del Aqueronte avaro,
Que os lleváis cuanto tienen
De bello los humanos.

¡Qué lindo pajarillo
Me habéis arrebatado!
¡Ay, víctima inocente!
¡Ay, enemigos hados!

Tu pérdida mi Lesbia
Lamenta sin descanso,
Y por ti sus ojuelos
Hinche continuo llanto.

IV. CONSAGRACIÓN DE UN BARCO

Phaselus ille . . .

Aquel esquife que veis amigos,
El más ligero bajel fue antes,
Tal que ninguno jamás podría
Aventajarle surcando mares,
O bien las olas el remo hiriese,
O bien las velas se desplegasen.
Que vos sus glorias diréis espera,
Playas que el Adria mugiendo bate
Cícladas islas, célebre Rodas,
Tracias comarcas inhospitales,
Luenga Propóntide, áspero Euxino,
Bosques do verde sacro follaje
Tendió, y anuncios daba silbosos,
Arbol entonces, si luégo nave.
Que vos sus glorias diréis espera,
Cítoro umbrío, póntica Amastre,
Pues él su frente en vuestras cimas
(Mansión antigua de su linaje)
Alzó a las nubes, y en las que os besan
Mojó sus ramas, ondas süaves.
Al mar lanzado después, sacóme
Salvo por medio de sus embates,
O al lado izquierdo, o al diestro diese,
O igual el viento la lona hinchase.
Antes que en este límpido lago
Finalizara largos vïajes,
Voto ninguno le ha consagrado
A las litóreas divinidades:
Voto ninguno; mas ora, ajeno
Por fin a escollos y temporales,
Ora es muy justo que, envejecido,
En apacible quietud descanse.
El a vosotros hoy se consagra,
¡Ea! benigna luz derramadle,
Astros gemelos, Cástor y Pólux,
Númenes gratos al navegante.

—

V. A LESBIA

Vivamus, mea Lesbia . . .

Vivamos, pues, y amemos, Lesbia mía.
Y las hablillas de ceñudos viejos
Un as no nos importen todas juntas.

Sepúltanse los soles, y renacen;
Nosotros, ¡ay! faltando esta luz breve,
Iremos a dormir perpetua noche.
Dame mil besos, Lesbia, y ciento luégo,
Mil besos luégo, y ciento vuélve a darme,
Y otros mil, y otros ciento; y cuando hayamos
Acumulado miles sobre miles,
Confundámoslo todo, y no haya cuenta,
Y el número fijar nosotros mismos
Jamás podamos; y espantada viendo
Montón de besos tal, calle la envidia,

—

VII. A LESBIA

Quaeris quot mihi . .

Qué número de besos
Tus labios darme deben,
Para que baste y sobre,
Saber, mi Lesbia, quieres.

Sabráslo a punto fijo,
Sabráslo como vueles
Allá a las aromosas
Llanuras de Cirene.

Y cuantas arenillas
Hay desde el templo hirviente
De Jove hasta el sepulcro
Del viejo Bato cuentes;

Como cuentes los astros
Que en la noche aparecen,
De furtivos amores
Callados confidentes.

Quizá eso baste y sóbre;
¡Mas guarte! no sospeche
El número la envidia
Y a enhechizarnos pruebe.

—

VIII. A SÍ MISMO

Miser Catulle....

¡Pobre Catulo!
No andes sin seso.
De lo perdido
Déja el recuerdo.
Días de oro
Gozaste un tiempo

Cuando del labio
Ibas suspenso
De la que amaste
Cual bajo el cielo
Mujer ninguna
Pudiera serlo;
Y sus desvíos
A tus deseos
Más dulce hacían
El vencimiento.
¡Días de oro
Gozaste un tiempo!
Ora te mira
Lesbia con ceño.
Tú no pretendas
Cazar los vientos:
Búsca el reposo,
Víve contento.
De hoy más, Catulo,
Hazte de hielo.

¡Adiós, oh Lesbia!
¡Adiós eterno!
No más esperes
Oír mis ruegos;
Ya habrás, ingrata,
De echarlos menos.
Días se te abren
Tristes y negros,
¿En quién ahora
Pondrás tu afecto?
¿Tendrás quien sea
Tu esclavo y dueño?
¿Quien venga a hurtarte
Sabrosos besos?

De hoy más Catulo
Será de hielo.

IX. A VERANIO

Verani, omnibus...

Oh, entre miles de amigos grande amigo
¡Veranio! ¿Es cierto que a tu casa, al sacro
Hogar, a tus hermanos entrañables
Has vuelto salvo, y a la madre anciana?
Cierto es, volviste ya. ¡Dichosa nueva!
Ya verte, oírte, disfrutarte puedo:

De Iberia tú, de sus diversos pueblos
Hechos referirás, costumbres, sitios,
Cual lo sabes hacer. A ti allegado,
Tu dulce boca besaré y tus ojos.
¡Oh! si puede haber dicha entre los hombres,
¿Quién hoy, cual yo, feliz se siente y goza?

XI. A FURIO Y AURELIO

Furi et Aureli...

Furio y Aurelio, de Catulo amigos,
Que por seguirme, a los remotos Indos
Fuerais alegres, donde el mar las costas
Bate sonoro;

O ya a la Hircani y a la Arabia fértil,
O al Cita, al Parto flechador; o al Nilo,
Que al Golfo entrando multifauce, vuelca
Túrbidas ondas.

O a ver el Alpe superando, erguido,
Los monumentos del potente César,
El Rin famoso, o al que aislado mora
Rudo Britano:

Sí, Aurelio y Furio, por doquier vosotros
Fuerais gozosos; mas volved, os ruego,
Fieles llevando a mi querida ingrata
Duros adioses.

Que viva y reine entre amadores ciento,
Que los fatigue en sus lascivos brazos,
Siempre inspirando, sin sentirlos nunca,
Celos y amores.

Ni a mirar vuelva si mi amor revive,
Que su perfidia la mató en mi pecho,
Como, al pasar, el campesino lirio
Troncha el arado.

XXX. A ALFENO

Alphene immemor.

¡Alfeno ingrato, falso con tus amigos íntimos;
Con el que más te amaba, sin compasión, cruel
Engañarme no dudas, traición hacerme, pérfido.
¿Qué? ¿placerá a los dioses del hombre la doblez?

Mas tú nada respetas y abandonas al mísero,
De hoy más honrados pechos ¿en quién podrán creer?
¡Ah! tú al armado lazo me impulsabas solícito,
Como a lugar seguro a deslizar el pie.

Y ya tus prendas vanas, y ya tus votos írritos
Entregas de los vientos y nubes a merced.
Te pesará algún día; tú olvidas, no los númenes,
Eternos vengadores de la violada fe.

—

XXXI. A LA PENÍNSULA DE SIRMIÓN

Peninsularum...

¡Oh tú, de cuantas islas
Y penínsulas sabe
Sacar Neptuno a flote
Doquier su imperio alcance!

¡Oh tú las más hermosa,
Oh perla de los mares!
¡Salve tranquilo albergue,
Sirmión risueña, salve!

Paréceme que sueño
Al ver que ya distantes
De Tracia y de Bitinia
Atrás los campos caen.

Paréceme que sueño
Mirando estos lugares,
La mente sin enojos,
Dejado un peso grande.

Pues a esta paz segura
¿Qué bien habrá que iguale,
Cuando después de largos
Contratiempos y afanes,

Cansado el peregrino
Torna a su propios lares,
En su anhelado lecho
Tranquilo a reclinarse?

¡Oh Sirmión, suspirado
Fin de azaroso viaje!
¡Oh playas apacibles,
La bienvenida dadme!

Y tú, lago riente,
Tus blandas ondas trae;
Acá a arrullarme vengan
Con su rumor suave.

Ecos alborozados
Doquiera se levanten,
Y del antiguo dueño
Todo la vuelta aclame.

—

XXXIV. HIMNO A DIANA

Dianae sumus. . .

Doncellas, castos jóvenes,
Cultores de Diana;
Doncellas, castos jóvenes,
Cantemos su alabanza.

Oh de Júpiter Máximo,
Latonia, prole magna,
En Delos olivífera
Nacida tú y criada.

Para que montes arduos
Ya adulta dominaras,
Verdes bosques, recónditos,
Y resonantes aguas.

A ti, Lucina, invócante
Las hembras aquejadas;
Tú, podeross Hécate,
Tú, luna en noches claras.

Tú, diosa, en breves órbitas
Mides la anual jornada;
De frutos hinches próvida
Del labrador la granja.

Cualquier sagrado título
Que recibir te plazca,
Como hasta aquí, de Rómulo
La antigua gente ampara.

—

XLV. DAFNE Y SEPTIMO (1)

Acmen Septimius....

A Dafne en sus brazos tiene
Septimio, y Dícele:—«¡Oh Dafne,
«Bien mío! si hoy no te amo,
«Si alguna vez no te amare
«Tan desesperadamente,
«Como amar no pudo nadie,
«Por los desiertos de Libia
«Solo y sin defensa vague,
«Y a un león que me devore,
«Fuerza superior me arrastre.»
Dice; y amor, que se mostrara esquivo,
Con fausto auspicio resonando aplaude.

Hacia el galán la cabeza
Ella revuelve süave.
Y sus embriagados ojos,
Besa con labios fragantes.
«¡Septimio, bien de mi vida!
«Si mi pasión es más grande,
«Más embravecido el fuego
«Que en mis tiernos huesos arde,
«Sólo a éste de hoy más sirvamos,
«Sólo a éste en nosotros mande.»
Dice; y amor, que se mostrara esquivo,
Con fausto auspicio resonando aplaude.

Con fausto auspicio iniciados
Ved los amados amantes:
Con mutuo afecto dichosos,
Septimio prefiere a Dafne
A cuantos tesoros Siria,
A cuantos Britania guarde,
Mientras Dafne de Septimio
Todas las delicias hace.
¿Qué copia más galana de amadores?
¿De Venus qué alta prez que a éstas se iguale?

---

(1) La eufonía castellana nos ha obligado a mudar *Acme* en *Dafne*.

XLVI. VUELTA DE LA PRIMAVERA

Iam ver . . .

Calor esparce
La primavera;
Del equinoccio
Los vientos cesan
Y en cambio suave
Céfiro alienta.
Los frigios campos
Y de Nicea
El clima ardiente
Catulo deja.
Por las ciudades
Del Asia bellas
Mi pensamiento
Rápido vuela,
Y ya moverse
Mi pie desea.
Dulces amigos,
¡Adiós! nos llevan
A nuestros lares
Diversas sendas.

XLIX. A CICERÓN

Dissertissime. . . .

Tú, de la romana gente
El más sabio y elocuente
En ésta, en pasadas épocas
Y en el tiempo que vendrá,

El que, como entre oradores
Llevas los sumos honores,
Lleva entre vates los ínfimos,
Gracias, Cicerón, te da.

LI. A LESBIA

Ille mihi . . .

Igual a un dios, y si posible fuese,
Aún más que a un dios se me figura; ¡ay Lesbia!
El que sentado faz a faz te mira,
Te oye riente.

En tanto que él de tus ternezas goza
Mísero yo desfallecer me siento,
Que torno a verte y en el punto mismo
Todo me falta.

Torpe la lengua se me anuda, corre
Llama secreta por mis miembros, zumban
Ya mis oídos, y pesada noche
Cubre mis ojos.

Funesto el ocio te será, Catulo,
Y tú en el ocio te solazas. ¡Guarte!
Cetros el ocio y fortunadas villas
Ha sepultado.

—

OTRA TRADUCCIÓN

Soneto.

Igual a un dios, oh Lesbia, me parece,
Más que un dios, si es posible, ese que asiento
Tiene cerca de ti, y oye tu acento
Y en tus dulces sonrisas se embebece.

Mirándote, mi seno se estremece,
Fuego sutil que me penetra siento,
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento (1),
Y el corazón opreso desfallece.

Se anuda al paladar mi lengua yerta,
Nubloso velo cubre mis miradas,
Sordo rumor en mis oídos zumba.

¡Ay que te gozas en el ocio. Alerta,
Catulo, alerta! Aún tronos y afamadas
Gentes el ocio derribó en la tumba.

—

LII. A SÍ MISMO

Quid est, Catulle....

¿Qué más aguardas ya para morirte,
Catulo, dí? Curul asiento ocupa
Nonio; para obtener el consulado
Vatinio jura en falso. Dí, Catulo,
¿Qué más aguardas ya para morirte?

—

LV. A CAMERIO

Oramus; si forte..

Díme, Camerio (y te ruego
Que la indiscreción perdones)
¿En qué escondrijos te ocultas,
En qué impenetrable noche?

---

(1) Verso de Valbuena.

Ya te he buscado en el Circo,
Por las termas y mesones,
Recorrí el Campo de Marte,
Visité el templo de Jove;

Del teatro de Pompeyo
Miré los alrededores,
Y al paso detuve a cuantas
Mujercillas te conocen.

Viendo su aire indiferente
«Ladronzuelas,» dije, «¿a dónde
Tenéis oculto a Camerio?
«¡Mal haya quien me lo robe!»

Alguna del blanco seno
Al punto el velo descoge,
Y «entre botones de rosa
«Aquí se anida,» responde.

En fin, que cazarte es ya
Obra de Hércules, no de hombres;
Con tal esquivez, amigo,
Te escabulles y te encoges.

¿Dónde habremos de encontrarte?
Dinos ya, ¡no más temores!
Aquel, cual la leche blanco,
¿Será el seno que te esconde?

Si la lengua no desatas
Perder del amor los goces
Podrás, que a Venus no placen
Taciturnos amadores.

O cerrado ten el pico,
Y conmigo no te enfosques,
Y de una gentil pareja
Ser yo el confidente logre.

¡Ah! si del gigante Talo
Tuviese los pies de bronce;
Si en volandas me llevase
Pegaso, a mi arbitrio dócil,

Si Padas la planta leve,
Perseo el ala veloce
Me diesen, Reso el empuje
De sus potros voladores;

Si cuanto hoy de fuerte y ágil,
Si los repartidos dones
De las aves y los vientos
En mí juntasen los dioses,

Ni aun así hallarte lograra,
Y desmayado, a la postre,
Conmigo en tierra daría
Bajo pesadumbre enorme.

LXII. CANTO NUPCIAL

Vesper adest....

Mancebos.

Alzaos, amigos, que asaz esperada
Lucir de la tarde la estrella se ve;
Las mesas debemos dejar suntuosas,
Presagio de instantes dulcísimos es.
El Héspero asoma, la esposa se acerca,
Y el canto se anuncia de dicha y placer.
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Doncellas.

Tiempo es, compañeras, alcémonos luégo;
Lucir de la tarde la estrella se ve,
Y ya a sus destellos los jóvenes saltan,
Con aire, mirados, de ufana altivez.
Con ellos el canto lidiar nos incumbe,
Por más que no en vano presuman vencer.
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nupcias!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Mancebos.

No fácil, amigos, la palma se ofrece
El canto consigo meditan, ¿las veis?
El canto no en vano meditan; no es letra
Fugaz, la memoria consérvalo fiel.
Nosotros, en tanto, tender el oído
Debemos, respuestas forjando a la vez.
Si a empeño estudioso la palma se otorga
Por ellas vencidos saldremos, a fe.
No importa: lidiemos, que honor lo demanda
Pensosos, ¡oh amigos, callad, atended!
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nuncias,
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Doncellas.

¡Héspero inclemente! ¿cuál astro en el cielo,
Cuál hubo, que lumbre tan lúgubre dé?
Tú arrancas del seno de madre amorosa
Que llora, y en vano reclama su bien,
La tímida virgen, la arrancas, y en brazos,
En brazos la entregas de ardiente doncel.
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las nupcias!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!
En plaza asaltada por armas sangrientas
Guerrero ensañado ¿qué más podrá hacer?
¡Oh, vén Himeneo, vén dios de las nupcias!
¡Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Mancebos.

¡Héspero benigno! ¿cuál astro en el cielo,
Cuál hubo que lumbre más plácida dé?
Unión acordada por padres y esposos,
Fanal que tú enciendes vendrá firme a hacer:
Tú sellas el pacto. ¿Cuál nunca a los hombres
Hicieron los dioses más alta merced?
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las bodas!
Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Doncellas.

Tú de nuestro gremio, tú nos arrebatas
Una compañera, ¡Héspero cruel!
Asomas, y alerta los guardas vigilan,
¡En vano! ya empujas la noche a esconder
Audaces raptores, que, nombre distinto
Tomando, seguros alumbres después.
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
Vén, dios de las nupcias, Himeneo, ven!

Mancebos.

Héspero, ¿a las falsas quejosas escuchas?
Su pecho te adora, su boca es infiel.
¡Oh, vén, Himeneo, vén dios de las bodas!
Vén, dios de las nupcias, Himeneo, vén!

Doncellas.

Mirad cuál se abre del céfiro al soplo
La flor solitaria de oculto vergel,
Que el sol vivifica, refresca el rocío,
Y nunca ultrajaron arado ni buey.
Ved cual los zagales, ved cual las zagalas
Al par la requieren; mas luégo que fue

Del tallo cortada, marchítase, y todos
Y todas con sesgo semblante la ven.
Feliz así a todos la virgen encanta,
La púdica virgen, mas deja de ser
Codicia de aquéllos, de aquéllas cuidado,
Si al yugo ha rendido la cándida sien.
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Mancebos.

Mirad ¡oh! cuán triste la vid aparece
Que en yerma campiña creció sin sostén!
Jamás se levanta, jamás dulces frutos
Crió; de la humilde raíz a nivel
Los vástagos tiende, su peso la agobia,
Y buey y viñero la ven con desdén.
Mas ¡cuán diferente si un olmo lozano
Tendiendo los ramos le ofrece dosel!
Entonces, al verla, al par en su abono
Se empeña el viñero, esfuérzase el buey.
Así la doncella que esposo no halla,
Tristísima espera la helada vejez;
Si, empero, en buen hora sus vínculos fija,
Un padre descansa, la adora un doncel,
¡Oh, vén Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

Coro.

Mas, ¡ah! no pretendas, ¡oh cándida virgen!
Negar a las ansias del joven a quien
Te llevan tus padres, el dulce tesoro,
Que no todo es tuyo, las partes son tres:
Cedió ya tu padre, cedió sus derechos
Tu madre, los tuyos otorga también;
Corona esperanzas de padres y esposos,
¡Oh, virgen, y todos felices seréis!
¡Oh, vén, Himeneo, vén, dios de las bodas!
¡Vén, dios de las bodas, Himeneo, vén!

—

LXIV. LAMENTOS DE ARIADNA (124—201)

Aut ut eam tristi......

Fama es que la infelice como loca,
Del fondo de su pecho enardecido
Gritos lanzaba de dolor agudos;
Y ya trepaba por las agrias breñas

Para poder desde elevada cumbre
Sobre el lejano mar tender la vista;
Ya, arregazada la ligera veste,
Iba al encuentro de las crespas ondas,
Y con húmedo rostro entre sollozos
Helados el postrer lamento exhala:

«¿Y así pudiste, ¡pérfido! arrancarme
«Al caro seno de los patrios lares
«Para después dejarme
«Sola y cautiva en los desiertos mares?

«¿Y así a los justos dioses despreciando
«Tus promesas al aire ufano entregas,
«Y del perjurio infando
«Haciendo alarde, hacia tu hogar navegas?

«¿Y nada pudo del horrible intento
«Moverte? ¿Y en tu pecho de diamante
«No cupo sentimiento
«De compasión por tu infelice amante?

«¡Cuán otros tu promesa y mi deseo
«Fueron memorias de fugaces días!
«La pompa de Himeneo,
«Y amor, eterno amor me prometías.

«¡Oh crédulas mujeres! los acentos
«Del hombre no escuchéis si queréis vida:
«Pródigo en juramentos
«Sacia su ardor, y el juramento olvida.

«¡Traidor! del lazo de la muerte fiera
«Yo te salvé con industriosa mano,
«Yo dejé que gimiera
«La sombra airada del perdido hermano.

«Y en premio de los bienes que te hice,
«¡Abandonada moriré, y mis restos
«Ay víctima infelice!
«A bestias y aves quedarán expuestos.

«Ni quien me ampare de ellas en mi muerte
«Habrá; cadáver yaceré desnudo.
«Cuál tigre en sí tenerte,
«O en qué caverna alimentarte pudo?

«¿Qué Scila, qué Caribdis maldecida,
«Qué sirte hirviente te abortó entre espumas,
«A ti que a quien tu vida
«Salvó, con todo tu poder abrumas?

«¿Porqué, si de himeneo te apartaba
«De anciano padre prohibición severa,
«No me llevaste esclava,
«Que con ser tuya venturosa fuera?

«Yo misma con mis manos lavaría
«Tus blancos pies en linfa transparente;
«Yo misma cubriría
«Tu rico lecho en púrpura fulgente.

«¡Oh inútil afanar del pecho mío!
«¿A dónde van mis trémulos acentos?
«¿A dó mi desvarío?
«Ni oír ni responder pueden los vientos.

«Y ya lejos, muy lejos, la engañosa
«Nave las olas sosegadas hende;
«Torno a mirar, la algosa
«Playa vacía en derredor se extiende.

«No encontrará mi voz un eco amigo;
«Ríese de mi bárbaro tormento
«La suerte, y sin testigo
Mi queja exhalo y mi postrer lamento.

«¡Omnipotente Júpiter! ¡pluguiese
«Que ática nave en malhadado día
«Jamás tocado hubiese
«En los confines de la patria mía!

«Que nunca hubiese en Creta penetrado
«Ese odioso, ese pérfido extranjero
«¡Con el tributo usado
«Del laberinto al habitante fiero!

«Que nunca a Ariadna, huésped ominoso
«Fuera a implorar y fementido amante,
«Su corazón doloso
«Velando con las gracias del semblante!

«¿Y a dónde he de mirar? ¿será que haya
«Alivio a tánto mal? ¿Volver al mundo?
«¿A la Cretense playa? –
«Interpónese el piélago iracundo.

«¿Será que un padre amante me dispense
«Auxilio? Yo le abandoné ya anciano,
«Siguiendo a ese ateniense,
«Empapado en la sangre de mi hermano.

«¿O podré en el amor de un fiel esposo
«Esperanza buscar, hallar consuelo?

«Creyó el remo moroso
«Para dejarme en soledad y duelo.

«Ningún abrigo, habitación ninguna,
«Sola la playa abandonada y triste,
«Y lä onda importuna
«Con que agitado el piélago me embiste.

«Fuga, esperanza, todo me es negado,
«No hay quien se duela de mi acerba suerte;
«Todo mudo, y aislado,
«Y doquiera la imagen de la muerte.

«Mas no se aleje esta ánima doliente,
«No se cierren mis ojos a la vida,
«Sin que un grito vehemente
«Clame a los dioses y justicia pida.

«De mi existencia en las postreras horas
«Moveré a compasión a las deidades.
«Oh furias vengadoras
«Que castigáis del hombre las maldades!

«Vosotras, a cuyo hombro turbulenta
«La madeja de sierpes se derrama,
«Y en cuyo rostro alienta
«Con siniestro fulgor interna llama!

«Vosotras escuchad el gran gemido
«Que en su justo furor y amor burlado,
«En soledad y olvido
Lanza mi corazón desesperado:

«Que el abandono y duelo congojoso
«En que hoy sumida, ¡ay mísera! me veo
«Con su linaje odioso
«Sufra por siempre el impostor Teseo!»

—

LXV. A HÓRTALO

Essi me assiduo.....

Víctima débil de dolores graves,
Hórtalo, niega los presentes días
Al coro de las vírgenes suäves,

Y en el rudo vaivén de olas impías
Que me envuelven, no logra mi deseo
Concertar las usadas armonías.

¡Ay! cada instante ante mis ojos veo
La imagen triste del hermano mío
Que en las calladas aguas del Leteo

Baña el pie exangüe, y duerme el sueño frío
De la muerte en remoto y hondo lecho,
Allá de Troya en el confín sombrío.

¡Ay, alma mía! ¿y al paterno techo
No has de venir ya nunca, ni tu blando
Acento escucharé, ni contra el pecho

Te volveré a estrechar? Pero llorando
Te amaré siempre, y tu temprana muerte
Siempre estaré en mis versos lamentando,

Sin que más triste a querellarse acierte
Procne, de un olmo entre el ramaje umbrío,
A Itis llorando y su infelice suerte.

Empero, en tánto duelo, Hórtalo mío,
Los versos que labró el hijo de Bato
Y en tu obsequio tradujo, allá te envío,

No pienses ya que de tu dulce trato
El recuerdo se aparta de mi mente
Y tu encargo a los vientos doy ingrato,

Bien cual la virgen que si incautamente
De su veste en los pliegues escondiera
El dón furtivo de amador ardiente,

Si ve entar a su madre, a quien no espera,
Se alza azorada: rápida la poma
Huye, y la llama del pudor ligera
En su mejilla a su despecho asoma.

—

LXX. INCONSTANCIA DE LA MUJER

Nulli se dicit....

Hoy la mujer que adoro así me dice:
«Sólo a tu lado yo vivir anhelo;
«Sin ti fuera infelice
«De Júpiter consorte allá en el cielo.»

Mas ¡ay! de la mujer el juramento,
El juramento que hace a quien la adora,
En las alas del viento
Escrito está, y en onda bullidora.

—

LXXII. A LESBIA

Dicebas quondam ....

Lesbia en felices días
Amarme prometías,
A mí exclusivamente,
Y que a Jove potente
Por mí despreciarías.

Yo entonces fui tu amante;
Amábate, no obstante,
No como a hermosa dama,
Mas como el padre ama
Al inocente infante.

¡Hoy conozco quién eres!
Hoy que crüel me hieres,
Todavía të amo,
Aunque mujer te llamo
Vil entre las mujeres.

¡Que portes tan ajenos
De lealtad son buenos
A hacer a los amantes
Amar mucho más que antes
Y *querer* mucho menos!

—

LXXIII. A UN INGRATO

Derine de quoquam....

No habrá, aunque todo lo des
Quien agradezca tus dones;
En todos los corazones
La ingratitud reinar ves.

Hacer beneficio es
Inútil. ¿Inútil digo?
¡Fuente de males!—Conmigo
Nadie se encarniza así
Como ese de quien yo fui
El solo y único amigo.

—

LXXV. A LESBIA

Nulla potest mulier....

Jamás mujer ninguna
Tánto ni en tal manera
Fue amada, cuánto y cómo
Te amó Catulo, ¡oh Lesbia!

Jamás hombre ninguno
Hubo ni habrá que sepa,
Tanto cual yo a las mías,
Ser fiel a sus promesas.

Y ahora a tal extremo
Me arrastran tus ofensas,
A extremo tal mi propia
Constante fe me lleva,

Que no, si arrepentida,
Que yo a estimarte vuelva
Harás, ni que de amarte
Deje, aunque más desciendas.

—

LXXVI, A SÍ MISMO

Si quæ recordanti

Si volviendo a mirar la edad vivida,
Remembrando los años que han pasado,
Grato es ver que fue pura nuestra vida,

Que no hemos nunca el juramento hollado,
Que nunca pudo haber quien se quejase
De haber nosotros a la fe faltado,

En fuente de consuelo tornaráse,
Catulo, aqueste amor, cuando tu mente,
Andando el tiempo, en calma lo repase;

Pues cuanto bien el hombre juntamente
Puede hacer y decir, tanto fue hecho
Por ti, y dicho, en favor de la inclemente

Que esas memorias borra de su pecho
Cual vano sueño. ¡Oh ciego desatino!
¿A qué afligirte sin ningún provecho?

¿Cuándo será que del fatal camino
Salgas, y alcances con valor la palma,
Venciendo los rigores del destino?

¡Ay! ¡Es difícil arrancar del alma
Amor de largo tiempo en sólo un día!
Sólo así, empero, la anhelada calma

Conseguirás. de salvación la vía
Unica es ésta; no te arredre nada,
Y difícil o nó, lúcha, porfía!

Dioses, si el infortunio os apïada,
Si a alguno de la muerte en la agonía
Salvó vuestro favor, una mirada

Volved, escudriñad la vida mía,
Y, si la hallareis de maldad exenta,
Libradme de este mal que noche y día,

Calando hasta los huesos, me atormenta,
Fiebre que toda paz, todo recreo
Ya de mi pecho para siempre ahuyenta!

No pido, nó, lo que imposible veo,
Que deponga la ingrata su inclemencia
Y a serme fiel convierta su deseo,

Mas que, al fin, de esta mísera dolencia
Libre quede, a mi paz restituído.
Dioses, si algo os merece la inocencia,
Fáciles dad lo que gimiendo pido!

—

LXXXIII. A QUINTIO

Quinti, si tibi vis.

Quieres que por ti, Catulo
De la lumbre del sol goce;
Y, si hay algo que, viviendo,
Muy más que el vivir le importe,

¿Quieres, Quintio, eso te deba?
Pues no la lumbre me robes
Del sol, no aquello que vale
Más que todo: mis amores.

—

LXXXVI. DE SU AMOR

Odi et amo.

Amo a un tiempo y aborrezco.
—¿Cómo ser puede?—No sé;
Pero en mí lo siento, a fe;
Yo esa tortura padezco.

—

LXXXVII. QUINTIA Y LESBIA

Quintia formosa est.

Hermosa parece a muchos
Quintia. Yo digo que es blanca,
Que es alta Quintia y esbelta,
Y no he de ponerle tacha.

Mas si otros a ese conjunto
Mujer hermosa le llaman,
No yo, que en cuerpo tan grande
No encuentro pizca de gracia.

Lesbia, demás de que es bella,
Por partes examinada,
Todas las gracias de todas
Sola reúne, y encanta!

—

XCII. DE LESBIA

Lesbia mi dicit.

Digo que Lesbia me ama
Porque de continuo clama
Contra mí,
¿Me preguntáis porqué así?
—Porque hablo contra esa dama
También yo,
Mas si el labio dice *nó.*
El corazón dice *sí.*

—

XCIII. CONTRA CÉSAR

Nil nimium studeo.

En poco, César, tendré
Ser para ti o no ser grato,
Ni de averiguar ya trato
Si eres blanco, o negro, o qué.

—

XCVI. A CALVO, SOBRE LA MUERTE DE QUINTILIA

Si quidquam mu tis......

Si llevar puede, Calvo, algún consuelo
A las calladas tumbas nuestro duelo,
Aquel pesar que adentro persevera
Cuando viejos amores renovamos

Y perdidas lloramos
Las amistades de la edad primera,
No a tu Quintilla, no tan dolorosa
Será, amigo, su muerte prematura,
Cuanto llorada esposa,
Se gozará en tu amor que firme dura.

—

CI. AL SEPULCRO DE SU HERMANO

Multas per gentes.....

Por regiones y mares espaciosas
He venido a este límite lejano,
Donde por siempre en soledad reposas,

Para rendir a tu sepulcro, hermano,
Los últimos obsequios y contigo
Muda ceniza, lamentarme en vano,

Ya que así el hado se ensañó conmigo,
Robándote allá lejos la impia muerte
En medio de los años sin testigo.

De nuestros padres en mi acerba suerte
Siguiendo el rito venerable y santo,
Vengo fúnebres dones a ofrecerte.

Acéptalos, te ruego, y este llanto
Que ora sobre ellos de mis ojos rueda,
Grato sea a tus manes. Entretanto
Adiós, hermano, adiós por siempre queda.

—

CVII. A LESBIA

Si quioquam cupido....

Si llega de repente
A quien ya nada espera
Lo que anheló ferviente,
¡Oh! dicha es eso, dicha verdadera.

Rotos creí estos lazos,
Perdido mi tesoro
Y súbito a mis brazos
Vuelve ¡qué gloria! la mujer que adoro.

Cuando ya fallecía,
Cuando menos lo espero,
Vuelves, Lesbia. Oh gran día,
Que yo con blanca piedra notar quiero!

¿Quién habrá pronunciado
Más grata bienvenida?
¿Quién se verá obligado
A amar tánto cual yo la dulce vida?

—

CIX. A LESBIA

Iucundum, mea vita.....

Me propones vida mía,
Que antiguos lazos se anuden,
Que mutuo amor nos cautive
Y amor que jamás se mude.

Haced, dioses, que su labio
Esta vez verdad me anuncie,
Que del fondo de su pecho
Vengan promesas tan dulces!

Bendecid el juramento,
Misericordiosos Númenes,
Y hasta el último suspiro
Este santo afecto dure (1).

— — —

(1) Verso de Valbuena.

LUCRECIO

LUCRETII CARI

e poemate de *Rerum Natura* excerpta.

Initium libri primi: (A versu 1 ad 102).

INVOCACIÓN Y EXPOSICIÓN

Æneadum genitrix.

¡Madre de los romanos, de los hombres
Delicia y de los dioses, alma Venus!
¡Tú que presente a cuanto el sol otea,
En los campos del Ponto navegables
Y en el seno frugífero resides
De las tendidas tierras! Los vivientes
Tú reproduces, y a la vida nacen
Que tú dispensas. A tu vista ¡oh diosa!
Huyen las nubes y los vientos cesan.
La tierra de sus flores el tesoro
Prodiga, ríen los dormidos mares,
Ábrese el cielo y resplandece el día!

Al empezar la primavera hermosa,
Vida derrama con aliento blando
Céfiro en la floresta. De tu numen
Las voladoras avecillas llenas
Triscando van, y tu venida anuncian.
Las fieras, los rebaños por tu influjo
Amando vagan y gozando, ¡oh diosa!;
Vallados burlan, ríos atraviesan,
Y van allí donde el placer los llama.
Tú en medio de las aguas, en los montes,
So el techo de los pájaros frondoso
Y por campos y valles, a los seres
Plácido amor inspiras, y el deseo
Insinúas, haciendo que la vida
Lleguen doquier en sucesión constante.

¡Si de naturaleza, omnipotente
Reina eres pues; si cuanto bello existe
De ti su esencia recibió; si nada
A las regiones de la luz se eleva
Sino por ti, tu protección imploro!
Dame favor; que declarar intento
La ley arcana de las cosas todas

A Memnio a quien de ingenio esclarecido
Fácil ornaste y de virtudes tantas;
Por eso el verso majestad requiere.
Mas primero a la mar y a las naciones
La paz envía y de homicidas armas
Calle el rumor. Tú sola poderosa
Eres a tanto; que el sangriento Marte
De amor a veces la profunda herida
Siente en el corazón, y, encadenado,
En tu regazo yace deleitoso.
¡Que es verle, el cuello lánguido, en los tuyos
Fijos sus ojos, y arrobada el alma!
Así en tu seno reclinado, en torno
Cíñele tú con amoroso lazo,
Y de tu dulce labio blandos ruegos
Deja caer, porque permita a Roma
Que al fin en brazos de la paz descanse.
Pues no el poeta entre el tumulto horrible
De agitaciones populares, puede
Libre cantar, ni el generoso amigo
Oír su voz, cuando a las puertas santo
Deber le llama a defender la patria!

Tú, si es dable, a cuidados enojosos
Las horas hurta y fáciles oídos,
Memnio, a la voz de la verdad convierte,
Ni esta que ahora con atenta y larga
Labor expongo, y cual humilde obsequio.
Arcana ciencia, te presento, sea
Desdeñada por ti, no comprendida.
Del cielo, de la esencia de los diosos
Debo primero hablar, y de los seres
La razon expondré: De la Natura
Exploraré la fuerza creadora;
Cómo conserva lo que enjendra; en dónde
Lo que disuelve deposita; cómo
Y en qué lo cambia: aquello que *materia*,
Generativos cuerpos (explicando
El universo) y *gérmenes* nosotros
Denominar solemos, y *principios*,
Porque lo son de cuanto alienta y vive.

Como en la tierra vegetase el hombre
Por la superstición anonadado
Que del cielo sacando la cabeza
Con fiero aspecto amenazaba al mundo,
Osó el primero los mortales ojos
Del fango un Griego levantar y noble
Resistencia oponer. Y no el temible
Alto honor de los númenes, no el rayo

Ni envuelto el cielo en hórrido estampido,
Le arredraron: estímulos le fueron
Para que pronto las ferradas puertas
De la naturaleza franquease.

Venció su grande espíritu, y salvando
Los límites del mundo llamëantes,
Lanzóse con osado pensamiento
En el espacio. Vencedor retorna,
Y lo posible y lo imposible enseña,
Y las barreras que los seres tienen
A su poder impuestas. Quebrantada
Así quedó Superstición, del grande
Vencedor a los pies: con la victoria
Nos remontamos al igual de dioses.

Temo que acaso receloso escuches
Mi voz y te imagines que te inicio
En doctrinas impías, y en la senda
Del crimen pruebo a introducirte. Olvidas
De iniquidades cuántas causadora
Fue la crüel Superstición? Por ella
La flor de los guerreros, los caudillos
Más célebres de Grecia, con la sangre
De Ifigenia inocente mancillaron
En Aúlide las aras de Dïana.
Ella en redor las virginales sienes
Con la venda de víctima ceñidas,
Como sintiese al afligido padre
Presente ante el altar, y a los verdugos
Por su causa envainando los aceros,
Y el llanto oyese de piadosa turba,
Muda de horror se derribó de hinojos,
Ay! sin que fuese parte a redimirla
El haber dado (en ominoso instante)
Al duro rey de padre el dulce nombre!
Que por hombres llevada, temblorosa,
Fue al altar conducida; y no (cual pudo;
Que era en la flor de sus alegres días)
Para que, el rito celebrado, hubiese
De oír en torno nupcïales cantos;
Mas porque en su risueña primavera,
Casta doncella en sacrificio impuro,
Los pies en sangre al genitor tiñese;
Para que hubiese favorables vientos
La armada griega .. ¡Iniquidad tamaña,
Fiera Superstición, aconsejaste!

ELOGIO DE LA SABIDURÍA

Initium libri secundi (a v. 1 ad 60).

Suave mari magno.

Grato es mirar desde segura playa
Cuando levanta el piélago las olas,
De los que bogan el afán prolijo;
No porque puedan los ajenos males
Sernos placer, mas porque al fin en ellos
Que de ellos carecemos, contemplamos.
Grato también, si exentos de peligro,
Las haces observar que la campaña
Tendida ocupan y combate empeñan.
Nada es empero al corazón tan dulce
Como habitar el elevado, inmoble
Templo que fabricó Sabiduría,
Desde el cual a los hombres por la baja
Tierra es dado mirar vagar perdidos
Miles caminos al vivir buscando;
Ora en ingenio compitiendo, y ora
En nobleza de estirpe: sin reposo
Cómo los días y las noches pasan,
Y cómo todos levantarse ansían,
Poder, riqueza arrebatar y honores.
Cuántas sombras y afán! Qué mal se vive!
Cuán mísera es de suyo aquesta vida!
Oh de los hombres pensamientos vanos!
Oh viejos corazones que no alcanzan
A comprender lo que natura exige:
La paz del alma y la salud del cuerpo!

Por lo que al cuerpo mira, se requiere
Poco, a mi juicio; adquirirás con poco
Delicias muchas: ni natura a veces
Indica lo mejor. no si de estatuas
De oro que niños semejando, tengan
Fúlgidas hachas en la diestra inmóvil
El nocturno festín iluminando
Llenaras tu mansión: no si artesones
Hubieras de marfil y de süaves
Cítaras por las bóvedas contino
Retumbara el concierto armonïoso,
Así fueras feliz, cual si a la sombra
De árbol parrado sobre verde grama
Te reclinares entre amigas gentes,
Do al són de despeñados arroyuelos
Las horas pases de sereno día.
Muy más cuando la dulce primavera
Placeres siembra derramando flores.

Ni, aquejado de fiebre devorante,
Más pronto sanará si entre purpúreas
Vestes yacieres que si en pobre lecho.

Si oro, gloria, nobleza, poderío
Al cuerpo son inútiles, el alma
Aun menos de ello se aprovecha.... salvo
Que el ver en la llanura tus legiones
Llenas de ardor, o por la mar ondosa
Tus naves ir y simular batalla,
La imagen de la muerte y del averno
Disipe de tu pecho y tu conciencia
Tranquila deje y de temor segura.
Pero si en eso en realidad hallamos
Vanidad y miseria; si la cuita
Veladora del bélico tumulto
Ni de las armas huye ni respeta
La púrpura y el oro, mas osada
Entre los reyes y caudillos mora,
Hasme de confesar que entre los hombres
El mal abunda porque juicio falta.

Bien cual infantes que de noche tiemblan
De todo sin motivo, así nosotros
En medio de la luz, y por ventura
Más ridículas son nuestras ficciones
Que las que ellos se forjan. No los rayos
Menester hemos de fulgente día
Sino los de Razón y de Natura,
Unica luz para tinieblas tales:
¡Oh, brillen luégo y el error disipen!

—

INITIUM LIBRI QUARTI (1-25)

Que en la enseñanza debe mezclarse la utilidad al placer.

«*Avia Pieridum.*»

Yo la región del Pindo visitando
Sitios recorro por humana planta
No antes hollados: en intactas fuentes
Beber me place, y las que el suelo virgen
Brota, recojo, peregrinas flores,
Corona preparándome que nunca
Otra igual las Pïérides tejieron.
Grande y nuevo el sujeto de mi canto
Es; las que vil superstición labrara
Férreas cadenas destrozar confío

Mas no basta lo grande del sujeto;
Que las materias explicando oscuras
Es menester en luminoso estilo
Menudëar poéticos primores.
Ni ejemplos faltan: médico prudente
No a enfermo niño da bebida amarga
Sin que primero de la copa el borde
Con miel süave dore; éste la apura
Con el engaño la salud bebiendo.
No de otra suerte yo, que asunto trato
Cuyo placer y utilidad no alcanza
Quien no le profundice, y que se antoja
Enfadoso al común de los lectores
En versos exponértele procuro
Amenos, endulzándole (digamos)
Con poética miel, para que atento
Y seducido así, ésta que explico
De la Naturaleza de las Cosas
Sana doctrina, sin sentirlos acojas.

—

v. 223–239.

Cual náfrago piloto a quien arrojan
Oscuras ondas a la playa, el hombre
Tras ajenos dolores, a la vida
Débil, desnudo y asustado nace,
Sin poderse valer, y solo acierta
A llorar y gemir, cual si delante
Mar de infortunios dilatarse viera.

———

TIBULO

TIBULO

LIBRO I

Elegía I

Otro allegue riquezas en montones
De oro esplendente, y gócese en ser dueño
De fértiles y vastas posesiones:

De enemigo cercano el torvo ceño
Azórale entretanto, y el sonido
De trompeta marcial le roba el sueño.

Vivir quiero alejado y sin rüido,
Sin penoso afanar mientras mediano
Fuego en mi pobre hogar viere encendido.

Pondré, en hábito y artes aldëano,
Las tiernas vides cuando el tiempo llegue,
Y árboles plantaré con fácil mano.

Ni el fruto cierto la Esperanza niegue,
Antes la troje, en premio a mis labores,
Venga a henchir, y el lagar en mosto anegue.

Pues yo a numen agreste rindo honores,
O en tronco solitario a mí se ostente,
O en vetusto pilar ornado en flores.

Y de los frutos el primer presente
A consagrar a las deidades llego
Que siempre honró la agricultora gente.

Con las espigas que en mi campo siego,
Rubia Ceres! corona se entreteje
Que iré a colgar ante tus atrios luégo.

Prïapo enrojecido, tú protege
El pomífero huerto, con tremenda
Guadaña que los pájaros aleje.

Custodios antes de abundosa hacienda.
Y ahora de mi casa pobrecica,
Oh lares fieles! acoged mi ofrenda.

No ya innúmeras reses purifica
Una novilla;—por redil mermado
Séaos tierna cordera oblación rica;

Caiga! y en torno del altar sagrado
La gente moza en gritos de alegría
«Mies llena» os pida «y vino regalado.»

Yo, que en esta apacible medianía
Con poco me contento y libre vivo,
No he de lanzarme a dilatada vía;

Antes la llama abrasadora esquivo
De Sirio, bajo umbrífera enramada,
Orillas de arroyuelo fugitivo.

Ni tengo a menos manejar la azada
O a la reja tal vez el cuerpo inclino,
Y sigo al tardo buey con la aguijada.

Si tímida ovejuela pierde el tino,
Si al cabrito olvidó la madre acaso,
En brazos yo los volveré al camino.

Oh ladrones! oh lobos! no en escaso
Ganadillo os cebéis; no a pegujales,
A grey colmada encaminad el paso.

Cada año de mi campo y mis zagales
Renovando las sacras lustraciones
Rociaré en leche a la benigna Pales.

Dioses! no desdeñéis mis libaciones,
Copa limpia, aunque frágil y sencilla,
Y de mesa frugal humildes dones.

Vasos formados de obediente arcilla
Usaron siempre aquellos hombres buenos
Que en otra edad vivieron sin mancilla.

No el caudal de mis padres echo menos,
Ni anhelo insano recordar me hace
Hórreos de bastimento siempre llenos.

Dormir en lecho rústico me place,
Si basta a mi ambición pobre cosecha,
Pobre albergue a mis gustos satisface.

Grato es sentir la tempestad deshecha
Mientras al seno que de amor palpita
El dulce objeto del amor se estrecha.

Grata al sueño los párpados invita
Gélida lluvia que de noche al suelo
Con el austro invernal se precipita.

Este simple vivir me guarde el cielo,
Y en buen hora a buscar tesoros vaya
Quien la mar y las brumas ve sin duelo.

Cuanto haya de oro y de esmeraldas haya
Piérdase, y yo de mi beldad los ojos
No enturbie, ausente en ignorada playa!

Tú, Mesala, con bélicos arrojos
Invade tierra y mar, deja cubierta
Tu morada de bárbaros despojos.

Yo aquí aherrojado quedo, aquí yo alerta,
Cautivo de una hermosa, de su estanza
Apostado guardián velo a la puerta.

No busco de los hombres la alabanza,
Oh Delia! viva yo en tu compañía
Y otros me culpen de inacción y holganza.

Séame dado en el postrero día
A ti volver los ojos, retenerte
A ti, con mano desmayada y fría.

Ese consuelo llevaré en mi muerte;
Llorando allí sobre el funéreo lecho
Tus ósculos darás al cuerpo inerte.

Oh, sí, me llorarás! que no está hecho
Tu corazón de rígido diamante,
Ni es de bronce el sagrado de tu pecho.

Y de ese funeral qué mozo amante,
Volverá, qué doncella a su morada
Sin que lágrimas traiga en el semblante?

Mas ruégote no aflijas desolada
A mis manes; perdóna tu profusa
Melena y tu mejilla delicada.

Hoy, pues no el cielo su favor rehusa,
Amemos! ya vendrá la Muerte incierta
Su faz cercando oscuridad confusa.

Ya vendrá la Vejez, triste y desierta,
Y con greña canosa y mustia frente
Mal el blando requiebro se concierta.

Dése a juegos de amor el mozo ardiente
Que de abrir puertas con violenta mano
Y de mover querellas no se afrente.

Aquí caudillo soy y veterano;—
Mas vosotros, clarines y pendones,
Proscritos íd a término lejano!

Laurel sangriento, ricos galardones
Llevad allá—Mi condición prefiero;
Ceñido a mis guardadas posesiones,
Yo ni miseria ni opulencia quiero.

—

Elegía II

Otra copa servid! Nuevos cuidados
Quiero con vino mitigar, que luégo
Cierre mis ojos, de velar cansados.

Y si da Baco a mi dolor sosiego,
En olvido la mente sepultada,
Que nadie venga a despertarme, os ruego.

Ay, un argos crüel guarda a mi amada,
Y su puerta el acceso no consiente,
Con cerrojo firmísimo ajustada.

Oh puerta, sorda a mi anhelar ferviente!
La lluvia te deshaga, te convierta
Jove en cenizas con su rayo ardiente!

Ten de mí compasión! ábrete, puerta!
Véate yo, pues temo tu crujido,
Para mí solo y en silencio abierta!

Si antes pude, y no estaba enloquecido,
Lanzar imprecación que no mereces,
Que contra mí se vuelva, al cielo pido.

Más bien, más bien recuérda cuántas veces
Vestida te dejé de blanda rosa
Y a ti llevé mis lágrimas y preces!

Delia! engañar a tus guardianes osa;
Animo! a quien de nada se intimida
Ayudó siempre Venus poderosa.

Ella al mancebo enseña la escondida
Senda; ella enseña la secreta llave
A la dama que aguarda su venida;

Ella del lecho a descender süave
A hurtadillas; por ella sin rüido
La planta leve deslizarse sabe,

Y crúzanse, por ella, ante el marido
Disimulado gesto, seña aguda,
Que el lenguaje recatan convenido.

Mas no a todos adiestra así y escuda;
Sólo al que en pie está listo, y sin que espanto
Las tinieblas le den, marchar no duda.

No la asechanza temeré, por tanto,
Ni de artero ladrón, ni de asesino,
Que Venus me protege con su manto.

Amantes fieles, por cualquier camino
Andar podéis sin recelar de nada;
Seguros vais con el favor divino.

No la lluviosa noche dilatada,
No helado cierzo a detenerme es parte;
Qué importa? a darme va mi Delia entrada,

Yo iréme al ruido de sus dedos. Guarte
Quienquiera que aparezcas! no consiente
Sus misterios la diosa en confïarte.

No el rumor de tus pasos me amedrente,
No preguntes quién soy, deslumbradora
Antorcha no aproximes a mi frente.

Si alguno, empero, vídome en mal hora,
Jure por todo el cielo soberano
Que nada ha visto y lo que ocurre ignora.

Si a venderme llegase audaz profano,
A Venus en su sangre probaría
Nacida de la sangre de Océano,

Ni fe el marido mismo le daría;
Que una adivina con solemne acento
Así me lo promete, así lo fía.

Los astros descender del firmamento
Yo he visto a su conjuro; he visto el río
Volver atrás con raudo movimiento,

Y la tierra rasgar su seno umbrío;
Y las yertas cenizas animadas,
Salir los muertos del sepulcro frío.

Las sombras con estrépito en bandadas
Ya evoca, ya con lácteas aspersiones
Allá torna a dejarlas sepultadas.

Rigiendo a su placer las estaciones
Con nieves la campiña ora blanquea,
Ora disipa densos nubarrones.

Ella sola los filtros de Medea
Conoce, ella los canes con su hechizo
Sola amansó de la triforme dea.

Tú los mágicos versos que me hizo
Tres veces canta, y tres escupe luégo;
Vuélve así; al que te cele, engañadizo.

Será, cuanto a nosotros, sordo y ciego;
Aunque llegue a encontrarme a par contigo,
Torpe no sentirá, palpando, el fuego.

A mí con esa fórmula te ligo;
Usar de ella otro amante no pudiera,
Ni a tu lado eludir mortal castigo.

A qué atenerme? Dijo la hechicera
Que con cantos o yerbas mis ardores
También podrá extinguir cuando ella quiera.

Y de tea sangrienta a los fulgores
Lustróme, y negra oveja en noche clara
Fue inmolada a sus dioses protectores.

Oh! nunca le pedí que se alejara
De mí tánta pasión, nunca olvidarte;
Mas que igual a mi fe tu fe durara.

Pecho de bronce aquel a quien llamarte
Suya fue dado, y de ambición la senda
Seguir quiso más bien, sirviendo a Marte!

Triunfe ése allá en Cilicia en lid horrenda,
Lleve delante la cautiva tropa
Y en país conquistado alce su tienda.

Con oro y plata relumbrante ropa
Ceñida luzca, y gócese aclamado
Cuando en lozano pisador galopa.

Mas yo los bueyes unciré de grado,
Harto dichoso con vivir contigo,
O paceré en los montes mi ganado.

Sabrá cubrirnos en oculto abrigo,
Si con tu amor a regalarme vienes,
El sueño manso, de la paz amigo.

Pues qué aprovecha reclinar las sienes
En púrpura de Tiro, ay infelices!
Si en vela habemos de llorar desdenes?

Muelles plumas, riquísimos tapices,
De aguas sordo rumor, no harán que blando
Desciendas, Sueño, y el dolor suavices.

Cuándo yo a Venus he ofendido? Cuándo
Se atrevió a provocar la lengua mía
Castigo justo con reniego infando?

Por ventura los templos yo algún día
Quebranté? Yo al sagrario fui secreto
Guirnaldas a arrancar con mano impía?

Si merecí la pena, me someto:
Al venerando umbral llevar no dudo
En ósculos humildes mi respeto,

Y arrastrándome, entrar, de hinojos, mudo,
Demandando perdón, y con la frente
Culpada el mármol golpëar desnudo.

Y tú que ríes de mi mal presente
Téme, téme por ti! que muda aprisa
De víctimas el numen inclemente.

Yo vi al que un tiempo con maligna risa
Tierno amor lastimó, después ya anciano
Doblar al yugo la cerviz sumisa.

Y hacer con flaca voz cantar liviano,
Y de los años pretender la huella
Borrar, aderezando el pelo cano,

Y la puerta asediar, o la doncella
De su beldad, en concurrida vía
Curioso detener y hablar con ella;

Y en torno niños, mozos a porfía
Acuden, y temiendo maleficio,
Cada uno escupe al seno y se desvía.

Tú el rostro vuélve a mí, Venus, propicio!
Oh, nunca a aquel de tu favor excluyas
Que nunca desertó de tu servicio!
Oh, estas mieses no quemes, que son tuyas

—

Elegía III

Mesala, por las ondas del Egeo
Iréis sin mí: que con vosotros vaya
Fiel recuerdo de mí, sólo deseo.

Yo quedo enfermo en la fëacia playa;
Ah! y pronto ha de ocultar tierra extranjera
Mi cuerpo que ya exánime desmaya ?

Suspénde el golpe, oh Muerte! y considéra
Que ni una madre el seno enlutecido
Abrirá a mis cenizas cuando muera,

Ni mi hermana, el cabello descogido,
Vendrá a darme perfumes orientales,
Llanto a mi tumba, al viento su gemido,

Allá Delia quedó. Temiendo males,
Sé que en vísperas ya de mi partida,
Pidió a todos los Númenes señales;

Por mano de un rapaz urna temida
Ella tres veces consultó anhelante,
Tres veces el anuncio fue de vida;

Todo le dijo: «Volverá tu amante;»
Mas, temblando, a la senda aterradora
Siempre lloroso revolvió el semblante.

Yo mismo, consolándola en la hora
De decir los adioses, todavía
Buscaba ansioso causas de demora.

Algo siempre mi marcha difería:
Tal vez el vuelo de las aves mudo,
Ya también de Saturno el sacro día.

Y, aun habiendo salido, pienso y dudo
Si me habrá dado el pie señal tremenda,
Si acaso en el umbral tropezar pudo.

Nadie a despecho del amor emprenda
Camino; o, si a partir se atreve, insano,
Que va a los dioses desafiando entienda.—

Y a Isis, tu patrona, ay Delia! en vano
Honraste? y veces tántas, sin provecho
Los sistros golpëaste con tu mano?

Qué te sirvió, purificado el pecho,
Asistir a piadosos sacrificios?
Y, bien lo sé, dormir en casto lecho?

Mas, oh Diosa! si están tus beneficios
Cien cuadros publicando en tu morada,
Los ojos vuélve a mi dolor propicios.

Concéde la ocasión de que mi amada
Ante el sacro vestíbulo se siente,
Cumpliendo el voto con la faz velada.

Y entre tu coro de egipciana gente
Vaya a entonar los místicos cantares,
Suelto el cabello en la modesta frente.

Oh! quién, restituído a sus hogares,
Fiel cada mes a renovar volviera
El grato incienso a los antiguos lares.

Qué buen vivir el de los hombres era
En tiempo de Saturno! A los caminos
Aun no el mundo sus ámbitos abriera.

Aun no el cerúleo mar nadantes pinos
Arrostraban, ni céfiro sonoro
Hinchaba el seno de tendidos linos.

Ni andante mercader de perlas y oro,
Desde apartadas costas su navío
Trajo cargado de letal tesoro.

No había la cerviz toro bravío
Doblado al yugo, ni tascaba el freno
Como ahora el corcel, domado el brío.

Viviendo el hombre de zozobra ajeno,
Ni con barras las puertas guarnecía,
Ni alindaba con piedras el terreno.

Del tronco de la encina miel fluía;
La oveja sin apremio de pastores,
La ubres llenas a ofrecer venía.

Entonces ni discordias, ni furores,
Ni artífice se vio de armas horrendas,
Que acero diese a brazos vengadores.

Todo hoy, reinando Jove, son contiendas,
Guerra doquier, y abiertas de repente
A la muerte veloz miles de sendas.

Propicio míra, Padre omnipotente,
A quien mentir y blasfemar no sabe
Y de culpa y temor libre se siente.

Mas si esperanza de salud no cabe,
Porque ha llegado de morir el día,
Que esta letra en mi túmulo se grabe:

Aquí yace Tibulo: muerte impía
Sególe, de Mesala yendo al lado,
A quien por tierra y por la mar seguía.

Mas yo al culto de Venus consagrado,
Sé que al Elíseo venturoso asiento
Ella habrá de llevarme de buen grado.

Allí cantos y danzas; allí el viento,
Poblado de avecillas vagarosas,
Dulce resuena en perennal concento.

Suaves yerbas doquier, plantas hermosas
Convidan, y florece abierto el prado,
Siempre vestido de fragantes rosas.

Allí a impulsos de Amor regocijado,
El coro de los jóvenes se agita
Al coro de las vírgenes mezclado.

Quien murió cuando amaba, luégo habita
Allá dichoso, y las guedejas blondas
Ciñe en mirto que nunca se marchita.

Mas yace al par, bajo tinieblas hondas,
Triste mansión al crimen destinada,
Circúyenla mugiendo oscuras ondas.

Tisífone, de víboras crinada,
Ensáñase en la turba delincuente,
Que acá y allá corriendo huye espantada.

Y de bronce las puertas, inclemente
Guarda inmóvil Cerbero, y lanza aullidos,
Y amenaza con bocas de serpiente.

Sus miembros ve Ixïón, dando alaridos,
En pena de sacrílego atentado,
A la rueda veloz siempre ceñidos.

Cubre nueve yugadas Ticio echado,
Y en él buitre insaciable se apacienta,
A las negras entrañas aferrado.

Toca las aguas Tántalo, y sedienta
La boca allega, y huyen no gustadas,
Avivando el ardor que le atormenta.

Por crimen contra Venus condenadas
Las Danaides allí la onda letea
Vertiendo están en cubas barrenadas.

Allí, también allí penar se vea
El que atente a mi amor y a mi ventura,
Y prolijas campañas me desea!—

Pero tú, siempre fiel, guárdate pura;
Siempre a tu lado compañera anciana
Vele, custodia del amor segura.

Vele a la luz de lámpara cercana,
Y más y más, mientras consejas cuente,
Alargue el hilo de acopiada lana.

Y cerca la doncella diligente,
Tarde, cansada, resistir no pueda
Al sueño, y la labor deje pendiente.

Entonces sin que anuncio me preceda,
Yo a ti envïado, al parecer, del cielo,
Allá habré de llegar con planta queda.

Entonces, Delia, como estés, de un vuelo
Acudirás a recibir tu amante,
El pie desnudo, deslazado el pelo.

A estos férvidos votos se adelante
El astro matinal, y abriendo el día
En sus róseos cabellos rutilante,
Presto corone la esperanza mía.

—

Elegía IV

«Así umbrosa enramada te defienda,
«Ni ya el sol con sus vívidos destellos
«Ni la nieve al caer jamás te ofenda;

«Que me digas, Priapo, a mozos bellos
«Con qué arte engañas tu? Pues ni cuidada
«Barba tienes ni undívagos cabellos.

«Y siempre de brumosa temporada
«Desnudo arrostras el rigor, desnudo
«Los fuegos de Canícula inflamada,»

Tal dije y a mis súplicas el rudo
Hijo de Baco, de hoja corva armado,
Permanecer no quiso sordo y mudo.

«Con los antojos del objeto amado
«Tú—respondióme—sé condescendiente;
«Nada resiste a obsequio continuado.

«Ni una ni otra repulsa te impaciente
«A los principios; con el tiempo acaba
«Por inclinarse al yugo esquiva frente.

«Andando el tiempo, aun al león desbrava
«El hombre; andando el tiempo, piedra dura
«Desgasta y pule la onda que la lava.

«Acá el racimo de la vid madura
«Lento, con el girar del año, y lentos
«Su vuelta allá los astros dan segura.

«Ni temas engañar con juramentos,
«Que perjurios de amor en mar lejano
«Van a perderse en alas de los vientos.

«Gracias se den a Jove soberano;
«Propicio él mismo a Venus, determina
«Que temerario voto salga vano.

«De Minerva jurar por la divina
«Crencha podrás, podrás impunemente
«Jurar por las saetas de Dictina.

«Mas ay, si te descuidas indolente!
«Huyen los años, huyen, y ligera
«Ni se pára ni ceja la corriente.

«Cuán presto sus colores la pradera
«Purpúreos pierde, y seca al viento arroja
«El álamo su verde cabellera!

«Cómo de bríos la vejez despoja
«Al corcel que adelante disparado
«En Elide cruzó la arena roja!

«Más de un mancebo vi que habiendo entrado
«En la provecta edad, atrás doliente
«Miró el tiempo perdido y no gozado.

«Suerte crüel! cada año la serpiente
«Remózase, y no es dado a la hermosura
«Volver mañana al esplendor presente!

«Solo en Febo y en Baco eterna dura
«La juventud, que a entrambos ondëante
«Cabellera gentil les asegura.

«Ni excuses a tu bien seguir constante,
«Y vïaje emprender, aunque sedienta
«La tierra esté y el aire sofocante,

«O aunque la lluvia ya venir se sienta
«En las alas del iris, y aplomada
«Nube anuncie vecina la tormenta.

«O, si esto a quien cortejas más agrada,
«Reme tu brazo, y barca leve impela
«A las cerúleas olas confïada.

«Ni ya en labores rústicas te duela
«Encallecer la mano bien nacida
«Que contra oficios viles se rebela.

«Si a batir montes la ocasión convida,
«Acúde y vé a cortar el paso abierto,
«Con la red en tus hombros sostenida;

«O en el juego de esgrima mueva incierto
«Tu brazo el arma imbele, y al descuido
«Ofréce al golpe el flanco descubierto.

«Así el premio tendrás apetecido;
«Que el que en las lides del amor combata
«Sabrá vencer si sabe ser vencido.—

«Ay! mal el siglo que alcanzamos trata
«Artes de amor. El sórdido interese
«La tierna juventud nos vuelve ingrata.

«Oh tú, el autor primero de que fuese
«Vendible amor, allá mis maldiciones
«Lléva, allá sobre ti la tierra pese!

«A las musas, sensibles corazones,
«A los vates amad, nunca al hechizo
«Del verso antepongáis preciados dones.

«Gracias al verso, su purpúreo rizo
«Aun Niso ostenta entre el nevado pelo,
«Pélope el hombro de marfil postizo.

«A quien las musas en radioso vuelo
«Levantan, vive, mientras robles lleve
«La tierra, ondas el Ponto, astros el cielo.

«El que es sordo a las Musas y se atreve
«A vender el amor, cual Coribante
«De Cibeles al carro uncirse debe.

«Y por ciudades ciento vague errante,
«Y los miembros se arranque, enloquecido
«Con el címbalo frigio resonante.

«Venus quiere también que enternecido
«Llorar sepa el galán, Venus rïente
«Favorece la súplica, el gemido.»—

Prïapo habló; su plática elocuente
A Ticio luégo transmitir me ordena;
Que oiga Ticio, su esposa no consiente.

Ese a su amada ríndese sin pena;
Tenedme a mí por consejero vuestro
Los que destotro amor lleváis cadena.

En algo cada cual se ostenta diestro:
Yo abro pública escuela, yo la vía
A los amantes desdeñados muestro.

Vendrá, rodando el tiempo, vendrá el día
En que la turba juvenil, ya anciano,
Me lleve en hombros cual maestro y guía.

Mas qué digo? Ay dolor! qué ardor insano
Me conmueve? qué llaga me devora
Que no puede curar mi propia mano?

¡Lejos de mí tu antorcha abrasadora!
No me hagas, por piedad, Amor, delante
Aparecer de turba burladora
Falso maestro, desgraciado amante.

—

Elegía V.

Esquivo anduve, y libre me creía,
Y proclamé mi independencia ufano;
¡Mas cuán presto cayó mi bizarría!

Agítome cual gira en suelo plano
La pëonza, del látigo afligida
Que sacude un rapaz con agil mano.

Castígame tú ahora: mi atrevida
Lengua enséña al silencio; abrúma, acósa.....
Sé de hoy más el tormento de mi vida!

Ay, nó! más bien perdóname piadosa,
Por lo que fuimos, por aquel estrecho
Furtivo nudo, por la Cipria diosa!

Yo, con mis votos, viéndote en el lecho
Del dolor, te salvé del trance duro,
Yo el hálito vital volví a tu pecho.

Yo lustré el aire con azufre puro
En torno, así que en tierra derribada
Rezó la maga su final conjuro.

Yo cuidé de alejar de tu almohada
Maléficos ensueños, yo la ofrenda
Aderecé de harina consagrada.

Suelta la ropa y con ceñida venda
Yo a la diosa triforme nueve veces
Clamé de noche en solitaria senda.

Hice todo por ti ¡ Y así agradeces
Y pagas mis cuidados, Delia mía?
Otro goza del fruto de mis preces!

Cuán dichoso soñaba que sería
Contigo yo, si de salvarte hubieras!
Mas sueño fue de ilusa fantasía.

Iré a labrar el campo. Las paneras
Mi Delia cuidará, cuando en verano
La mies se trilla en caldëadas eras.

Vasijas de uvas henchirá su mano,
Y, suelto al rebatir de pie ligero,
Cogerá en el lagar el mosto cano.

Contará la manada en el apero,
O ya en su falda con halago y mimo
Al esclavillo acogerá parlero.

Por la viña al dios rústico un racimo
Rendirá, por la grey, vianda sagrada,
Un haz de espigas por el fruto opimo.

Y mande sobre todos, y acatada
Disponga ella y vigile las labores:
Sea ella todo en mi heredad, yo nada!

Allí irá mi Mesala, y Delia honores
Le hará, y frutas del huerto ofreceràle,
Cogidas de los árboles mejores.

Justo es que ella a varón que tanto vale,
Cual servidor solícito y devoto
Obsequie, y con manjares le regale.

Eso yo imaginé, tal fue mi voto,
Y hoy de Armenia esparciendo van mis preces
Por los fragantes campos Euro y Noto!

En vino yo mis penas cuántas veces
Sepultar quise, y apuré del vino
Trocadas siempre en lágrimas las heces!

O tal vez a otro amor busqué camino;
Mas al llegar al goce deseädo,
La imagen de ella a helarme sobrevino;

Y huye de mí creyéndome hechizado,
La que así a mi pesar burlada fuera,
Y el secreto revela, mal pecado!—

Mas no usó de conjuros mi hechicera:
Con sus hermosos brazos mi deseo,
Con su faz y su rubia cabellera

Cautívame, cual Tetis de Nereo
Pasó en frenado pez la azul llanura
Y, con mostrarse, subyugó a Peleo.

Yo la magia probé de la hermosura,
Quedé cautivo, y relegado lloro
Mientras rico galán la dicha apura.

¡Maldita la embaidora vil que al oro
Y a dádivas ocultas la morada
Abrir logró de la beldad que adoro!

Sienta mis maldiciones la malvada:
Que devore, de hoy más, manjar crüento;
Que beba hiel con boca ensangrentada;

Fantasmas doloridas por el viento
La aflijan revolando, y negra un ave
Desde alto sitio con feral lamento;

Hozando la enhierbada tumba excave
Y famélica en huesos carcomidos
Que el lobo abandonó, los dientes clave;

Y en torpe desnudez, lanzando ahullidos
Corra por la ciudad, y en pos acudan
Los perros en tropel enfurecidos!

Así será! los númenes me ayudan,
Clara vi la señal: Venus castiga
A los osados que sus leyes mudan.

Apárta, apárta, Delia, a tu enemiga.
A esa rapaz engañadora—Ay triste!
El oro, lo que amor ató, desliga.

Míra al amante pobre: cuándo viste
Servidor más leal? El obediente
Es el primero que a tu lado asiste.

Pasando en medio de apiñada gente
Estorbos él remueve con su brazo
El camino mostrándote patente.

El, a do quieras ir, sin embarazo,
Fiel, guardado el secreto, allá te guía;
El de tus pies de nieve suelta el lazo.

Ay! ruego inútil, súplica vacía
Yo llevo a sus umbrales; yo a su puerta
Con mano llena golpëar debía.

Y tú, que hora feliz, la ves abierta,
Téme por ti; que la Fortuna gira
Veloz, y nadie a detenerla acierta.

No en vano por ahí ya ronda y mira
Alguien, que ora acelera, ora retrasa
Cauteloso el andar, y se retira;

Y finge transitar sin ver la casa,
Y vuelve luégo, solo y pensativo,
Y a la prueba llegando, tose, y pasa.

No sé qué te prepara amor furtivo,
No sé qué oculta el misterioso amago....
Tú aprovecha el instante fugitivo,
Tú boga el remo mientras duerme el lago.

Elegía VI

Siempre, para inducirme, tú primero
Vienes meloso, Amor, con faz de amigo.
Y tórnaste después áspero y fiero.

Qué a ti crudo rapaz, qué a ti conmigo?
Qué gloria es para un dios armar celada
A un mísero mortal? De ti maldigo!

Ya estoy viendo en mi daño la emboscada;
Ya Delia no sé a quién recibe quedo
Con el silencio de la noche osada.

Ella niégalo todo, mas no puedo
Creerla: a su marido ayer mentía
Nuestros hurtos negándole sin miedo.

Yo la enseñé a burlar insomne espía.
Ay dolor! de mis propios artificios
Yo víctima cuán pronto ser debía!

Pretextos la enseñé a buscar propicios
Para quedarse sola, y puertas duras
A revolver sobre callados quicios.

Y a disipar con mágicas mixturas
Cualquier cárdeno tinte, si el florido
Rostro ajaron insanas mordeduras.

Tú, de la falsa crédulo marido!
Porque a sus faltas ella otras no añada,
Atiénde a mí también, por ella herido.

No halague a gente moza en prolongada
Conversación, la veste no deslace
El seno descubriendo recostada.

Míra no avisos dé, si guiños hace;
Míra, si es que en la mesa el dedo posa,
No con vino ignorados signos trace.

Si sale ora, y después, y no reposa,
Tiembla siempre!..aunque al rito oculto asista
De que a hombres excluyó la Buena Diosa.

Yo, si fías de mí, con planta lista
La seguiré, yo solo iré hasta el ara,
Ni temo allí comprometer mi vista.

Muchas veces diome ella a que mirara
Su sortija, y contacto yo halagüeño
Gocé, fingiendo ver la piedra rara.

Con vino yo le propinaba el sueño,
Mas, al beber contigo, agua mezclaba,
De mis potencias y del campo dueño.

Lo confieso, perdóname: fue esclava
Mi voluntad, Amor me compelía;
Y quién de resistir a un dios se alaba?

Yo en el silencio de la noche umbría
(Para que todo ya de oírlo acabes)
Fui aquel por quien tenaz tu can latía.

Para qué, si tu bien guardar no sabes,
Quieres mujer hermosa? Vanamente
Todo cerrado ves, fijas las llaves.

Está contigo y por su bien ausente
Ella suspira, y quéjase, y te jura
Que la cabeza adolorida siente.

Confía a mi custodia su hermosura,
Y tu esclavo seré, sin que me espante
El fiero azote, la cadena dura.

No osará ya ponérseme delante
Quien con arte el cabello ornado lleva
O la toga caer deja flotante.

Todo el que encuentre, de inocencia prueba
Me dé—o lejos deténgase, o aprisa
El paso, adonde va de lejos, mueva!—

Así un numen lo manda, así lo avisa
En alta voz, con sobrehumano acento,
Vuelta hacia mí la gran sacerdotista.

Que, apenas de Belona el movimiento
Concibe, entra en furor, y ni vibrante
Llama teme ni látigo violento;

Antes sus brazos con segur tajante
Hiende, y puñados de su sangre tira
Sobre la diosa, impávido el semblante.

Hincada en el costado férrea vira,
Llagado el seno, yérguese, y declara
Lo que la gran divinidad le inspira:

«Oh! respetad a la que Amor ampara,
«No aprendáis con tardío sentimiento
«Lo que él a los sacrílegos prepara.

«Sus bienes disiparse en un momento
«Verán, como esta sangre huye a raudales,
«Y esta ceniza se desparce al viento!»

Ah Delia! para ti no sé qué males
Predijo, y yo, por más que errando sigas,
Que anule rogaré sentencias tales.

Perdónote, si bien tú no me obligas
A piedad; por aquella que te escuda,
Por tu madre, mi cólera mitigas.

Tu madre en el umbral velando muda,
De mis pasos, distantes todavía
El ruïdo percibe y de él no duda,

Y a tientas a las sombras se confía
Hacia ti conduciéndome consigo,
Me acoge y a su mano une la mía.

Yo, bienhechora dueña, te bendigo;
Víve, víve feliz! dádome fuese
Mis propios años compartir contigo!

No será que jamás de amarte cese,
Y a Delia por tu amor. Aunque me ofenda,
Sangre es tuya, de serlo no le pese;

Antes de ti fidelidad aprenda,
Aunque ni banda sus cabellos ate,
Ni larga estola hasta sus pies descienda.

Sumiso a duras leyes me maltrate
Si alabo a otra mujer; contra mis ojos
Como culpables su furor desate;

Celosa sin razón quiera a manojos
Arrancarme el cabello, y de él asida
Arrástreme, implacable en sus enojos.

Nunca yo a golpëarla me decida,
Y antes que justa cólera me tiente
Verme sin brazos a los dioses pida.—

No por servil amor, mas con la mente
Sé casta, Delia; tú la fe jurada
Por ley de mutuo amor guárda al ausente.

La que a todos burló desamorada
Se verá en la vejez de cuitas llena,
A crüel indigencia condenada;

Entonces los vellones escarmena,
Trémula vibra el huso, urde la trama,
Atarëada siempre en obra ajena.

Risueña juventud la ve, y proclama
Merecido el castigo, träe a cuento
Cuanto a la triste vejezuela infama.

Venus la ve desde sublime asiento,
Y desoye la queja lastimera
Para que sirva a ingratas de escarmiento.

Lejos caerá mi imprecación severa.—
Demos ejemplo, oh Delia! a los humanos:
Sí, de amor firme, aun en la edad postrera,
Ejemplo demos, los cabellos canos!

Elegía VII.

Cantaron ya las Parcas este día
Torciendo los estambres del Destino
Que dios ninguno deshacer podría.

Al héroe predijeron cuyo sino
Fue humillar de los fieros aquitanos
La indómita cerviz;—y el héroe vino;

Y vieron nuevos triunfos los romanos,
Y a caudillos de bárbaras naciones
El pueblo atados vio llevar las manos.

Mesala! ornado en lauros, rico en dones,
Tú ibas en carro de marfil brillante
Que tiraban albísimos trotones.

Testigo yo de tu valor; distante
Tarbella Pirenaica lo pregona,
Santoña con su playa resonante;

Y el Ródano impetuoso y el Saona,
Y el Loira con sus aguas azuladas,
Y con soberbias ondas el Garona.

O a ti, plácido Cidno, y tus calladas
Vueltas diré, y el seno transparente
Adonde el cielo en repetir te agradas?

O empinado a las nubes, mole ingente,
El Tauro en cuyos flancos se dilata
Intonsa y ruda la cilicia gente?

O al Siro, y cómo a la paloma acata
Que va sobre sus densas poblaciones
Tendiendo en vuelo inmune alas de plata?

O al Tirio, que de excelsos torrëones
Mares ve que, el primero, en frágil quilla
Osó hender y arrostrar los aquilones?

O cuál, mientras ardiente Sirio brilla
En sedienta estación, Nilo fecundo
Crece y rebosa, y no conoce orilla?

Padre Nilo! en tu curso vagabundo
De dónde vienes? misterioso río
Por qué tus fuentes ocultaste al mundo?

Los campos de tu inmenso señorío
No han menester de lluvias, ni allí implora
Arida yerba el celestial rocío.

El pueblo que te canta, a Osiris llora
Si ha muerto el sacro buey; de nuevo hallado,
Gracias te rinde y a su rey adora.

Osiris fue quien inventó el arado;
Osiris con la reja el seno yerto
De la tierra movió, no antes labrado.

El con larga simiente, el hueco abierto
Tornó fecundo; él trajo a que rindiera
Arbol desconocido fruto cierto,

El prestó apoyos a la vid ligera
Para trepar; y, a tiempo, armado vino
Con hierro a herir su verde cabellera;

E hizo, en fin, de racimo purpurino,
Que de amenos collados fue ornamento,
Sacar a incultos pies jugo divino:

Por donde el hombre comenzó su acento
A modular, y el cuerpo aligerado
A llevar en redondo movimiento.

Baco al cultivador que fatigado
Tregua pide y descanso en sus faenas,
El peso alivia y libra de cuidado.

Baco disipa del mortal las penas;
Baco ahoga en el pecho los dolores
Aun al agrio sonar de las cadenas.

Ni cuitas ni cuidados veladores
Siguiendo van, Osiris, tus pisadas
Si no amor y placer, y hiedra y flores,

Y, flotando, las ropas purpuradas
Y del culto las cestas misteriosas,
Y música de flautas acordadas.

Vén, con juegos y danzas bulliciosas
A honrar el Genio de Mesala; vente
La sien rociada en vino, y blandas rosas,

En su cabeza y cuello el Genio ostente
Entrelazadas, y destile nardo
Del undoso cabello reluciente.

Ea! abrevia a mi voz el paso tardo,
Con incienso ante el ara y libaciones
De ática miel, tu aparición aguardo.

Logres, Mesala, ver generaciones
Que cerquen tu vejez, y tu destino
Hereden, y rëalcen tus blasones.

Tus larguezas publique de contino
Ese, a Túsculo abierto y a los muros
Antiguos de Alba, espléndido camino;

Pues a tu costa ya, sobre seguros
Lechos, amplio se extiende el pavimento,
Unidos con primor los cantos duros.

Tarde al volver de la ciudad, contento,
Marchando sin tropiezo, en sus cantares
El labrador dará tu nombre al viento.

Oh fausto aniversario! en los altares
Ofrendas siempre renovadas veas;
Vuélve a través de edades seculares,
Y bello, y cada vez más bello seas!

—

Elegía VIII.

Ya no hay misterios para mí: ya siento
Qué llevan las miradas del amante,
Qué la voz dulce, el regalado acento.

Y no porque la fibra palpitante
Consulte, o los oráculos entienda,
O el ave para mí su augurio cante:

A mágicas cadenas, a tremenda
Disciplina sujeto, sola pudo
Hacer Venus que yo su ciencia aprenda.

Cesa, pues, de fingir turbado y mudo;
A quien ya de mal grado rindió el cuello
Oprime luégo amor más fiero y crudo.

Qué vale ya el cuidado del cabello?
Tántas veces, en formas varïadas
Qué vale aderezarle limpio y bello?

Qué con lucido afeite arreboladas
Las mejillas, y qué por hábil mano
De artífice las uñas perfiladas?

En vano mudas ya de traje, en vano
Renuevas los adornos, y te ciñe
Angosta zapatilla el pie liviano.

Ella encanta, y el rostro no se tiñe;
Encanta, y no porque en labor paciente
Las nítidas madejas adeliñe.

Con qué conjuro en medio a la silente
Noche pudo maléfica hechicera,
Con qué ponzoñas perturbar tu mente?

El canto la vecina sementera
Traspone, el canto misterioso pára
El ímpetu de víbora ligera;

Y aun derrocar intenta en noche clara
De su carro a la luna, y si metales
No sonasen a tiempo, lo acertara.

Mísero! como a causa de mis males
Yo las mágicas artes mal condeno;
Nunca usó la beldad de engaños tales.

Ella misma es el mal: ella el veneno
Con su boca dulcísima prodiga
Y el fuego abrasador lleva en su seno.

Oh Fóloe! no más como enemiga
Al que ya enhechizaste así atormentes;
A la injusta y crüel, Venus castiga,

Ni dádiva reclames: dé presentes
Quien se promete en su senil locura
Que sus frígidos miembros recalientes.

Muy más vale que el oro la faz pura
De radiante doncel, que aun no lastima
La acariciada flor con barba dura.

Suave tu níveo brazo en torno oprima
Aquel cuerpo gentil en torno estrecho,
Y rëales tesoros desestima!

Serán perlas y dijes de provecho
A ésa a quien ya burlado amante olvida
Y sola se consume en yermo lecho?

Ay! tarde el dulce amor, la edad florida
Vuelve a llamar aquel de quien empieza
A argentarse la sien envejecida.

Entonces cómo en contrahacer belleza,
En dorar los cabellos cuál se afana
Tiñéndose de nuez con la corteza!

Entonces es el arrancar la cana
De raíz, y el rasar la faz marchita
Por descubrir de nuevo tez lozana.

Hoy risueña estación a amar te invita;
Ea! aprovécha la estación risueña
Que en descenso veloz se precipita.

No así a Márato aflijas zahareña
Qué proeza inmolar al inocente?
A odiosos viejos tu rigor enseña.

Mírale desmedrado, falleciente;
No culpa suya, mas por ti encendido
Amor lívidos tintes da a su frente.

Oh! si el amargo lloro, si el gemido
Con que a la ausente causa de sus males
Culpa, llegase a penetrar tu oído!

Oigole prorrumpir en quejas tales:
«Porque así me desprecia? ingrata, ingrata!
Yo atrevesar, yo puedo sus umbrales:

«A mi Venus misterios no recata,
Yo el arte sé de respirar muy quedo,
Cómo un ósculo a sordas se arrebata.

«Aún de alta noche en el horror, sin miedo
«Marcho con pie seguro, y de callada,
«Si una puerta me estorba, abrirla puedo.

«Mas las artes de amor qué sirven? Nada;
«Pues que ella me aborrece, y aún recela
«De mi sombra, y del lecho huye azorada.

«Si algo me ha prometido, fue cautela
«Para perderme, y con mortal congoja
«Agitado la noche paso en vela.

«Pienso que ha de venir, y si una hoja
«Se movió, si sentí el rumor más leve,
«Rumor de sus pisadas se me antoja.»

Simplecillo de ti! cesar ya debe
Tánto dolor: en lágrimas deshecho
Ella te mira, y nada la conmueve!

Odian los dioses riguroso pecho,
Y no en sus aras quedará, a fe mía,
Con tu incienso su enojo satisfecho.

De Márato te burlas, y él un día
De míseros amantes se burlaba,
Númenes vengadores no temía.

Tierno llanto tal vez con risa prava
Miró; tal vez (lo sabe quien lo dice)
Aleve dio alimento a hoguera brava.

Mudada la fortuna, al infelice
Cómo le ofenden hoy las altiveces
Y de tapiadas puertas cuál maldice!

Tú llevarás la pena que mereces
Si no te ablandas ya. Con votos vanos
Oh, cómo asir querrás una y cien veces
La ocasión que se escapa de tus manos!

—

Elegía IX.

Porqué, de tiernos amores
Haciendo secreta burla,
Me halagaste así, y al cielo
Tu lengua invocó perjura?

Infelice! si al principio
La traición se disimula,
Con paso, aunque mudo, firme
Ya vendrá la pena justa.

Piedad esta vez merezcan
Inexpertas crïaturas;
Para la primera falta
Perdón, deidades augustas!

Por interés el labriego
Bueyes al arado ayunta,
Y penosamente arranca
Tributo a la tierra dura.

Por interés nao instable
Vientos arrostra, ondas surca,
Y mirando a las estrellas
El rumbo turbado busca.

Qué mucho que el dueño mío
Hoy al interés sucumba?
Vuelva agua un dios esas dádivas
O a pavesa las reduzca!

Ya su faz manchará el polvo
En castigo de su culpa,
El vendaval su tocado
Convertirá en greña hirsuta;

Quemarán su tez los soles,
Dejarán sus sienes mustias,
Y con plantas doloridas
Rendirá jornada ruda.

Ah! cuántas veces le dije:
«No, no al oro prostituyas
«Tus encantos; suele el oro
«Träer largas desventuras.

«Quienquiera que por codicia
«Profanare la hermosura,
«Habrá de encontrar a Venus
«Contraria siempre y ceñuda.

«Que mi frente marque el fuego,
«Traspase acerada punta
«Mis carnes, torcido azote
«Mi espalda cruce desnuda,

«Antes que algo prometerte
«Puedas de trazas incultas!
«Hay un Dios que sabe todo
«Y lo más arcano alumbra.

«El hace que un confidente
«A sirvientes que le escuchan
«Por sordos tenga, y en largo
«Beber secretos descubra;

«Y que aun aquel que despierto
«Reserva guardó profunda
«Hable dormido, y revele
«Lo que en el pecho sepulta.»

Ay mísero! cómo entonces
Muerto quedé! con fe estulta
Cómo creí ser amado
Ciego entre las redes burdas!

Y aún en versos armoniosos
Un amor que fue locura
Celebré: vergüenza siento
Por mí propio y por las Musas.

Cantos tan mal emplëados
Merecen que llama súbita
Los devore, que onda rápida
Los envuelva y los destruya.

Lejos la mano que el peso
Llevó de dádiva impura!
Lejos de aquí, y a mi mente
Tales recuerdos no acudan!

A ti, corruptor infame,
Que de tu riqueza abusas,
Yo te dé tu merecido,
Mujer en dolos fecunda.

Furtivos amores brinde;
Luégo, ajustada la túnica,
A tus caricias responda
Con esquivez taciturna.

Siempre señales recientes
Infidelidad arguyan;
Abierta tu casa mires
Siempre a libertina turba.

Ni acierte en tanto a afirmarse
De esa hermana inverecunda,
Si en sus delirios más copas
O más torpezas apura;

Pues diz que a las veces ella
Báquica fiesta nocturna
Prolonga hasta que en Oriente
Matinal destello apunta.

No haya otra que en liviandades
La aventaje, no haya alguna
Que en cien variados excesos
La noche entera consuma.

Pues de esa aprendió tu esposa
No usada desenvoltura,
Y no ves, desacordado
La afrenta que eso denuncia?

Será que por complacerte
Así se acicale y pula,
Y con peine fino aliñe
Hebras que tenues ondulan?

Por tu linda faz acaso
Así los brazos anuda
Con hilos de oro, y lozana
Ciñe su seno con púrpura?

No a ti, sino a esbelto mozo
Bella aparecer procura,
Y por él sacrificara
Tu familia y tu fortuna.

Ni condeno su desvío,
Pues cuál es la joven culta
A quien de achacoso viejo
El abrazo no espeluzna?

Y seductor ése ha sido !
Ea! a la beldad seduzcan
También los monstruos que habitan
En las selvas y en las grutas.

M. A. Caro– Traducciones—

Oh tú, que vender osaste
Y allá trasladar no dudas
Osculos que me debías,
Caricias que no eran tuyas,

Ya gemirás cuando veas
Que otra beldad aquí triunfa
Y tus antiguos dominios
Como soberana ocupa.

A Venus libertadora
Yo colgaré, en mi ventura,
Aurea palma donde inscrita
Aquesta letra reluzca:

«Quien por ti respira, oh Dea,
«De un falso amor redimido,
«Este dón agradecido
«Te consagra: acepto sea!

—

Elegía X.

Quién fue el que espadas fabricó primero?
Quién fue, decid! Oh mano aquella impía!
Oh pecho aquel en realidad de acero!

Las armas y las guerras en un día
Nacieron, y brindaron de repente
Franco paso a la muerte antes tardía.

No al mísero culpéis: él solamente
Armas dio contra fieros animales.
Volviólas contra sí la humana gente.

Culpad al oro, autor de nuestros males:
Mientras en pobre asilo venturoso
Vaso de encina ornó mesas frugales,

No se vio entonces torreón ni foso,
Y el pastor pudo entre la grey repleta
Dormir seguro en plácido reposo.

Naciera yo en edad tan mansa y quieta,
Y a estremecer mi pecho sosegado
No llegara clangor de la trompeta!

Ora marcho a campaña, mal mi grado,
A donde alguien tal vez ya blande ciego
El dardo que ha de hincarse en mi costado.

Vos, patrios lares! protegedme, os ruego
Pues me criastes ya cuando bullía
En torno a vuestros pies en trisca y juego.

Ni os afrente haber sido bronce un día,
Que así también progenitor antiguo
Fiel os tuvo en su casa y compañía

Guardando en ese tiempo albergue exiguo
Rústico dios labrado de madera
No vio mudable fe ni pecho ambiguo,

Y hallábale propicio quien le hubiera
Un racimo ofrendado, un haz tejido
De espigas a su santa cabellera,

O que a ofrecer volviese agradecido
La aderezada torta, en zaga yendo
Hija pequeña con panal henchido.

Dioses! porque de aquí el tumulto horrendo,
Porque las armas alejéis funestas,
Cerdo, escogido en la pïara, ofrendo.

Tras él las limpias vestiduras puestas,
De mirto llevaré la sien ceñida,
Y ceñidas de mirto irán las cestas.

Vuéstro soy; que otro empuñe arma homicida,
A Marte grato, y rompa y despedace
Al enemigo fiero en lid reñida.

Después oiré la narración que hace:
Yo beba, él cuente, y con licor su dedo
Sobre la mesa campamentos trace.

Oh! qué impaciente afán, qué impío denuedo
Buscar muerte violenta, si ella sabe
Por sí misma venir con paso quedo!

Y no con mies alegre o vid süave
Allá abajo veremos campos bellos
Sino el hórrido Can, la Estigia nave,

Carón inmundo, y el tropel de aquellos
Que acuden a la fúnebre ribera,
Mustia la faz, quemados los cabellos.

Oh! cuanto más prudente aquel que espera
Edad provecta en su cabaña humosa
Con prole que le cerque placentera!

Viviendo alcance yo vejez dichosa,
Y ufano con las canas de mi frente
Séame hablar de antaño dulce cosa.

En los campos benéfica y rïente
Reine en tanto la paz: su torva testa
Ante ella el toro doblegó obediente;

Por ella fruto dio la vid enhiesta,
Y el padre al hijo, de uva sazonada
Transmitió el jugo en ánfora repuesta;

Y es ella quien la reja y el azada
Hace limpias brillar, mientras confía
A orín consumidor lanza y espada.

Poco sobrio, en su carro, en compañía
De la esposa y los hijos el labriego
Torna del sacro bosque a la alquería

Y de Venus la guerra empieza luégo:
Enamorado mozo puertas hiende
Y el cabello a una hermosa arranca ciego.

Llora indignada, y sin piedad ofende
Ella la fina tez; mas ya el exceso
De su diestra insensata él mismo entiende.

Ya llora el vencedor! Y el dios travieso
Que con reproches cóleras inflama
En medio de los dos se sienta ileso.

Hombre de roca o bronce el que a su dama
Osare golpëar ¡Del alto cielo
Ese los dioses vengadores llama!

Baste de seno esquivo el tenue velo
Desgarrar; de las sienes a manojos
Basta aventar el ataviado pelo;

Harto triunfo una lágrima a los ojos
Arrancar de tu amada; harta ventura
Que llore enternecida tus enojos!

Mas quien levante osado mano dura,
Pase al campo de Marte furibundo
Y deje el del Amor y la Ternura.

Vén, alma Paz, recobijando al mundo,
Muéstra en tu mano la dorada espiga,
Y del regazo cándido y fecundo
Copia de frutos por doquier prodiga!

—

LIBRO II

Elegía I

Propicios sed cuantos habéis venido:
Hoy la tierra lustramos y sus bienes,
Fieles al rito antaño establecido.

Porqué divino Baco, te detienes?
De uvas dulces cargado el cuerpo enhiesta,
Y tú, Ceres, de espiga orna las sienes.

La reja del arado en alto puesta,
De paz el labrador, de paz profunda
Disfrute el suelo en la sagrada fiesta.

Los yugos desatad de la coyunda,
Y pare el buey de flores coronado
Ante el establo donde el heno abunda,

Hoy todo sea al culto dedicado:
No la oficiosa mano la hilandera
Ose llevar al copo comenzado;

Lejos, profanos, del altar ¡Quien quiera
Que en la pasada noche las dulzuras
Hayas probado del amor, vé fuéra!

Pureza al cielo píde: vestiduras
Traed todos sin mancha, y de las fuentes
Venid agua a coger con manos puras.

Ved el sacro cordero a las fulgentes
Aras ir ya, y la turba en pos, de ramos
De olivo ornadas las devotas frentes.

Oh patrios dioses! hoy purificamos
Al labrador a un tiempo y la labranza;
Librad del mal la tierra que ocupamos!

Yerba falaz no frustre la esperanza
Del año; de las greyes el sosiego
No turbe ya del lobo la asechanza.

Puede de hoy más el lúcido labriego
Fiando en rica mies, por obra vuestra
Con gruesos leños avivar el fuego,

Mientras la turba de rapaces, muestra
De holgura y bienestar, bulle, y con varas
Frágiles casas en armar se adiestra.

Ni voto acogen las benignas aras:
Oh, ved cómo la entraña palpitante
Del divino favor da señas claras!

Traed acá, traed el espumante
Falerno, abrid las ánforas de Chío,
Romped los sellos de época distante.

Corra hoy sin tasa el desatado río;
Hoy no os habéis de avergonzar si acaso
Titubeareis, el tonel vacío.

Mas antes que llevéis incierto el paso
Retumbe el nombre de Mesala ausente,
«Bien por Mesala!» al empinar el vaso.

Tú, vencedor de la aquitana gente,
De ilustres, si ya intonsos, guerreadores,
Mesala, más ilustre descendiente,

Vén, esfuerza mi voz, que los loores
De los dioses del campo a sus altares
Lleva, gracias rindiendo a sus favores.

Yo el campo, yo sus dioses tutelares
Quiero cantar, por quien el hombre al uso
Renunció de selváticos manjares,

Por quien fáciles pértigas dispuso,
Y con verde follaje retechado
Rústico albergue a la intemperie opuso.

Ellos mismos el toro domeñado
Trajeron a servir, y sobre rueda
Veloz dieron impulso al carro alzado.

Sucedió entonces a la fruta aceda
La cultivada poma, y largo riego
Llevó a fértiles huertos onda leda.

Pisadas uvas desataron luégo
Sus vivíficos jugos, y mezclada
Sobria linfa templó del vino el fuego.

A tiempo que la tierra ve agostada
Su cabellera por la llama estiva,
Rindió el campo cada año mies colmada.

Acarreaba ya la abeja activa
En el vecino seto a la colmena
Lo que en el cáliz de las flores liba.

Descansando de la áspera faena
Buscó el cultor la ley de la armonía
Cantando al són de la campestre avena,

Y en holgado solaz la poesía
Ensayó, con cadencia y ritmo cierto
Que a ornados dioses ofrecer debía.

El los primeros coros inexperto
Formó en tu honor, oh Baco! a su albedrío,
El rostro en vivo bermellón cubierto.

Y a ti inmolado el macho de cabrío
Fue egregio dón de la manada entera
El que de todos tuvo el señorío.

Con flores el rapaz en primavera
Retejió la corona con que vino
Los lares a ceñir por vez primera.

Mostró bañada oveja blanco y fino
Su vellón, por los dioses reservado,
Al trabajo de manos femenino.

De allí nació la rueca y el tasado
Copo, y el huso fue de la hilandera
Por los ágiles dedos menëado.

Y alguna, a quien Minerva transmitiera
Sus artes, mientras teje canta, y ruido
Hace acorde, al pasar, la lanzadera.

Fama es también que vino acá Cupido
Entre hatos y ganados con su aljaba
Y entre yeguas indómitas nacido.

Incierto el arco entonces estrenaba;
Hoy que expertas sus manos y seguras,
Ay, y qué bien, adonde asesta, clava!

Ni por selvas, cuan antes, vaga oscuras;
Hoy prefiere flechar tierna doncella
Y de hombre sujetar cervices duras.

El al mozo arrüina a quien domella;
Impudente, por él, de alguna esquiva
A las puertas el viejo se querella.

Sus guardianes, por él, joven cautiva
Dormidos burla, y al galán que adora
Sola a buscar con huella va furtiva;

Cauto el pie mueve, y el temor la azora
De incógnito paraje, mas tendiendo
Las manos va y el ciego rumbo explora.

Mísero, a quien acosa Amor tremendo!
Dichoso a quien Amor benigno inspira!
Vén, pues, plácido dios, vén sonrïendo!

Acúde, acúde a la campestre jira,
Pero inerme: la flecha escónde aguda,
Y allá, lejos allá la antorcha tíra.

Cantad todos al dios, pedidle ayuda,
Para nuestros rebaños con voz llena,
Para vosotros mismos en voz muda...

Y aun alto orad, si os place; que ya suena
Bullicio asordador, y en frigios sones
La corva flauta los espacios llena.

Daos prisa: unce la noche sus bridones
Y de la madre el carro las estrellas
Seguirán en gentiles escuadrones.

Con alas oscurísimas tras ellas
Cubrirá el sueño el ámbito profundo
Calladamente, y con inciertas huellas
Falsas visiones poblarán el mundo.

—

Elegia II.

Bendición! bendición! a mis acentos
Callad, honrando el natalicio día;
Cuantos cercáis el ara estadme atentos.

Arda el incienso, quémese a porfía
Los aromas que el árabe enervado
De sus fértiles términos envía.

El genio mismo venga de buen grado
A recibir adoración ferviente
De süaves guirnaldas coronado.

De consagrados panes le apaciente,
Abrévese de vino en largo riego,
Nardo puro destile de su frente.

Plácido venga y favorable al ruego....
Viene! Qué más, Cerinto, dudas? Ea!
Concede él lo que pidas: píde luégo!

«Que la fe de tu esposa firme sea»
Adiviné tu anhelo. Aun no profieres
El voto, y ya tu pecho el dios sondea.

El te ha oído, sabe él que no prefieres
Al bien que te cautiva y enamora
Ni campos, cuantos dan tributo a Ceres.

Ni perlas, cuantas pule y atesora,
Del indo afortunada convecina,
La mar que al sol naciente se colora.

Ves? Con trémulas alas se avecina
Trayendo amor a los amantes cuellos
La cadena nupcial: tú el cuello inclína.

Lazos que firmes siempre y siempre bellos
Habrán de ser mientras vejez rugosa
Tarde llega a argentar vuestros cabellos.

Entonces esta fiesta venturosa
Volverá aún; cuando seáis abuelos
Ufanos os verá de prole hermosa,
Jugando a vuestros pies los nietezuelos.

—

Elegía III.

Ella en el campo está, vive en la aldea:
Quien quiera que morada un punto solo
Hiciere en la ciudad, maldito sea!

Venus misma ya deja el albo polo
Por la alegre campiña, ya Cupido
Con rústicos aprende a hablar sin dolo.

Oh! si verla me fuese permitido,
Brïoso allá con azadón pesado
Cavara el fértil suelo endurecido,

O, a fuer de labrador, con el arado
Tras los uncidos bueyes anduviera
En ámbito a la siembra destinado.

No ya, si sol abrasador me hiriera,
No, si ampolla mis manos delicadas
Abiertas lacerase, me doliera.

Así el galano Apolo en las pasadas
Edades, pues lo quiso Amor, de Admeto
Apacentando anduvo las vacadas.

Y qué la lira, en su anhelar inquieto,
Qué la guedeja de oro le aprovecha
Ni de sus yerbas el poder secreto?

Toda aquella arte de curar, deshecha
Vio el dios entre sus manos, traspasado
El corazón por invencible flecha.

El mismo de los pastos el ganado
Sacaba, él a beber lo conducía
Al verde margen de árboles poblado.

La leche por sus manos esprimía,
Y con mimbre enseñó a tejer liviana
Cesta que al suero diese angosta vía.

Oh cuántas veces le encontró Dïana
Cuando alzado llevaba algún ternero,
Y de vergüenza enrojeció la hermana!

Cuántas veces cantaba en el otero,
Y las vacas el canto peregrino
Romper osaron con mugido fiero!

Consultaban su oráculo divino
Caudillos angustiados, y del santo
Templo, el que ansioso entró, burlado vino.

Latona qué de veces, no sin llanto,
Híspidos vio y revueltos los cabellos
Que fueron ya su admiración y encanto!

Ni quién podría reparando en ellos,
Greña ahora de agreste vaquerizo
Reconocer de un dios los rizos bellos?

Tu Delo amena, oh Febo! qué se hizo?
Pitia dó está? ¿Dejaste las ciudades
Y amor te hospeda en adüar pajizo?

Siglo dichoso aquel, santas edades
Cuando al amor, sin recatar su llama,
Servían en la tierra altas deidades!

Hoy de Apolo reís; mas el que ama
Querrá mas bien ser risa de la gente
Que no un dios cuyo pecho no se inflama.

Más tú, a quien leyes da con triste frente
Cupido, quienquier fueres, tus rëales
Acá traslada, en mi mansión, deténte.

Siglo el nuéstro es de hierro, y los mortales
No ya a Venus, tan sólo rinden culto
A la rapiña; y qué turbión de males!

Con ella la asechanza, el fiero insulto
Vino, y sangre y estrago: ella escuadrones
Arma y concita militar tumulto.

Al peligro de escollos y aquilones
Ella añadió en la mar riesgos extraños
Cuando naves lanzó con espolones.

Ni riberas respeta ni aledaños
El pirata, y extiende el pensamiento
A tierra inmensa, a innúmeros rebaños.

Los mármoles divorcia de su asiento:
Ya columnas le llevan enteriza
Cien yuntas en pesado movimiento;

Con moles ya las aguas esclaviza,
Y en mar cerrado el escogido pece
Sin temor de borrascas se desliza.

En tanto alegre mesa a ti se ofrece
En vajilla de Samos, a ti el vino
Se escancia en barro, que el Cumano cuece.

Ay dolor! si ya el pecho femenino
Sólo rinde a los ricos su altiveza,
Yo con rapiñas me abriré camino.

Para que nade Némesi en riqueza
Y por las calles paseando ostente
La esplendidez debida a mi largueza.

Vístase ella la gasa transparente
Donde la hija de Cos el arte extrema
Mezclando hilo sutil de oro luciente.

Acompáñenla, haciéndole zalema,
Hombres que la India engendra, a quien cercana,
Del sol la lumbre los semblantes quema.

Varïadas colores use ufana,
Brindándole, a cual más, hermosa y leda
Púrpura Tiro y Africa su grana.

Quién lo ignora? De esclavos puesto en rueda
Ese que hoy reina y tus favores gusta
Mostró marcado el pie con blanca greda.

Mas, oh Ceres! conmigo diosa injusta
Que a Némesis me robas, la campiña
La prometida mies te niegue adusta!

Y oh tú, Baco mancebo, que la viña
Enseñaste a plantar, si allá entretienes
A mi amada también, de hoy más no ciña

El esperado pámpano tus sienes:
No impune has de ocultarme la hermosura
Ni a tal precio jactarte de tus bienes.

Vuelva a darnos sustento la segura
Bellota, y despreciado el rico jugo,
Bébase el agua de las fuentes pura,

Este sobrio tenor de vida plugo
Del mundo a los antiguos moradores,
Y era de amor entonces blando el yugo.

No araban los errantes amadores,
Pero Venus doquiera les brindaba
Con fácil lecho de silvestres flores.

No de argos y cerrojos era esclava
La inocente pasión. Oh edad felice!
Oh, si volviese lo que allá se usaba!

Quién de estos artificios no maldice
Que la voz adulteran y el semblante?
Más bien velloso abrigo el cuerpo enrice.

Si aquella por quien peno está distante,
Si tarde o nunca verla ya me es dado,
Qué me importa llevar toga ondeante?

Llevadme allá de Némesis al lado,
Llevadme! y no habrá rústica faena
Que me arredre o fatigue; de buen grado
Al azote me ofrezco, a la cadena!

—

Elegía IV.

Adiós, nativa libertad! Ya suena
La hora del cautiverio, a que rendido
Inexorable dama me condena.

De cadenas durísimas ceñido
Ella de hoy más me oprimirá; ni espero
Que amor las suelte atento a mi gemido.

O inocente o culpable prisionero,
Ardiendo estoy. Oh bárbara! retíra
Esas antorchas, que abrasado muero!

Tal dolor evitase y tánta ira
Y yo el peñasco fuese que en remota
Helada cumbre endurecer se mira.

O el escollo del mar donde la rota
Nave se estrella al ímpetu del viento
Sobre la onda encrespada que la azota!

Y no que ora redoblan mi tormento
Noches amargas tras amargos días,
Y continuo de hieles me apaciento.

Y qué valen mis tiernas elegías
Si ella, ahuecando la mezquina diestra,
Oro demanda en vez de melodías?

Id, Musas, lejos, si la ayuda vuestra,
Si la apolínea inspiración es vana!
Quise hacer yo de vuestros dones muestra,

Mas no para cantar la guerra insana
Ni del sol los caminos, o el sosiego
E inciertos pasos de su blanca hermana.

Solo anhelé con armonioso ruego
Enternecer a la beldad que adoro;
Id Musas, pues, abandonadme luégo!

Yo buscaré con crímenes el oro,
Y no más entre inútiles suspiros
Puros umbrales bañaré con lloro.

Yo los templos y místicos retiros
Meteré a saco, y guay! que a ti prepara
Mi mano, Venus, los primeros tiros.

Tú me esclavizas a mujer avara,
Tú al mal me induces; siente la primera
Mis sacrílegas manos en tu ara.

Maldito el que a los ojos lisonjera
Trae la verde esmeralda, el que colora
Blanco vellón en púrpura extranjera!

Deslumbran a la joven en mal hora
Galas de Cos y perlas del Mar Rojo,
Y ansia de lujo el pecho le devora.

A perdición la lleva el ciego antojo,
Y mal su honestidad torvos guardianes,
Mal la defiende rígido cerrojo.

Vé de dádivas lleno, y sin afanes
Desprenderse verás la cerradura,
Dormir los guardas y aun dormir los canes,

El dios que concedió de la hermosura
A codiciosas hembras el encanto,
Hundió el placer en mares de amargura.

De ahí triste la discordia, acerbo llanto,
Y todo, en fin, lo que al Amor desdora,
Infame dios, hermoso un tiempo y santo.

Mal hayan las riquezas que atesora
Mano venal, que al puro amor defrauda!
Caiga fuego sobre ellas a deshora:

La alegre juventud mire y aplauda,
No haya socorro alguno, y viento fuerte
La llama empuje resonante y rauda.

O si antes, oh crüel! llega la muerte
Quien te llore no habrá, nadie que quiera
Fúnebres homenajes ofrecerte.

No así la incorruptible: aunque esa muera
De años cargada, lágrimas y honores
La seguirán a la mansión postrera;

Y alguno, honrando fiel viejos amores,
Cada año volverá respetuoso
El túmulo erigido a ornar de flores,

Y dirá al retirarse: «Tu reposo
Nadie turbe, y la tierra a mi deseo
Blanda guarde tu sueño silencioso!»

Predico la verdad, y es devaneo,
Y no hay que hablar; que a luz de amor tirana
Ella me obliga y redención no veo.

Si ella decreta que a pregón mañana
Mi patrimonio enajenado sea,
Lares, adiós! mi voluntad se allana.

Junte filtros de Circe y de Medea,
Mezcle al par cuanta yerba ponzoñosa
Gran hechicero el Tesaliense emplea.

Cuanto ardor empleó la Cipria diosa
En la espuma del seno destilada
De la yegua selvática y furiosa:

Si de Némesis dulce una mirada
Merezco al fin, a tan fatal conjunto
Ella venenos mil, si quiere, añada
Y venga el vaso, beberéle al punto!

—

Elegía V.

Sé favorable a nuestros votos, Febo!
En los misterios de tu templo santo
Hoy se recibe sacerdote nuevo.

Acúde con tu cítara entretanto;
Gárrulas cuerdas a pulsar empiéza
Y dulce a la alabanza inclína el canto.

Vén, en torno ciñendo a tu cabeza
El laurel, de victoria noble sello;
Ya el ara con ofrendas se adereza.

Pero de gala vén, nítido y bello:
Festiva y no estrenada ropa viste,
Péina bien el undívago cabello.

Muéstrate, en fin, cual ya resplandeciste
Cuando en himnos cantabas tú süaves
Triunfante a Jove y a Saturno triste.

Tú desde lejos lo futuro sabes;
Por ti el augur el inacorde grito
Y el curvo vuelo entiende de las aves;

Y observando el arúspice tu rito
Víctima inescrutable a ojos profanos
Abre, y en ella el porvenir ve escrito.

Por ti jamás engaña a los romanos
La Sibila, que traza del destino
En exámetro verso los arcanos.

Permíte que tus versos Mesalino
También devuelva y a leer aprenda
El recóndito canto sibilino.

A Eneas la Sibila, amiga senda
Mostró cuando a su padre y a sus lares
Salvos sacaba de la llama horrenda;

Y aun de Roma le habló cuando a los mares,
Lanzándose, los ojos revolvía
Y contemplaba arder muros y altares.

En aquel tiempo Rómulo no había
Fundado la ciudad de que su hermano
Remo jamás habitador sería.

Vacas pacían el herboso llano
Que hoy cubren moles; choza fue mezquina
Lo que hoy de Jove esplendoroso fano.

Rociado en leche, a sombras de una encina,
Guarecíase Pan, y hecha en madera
Por rústico escultor Pales divina.

Canora flauta do con blanda cera
Desiguales cañutos en contino
Descenso unidos van, entonces era

Ofrenda grata a numen campesino,
Y el nómade pastor con fe sencilla
Dejábala suspensa en olmo o pino,

Y donde ahora se dilata y brilla
El barrio de Velabro, era laguna
Por do a remos cruzó pobre barquilla,

Que en los días festivos trajo alguna
Complaciente y graciosa zagaleja
Al joven mayoral de alta fortuna,

Con frutos, que movida por la reja
Rindiera el haza, y queso regalado
Y el níveo recental de blanca oveja.

«Hermano fuerte del amor alado!
«Constante Eneas, que en tus huecos pinos
«Llevas los restos de Ilïón sagrado!

«Júpiter ya los campos laurentinos
«Te ha señalado; hospitalario suelo
«Va a recibir tus lares peregrinos.

«Allí santo serás; allí de un vuelo
«La onda de Numico veneranda
«Como a dios tutelar te alzará al cielo.

«Ya en torno a tus cansadas popas anda
«Fiel la Victoria, y la hija de Saturno
«Al pueblo que afligió desciende blanda.

«Ante mis ojos, entre horror nocturno,
«De los Rútulos arde el campamento
«Y muerte anuncio a ti, bárbaro Turno.

«Y viendo estoy los muros de Laurento,
«Caudillo a Ascanio, y la Lavinia corte,
«Y miro de Alba Longa el nuevo asiento;

«Y a ti también—sin que dejar te importe,
«Ilia, regia vestal, la ara ofendida—
«Ceder a los halagos de Mavorte.

«Miro la venda de tu sien caída,
«Y del dios que en secreto te enamora,
«El fuerte escudo que en la playa olvida.

«Paced, toros, paced la yerba ahora
«De las Siete Colinas; pronto en ellas
«Se erguirá la ciudad dominadora.

«Tú, cuantos Ceres ve de las estrellas
«Fértiles campos, tanta tierra esclava
«Verás, oh Roma! y llevarás tus huellas

«A donde nace el Sol, y a donde acaba
«El curso de su rápida cuadriga
«Que en ondas crespas del sudor se lava,

«Tiempo será en que Troya le bendiga,
«Renaciendo asombrada, y a ventura
«Tenga tan largo errar, tánta fatiga.

«Eneas, la verdad mi voz te augura;
«Así de sacros lauros me alimente,
«Así por siempre permanezca pura!»

Esto predijo, oh Febo! la vidente,
Y tu nombre invocando, la erizada
Melena sacudió sobre la frente.

También fue ya tu intérprete inspirada
Marpesia, el pecho de tu numen lleno,
Y Amaltea, y Erófile sagrada;

Y Albúmea, que al través del Anïeno
Espumoso raudal intacto pudo
Llevar tu libro en el enjuto seno.

Ellas vaticinaron cual sañudo
Precursor de discordias, un cometa
Y de guijarros aguacero rudo.

Y dicen que el clangor de la trompeta
Oyóse, y choque de armas por el cielo
Y el bosque de desastres fue profeta.

Y vino un año de terror y duelo
En que el sol por los aires, incoloro
Guió su carro entre nubloso velo.

Divinos simulacros tibio lloro
Sudaron, y en el campo nuevos males
Tomando humana voz nunciaba el toro.

Prodigios de otro tiempo funerales!
Vén clemente, y en mar embravecido
Dígnate, Apolo, hundir presagios tales!

Ardiendo en tus altares dé estallido
Favorable el laurel, y un año entero
De paz anuncie y de abundancia henchido.

Albricias! estalló el infausto agüero.
Albricias, labradores! Atestado
Rebosará de frutos el granero,

Las uvas pisará de mosto untado
El viñador; lagares y toneles
No bastarán al vino desatado.

Ebrios pastores, a su diosa fieles,
Fiesta a Pales harán. De la majada
Huíd en tanto, huíd, lobos crueles.

Montones extendiendo de tostada
Paja, el ágil zagal saltará ileso
Por cima de la sacra llamarada.

Crecerá la familia, y el travieso
Rapaz, de las orejas al ufano
Padre asirá para robarle un beso

Ni tendrá a menos venerable anciano
Cuidar los nietezuelos en la casa
Y balbucir con ellos mano a mano.

A honrar al Dios en la campiña rasa
Irá la juvenil alegre tropa
Do brinda árbol antiguo sombra escasa

O con guirnaldas atarán la ropa,
Improvisando toldos, y delante
Colocarán la festonada copa.

Manjares cada cual a su talante
Traerá, y de césped alto hará su mesa
Y su asiento a la par. Férvido amante

En quien celos rabiosos hacen presa,
Asestará a su amada hiriente frase
Encendido en furor que pronto cesa.

Cuando el nublado que le ciega pase,
Al cielo hará de su intención testigo,
Y llorando, de insania culparáse.

Con tu licencia ¡oh Febo! yo maldigo
Arco y flechas; el cielo las destruya
Porque nunca las lleve amor consigo!

Buenas las armas son como arte tuya,
Mas en manos de amor, ¡oh cuanto estrago!
¡Ay! ¿quién habrá que de su alcance huya?

Dígalo yo que ha tiempo herido yago
Y encariñado estoy con mis cadenas,
Y mi propia dolencia, ¡oh torpe! halago.

Siempre a Némesis canto, y cuando ajenas
Materias trato, mal los versos mido,
Ni versos hallo ni cadencias llenas.

Mas hoy, Ninfa crüel, perdón te pido
Y el favor de los Númenes demando
A los piadosos vates concedido,

Para cantar a Mesalino, cuando
En carro de marfil vaya triunfante
Un ramo de laureles empuñando,

Y escenario marcial lleve delante,
Y atrás, con lauro rústico en la frente
¡Triunfo! el soldado en voz robusta cante;

Y viéndole pasar resplandeciente
El padre lance aclamación festiva
Dando hermoso espectáculo a la gente.

Propicio Febo mi oración reciba;
Así adorne por siempre con galana
Cabellera la frente; así le viva
Casta por siempre la apacible hermana!

Elegía VI

Hoy Macro sale a militar campaña;
Y el delicado amor en este caso
¿Qué hará? Marcha también y le acompaña?

¿A todas partes seguiràle acaso,
Y peso de armas llevará doquiera
Ya en medio de la mar, ya a campo raso?

Abrása, abrása oh niño, esa alma fiera!
Quien tus ocios huyó, tu enojo pruebe;
Vuelva ya el desertor a su bandera!

Mas si temerte el guerreador no debe,
Aquí hay, aquí, quien ser soldado pida
Que a coger agua él mismo el casco lleve.

Adiós damas y amores! Nueva vida
Emprendo, fuerte soy, nada me aterra;
Marcial clarín al campo me convida.

Con voces tales apellido guerra;
Mas si soberbias son, puerta inclemente
Con soberbio silencio a ellas se cierra.

Cuántas veces juré solemnemente
No volver a ese umbral, y cuántas mudo
Lo que juró la lengua el pie desmiente?

Quisiera ver deshechas, amor crudo
Esas que usas por armas, los hachones
Hechos pavesa y roto el dardo agudo!

Yo contra mí profiero imprecaciones,
Turbado por tu culpa el pensamiento;
Tú mil blasfemias en mi labio pones.

Dado hubiera a mis males fin violento
Si la esperanza al par no me llevara
Iluso de un momento a otro momento.

Ella estimula al que los campos ara
Y muéstrale, al fiar al surco el grano,
La henchida mies que el año le prepara.

Ni en aire o aguas su favor fue vano.
Ella al ave a caer en lazo obliga,
Ella en sutil anzuelo al pez liviano.

Y del esclavo encadenado amiga,
Ella va a consolarle: al pie el grillete
Suena, y él canta en medio a la fatiga.

Ella a Némesis blanda me promete,
Mas tú resistes, Némesis tirana;
Oh! qu e a la diosa la mujer respete!

Ruégote por los huesos de tu hermana;
Así breve reliquia en paz segura
Duerma aquella a quien muerte hirió temprana!

Su alma venero yo cándida y pura;
Yo guirnaldas regadas con mi llanto
Llevaré a su enyerbada sepultura,

Y embebecido en su recuerdo santo
Con su ceniza, en oración callada,
Hablaré allí de mi mortal quebranto.

Oiráme, y la tendré por abogada
En tu conciencia. Oh Némesis! no quede
Su generosa intercesión frustrada.

Que cuando el carro de la Noche ruede
Sobre el mundo en silencio sumergido,
Mostrarse en sueños y afligirte puede,

Mustia la faz, el seno enrojecido,
Como cayó precipitada un día
De alta ventana a la mansión de olvido.

Mas callo: contristarla no querría,
Ni es justo que una lágrima siquiera
Haya de derramar por causa mía.

Quién ojos a enturbiar osado fuera
Que serenos hablando a quien los mira
La inocencia del pecho sacan fuéra?

Culpable aquella sí que en torno gira,
Mensaje corruptor con maña y tiento
Llevando, y en los labios la mentira.

Si desde el duro umbral adentro siento
De Némesis la voz, ésa la niega
Con el más descarado juramento,

Y en la noche a que estoy citado, alega
Que el ama cayó enferma, o que amenaza
Algún peligro, y que me aleje ruega.

Entonces pienso que a otro ella se abraza
Y cuál, fácil y varia en sus anhelos,
Le hace feliz mientras a mí rechaza.

Y a ti malvada Frine (oh rabia, oh celos!)
Maldigo entonces, ya los diques rotos:
Harto has de padecer, si oyen los cielos
Parte alguna, aunque breve, de mis votos.

LIBRO III

Elegía I

Hoy la festiva luz al mundo asoma
De las Calendas que consagra Marte,
Por donde el año abrió la antigua Roma.

Mil presentes y mil por toda parte
Calles, casas recorren a porfía
Con pompa y esplendor, hijos del arte.

Musas! qué dar en tan solemne día
A mi beldad.... o a la que me es tan cara,
Si error fue vano apellidarla «mía»?

Seduce el oro a la mujer avara,
Mas el canto conviene a la hermosura:
Versos, Neéra, mi amistad prepara.

Albo, con rojëante cobertura,
A ti mi libro irá; mas antes debe
Rasar el cano vello pómez dura.

Por cima de las finas hojas, breve
El título aparezca, y señalado
En cifra, del poeta el nombre lleve

Uno, en fin, y otro extremo coronado
De perilla, vistoso el rollo ostente;
Todo concurra a merecer tu agrado.

Y pues aquí la inspiración se siente
Que os debo, Ninfas del Castalio coro,
Por vuestra verde gruta y sacra fuente,

El nuevo auxilio conceded que imploro
Y este libro llevad en nombre mío
Así, flamante, a la beldad que adoro.

Ella os responderá: saber confío
Si su afecto subsiste, o detrimento
Tal vez padece, o si paró en desvío.

Como a Ninfa, con grave acatamiento
Primero honradla, y luégo con dulzura
Esto decidle en cadencioso acento:

«Aquél a ti, beldad honesta y pura,
«Que amante fue y hermano agora, envía
«Humilde dón que aceptes ruega, y jura

«Amante más que la alma luz del día,
«O hermana suya gustes ser, Neéra,
«O esposa fiel, que hacerte dios sería

«Más él aquesta dicha inmensa espera
«Con fe constante, y no desmaya en tanto
«Que el triste plazo llegue y luz postrera
«Y baje el reino a ver de eterno espanto.»

—

Elegía II

Quien robó primero
A un doncel su dama,
Su esposo a una joven,
Duro fue de entrañas.

Fue también de bronce
Quien esposa cara
Perdió así, y el hondo
Pesar no le mata.

Para trances tales
Las fuerzas me faltan;
Aun pechos valientes
El dolor quebranta.

Y dirélo todo:
Muerta la esperanza
De vivir, el tedio
Penetró en mi alma.

Ay! cuando yo sea
Sombra leve y vana,
Y ceniza tornen
Mi cuerpo las llamas,

Neéra llorosa
A la pira vaya,
Suelta por los hombros
La madeja larga.

Su madre con ella;
Y lloren entrambas,
La hermosa a un amante,
Y un yerno la anciana.

Mis manos invoquen
En triste plegaria;
Sus manos piadosas
Purifique el agua;

Junten luégo, suelta
La veste enlutada,
Los cándidos huesos,
Sola parte salva.

Sobre ellos primero
Vino añejo esparzan,
Después viertan leche
Cual la nieve blanca.

La humedad les limpien
Con finas toallas,
Y enjutos los pongan
En marmórea estanza.

Y allí con aromas
De lejas comarcas,
Los que Asiria envía
Y fértil Pancaya,

Lágrimas se mezclen
Que del pecho nazcan:
Tales honras quiero
Que a mis restos hagan.

Y en la losa, aquesta
Inscripción grabada,
De mi muerte a todos
Declare la causa:

«Aquí Ligdamo reposa,
«De Neéra amante fiel:
«Matóle dolor cruel;
«Le arrebataron su esposa.»

—

Elegía III

De qué sirve, Neéra, al cielo santo
Con votos fatigar, y siempre al ara
Llevar incienso y súplicas y llanto?

A fe que yo jamás excelsa y clara
Mansión pedí, donde impusiera leyes
Amo ostentoso, y mármoles hollara;

No que tierra vastísima mis bueyes
Labrasen, no de mieses coronada,
Verla, o cubierta de vagantes greyes;

Mas sí por largos años asociada
A tu vida llevar la vida mía
Y rendir en tu seno la jornada

Cuando el fatal irrevocable día
Llegue en que al fin en la Letea nave,
Habré de entrar desnuda sombra y fría.

Pues qué a mí el oro con su peso grave?
Qué rebaños sin número ni cuento?
Ni qué, regia mansión, áureo arquitrabe;

Mármol frigio qué presta a mi contento
O el que en Caristo o Ténero se corta;
La alta columna, el terso pavimento?

Y si del huésped a la vista absorta
Parques y grutas en redor tendidas
Bosques sacros semejan, qué me importa?

Qué las nítidas perlas escogidas
Que de la costa vienen Eritrea;
Qué cuántas telas en Sidón teñidas,

Todo en fin, lo que al vulgo lisonjea
Y al que, dueño exclusivo, lo reúna,
Sólo enojos y azares acarrea?

Nunca ese ahuyentará cuita importuna,
Pues sabe ha de venir, sin saber cuándo,
A derrocar grandezas la Fortuna.

Feliz, si pobre, de tu amor gozando,
Viviera yo; sin ti, despreciaría
Aulico honor, ilimitado mando.

Oh, cuándo tornarás, y cuando «mía»
Te podré apellidar vuelta a mis brazos?
Oh una y veces mil bendito día!

Mas si veda anudar tan dulces lazos
Algún dios que el oído siempre cierra
Y siempre alarga a mi anhelar los plazos,

No en cambio, no, señorëar la tierra
No Pactolo, arrastrado en áureo lecho,
Me halagará, ni cuanto el mundo encierra.

Otro a eso aspire: bajo humilde techo
Séame dado a mí con tierna esposa
Ignorado vivir, tranquilo el pecho.

Oye mis votos tímidos piadosa,
Oh hija de Saturno! y conducida
En leve concha tú, de Cipro diosa!

Mas si niegan la vuelta apetecida
El Destino y las tétricas Hermanas
Que conducen el hilo de la vida

Y las edades antevén lejanas,
Pálido el Orco de sus reinos fríos
Lléveme, con la grey de sombras vanas,
Al negro lago, a los inmensos ríos!

Elegía IV

El cielo santo me valga
Y mejor señal me dé;
Lo que penando soñé
Anoche oír, vano salga.

Volad, sueños fementidos,
Volved la espalda, visiones,
Y no a vuestras predicciones
Esperéis que preste oídos.

Sólo los dioses no engañan;
Sólo arúspices Toscanos
De los destinos humanos
El misterio desentrañan.

Mas nacen de noche y giran
Fantasmas mil por el viento,
Que al durmiente pensamiento
Pánico terror inspiran.

De ahí que el triste mortal
Nocturnas apariciones
Intente aplacar con dones,
Consagrando farro y sal.

Sea como quiera, o fe
Preste yo a sueño veraz,
O a burladora y fugaz
Imagen crédito dé,

Tú, Lucina, de mi mente
Bórra esta odiosa impresión,
Y nada haya con razón
Turbado a un pecho inocente.

Si nunca actos criminales
Concebí con mente loca;
Jamás blasfema mi boca
Ofendió a los inmortales.

Ya con sus negros bridones
Corrido la noche había
El cielo, y su carro hundía
Allá en líquidas regiones;

Y aun me negaba descanso
El dios que afanes serena;
Allí donde el alma pena
Tarde llega sueño manso.

Al fin, cuando entre esplendores
Febo asomó por Oriente,
Cerré ya desfalleciente
Los párpados veladores.

Entonces vi que un doncel
El pie en la estancia ponía,
A quien las sienes ceñía
Casto ramo de laurel.

Abundoso, deslazado
Luengamente por el cuello,
Caía el rizo cabello
En aromas empapado.

Irradiaba esplendidez
Como luna despejada;
Mas con púrpura mezclada
A la nieve de su tez.

Cual de zagala sencilla,
Que da la mano de esposa
Arde llama ruborosa
En la cándida mejilla,

Así, en tejida corona
Junto al lirio el amaranto;
Así la manzana, en tanto
Que el otoño la sazona.

Suelto ropaje, cual es
Propio de un dios, rozagante,
Le decora, y ondëante
Desciende y juega a sus pies.

De arte oculto maravilla,
Lleva a su izquierda pendiente
Lira de concha luciente,
Do a la vez el oro brilla.

Había el dulce instrumento
Comenzado a puntëar
Con plectro ebúrneo, y al par
Canto armonioso dio al viento.

Cuando el concierto suave
De la voz y de la lira
Cesó, piadoso me mira,
Y así empieza dulce y grave:

«Oh, grato al cielo mil veces,
«Casto, inspirado mancebo!
«Bien tú de Baco y de Febo,
«Bien de las Musas mereces.

«Pero las doctas hermanas
«No predijeron, el hijo
«De Sémele no predijo
«Cosas que yacen arcanas.

«A ellos no es dado leer
«En el tiempo venidero;
«Sólo yo obtuve tal fuero
«De mi padre, y tal poder.

«Poeta, escúchame ya,
«Que un dios no te engaña, y sólo
«Revelarte puede Apolo
«Lo que a revelarte va.

«Aquella a quien has querido
«Cuanto a sü hija nö ama
«La madre, más que a su dama
«El galán enardecido;

«Aquella por quien envías
«Tus votos al cielo santo;
«Que es objeto de tu canto
«Y tormento de tus días,

«Y cuando en lóbregos velos
«Te envuelve la noche, halago
«En sueños presente y vago,
«Burlador de tus anhelos;

«Ella, tu Neéra hermosa
«Ya guardarte fe no quiere,
«Piensa en otro, a ése prefiere,
«Y en su impio afán no reposa.

«Oh casta perjura! oh nombre
«De mujer, quién de él se fía?
«Maldita aquella que un día
«Aprendió a engañar al hombre!

«Pero versátiles son
«Y tú afirmar dulces lazos
«Podrás, si tiendes los brazos
«En ferviente adoración.

«Ay, que en trabajos sin par
«Terrible Amor nos empeña;
«Terrible Amor nos enseña
«El fiero azote a besar!

«Que en un tiempo apacenté
«Yo de Admeto la vacada
«No es fábula, nó, inventada
«Para reír, verdad fue!

«En verdad que no podía
«De la cítara gozar,
«Ni atinaba a concertar
«Con las cuerdas la voz mía.

«Allí su cantar doliente
«En flauta rústica entona
«El que es hijo de Latona
«Y de Jove omnipotente!

«No sabes lo que Amor es
«Mientras tú de acerbo dueño
«No te sometas al ceño
«Y al yugo el cuello no des.

«Vé, córre a la ingrata luégo,
«Rendido implóra, porfía;
«La condición más bravía
«Cede a la fuerza del ruego.

«Si algo un oráculo mío
«Pronunciado en templos vale,
«Vé allá, y en mi nombre dale
«El anuncio que a ella envío:

«*Apolo mismo te ofrece*
«*Esta unión, y él la bendice:*
«*Guárdala, y serás felice;*
«*Otros lazos aborréce!*»

Diciendo palabras tales
El sueño se disipó.
No venga despierto yo
¡Ay! a ver tamaños males.

¿Posible es tal veleidad?
¿Que tánta dulce promesa
Haya de parar en esa
Horrible infidelidad?

Mas no el Ponto embravecido
Te engendró, dulce Neéra;
No la espantable Quimera
Que aliento arroja encendido;

Ni erizado de serpientes
Trifauce Can te dio vida,
Ni Scila, mujer fingida,
Seno de monstruos rugientes;

Y no en entrañas llevada
De atroz lëona, en la triste
Bárbara Scitia no fuiste
No en Sirte horrenda criada.

Nacida, sí, en blanda cuna;
Y más que todos tu padre
Fue benévolo, y tu madre
Apacible cual ninguna.

Torne en bien piadoso el cielo
Los sueños de noche aciaga,
O a cálidos Notos haga
Que los barran en su vuelo!

—

Elegía V.

A vosotros Toscana
Fuente ahora os cautiva
Onda, sí, bajo estiva
Canícula, malsana.

Pero baño salubre
Que a cuantos hay supera
Así que Primavera
De gala el campo cubre;

Y a mí llámame en tanto
Proserpina temida
En la flor de la vida
Al reino del espanto.

¡Oh! a joven inocente
Que los sacros arcanos
Nunca enseñó a profanos,
Míra, diosa, clemente!

Nunca mi diestra, uso
Haciendo de raíces,
Emponzoñó a infelices,
Ni a templo fuego puso;

Nunca infame palabra
Vertí, ni odioso insulto;
Remordimiento oculto
Mi corazón no labra.

Aún no se encorva anciana
Mi edad, al pie inseguro;
En mi cabello oscuro
Aún no apuntó la cana;

Que a mis padres reía
Yo en el natal primero,
Cuando al par golpe fiero
A un cónsul y a otro hería.

¡Oh diosa! dí, ¿qué mano
Arrebatada y cruda
Los árboles desnuda
De su fruto temprano?

¿Qué ciegä hoz despoja
A la vid del racimo
Que se desvuelve opimo
Entre la verdë hoja?

Sombras, austeros jueces,
Mustias divinidades
Que en la región morades
De olvido, oíd mis preces:

¿Qué más os da que vea
Yo el Elisio tan presto,
Y el Estigio funesto
Y la nave letea?

Dejad que antes mi frente
Mostrar rugosa pueda
Y a mozuelos en rueda
Viejas historias cuente.

Cese el ardor violento
Que en mis venas se ceba....
¡Ay! quince días lleva,
Y ya morir me siento.

Vos, que gozáis los baños
De las Etruscas linfas
Y veneráis sus Ninfas,
Vivid felices años;

Vividlos; ni por eso
Me olvidéis, ya sucumba,
Del borde de la tumba,
Ya me levante ileso.

Conjurad mi destino:
A la deidad tremenda
Negras reses, y ofrenda
Votad de leche y vino.

—

Elegía VI.

Así por siempre consagrado veas
El pámpano en tu honor, así coronas
Ciñas de hiedra a tu cabeza, oh Baco,
Que alivies mi dolencia y me socorras!

Bien podrá remediar quien veces tántas
Ha vencido al Amor, al que hoy le invoca
Hierva el Falerno en los benchidos vasos;
Sús, mancebo, las ánforas trastórna.

Lejos de aquí, cortejo desabrido,
Lejos vuelen cuidados y zozobras,
Y a sus níveos alígeros dé suelta
Radiante el sol con desusada pompa.

Mas vosotros, amigos, el convite
De buen grado aceptad. Si hay quien recoja
Las velas ante el plácido certamen,
Traición su amada le prevenga a sordas.

Un dios dilata el ánimo apocado,
Un dios cervices inflexibles doma,
Y las subyuga a la belleza; el mismo
Que amansa las panteras y leonas.

Amor tánto poder y aun más demuestra;
Pero a nosotros, camaradas, toca
Hoy a Baco seguir; hoy de vosotros
Quién intacta osará dejar la copa?

Apurad, apurad! Nunca se dijo
Del dios del vino, que miradas torvas
Haya lanzado a los que al par sus dones
Disfrutan y el placer de la concordia.

Ceñudo es él con quien el ceño frunza,
Y más furioso cada vez le acosa;
Si arrostrar no queréis su airado numen,
Alzad el vaso. La sangrienta historia

De la hija de Cadmo nos enseña
Cuanto él se crece y qué venganzas toma,
Tremendo a fe! —Nosotros sus parciales,
Nada debemos recelar;—y sola

Ella la fuerza de sus iras pruebe!
Oh, qué insensato proferí? qué loca
Imprecación! A disiparse vaya
En las alas del viento vagarosas!

Aunque jamás del que te amó, Neéra,
Te acuerdes, víve, y cuanto anheles, góza!
Volvamos a reír! Llegó sereno
Un día al fin que los pasados borra.

Ay! no es fácil mostrar mentido gozo;
No sientan bien sonrisas en la boca,
No suenan bien los báquicos acentos
Cuando pena secreta nos devora.

Mas porqué, infortunado, te lamentas
Y al amargo penar cobarde tornas?
Lejos de aquí funestas aprensiones;
Que el dios del vino los gemidos odia.

Ved a Arïadna, del infiel Teseo
Desamparada en solitaria roca;
Ved a Baco acallando los lamentos
Que Catulo en su canto conmemora.

Vosotros, compañeros, mis lecciones
No desdeñéis, oídme atentos ora;
Que no es poco dichcso el que convierte
Ajeno daño en experiencia propia:

Nó, si os detiene con amante brazo
Y con voz enmelada os enamora,
No si os jura una bella por sus ojos,
Por la alma Juno y por la Cipria diosa,

Fe le prestéis jamás! De las palabras
Livianas del amor y engañadoras,
Ríese Jove en su encumbrado asiento
Y a céfiro fugaz las abandona.

Mas a qué siempre a mi querella eterna
Volver? contra tenaz pasión qué logran
Justas protestas y razones graves?
Más bien yo allá pudiese, ingrata hermosa

Dichoso a par de ti dejar del día,
De su noche dejar correr las horas!
Ah! yo no merecí perfidia tánta!
Pérfida y todo, el corazón la adora!

Vuéla, lento sirviente;—el padre Baco
Ama también las Ninfas de las ondas.
Templa con agua pura el vino añejo;
Que no he de gemir, nó, la noche toda,

Porque ella me abandone y a otro siga.
Ea! mézcla más vino, el vino corra!
Yo he debido hace tiempo mi cabeza
Ungida en nardo coronar de rosas!

LIBRO CUARTO

I

Incerti auctori panegyricus Messallae.

I

Panegírico de Mesala, por incierto autor

Elegía II

Marte! en tu fiesta Sulpicia
Se adorna: si tienes gusto,
Que bajes del cielo es justo
A mirarla a tu placer.
Venus te dará licencia;
Mas no te embebas de suerte
Que sin sentirlo, dios fuerte,
Dejes las armas caër.

De ella en los ojos enciende
Sendas antorchas Cupido
Cuando en su fuego temido
Quiere abrazar a algún dios.
A doquier que ella retorna,
En el menor movimiento
La gracia secreta siento
Que sirviéndola va en pos.

Que al viento el cabello esparza
Nada hay que mejor le pruebe;
Que recogido lo lleve,
Nada me parece igual.
Enamórame si arrastra
Rica púrpura de Tiro;
Me enajena si la miro
Velada en blanco cendal.

Con Verumno la comparo
Que allá en la mansión celeste
Siempre hermoso en nueva veste,
Formas muda mil y mil.
Poseer las ricas telas
Que dos veces arrebola
El ostro, merece sola
Ella, entre damas gentil.

Sólo a ella el Arabe rico
Enviar debiera en tributo
Todo el cosechado fruto
De su balsámica mies;
Sólo ella las perlas todas
Que en el Rojo Mar lejano
Pesca el atezado indiano,
Mirar debiera a sus pies.

A ésta, Pïérides sacras,
Venid a cantar ahora,
Y tú, Febo, en la sonora
Lira de que ufano estás.
Vuelva siempre hermoso el día
De Marte que ella honra tánto;
Más digna de vuestro canto
Otra no visteis jamás.

—

Elegía III.

Gracia, jabalí bravío!
Ya trates húmedas cañas,
O ya umbríferas montañas,
Gracia para el dueño mío!

Ni hacer quieras, ay de mí!
De aguzado diente alarde;
Amor allá me le guarde
Y salvo tórnele aquí.

Ora por valles y cerros
Llévale Delia consigo,
Y yo de bosques maldigo
Y de seguidores perros.

Pues qué, salir no es locura
Con las manos lastimadas
Por andar de empalizadas
Rodëando la espesura?

Qué gusto es ir a hurtadillas
Tras las encovadas fieras,
Tropezando en cambroneras
Que ensangrientan las rodillas?

Mas si a tu lado concedes
Que vaya, Cerinto, iré
Por montes, gustoso a fe
Con las retejidas redes.

Seguiré el rastro fugaz
De medrosa cervatilla
Y la pesada traílla
Quitaré al sabueso audaz.

Selva hermosa para mí
Aquella selva do al pie
De la malla digan que
Con mi Cerinto yací!

Y si a la trampa derecho
Viene el jabalí bravío,
Huirá, respetando pío
De dos amantes el lecho.

Hoy a Cerinto en la oscura
Floresta otro amor no encienda;
Imite a Diana, y tienda
Casta red con mano pura.

Si hay una Ninfa que goce
De un amor que es sólo mío,
Caiga en poder del impío
Jabalí. que la destroce!

Y ora a la caza un instante
Que te hurtes, Cerinto, ruego
Y a descansar vengas luégo
En el seno de tu amante.

—

Elegía IV

Vén, y a una joven doliente
Febo, tu presencia salve;
Gallardo muéstranos ya
Tus cabellos ondëantes.

Vén! si a una hermosa tus manos
Benéficas aplicares,
Haberla vuelto a la vida
Yo sé que no ha de pesarte.

No permitas que la fiebre
Sus miembros invada exangües,
Amarillez mortecina
Su límpida tez no empañe.

Cualquiera que este mal sea,
Cualquiera el que la amenace,
Todo eso en rápidä onda
Vaya a perderse en los mares.

Vén, Numen santo, y contigo
Todos los bálsamos träe
Todos los rezos que puedan
Remediar dolencia grave.

Ni atormentes al mancebo
Que teme funesto trance,
Y por su dueño adorado
Votos hace innumerables.

Votos, sí; mas a las veces
Creyéndola ya expirante
Quizás con ásperas quejas
Ofende a los inmortales.

Césa de temer, Cerinto;
Nó, no el dios a los amantes
Perderá; tu amor por ella
Sea firme, y salvaráse.

Ni es ocasión de que llores;
Esas lágrimas se guarden
Para cuando, acaso, un día
Con ceño acerbo te trate.

Ahora es tuya, toda tuya;
Sólo en ti pensar le place;
Turba asidua al cielo implora....
Crédulos! Su amor no saben.

Mírala propicio, Febo;
Tendrás alabanza grande
Cuando se diga y divulgue
Que tú en uno a dos salvaste.

Cuál te verás festejado
Cuando ambos a los altares
Por la merced recibida
Lleven común homenaje!

Te dará los parabienes
El coro de las deidades,
Y envidiarán a porfía
Los secretos de tü arte.

——

Elegía V

Sacro y venturoso día,
Por mí entre los más solemnes
Será, Cerinto, contado
El que a ti ligó mi suerte.

Las Parcas cuando naciste
Sobre todas las mujeres
El señorío anunciaron
Que dueño absoluto ejerces.

Yo antes que todas me abraso,
Y ufanada estoy si fuere
Este amor correspondido:
Séalo, Cerinto, siempre.

Te lo ruego por los dulces
Hurtos que el amor protege,
Y por la luz de tus ojos,
Y por tu guardián celeste.

Genio poderoso! acóge
Sus ofrendas y sus preces;
Mientras la memoria mía
De su pecho el ardor cebe.

Mas si por otros amores
Llega a suspirar, suspénde
Tu patrocinio y ya nunca
A infiel hogar lo dispenses.

Tú, Venus, no injusta seas:
Que él conmigo se sujete
A la coyunda que impones,
O yo libre de ella quede!

Ah, nó! cadenas tan dulces
Más se afirmen y se estrechen,
Y aun al golpe de los años
No hayan jamás de romperse!

Esto mismo que yo pido
Pide él, mas secretamente;
Mala vergüenza le embarga,
Y exhalar sus votos teme.

Pero tú, Natal divino,
Pues nada hay que no penetres,
Oyeme! qué da que a voces
O que en silencio te ruegue!

—

Elegía VI

Diosa de los natalicios,
El incienso, Juno, acóge
Que con sus hermosas manos
Te ofrece iniciada joven.

Hoy todo te pertenece,
Hoy se aliña, se dispone
Vistosamente a ofrendar
En tus altares sus dones.

De aderezarse presume
Sólo para hacerte honores;
De llevarse las miradas
De alguien, el anhelo esconde.

Ayúdale, excelsa diosa:
A los que se aman la noche
No separe; da cadena
Que a galán tibio aprisione.

Qué gentil copia con ellos
Harás! pues dónde hallar, dónde
Dama para él más preciada,
Para ella garzón más noble?

Ni custodia vigilante
Sorprenderlos jamás logre;
Trazas Amor les enseñe
Con que a la vista se roben.

Acúde, en ropaje envuelta
De riquísimos colores,
A recibir, casta dea,
Triplicadas libaciones.

Madre acuciosa a la hija
Qué ha de pretender dispone,
Y ella a otro objeto consagra
Secretas aspiraciones;

Y arde, como arde el incienso
Presa de llamas veloces,
Y aunque sanar fuere dado
No querrá sanar de amores.

Ella le enamore; y cuando
Esta fiesta anual retorne,
Ya de tiempo atrás logradas
Las dichas que anhela goce.

Elegia VII

Al fin logré tal amor:
Que más conviene a mi fama
Tal vez descubrir la llama
Que ocultarla por pudor.

Citerea enternecida
Por mis canciones, acá
Trájole en brazos, y ya
En mi regazo le anida.

La diosa así de buen grado
Cumple sus promesas fiel:
Hable de mi gozo aquel
De quien digan fue burlado.

A las tablillas no fío
Mi confidencia, no sea
Que lo que yo escribo lea
Alguno antes que el bien mío.

Y no me arrepiento, nó;
Fuera, honrilla! Qué de mí
Dirán? que de él digna fui
Y él de mí; que amé, y amó.

—

Elegía VIII

Próximo está, y en mal punto
Llegará mi natalicio,
En la soledad del campo,
Y lejos, ¡ay! del bien mío.

Nada tan dulce cual Roma;
Y a una joven qué atractivos
Han de ofrecer en la aldea
Tiempo crudo, agrestes sitios?

Mesala, asaz cuidadoso
De mi suerte, y siempre listo
A vïaje inoportuno,
Que descanses te suplico.

Si libre arbitrio me niegas
Obedezco, iré contigo;
Pero voy muerta: aquí el alma,
Aquí dejo los sentidos.

—

Elegía IX.

Sabes que de aquel odioso
Vïaje cesó el peligro?
Cesó, Cerinto, y en Roma
Pasaré mi natalicio

Prepárate a celebrarle
En grata reunión, Cerinto,
Y por la imprevista nueva
Regocíjate conmigo.

Elegía X.

Harto bien me ha parecido
Que en tal libertad me dejes,
Seguro de que a deshora
No he de caer imprudente,

Si togada mujerzuela,
Si hilandera ruin prefieres
A Sulpicia, y en tan poco
A la hija de Servio tienes,

Aquí entretanto no faltan
Quienes por su honor se inquieten
Y solícitos vigilen
No a ignoto galán se entregue.

—

Elegía XI.

Mientras la fiebre, Cerinto,
Consume mis miembros, díme,
¿En mí por ventura piensas?
¿Con mi dolencia te afliges?

A fe que del mal presente
No querría verme libre
Sino en caso de que iguales
Anhelos tu pecho abrigue.

Pues la salud qué me importa,
Y el vivir de qué me sirve,
Si tú conmigo no sientes,
Si tú para mí no vives?

—

Elegía XII.

Testigos sean, bien mío,
Y hagan los eternos dioses
Que objeto yo de tus ansias,
Como hasta hoy, a ser no torne,

Si en estos mis verdes años
Pude, irreflexiva joven,
Falta cometer alguna
Que así me pese y me agobie,

Cual la de haberte dejado
Solo en la postrera noche
Deseösa de encubrirte
De mi pecho los ardores.

Elegia XIII.

Sólo busco tus favores.
A ti sola serviré:
Condición primaria fue
Esta de nuestros amores.

Sola y única me agradas;
Ya en Roma no habrá mujer
Que pueda encanto tener,
Excepto tú, a mis miradas.

Ojalá que sólo a mí
Pluguieses, y los demás
No te mirasen jamás!
Seguro anduviera así;

Y contigo vida mía,
En altos bosques sin nombre,
Do nunca huellas el hombre
Ha dejado, moraría;

Y tú a mí en la adversidad
Sólo refugio y consuelo,
Tú en mis noches, claro cielo,
Poblaras mi soledad

Si del cielo beldad rara
Bajase a ser compañera
De tu amante, en vano fuera;
Venus helado le hallara.

Pongo por testigo a Juno,
Tu protectora, a la cual
Entre los dioses igual
No se encontrará ninguno.

¡Oh insensato! ¡qué pronuncio!
Mostrando todo mi amor,
Tú renuncias al temor,
Yo a mi libertad renuncio.

Víctima de mi imprudencia
Tendré que gemir de hoy más,
Y tú de oprimirme habrás
Con insólita clemencia.

Entrégome a discreción,
Tu esclavo soy obediente....
Mas a lo menos consiénte
Que, de mi cadena al són,

Yo de Venus ante el ara
Lleve mis súplicas;—ella
Acoge humilde querella,
Ella injusticias repara.

—

Elegía XIV.

Triste rumor persígueme doquiera
De faltas mil culpando a mi querida.
¡Oh! ¡quién de bronce a sus anuncios fuera!
¡Césa, oh rumor, tormento de mi vida!

PROPERBIO

PROPERGIO

Elegía I

Cynthia prima suis . . .

Cintia fue, con sus ojos, la primera
Que hubo de cautivarme: a ella rendido
Quedó quien nunca amor antes sintiera.

Yo de mi voluntad dueño engreído
No fui de entonces más: con pie insolente
Mi cuello oprime sin piedad Cupido;

De amistades honestas, de inocente
Trato, porque él lo manda, me desvío,
Y que vuelva a mi acuerdo no consiente.

Todo un año en aqueste desvarío
Me agito, como en mar revuelto y bravo,
Y no hay dios que a librarme acorra pío.

Milanio, bien cual resignado esclavo,
Trabajos padeciendo, oh Tulo! un día
A la esquiva Atalanta venció al cabo.

Ora visita la caverna umbría,
Errante en su amoroso devaneo,
Ya enerizadas fieras desafía;

Ora de ramos que desgaja Hileo,
Cae herido, y acogen su querella
Las solitarias rocas del Liceo.

El triunfó, en fin, de la fugaz doncella:
Que continuo penar, continuo ruego
En los pechos más duros hacen mella.

Mas no es así de mi pasión el fuego;
Que, en vez de abrirme de salud caminos,
Como a otros ya, el Amor me torna ciego.

Venid, encantadores y adivinos,
Que os dais al culto de nocturna diosa
Y mudar pretendéis nuestros destinos:

Si tanto puede esa arte misteriosa
Ea! restituídme a mi albedrío
O haced que de mi bella rigurosa

Palidezca el semblante más que el mío.
Y admitiré yo entonces que cantando
Bajáis un astro, detenéis un río.

Oh compañeros que apiadados, cuando
Pasó el momento de esforzar razones,
Procuráis aliviarme razonando.

Remedios dad de enfermos corazones:
¡Hierro y fuego emplead! dejad, empero,
Que mi despecho exhale en maldiciones;

Lejos llevadme, al término postrero,
Por tierra y mares, y mujer ninguna
Del prófugo conozca el derrotero.

Los que de un mutuo amor la alta fortuna
Lográis, como inviolable el nudo estrecho
Honrad, que vuestras ánimas aduna,

Mientras yo, siempre en lágrimas deshecho,
Paso herido de amor sin esperanza,
Noches amargas en desierto lecho.

Que si alguno intentare infiel mudanza
Sordo a mi voz, dentro de breves días
Con qué dolor, perdido el bien que alcanza,
Habrá de recordar palabras mías!

—

Elegía II

Quid ornato....

A qué con tánto aliño la galana
Cabeza, presentarte, vida mía,
Finas sedas de Cos moviendo ufana?

A qué con mirra que el Oronte envía
Perfumar el cabello, y tu hermosura
Esclava hacer de extraña mercancía?

¿No ves que así las dotes de natura
Viciando estás? que a la beldad no deja
El lujo campear lozana y pura?

Buscas remedio tú? qué mal te aqueja?
Reina desnudo Amor; a los amores
La pompa asusta y el engaño aleja.

Míra cómo esparcida de colores
Ríe la tierra, y cómo sin ayuda
Se enmaraña la hiedra, abren las flores;

Cómo el madroño en cueva ignota y ruda
Echa raíz y enverdeciendo brilla;
Cómo el raudal sus ondas desanuda;

Cómo sus conchas la arenosa orilla
Saca a lucir, y cómo no estudiadas
Dulces endechas canta la avecilla!

No de Cástor y Pólux las miradas
A sí atrajeron con adorno ajeno
Las hijas de Leucipo celebradas;

No con ficción Marpesa, hija de Eveno,
En las nativas planas prendó un día
A Idas feliz y a Apolo de iras lleno;

No con torpe disfraz Hipodamía
Al galán que del circo los laureles
Ganó sangrientos, cautivado había;

No! la beldad sin joyas ni oropeles
Sólo el color usaba que imitado
Dejó en sus tablas el divino Apeles.

Ni ponían las damas su cuidado
En ganarse amadores, y eran bellas
Con su candor y juvenil agrado.

Eres hermosa, noble sé cual ellas:
Con un amante fiel quién necia aspira
A rendir mozos y eclipsar doncellas?

Tú, más que nadie, a quien Apolo inspira
El verso en blandas cláusulas sonoro,
Y a quien cede Calíope su lira;

Tú que haces con tu gracia y tu decoro
Que, a un tiempo Venus sonriendo y Palas,
Festivo aplauda el apolíneo coro
Desecha por tu bién postizas galas!

—

Elegía III

Qualis Thesea jacuit......

Como, huyendo el amante fementido,
Quedó Ariadna en solitaria arena,
Envuelta en mudo sueño y alto olvido;

Como rota la bárbara cadena
Pudo Andrómeda el ojo vigilante
Cerrar por fin; cual de fatiga llena

Tras loca danza, logra la bacante
Dormir tendida en el herboso llano
Que el Apídamo riega murmurante;

Tal, la sien puesta en la indecisa mano,
Tranquila anoche mi beldad dormía,
Paz espirando el rostro soberano.

De hachas, que moribunda mi tardía
Vuelta guiaban, a la luz, beodo
Mi pie titubeante se movía.

Mas no privado de razón del todo,
No del todo perdido, con cautela
Llegarme pude y atentado modo.

Por más que a un tiempo y sin piedad me impela
Al blandamente deprimido lecho
De Amor y Baco la punzante espuela,

A que aquel cuello lánguido en estrecho
Abrazo ciña, y ósculo amoroso
En la alba frente ponga, a su despecho

Turbar no osé su plácido reposo,
Del furor de mi amada y su desvío
Escarmentado asaz y temeroso.

Cual los cien ojos que clavaba en Io
Argos insomne, tal por luengo rato
En su faz tersa el hondo mirar mío,

Y ya a frescas guirnaldas que desato
De mi sien, cuidadoso las convierto
A coronar la que en silencio acato;

Ya el cabello que vaga en desconcierto
Cojo, y con mano artificiosa anudo;
Ya tiernas pomas en las palmas vierto

Dones furtivos con que sólo al mudo
Sueño obsequiaba; dones que del blando
Regazo resbalaban a menudo.

Y cuantas veces ella suspirando
O se agitaba o demudaba el ceño
Crédulo yo me suspendí, temblando,

No fuese que soñara y en el sueño
Venciera ya su resistencia vana
Ignoto amante convertido en dueño.

En esto emboca súbito Diana,
Que en la bóveda etérea andaba errante
Su vaporosa luz por la ventana;

Y dándola de lleno en el semblante,
Ella el párpado mueve, se incorpora,
Y quejas vierte de ofendida amante:

¿Y así te atreves a venir ahora?
¿Y así de amor las leyes atropellas?
Solo cuando ocultándose a la aurora

Su giro coronaron las estrellas,
Porque otra te apartó de sus umbrales
¡Lánguido vuelves las ingratas huellas!

Noches te quepan, fementido, tales
Como estas ¡ay! en que por ti me veo
Hundida, solitarias y mortales.

Purpúreo copo hilaba, de Morfeo
Cerrando al vuelo la desierta estanza,
O acordaba la cítara de Orfeo,

O fatigada ya, sin esperanza
Lamentábame en mísero plañido
De aquese desamor y vil mudanza

Hasta que al fin el dios de paz y olvido
Sacudió la süave adormidera,
Y muriendo en los labios mi gemido,
Rodó en mi faz la lágrima postrera.

—

Elegía VIII

Tune igitur demens....

¿Demente acaso estás, Cintia adorada?
¿Prefieres a mi amor la helada Iliria?
¿Te irás sola con él donde te lleve?
¿Tánto le amas así y a mí desprecias?
¿Valor tendrás para dormir tranquila
En el duro bajel y sin espanto
Oirás el cano mar mugir furioso?
¿De otro clima arrostrando los rigores
Hollará tu pie blando ásperos hielos?

Quieran, quieran los cielos
Que tarde el triste invierno se retire
Y vanamente el marinero ocioso
Por la luz de las Pléyades suspire!

Aférrese la nave,
Ni mis votos deprima aura suave;
No avenga que, parado en su ribera,
Tendiendo yo la mano lastimera
Llamándote de bronce a mis lamentos,
Sólo me dejen sin piedad los vientos
Callándose, y la quilla huya ligera!

Pero si has de partir, ¡vuéla, perjura!
Y óye: aunque mi dolor en nada estimes,
Nunca mal para ti mi alma desea:
Abrate fácil por la mar oscura
Bonancibles caminos Galatea,
Y tras viaje dichoso
Salva de Orico el puerto te reciba.
No rompe lazos de mi fe constante
Un nuevo enlace ni mi amor derriba.
Yo iré a tu umbral, le bañaré con lloro
Y por ti preguntando a navegantes,
«¿En dónde está,» diréles, mi tesoro?
Que ya ilustre de Etolia la ribera,
Ya los Eleos campos, ella es mía,
Mía tiene que ser aunque no quiera.
....
Cintia no partirá, cumple sus votos.
Gané, pese a mis émulos, la palma;
Cintia oye mi querella.
Trueque ya su esperanza en desaliento
Y entienda mi rival que Cintia bella
Oscuros rumbos explorar no quiere.
Amame Cintia; y por mi amor, a Roma.
Cintia ya a todo bien mi amor prefiere,
Y apellidarse mía
En humilde mansión más ambiciona
Que de Elide la espléndida corona,
Que la dote real de Hipodamía.
Ni oro yo le brindé ni índicas conchas,
Y traición no me hará si él más la diese;
Amor sólo le ofrezco y poesía;
Esa mi gloria, mi caudal es ése.

¡Gracias, Musas, os doy, gracias, Apolo!
Merced vuéstra oportuna
Es el favor que arranco a la fortuna,
El dón de la victoria es vuestro solo.
Que ora caiga la noche o luzca el día,
Cintia por siempre es mía.

Glorioso vencedor los astros huello;
No hay ya quien de mis brazos la arrebate,
Y aun confío que acate
Cana edad en mi sien lauro tan bello.

Elegía IX

Dicebam tibi....

Siempre te dije que de amar tenías
Póntico deslenguado y atrevido;
Que ya a tus burlas término pondrías.

Mujer que ayer mercaras engreído,
Hoy de tu libertad las riendas toma;
Héte a los pies de la beldad rendido!

Pues no con tanto acierto la paloma
De los caonios bosques vaticina
Cómo a rebeldes la belleza doma;

Dolorosa experiencia me adoctrina;
¡Ah! cuanto sé de amor diera de grado
Por saber del amor la medicina.

Dí, ¿qué te sirve ahora, desdichado,
En poema erudito, en verso grave,
Haber los muros de Anfión cantado?

En materia de amor más puede y sabe
Mimnermo humilde que sublime Homero;
Place al dios blando, en verso, lo süave.

Déja, pues, alto asunto, metro austero,
Y haz cantares de fácil atavío
Grato a las damas y al amor ligero,

¿Y qué fuera de ti, querido mío,
Si desdenes te hiriesen de tu bella?
Hoy buscas agua en el corriente río.

Tu rostro aún la palidez no sella,
Aún no abrasan tu pecho los ardores
Que empiezan cautos cual sutil centella.

Pronto de armenios tigres los furores
Querrás probar, y de firmeza lleno
Probaras del infierno los dolores,

Por no sentir efectos del veneno
De agudas flechas de Cupido insano
Que hondas las clava en el humilde seno.

Nunca da amor en apariencia humano,
Su ala fugaz, sin que, en verdad impío
Nos unza al carro vencedor su mano.

Ni un rostro te alucine manso y pío;
Que empieza la mujer condescendiente
Y es soberbio después su poderío.

Ya amor nos mina cuando no consiente
Mirar otros distintos embelesos,
Pensar en otro nombre diferente;

Mas no dice «aquí estoy» mientras los huesos
No consuman sus llamas traicioneras;
Téme halagos de amor, húye de excesos.

Ceder los robles a su influjo vieras,
Y a su influjo la roca cedería;
¿Y tú, ánimo débil, resistieras?

Enamorado que su mal confía
Halla en penas de amor algún consuelo:
Tú, venciendo el pudor, la cobardía,
Tu error confiésa y calmarás tu duelo.

—

Elegía XI.

Ecquid te mediis....

Hoy que en el seno de la hermosa Bayas,
Cintia adorada, a tu placer resides;
Mientras mirando las tendidas playas

Que hizo famosas el potente Alcides,
O el cabo de Miseno, te embebeces,
¿Será tal vez que de mi amor te olvides?

O aunque de mí tan separada a veces
¿Recuerdas nuestras noches venturosas,
Y fiel a mis amores permaneces?

O algún competidor con engañosas
Voces te roba, y con falaz halago
A mi lira de cuerdas amorosas?

¡Ojalá tú por el Lucrino lago
A batel indeciso confiada
Bogaras con incierto rumbo y vago!

O fueses sin sentir encadenada
Por onda que burlando te ciñera,
De ciego remo sin cesar cortada

Antes que en verde y plácida ribera,
De otro amador prestases grato oído
A la atractiva voz y lisonjera.

Truécase la mujer que adormecido
Mira o ausente al que sus pasos vela,
Y da sus juramentos al olvido.

Mas ¿esta fama de mi Cintia vuela?
¿Qué he visto yo para quejarme tánto?
Culpa es de amor que entre temores cela.

Perdóna tú de mi importuno canto
El eco querelloso: los temores
Que engendra amor, son causa de mi llanto.

Maternales cuidados veladores
No a mi ternura igualan: viviría
Cubierto de dolor sin tus amores.

Tú eres mi patria y la familia mía,
Tú mi esperanza, y mi propicia estrella,
Manantial de mi gloria y mi alegría.

Si gozo ostento o del pesar la huella,
Y mis amigos el motivo inquieren,
¡Siempre respondo a sus preguntas: Ella!

Huyan tus pies cual presurosos fueren,
Huyan de aquesas corruptoras playas,
Donde la paz y las promesas mueren,
¡Triunfa el amor de la ominosa Bayas!

—

Elegía XII.

Quid mihi desidiae....

¿Porqué me culpas sin cesar, amigo,
De ociar en Roma lento y descuidado,
Cual del amor en misterioso abrigo?

Cuanto el uno del otro separado,
Hipanis su raudal desencadena,
Y Erídano soberbio, yo del lado

Disto de la que adoro. Ni serena
Ya con tierno mirar el alma mía,
Ni su voz dulce en mis oídos suena.

Fuile yo grato en venturoso día,
Y tal era mi amor, mi fe tan pura,
Que a todos en amar ventaja hacía.

Breve la historia fue de mi ventura.
¿Cuál dios le puso fin? ¿cuál hechicera
Infames artes en mi ruina apura?

Muy otro soy de lo que entonces era:
Muda la ausencia a las mujeres, y hace
Que inmenso amor en breve punto muera.

Mi corazón desfallecido yace,
Las noches paso solitario en vela,
Sólo escucho mi voz, que me desplace.

Feliz aquel que su dolor no cela,
Y en la presencia de la que ama, llora,
Y el amor con sus lágrimas consuela!

Y feliz el que, al menos, de señora
Si se ve desdeñado, mudar puede,
Y mudando sus penas aminora!

Que libre al fin de mis cadenas quede
O las cambie por otras, enemigo
No ya el hado a mis súplicas concede:
Cintia! tu amor fallecerá conmigo.

—

Elegía XIV.

Tu licet abjectus....

Cuando a orillas del Tíber
Muellemente reposas,
Tal vez de néctar lesbio
Apuras áureas copas;

Y barcas mil contemplas,
Ya las más voladoras
Deslizarse, y subiendo
Trabajadas las otras;

Y el monte que de verdes
Boscajes se corona,
Cuales gimiendo el alta
Caucásea cumbre agobian:

Mas del amor al lado
Qué vale lo que gozas?
Riquezas menosprecia
Amor, envuelto en sombra.

Oh Tulo! el fausto día,
La noche venturosa
Que con mi Cintia paso
En juegos y victorias,

Bajo mi techo rueda
Pactolo en áureas olas,
Y cojo cuantas perlas
Los mares atesoran;

Y ríndenme los reyes
Sus cetros y coronas!...
Oh, durad mientras viva,
Durad felices horas!

Si Amor se está ceñudo,
Los dineros qué importan?
Nada, sin los auspicios
Yo de la cipria diosa,

Anhelo; de los héroes
Ella los pechos doma,
Y sus saetas burlan
Las aceradas cotas.

Ni regio umbral la ataja,
Ni columnas marmóreas;
Penetra, y en el lecho
Que en púrpura se adorna,

Al joven infelice
Agita y acongoja;
Y plumas ni brocados
Sosiegan la zozobra.

Goce yo sus sonrisas
Y las riquezas todas
Rechazaré de Alcínoo;
Y oro y poder y glorias!

—

Elegía XV.

Saepe ego multa tuae....

Siempre de tu inconstancia me temía
Muestras amargas; pero nunca pude
Imaginarme tanta alevosía.

Ves el peligro que a turbarme acude,
Ves mi temor; y no será por ello
Que el color de tu rostro se demude.

Tranquila te aderezas el cabello
Y te desvelas porque más se ostente
El rostro tuyo peregrino y bello.

Ornase el pecho en perlas de Orïente,
Y así, en fin, te dispones, cual pudiera
Para sus bodas la beldad riente.

No fue, Cintia cruel, en tal manera
Como del Itacense la partida
Calipso vio, de Ojijia en la ribera,

Allí, la cabellera desparcida
Maldijo al mar, y en su dolor agudo
Días y noches yogo fallecida.

Y si esperanzas fomentar no pudo
Saboreaba de su bien perdido
Y sus amores el recuerdo mudo.

Vengó la muerte de su infiel marido
Alfesibea, y de la sangre el santo
Vínculo fue por el amor rompido.

Hipsípile en su alcázar, entretanto
Que confiaba al céfiro sonante
Jason sus velas, inexhausto llanto

Derramaba: de entonce en adelante
No hubo otro amor: su vida consumía,
La pérdida llorando de su amante.

La casta Evadne en el funéreo día
Que vio abrasado al infelice esposo,
Se arrojó audaz sobre la llama impía.

Y de tales ejemplos poderoso
Ninguno ha sido a hacer que desearas
Cintia, tu nombre dilatar famoso!

A renovar perjurios te preparas,
Téme encender el rayo omnipotente;
¡No violes más las ofendidas aras!....

Antes será que primavera ostente
Mustia la sien, y el resonante río
Meta en el ponto sin rumor la frente,

Que del enamorado pecho mío
Vuele la imagen hechicera tuya,
Robadora tenaz de mi albedrío,

Antes que a mi quietud me restituya
Ni olvidar pueda tus ojuelos bellos,
Por más que engaños su terneza arguya.

Tú me jurabas, pérfida, por ellos
Pidiendo al cielo que si a ser perjura
Llegases, se apagaran sus destellos.

Y ora el sol tornas a mirar segura
Y no a inspirarte pálidos temores
El recuerdo escapaz de tu impostura.

Quién te obligaba díme, los colores
Del semblante a mudar, lágrima presta
De tus ojos rodando engañadores?

Toda la causa de mi mal es ésta.
Yo diré escarmentado a los que sienten
Cual yo, el imperio de pasión funesta:
Temed halagos! las mujeres mienten!

—

Elegía XVII.

Et merito quoniam....

(Imitación del estilo de Fernando de Herrera).

Pues fui osado a dejar mi bella aurora,
Bien es que ansí en confuso error navegue
Y al desierto alcïón invoque ahora,

Y que en el orbe etéreo su luz niegue
El astro que la nave adiestra al puerto;
Y a la playa, do va mi voz, no llegue.

Míra, Cintia, y atiénde cómo cierto
Te venga el austro, y cuál la flaca antena
Abate embravecido sin concierto!

Quién ya de oscura tornará en serena
La onda, antes que arroje el cuerpo inerte
A do yaga olvidado en triste arena?

Tú en manso afecto el gran rigor convierte,
Sosiégame del ponto los enojos
Que amenaza entre ñublos impia muerte.

¿O sustentaras con enjutos ojos
Del fiel amador tuyo el caso fiero
No pudiendo aun dar honra a sus despojos?

Erró en daño común el que primero,
Sin rendirse al temor de adverso hado
Sulcó el mar bravo en leño aventurero.

Culpado error! Mas si a sufrir de grado
Mi bella desdeñosa, me avezara,
No tal me viera en infelice estado;

Ni entre sombrosas ínsulas vagara
Perdido, ni en la esfera buscaría
La estrella al navegante leda y cara.

Oh! si allá fuese mi funéreo día,
Y anunciáse sin voz marmórea losa
El fin de la cuitada pena mía;

Ella su apuesta trenza y abundosa
Me ofrendara con tierno sentimiento,
Y mis huesos pusiera en blanda rosa;

Y con voz fallecida diera al viento
Mi nombre, y conjurara a la alma tierra
Que me hospedase en grato acogimiento.

Vos, ninfas, que el profundo golfo encierra
O divinas Nereides! Con presura
Venid al que en las ondas ciego yerra.

Si amor a vuestra húmida hondura
Bajar cuidó tal vez de su alta cumbre,
Aura al lino inspirad benigna y pura,
Pues compañero os soy de servidumbre.

Elegía XVIII.

Haec certé deserta loca . . .

Silencio y soledad! cuan anchamente
Se extiende el bosque, taciturno calla:
Céfiro sólo suspirar se siente!

Si ya mi amor contra perfidias halla
Sólo entre rocas favorable puerto,
Rómpe, oh dolor, y con lamento estálla!

Cintia cruel! A señalar no acierto
Dó tu desdén empieza y tiranía,
Y este raudal que de mis ojos vierto.

Yo sólo sé que se me dijo un día
Entre amadores amador felice,
Y hoy marca llevo de exclusión impía!

Porqué tántos rigores? qué te hice?
Temes que a otra cediendo victoriosa,
De mi pecho tu imagen se deslice?

Niégueme el cielo que jamás mi esposa
Seas, si alguna vez en mis umbrales
Sentó otra dama la sandalia hermosa!

Venganza quieren menosprecios tales;
Mas no el enojo me enajena tanto,
Que insano fuera a completar mis males,

Provocando tus iras o con llanto
Haciendo se enturbiasen tus ojuelos
Que mi tormento son, y dulce encanto.

O fueron causa a tus injustos celos
Turbados de mi rostro los colores?
Mi amor testificad y mis desvelos,

Arboles todos, suspirando amores,
Haya, abundosa de suave arrimo,
Pino agradable al dios de los pastores!

Cintia! en vosotros, árboles, imprimo;
Cintia! suenan los ecos acordados
De vuestras sombras, donde lloro y gimo.

O Cintia! qué de penas y cuidados
Tu desdén me ocasiona, solamente
A tu umbral silencioso encomendados!

Con labio mudo y con humilde frente
Sufrir he usado tu altivez; parlero
Nunca brotó el dolor que el alma siente.

Sólo tal vez por áspero sendero,
Voy a los huecos del peñasco frío,
Voy a las playas del torrente fiero,

Yago aquí en paz inquieta y desvarío,
Y a la agreste paloma arrulladora.
Tu rigor, Cintia, y mi dolor confío.

Por más que oprimas al que fiel te adora,
Triste tu nombre a mis acentos vuelva
Eco que en estas cavidades mora;
Tu nombre cubra de dolor la selva!

—

Elegia xix.

Non ego nunc, tristes....

No es, nó, la muerte lo que amando temo;
Ni me conturban, Cintia idolatrada,
La pira ardiente y el dolor supremo.

Temo que del olvido la olëada
Anegue mis cenizas; y delante
De temor tánto, los demás son nada.

No es tan frágil mi amor que en el instante
Que yo muera, se apague: mi ceniza
Verás bullir y palpitar amante.

Protesilao sombra olvidadiza
No fue, bajando a la región medrosa;
Veloz de allá su sombra se desliza,

Y del amor antiguo deseosa,
Vuelve impalpable a la región primera,
Y al seno fiel de la atractiva esposa.

Así habrán de seguirme, comoquiera
Que exista yo, tus gracias peregrinas;
Sálva Amor, de Aqueronte, la ribera!

Allá veré los corros de heroínas,
Y cuanta al griego cándida doncella,
Troya rindió entre llamas y ruinas.

Ninguna, empero, como Cintia bella
Será a mis ojos, ni a mi pecho cara:
Gracias por tánto a mi inmutable estrella.

Que si sobrevivirte me tocara
En la rugosa senectud y fría,
No tu ceniza llantos mendigara.

Si tú hubieras así de amar la mía
Qué agradable viniérame la muerte
En cualquier lecho, y en cualquiera día!

Temo, oh dolor! que algún rival más fuerte
Que tus recuerdos, te persiga, y pueda
Al fin, de mi sepulcro retraerte;

Y enjugada la lágrima que rueda
Hija del corazón, por tu semblante,
Al fin tu pecho a sus halagos ceda.

Qué hacer? es frágil la mejor amante
Pero entretanto, amémonos: la vida
A los ojos de Amor es breve instante;
Amor a aprovecharlo nos convida.

—

Elegía xx.

Tu qui consortem

Tú que del sitio horrendo
De Perusa saliendo,
Herido huyes la muerte
Que a mí me cupo en suerte,

Porqué hacia todos lados
Revuelves espantados
Los ojos y sangrientos
Al oír mis lamentos?

Yo por el enemigo
Vencido fui contigo;
Vuélve a alegrar al padre
Y a la llorosa madre.

Mi pobre hermana en tanto
Descubra por tu llanto
Que eterna es ay! mi ausencia.
Habiendo la inclemencia

Del enemigo acero
Evitado ligero
Vine a morir a manos
De traidores villanos.

Tú, si en los montes estos
Tristes humanos restos
Encontrares por suerte,
Que son de Galo advierte.

Noviembre: 1865.

LIBRO SEGUNDO

Elegía II.

Liber eram, et cacuum.

Libre fui un tiempo. y prometerme pude,
Mísero engaño de veloces días,
Vivir por siempre en libertad segura....
Amor sus flechas aguzando estaba!
Vuelve la edad en que bellezas tales
Nazcan las tierras a habitar? Disculpo,
Júpiter, tus antiguos extravíos,
Ved esa rubia cabellera, ondosa,
Ved los perfiles de la blanca mano,
Y ese talle gentil que envidiaría
La reina del Olimpo! Así aparece
Palas, cuando a las aras se adelanta
De Duliquio, y en la égida, radiante
De sierpes mil, con majestad se escuda.
Así hechicera se mostró la virgen
Que los centauros, del festín, instando
Baco y amor, arrebatar quisieron;
Y así orillas del lago transparente
Al ruego de Mercurio, Proserpina
Las primicias rindió de sus favores.
Vosotras, diosas que en la cumbre idalia
Emulas depusisteis ante el frigio
Pastor las rozagantes vestiduras,
Ceded el triunfo, mi deidad os vence.
Y tú, vejez, si es dable (así los años
Cuente de la cumea profetisa!)
Por vez primera a la beldad perdona.

—

Elegía III.

Qui nullam tibi dicebas.

Tú que ya invulnerable te creías,
Caíste al fin, y desmayó tu aliento!
Llevas un mes de calma y poesías.

Vuélve a inspirarte amor con su tormento;
Y otro libro, ende, escribes, que declare
Tu pasión lamentable y rendimiento.

Quise saber si es dado que se enmare
Gustoso el jabalí, que degenere
El pez, y de las ondas se separe;

Quise saber si es dado persevere
Yo en austeros estudios ... oh locura!
Treguas hace el amor, más nunca muere!

Ni es tánto lo que adoro su hermosura
Su faz cual lirio virginal preciosa,
Cual tinta en bermellón la nieve pura;

O cual cándida leche en que rebosa
Dïáfano cristal, do sobrenada
Hoja temblante de purpúrea rosa;

No sobre el hombro ebúrneo deslazada
Su cabellera, no sus ojos, guía
De mi infelice vida y agitada,

No aquesas vestes que la Arabia envía
Son lo que vale y me enajena tánto:
Ni es tan contentadiza el alma mía.

Su gracia me enamora y dulce encanto;
Su garbo en el danzar, cuando semeja
Que Ariadna un coro dirigiese; el canto

Que el vulgo de cantoras atrás deja;
Su continente, el arte peregrina,
Con que la eolia cítara maneja;

Sus escritos que hubieran a Corina
Afrentado; sus versos, con los cuales
No compitiera la famosa Erina.

Cintia! sin duda amor en tus natales
Riyó, augurando tu feliz fortuna;
Tus dotes son presentes divinales.

Nó, no a la madre que meció tu cuna
Tánta belleza y donosura y gala
Debes, no a aquel que te enjendró. Ninguna

De las hijas de Roma a ti se iguala;
Sola y única eres: para esposa
Júpiter ya sin duda te señala.

Mujer naciste, mas pareces diosa,
Y lo serás: Helena la primera,
Tú eres del mundo la segunda hermosa.

Y admiraremos que abrasada muera
Por ti la juventud, cuando podrías
Haber hecho también que Troya ardiera?

Maravillóme en los pasados días
Que tan sólo una joven espartana
Origen fuese a tántas demasías;

Y que hubiesen por ella en la troyana
Arena largamente batallado
Asia y Europa con crüeza insana.

Que hicisteis bien, ya en fin me persüado
Tú, Menelao, en requerir tu bella,
Tú en retenerla, París porfïado

Bien justo fue que Príamo por ella,
Que aún Aquiles su sangre derramase:
Fue bien fundada la fatal querella.

Pintor ganoso de que a todos pase
Tu nombre! a la beldad que me enamora
Toma en modelo tú. Para que abrase

Al mundo amor, su imagen vencedora
Al confín apartado se presente
De Occidente, y al reino de la aurora,
Y la aurora arderá y el occidente!

—

Elegía V.

Ya de tu infidelidad
Oyelo, mujer ingrata,
Más cada vez se dilata
El rumor por la ciudad.

Y es este el premio que tánto
Me prometiste? Si el viento
Se llevó tu juramento,
Llévese también mi canto.

Yo entre tánta fementida
Fácil alguna hallaré;
Que no es poca dicha a fe
Ser del mundo conocida.

Y tú con inútil llanto
Sola te hallarás sin mí;
Que te amé, que te serví
Tan largos años, y tánto!

Cólera inspira el dolor,
Tiempo es este de romper;
Que si amainare, volver
Puede furtivo el amor.

Ni te habrás de libertar
Si al punto no te libertas:
Las olas vagas, inciertas
Que se elevan en el mar,

Las nubecillas errantes
Al soplo del Aquilón,
Menos veleidosas son
Que en sus iras los amantes.

Rómpe! si tu soledad
Lloras la noche primera,
Ya te la harán llevadera
El tiempo y la libertad.

Oh Cintia! al pie del altar
Te conjuro de Lucina,
Que insensata tu ruïna
No te empeñes en labrar.

No sólo el novillo embiste
Conducido al matadero:
Hasta el humilde cordero
En hiriéndole, resiste.

Ni pienses que yo, perjura,
Rompa tus puertas, te hiera,
Te arranque la cabellera,
Y rasgue tu vestidura.

Quédese eso para quien,
Rústico amante y vulgar,
No haya podido adornar
Con docta hiedra la sien.

Vengárame un verso solo:
Cintia entre bellezas mil
Bella, y cuanto bella vil
Dura lo que aprueba Apolo.

Cintia! aunque afectes tener
En nonada el qué dirán
Esas palabras te harán
Turbarte y palidecer!

Noviembre, 1865.

—

Elegía VIII.

Eripitur novis.

Me arrancan mi beldad, oh dura suerte!
Y tú, amigo, llorar védasme austero?
Rompimiento en amor rabia es de muerte;
Matadme de una vez que eso prefiero.

Ver rotos de mi dicha antiguos lazos,
Oír de otro llamar la que era mía,
Mirar a la que amé de otro en los brazos....
Y tranquilo mi pecho callaría?

Una vez vencimiento, otra victoria:
Tal gira instable del amor la rueda;
Cae como el amor todo en la historia:
Tebas no existe, de Ilïón qué queda?

Qué versos no la hice? Cuántos dones,
Qué muestras no la di de amor sincero?
Sufrí de ella y su casa humillaciones,
Y, ah dura! alguna vez dijo: «Te quiero»?

A sus pies la cruel me vio contino,
Y hora insulta mi amor, ríe mis daños!
Nada espero, morir es mi destino....
Muére, Propercio, en tus floridos años!

Muére, sí, muére: la soberbia amante
De tu mísero fin saque ufanía;
Búrlese de tus manes arrogante,
Huelle tus restos con su planta impía!

Qué? no supo morir Hemón tebano
Al ver sin vida a Antígone? su pecho
No hendió valiente con su propia mano?
No hizo para ambos de la tumba un lecho?

Tú, ingrata, es justo, has de morir conmigo;
De ambos la sangre verterá mi espada.
Que en eso hay deshonor? Morirás, digo,
Y mi mano por ti quede afrentada!

También, robada al ver su linda esclava
Colgó Aquiles las armas en su tienda,
E impasible en el campo contemplaba
De Héctor la llama dilatarse horrenda;

E impasible a Patroclo vio por tierra
Manchado en polvo vil, si antes bizarro,
Vuelta la esclava al fin, torna a la guerra,
Y fiero, a Héctor vencido ata a su carro.

Sufrió Aquiles de amor el dardo agudo.
Es temible el amor sin esperanza!
Contra él qué haré si nada un héroe pudo?
Ya amor me arrastra a ejecutar venganza!

DESPECHO

Elegía IX.

Iste quod est......

Lo que ése, a quien hoy premias, yo era un día;
Otro vendrá después. Por largos años
Destejiendo y tejiendo, noche y día,
Penélope escudóse con engaños:
Ella, que torne Ulises, no confía,
Ni poder de la edad curar los daños;
Mas, a culpa aun venial, en sola estanza,
Prefiere envejecer sin esperanza.

Cuando Aquiles dobló mustia la frente,
Briseida le acudió, su amante esclava;
Ausente el genitor, Tetis ausente,
Ella en el Símois sus heridas lava,
Y en el seno leal guarda doliente
Las cenizas del héroe a quien amaba.
Salve Grecia, feliz con hijas tales!
El pudor habitaba aún los reales.

Pero tú, infiel a tu amador ferviente,
Caes en un instante; ingrata! impía!
Asististe al festín condescendiente
Y brindaste con fácil alegría;
Quizás allí, negándome, impudente,
Tu boca de mi nombre mofa hacía;
Y al que dejó tu casa en hora triste,
Con halagüeño rostro sonreíste.

Góza la reconquista vil que has hecho!
Para esto yo rogaba al cielo santo,
Cuando, agobiado de dolor tu pecho,
Ya te aguardaba el reino del espanto.
Y amigos fieles cerca de tu lecho
Velábamos vertiendo acerbo llanto!
En el trance crüel, viste, traidora,
A ése a quien das tu corazón ahora?

¿Qué fuera ya, si de país lejano
La vuelta retardado hubiese lento,
O me clavase en medio al òceano
Lúgubre ausencia de propicio viento?
Siempre armada te hallara de tirano
Desdén o de ingenioso fingimiento.
Sois varias del amor en los altares
Aun más que hoja en el bosque, ola en los mares!

Mas pues ella lo manda, ella lo quiere,
Cedo, y mi rumbo solitario sigo.
Vosotros, condolidos de quien muere,
Acelerad, Amores, el castigo:
Aguzad más el dardo que me hiere,
Hincadlo todo, y acabad conmigo;
Habed en mí vuestra mejor victoria,
Mi despojo llevad en vuestra gloria!

Mas antes atestigua, noche oscura,
También lo sabes, matutina estrella,
Y tú, umbral mudo, abierto a mi ventura,
Que nada amé jamás cual la amé a ella.
Amola aún en mi febril locura!
Pero mi afecto en su rigor se estrella;
Otros amores cultivar no quiero,
Y gemir solo, hasta expirar, prefiero.

Oh, si place a los dioses soberanos
Premiar mi fe constante, el premio sea
Que él, al mirar mi joya entre sus manos,
Tornarse en hielo sus ardores vea!
O cual lidiaron príncipes tebanos
Ante la madre en funeral pelea,
Combata yo con él, ella presente:
Mataré airado, o moriré valiente!

—

Elegía XI.

Scribant de te alii......

Que otros canten tus prendas, Cintia mía,
O pases sin aplauso entre la gente,
Qué más te da? Quién te celebre, fía
A estéril roca mísera simiente.

Cintia noble y hermosa!
Todo, todo la Muerte en su corriente
Arrastra y mezcla en la profunda fosa,
Y nada queda, nada!
Te hollará el pasajero indiferente
Y no dirá doliente:
«Fue este polvo mujer maravillosa!»

—

Elegía XII.

Quicunque ille fuit......

Pintar a Amor de niño en apariencia,
No fue ocurrencia
Harto feliz?

Quien la tuvo, miró a los amadores
Andar sin seso, a caza de dolores,
Víctimas de un capricho püeril.

Y le añadió, no baladíes galas,
Ambas las alas;
Para que así
En el alma revuele: los amantes,
Juguetes de las auras vacilantes,
Fluctúan de onda en onda en ondas mil.

Y demás de esto, púsole en la mano,
Tampoco en vano,
Flecha sutil,
Y al hombro le colgó la rica aljaba;
Que él, sin dar tiempo a que uno se precava,
Tiros asesta, con que mata al fin.

Amor en mí caprichos tales muestra,
Su armada diestra
Muestra también.
Mas para mí sus alas qué se han hecho?
Ni un instante se aparta de mi pecho,
Saetas siempre ensangrentando en él.

Con que en un alma al cabo devorada,
Mansión te agrada,
Bárbaro, hacer?
Aléja, aléja por pudor siquiera:
Robustos pechos tu venganza hiera. ..
No yo, mi sombra, lo que azotas es!

Téme esta sombra rematar, aleve:
Mi musa leve
Será tu prez,
Pues de una bella canta y eterniza,
Los negros ojos, cabellera riza,
Y el muelle andar de sus menudos pies.

—

Elegía XX.

Quid fles, abducta......

A qué esa queja aguda
Cual no la exhalaría
Robada Hipodamía
Ni Andrómaca vïuda?
A qué con ira loca
Porque a vengarte acuda,
Tu labio al cielo invoca
Y al mío aleve llama?

No tan triste derrama
El ruiseñor su canto
Bajo el nocturno manto
Desde la hojosa rama:
Con lágrimas no llora
Niobe tan prolijas
La suerte de sus hijas.
Mis brazos en buenhora
Ciñese férreo anillo;
De Dánae me encerrara
Un dios en el castillo;
Y por ti suspirara,
Mi amor me hiciera fuerte;
Rompiera el duro hierro
Burlara el hondo encierro,
Volara, Cintia, a verte.
Rumores atrevidos
Que tu conducta hieren,
Llegan a mis oídos,
Y en mis oídos mueren.
Justo es que así te escudes,
Y de mi fe no dudes.
Solemne juramento
Hago sobre la huesa
De mis padres (si miento
De entrambos, enemiga
La sombra me persiga):
Juramento y promesa
Solemne hago de serte
Fiel hasta el postrer día;
La hora de tu muerte
Será también la mía.

Si de tu rostro bello
Yo el recuerdo perdiera,
Del yugo blando y pío
Tuyo, que adoro, el cuello
Nunca soltar pudiera,
Siete veces Dïana
Completó su carrera
Desque tu nombre al mío
Pública voz hermana

Qué de veces abierta
No me ha sido tn puerta?
Qué de veces tu mano
No me brindó colmada
Su copa de placeres
Por otros mil en vano
Pedida, y codiciada?

Tú mis tiernos amores
A dineros prefieres;
Pues cómo, Cintia, quieres
Que olvide esos favores?

Primero me condene
En severo jüicio
Eaco; y desenfrene
Megera en mí sus sañas,
Y un buitre, como a Ticio
Me roa las entrañas;
O cual Sísifo gima,
Con el risco tremendo
Trepando a la alta cima!
No más, Cintia, a tu amante
Abrumes, escribiendo
Querellas lastimeras:
Víve, víve segura!
Yo no amo a la ventura,
Y cuando amo, es de veras.

—

Elegía XXIX.

Hesterna, mea lux.

Andando la otra noche a la ventura,
Trastornada la mente con el vino,
Solo y errante entre la sombra oscura,

Rapaces me salieron al camino
Que yo contara, si a dejar la cuenta
No el temor me obligase repentino.

Aljaba aqueste sonorosa ostenta,
Antorcha aquél de vacilante llama,
Audaz esotro encadenarme intenta,

Desnudos todos. «Le ataremos,» clama
El más audaz; «pues, fementido amante,
«Cólera justa de inocente dama

«Le pone en nuestras manos».. Y al instante
Con una soga el cuello me rodea.
«En medio de nosotros se adelante,»

Otro gritaba «Confundido sea.»
«El que en su insensatez» alguno dice,
«Que dioses somos despreciables crea!

«No sé de qué placeres se deslice
«En pos tu pie: velando, tu llegada
«Hora tras hora aguarda la infelice,

«Que, la veste purpúrea desatada,
«A gozar, insensato! te daría
«La dulce languidez de su mirada,

«Y, sobre aquellas que la Arabia envía
«Envidiable y preciosa, la fragancia
«Que amor en senos de alabastro cría.»

Otro diz: «Perdonémosle: constancia
«Nos promete de hoy más: a los umbrales
«Tocamos ya de la dichosa estancia.»

Y huyen, volviendo con palabras tales
A mis hombros la túnica: «Vé ahora,
«Y, cuénta si otra vez de noche sales!»

Brillaba ya la rubicunda Aurora,
Y quise ver si a mi adorada estrella
Sola hallaría, entrándome a deshora.

Ah! sola estaba, y más que nunca bella.
No se mostrara con hechizo tanto
Si a Vesta fuese con callada huella,

Cual otras veces, y en púrpureo manto
A inquirir si encerraba desventura
Algún ensueño que le diera espanto.

Tánto a mis ojos deslumbrante y pura
Se mostró al despertar! Sin atavío
Tánto encanta y subyuga la hermosura!

«Qué aquí te trae, indagador tardío,»
Dice «de tu inocente compañera?
«¿Piensas que es como el tuyo el amor mío?

«Bástame un solo amante, o tú, o cualquiera
«Que a ser más fiel y generoso acierte:
«No tan fácil me juzgues o ligera.

«Repára si en mi lecho, si por suerte
«En mi respiración, en mi semblante,
«Señal alguna mi inconstancia advierte.»

Dice, y obsequios de mi labio amante
Rechaza, el pie apoyando con presura
En la breve sandalia. En adelante
Noche ninguna obtuve de ventura.

—

LIBRO III

Elegía I.

Callimachi manes.

Oh manes de Calímaco divino!
Oh sombra de Filetas!
Grata acogida en vuestro bosque dadme,
Clarísimos poetas.

Yo sacerdote de extranjera Musa
Quiero a la patria mía
Puras traer las regaladas notas
De la griega elegía.

En cuál antro, decidme, milagroso,
Se ensayó vuestro acento?
Dó asentasteis el pie? qué fuente el labio
Os refrescó sediento?

Qué a mí, sagradas sombras, con la guerra,
Que versos pide graves?
Fluyan los míos, de mi boca fluyan
Ligeros y süaves,

Cuales me conciliaron los honores
De remontada fama,
Y caricias de Musa victoriosa
Que a su carro me llama:

Arrástranle corceles laureados,
Y fáciles amores
En torno vuelan, y sus ruedas sigue
Turba de imitadores.

Mas, oh atrevidos émulos! en vano
Soltando larga rienda,
Entrar pensáis al templo de mi Musa;
Que harto angosta es la senda.

Roma! vates habrá que tus anales
En verso altilocuente
Desvuelvan, siendo límite a tus glorias
El rosado Orïente.

Mas yo el único soy que al Helicona
Por sendero cerrado
Va a conquistarte páginas que leas
Exenta de cuidado.

Musas! apercibid para mi frente
Entremezcladas flores:
No asientan duros lauros al que solo
Canta blandos amores.

Enhorabuena niegueme la envidia
Loor que con usura
Ha de volverme, mi ceniza honrando,
Generación futura.

Todo desaparece con el tiempo;
Mas la gloria se agranda:
Crece el nombre que sale de una tumba,
Y entre las gentes anda.

Donde no, de las torres que hundió aleve
Caballo de madera,
De los ríos que a Aquiles persiguieron,
Quién la historia supiera?

¿Quién la gloria del Ida, que de Jove
Rodar vio la áurea cuna?
De Héctor, atado al fin al griego carro,
Quién la varia fortuna?

Tú, Deífobo, y tú, Polidamante,
Yacierais en olvido;
Oh Paris! Con tu patria feneciera
Tu nombre maldecido.

Nadie hablaría de Ilïón, dos veces
Tomado por Alcides,
Mas crece Homero, y del cantor al lado
Los viejos adalides!

Roma dirá mi nombre a las edades
Como blasón latino;
Y hará lucir sobre mi huesa eternos
Los días que adivino.

Y pues mis votos favorece Apolo,
Mi nombre alas se viste:
Poco me importa que grabado dure
En monumento triste.

Volvamos, Musa, a nuestra esfera entanto;
Y la querida mía
A la cadencia acostumbrada, oído
Fácil preste, y sonría.

1865.

Elegía II.

Orphea ditinuisse....

Orfeo los leones con su acento
Domó en los bosques hórridos y oscuros,
Y de ríos detuvo el movimiento:

Anfïón arrastró peñascos duros,
Que de suyo se alzaban sin reposo
De Tebas a formar los altos muros;

Y Polifemo en Etna cavernoso
Cantaba, y a su canto Galatea
Paró el húmido carro impetüoso.

Qué mucho que mis cantos (pues febea
Inspiración me enciende) enamorada
Turba de niñas con placer los lea?

Si techumbre no tengo en mi morada,
Que visos dé con el marfil y el oro,
En columnas marmóreas sustentada,

Ni de Alcinó en mis huertos el tesoro,
Ni grutas de recreo, a cuyo abrigo
Bulla continuo manantial sonoro;

Tengo divina inspiración conmigo,
Y en sacras danzas los alegres días
Consumiendo, a Calíope fatigo.

Dichosa aquella que en las obras mías
Viviere! Monumentos inmortales
Serán de su beldad mis elegías.

Las soberbias pirámides reales,
Los del templo de Olimpia, artesonados
Al tachonado firmamento iguales,

Y de muros ceñida fortunados,
De Mausolo la rica sepultura,
Sucumbirán al golpe de los hados!....

No empero así parece la hermosura
Que en noble verso celebró el poeta;
El noble verso de la muerte oscura
La salvará, que el tiempo la respeta!

—

Elegía III.

Visus eram molli....

Soñé que recostado
Bajo las sombras de Helicón sagrado
Al ruido sordo de la aonia fuente,

Alba, tu heroica historia
Pensaba, y de tus reyes la memoria,
Con plectro débil ensalzar demente.

Pensaba en mi ufanía
De las ondas beber en donde el sabio
Padre de la romana poesía
La sed templaba del divino labio,
Cuando cantó de Horacio la victoria;
Los Curios; la alta nave
De Paulo Emilio, de despojos grave;
La victoriosa lentitud de Fabio;
O el estrago de Canas;
Los númenes, por fin de las romanas,
Regiones blandas al rogar ferviente;
Del confín de la Italia armipotente
Aníbal expelido,
Y libertado el capitolio santo
De ánsares veladores al graznido.

Improviso me mira
Desde un laurel del antro misterioso,
Febo, apoyado en la dorada lira,

Y, «Adónde el estravío
Propercio, dice, te arrebata, adónde?
Guarda! que de ese río
Ni a ti beber las aguas corresponde,
Ni del heroico verso numeroso
Nombre esperar que en las edades viva.

Con fácil, fugitiva
Rueda atraviesa el florecido prado,
Si quieres que contino registrado
Por la beldad tu libro, cuando vele
A un amante esperando, la consuele.

No carga abrumadora te prepares:
Réma de un lado y otro, tal que vaya
La costanera navecilla tuya
Rayendo siempre la nativa playa,
No si la engolfas en los altos mares
Bramador huracán te la destruya.»

Dice y al punto con la lira de oro
Señala el antro del castalio coro,
A do me guía por secreta ruta,
En el musgo vivaz recién trazada:

Verde era y fresca gruta,
Cubren su suelo piedrezuelas miles,
De su bóveda penden tamboriles;
Hermosean, de arcilla fabricadas,
De las Musas la efigie y de Sileno,
Pan, y tus flautas el sagrario ameno.

Y las aves de Venus, mis amores,
Sus picos, en colores
Del múrice rivales,
Zabullen en los líquidos cristales.

Por los alrededores
Las nueve hermanas cándidas, riëntes,
Aperciben magníficos presentes:

Cuál los tirsos rodea
De yedra, cuál en combinar se emplea
Los versos dulces con la lira grata;
Cual mirto y rosas entreteje y ata.
De ellas una (a juzgar por el semblante,
Era el alma Calíope) delante
Poniéndoseme, dice:

No montes tú, poeta,
Corcel guerrero de fiereza suma;
Nó: tu carro tirado se deslice
Por blandos cisnes de nevada pluma.
Qué a ti los ecos de marcial trompeta,
Ni triünfos de espléndido estandarte?
De nuestro bosque en el tranquilo seno
No tú las armas resonar de Marte,
Hagas jamás; no a celebrar te arrestes
Cómo por Mario y la esforzada Roma
Rotas se vieron del Teutón las huestes;
Ni cuál tardo y quejoso rodó el Reno,
De sangre y cuerpos destrozados lleno.

Tú cánta los amores
Y las fugas de amor, o la osadía,
Y con tus versos vigilancia impía
Burle el amante y se corone en flores.
Tal hablaba Calíope rïente,
Y mi labio con gotas milagrosas
Humedeció de la vecina fuente.

Elegía X.

Mirabar quiduam misissent.... .

. . . .

Hoy en torno a mi lecho, no sabía
Por cuál las musas raro beneficio
Todas estaban, al rayar el día.

Nunciaban de mi amada el natalicio,
Con las palmas tres veces placentera
Señal haciendo de feliz auspicio......

Duérmase el viento en la tendida esfera,
Ni las nubes caminen por el cielo,
Ni las ondas combatan la ribera.

No haya hoy tristezas, turbación ni duelo
Níobe misma enjugue el triste llanto
Con que a la piedra anima en su desvelo.

Alción! suspénde el querelloso canto;
Filomena infeliz, olvída agora
La sempiterna voz de tu quebranto.

Y tú, de mi contento causadora,
Tú que a la dicha y al placer naciste,
Levántate, a los númenes adóra;

Déja en las aguas somnolencia triste;
La cabellera tersa y abundosa
Dispón en trenzas; el ropaje viste

Con que por vez primera, victoriosa,
Me dejaste a tus plantas deslumbrado;
Tiemble en tus sienes colorada rosa.

Que inmortalicen tu beldad y agrado
Píde luégo a los dioses; que tu amante
Su esclavitud bendiga y tu reinado.

Y después que el incienso se levante
Del coronado altar, y resplandores
Faustos llenen tu casa, la abundante

Mesa nos llame, alegres amadores,
Y el tiempo corra, y corra a par el vino,
Y olor esparzan las fragantes flores.

Ronca la flauta, del danzar contino
Vencida caiga; libre y afluënte
Sales brote tu libro purpurino.

Sueños ingratos el festín ahuyente,
Y salga, y a lo lejos se derrame
Sonoro el eco de placer ardiente.

Rueden los dados y la suerte aclame
Quien sea aquel a quien Cupido ciego
Con más ardor el corazón le inflame.

A la algazara seguiránse luégo
Misterios de la blanda Citerea,
Desdén fingido y victorioso ruego:
Este el fin dulce de tu fiesta sea.

—

Elegía XII.

Postume, plorantem .....

Póstumo! será justo
Que a tu Gala abandones
Del victorioso Augusto
Siguiendo los pendones,
Sin atender siquiera
A su voz lastimera?

Qué triunfos pues tan claros
En cambio te previenes?
Perezcan los avaros,
Si es posible, y a quienes
No el amor tierno basta
De esposa dulce y casta!

De clámide cubierto
Con el yelmo en la mano
Y de fatiga muerto,
Del Araxes lejano
Irás a la corriente
A apagar sed ardiente.

Y ella aquí por tu suerte
Suspirará, de miedo
Que te impela a la muerte
Tu intrepidez, o el medo
Rápida flecha arroje,
Y en tu sangre la moje;

O a su caballería
Que avanza con estruendo,
Allá en su fantasía
Te verá sucumbiendo,
Con el bridón, en vano
De oro luciente ufano.

O mustia y taciturna,
Pensará si se envuelven
Tus restos en la urna
Sepulcral: así vuelven
Los que en lejanas tierras
Sucumben en las guerras!

Póstumo, tú del lado
De tan modesta y bella,
Amante separado!
Alguna menos que ella
Sensible y amorosa,
Debiera ser tu esposa.

Mas indefensa y sola,
Qué dios habrá propicio
Que de la fácil ola
La liberte del vicio,
De que la ciudad nuéstra
Es víctima y maestra?

Párte, empero, seguro:
A ruego y dones ella
Será de sordo y duro
Bronce: y que a su querella
Tú cerraste el oído,
Eso lo da al olvido.

Si tornas salvo un día
De los campos de Marte,
Radiante de alegría
Acorrerá a abrazarte,
Y por su amor eterno
Te hará Ulises moderno.

No al rey aquél, de daños
Origen fue la ausencia:
Diez laboriosos años
De lid, la resistencia
De los traces, que doma,
Dë Ismaro la toma:

Polifemo, a quien quema
El ojo sangrïento;
Circe, en maldad extrema
Sabia; el encantamiento
De loto; y mil bajíos,
Y escollos mil impíos:

Marineros osados
A robar a Lampecia,
Del padre los ganados,

De Apolo, que con recia
Tormenta por la suma
Audacia los abruma:

Calipso fiel, que baña
El tálamo desierto
En lágrimas; la saña
Del invierno, que yerto
Sufrió noches y días,
En las olas sombrías:

De mudas sombras llena
La honda región de olvido,
Do baja; la sirena
Falace, a que el oído
Supo cerrar prudente;
El arco finalmente,

Que muerte repentina
De audaces amadores
Da a la turba, y termina
Vïajes y temores:
De tanto y más no en vano
Saliera libre y sano.

De tanto y más sobrada
Recompensa, en la corte
Ansiando su llegada
Halla a su fiel consorte:
Y aun no en virtud iguala
Penélope a Elia Gala!

—

Elegía XXI.

Magnum iter ad doctas......

Quiero partir para la docta Atenas,
Y a largo viaje cometer mis penas.
Más amo a Cintia mientras más la veo,
Y es de su propio estímulo el deseo.
Por libertarme de ese dios tirano,
Nada he dejado de tentar, y en vano,
Que más y más me oprime. Mi adorada
Si viene acaso a mi mansión, se agrada
En burlar con desdenes mis amores:
El más leve y menor de sus favores,
Si al fin lo obtengo, oh cuántono me cuesta!
Solo un remedio resta:

Partir! al paso que a la infiel yo deje
Confío que el amor de mí se aleje.
Al mar, amigos! A mover el remo
Preveníos en orden: al extremo
Del coronado mástil la serena
Vela flamee, y de la patria arena
Zarpe por fin nuestra animosa nave
A los soplos del céfiro süave.
Hermosa patria!.... compañeros caros!
Adiós quedad!.... es fuerza abandonaros.
Allá también, no obstante tus desvíos,
Cintia, allá vuelan los adioses míos!

El Adriático undoso
Veré, tímido huéspe, y sin reposo
Mis votos volarán a las deidades
Que gobiernan las roncas tempestades.

Del Tonio en las tendidas ondas luégo
Resbalará la nave, y con sosiego
Cansadas lonas, de Corinto en frente,
Irá a coger. El istmo interyacente
Que conjurado el mar ciñe y quebranta
Ya pasaré con animosa planta.
Estando en el Pireo,
A la ciudad sagrada de Teseo
Emprenderé camino
Tomando el alto muro.

Buscaré allí la ciencia en el divino
Platón, o en los jardines de Epicuro;
E iré, ya en la elocuencia vencedora
De Demóstenes, y ora
Del buen Menandro en las discretas sales,
Habla hermosa a gustar. Las capitales
Obras veré asombrado de pintura,
Y el bronce y el marfil que de natura
Emulan el poder a competencia.

Poco a poco la ausencia,
Y los años y mares interpuestos
Borrarán los funestos
Residuos de pasión. Llegará el día
Que ponga fin a la existencia mía;
Mas no el amor, lo fijará la suerte,
Y plácida será, y honrada muerte.

LA SOMBRA DE CORNELIA

LIBRO IV

Elegía XI.

Desine, Paulle, meum.

Oh Paulo! césa de apremiar con llanto
Mi túmulo. No hay fuerza, no hay porfía
Que logre abrir los reinos del espanto.

El que desciende a la región umbría,
Al ambiente vital tornar no espera;
Puerta de bronce le cerró la vía.

Y aunque Plutón te oyese, qué sirviera?
Bebería tus lágrimas oscura
Y sorda siempre la fatal ribera.

Mueve el ruego a los dioses de la altura;
Las esperanzas con la muerte acaban;
Cubre herboso tapiz la sepultura.

Esto fúnebres trompas recordaban,
Cuando las llamas de la pira odiosa
Mis mortales despojos devoraban.

Qué me valió de Paulo ser esposa?
Qué de mis padres la triunfal carrera?
Qué sirvió ejecutoria tan famosa?

Fue conmigo la Parca menos fiera?
Hé aquí la gran Cornelia es polvo hoy día
Que infantil mano levantar pudiera!

Averno sepulcral! Noche sombría!
Triste cárcel! Laguna indiferente!
Vos, algas, que ceñís la planta mía!

Bájo aquí sin sazón, pero inocente:
Mi sombra de Plutón logre acogida,
Menos severa su ceñuda frente.

Eaco agite ya la urna temida,
Y los jueces señale en el momento
Que han de juzgar de mi pasada vida.

Y Minos tome y Radamanto asiento,
Y, las fieras Euménides al lado,
Calle a mi voz el auditorio atento.

Sísifo logre en el fatal collado,
Ixïón en su rueda, pausa grata,
Tántalo beba del raudal vedado;

No a las sombras Cerbero ronco lata,
Mas tomándole un punto sueño amigo,
La cadena se afloje que lë ata.

Yo misma me defiendo, y si es que digo,
Mi causa al abogar, mentira alguna,
Sufra de las Danaides el castigo.

Ilustre, si las hubo, fue mi cuna:
Fijaron mis abuelos Escipiones
En Africa y Numancia la fortuna;

Y por línea materna a los Libones,
Generosa progenie, erguirse veo,
Y ambas ramas compiten en blasones.

Cuando al fulgor del hacha de himeneo
Depuse la pretexta, y ruborosa
Vi adornarse mi sien de nuevo arreo,

Entonces, Paulo, me llamé tu esposa;
Como sombra pasé que se desliza;
PREMIÓ A UN SOLO HOMBRE, se leerá en mi losa.

Invoco por testigo la ceniza
De aquéllos héroes que sirviendo a Roma,
Africa, hicieron en tus campos riza;

Y la de aquel, que cuando Pérseo asoma
A Aquiles remedando, su ascendiente,
Su tienda abate y su arrogancia doma,

Que nunca a mi deber falté imprudente,
Que oculto en mi mansión ningún pecado
De mis Penates sonrojó la frente.

Nó: Cornelia no fue degenerado
Vástago de su raza; por ventura
Entre tántos modelos fue dechado.

Corrió mi vida igual, y siempre pura;
Tal la antorcha me halló del himeneo,
Y tal la que alumbró mi sepultura.

Que unida andaba con mi sangre creo
La virtud que heredé: no la acreciera
Temor de verme ante mis jueces reo.

Hoy no hará su sentencia, aunque severa,
Que pueda desdeñar mi compañía
La más noble mujer, la más austera:

Ni tú, doncella, que arrastraste un día
Con lazo desatado a tu cintura
La nave que Cibeles detenía;

Ni tú, vestal, que en tu virtud segura,
Extinta al ver la llama milagrosa,
Arrojaste, y ardió, tu vestidura.

Y tú, amada Escribonia, alguna cosa
Hallaste impropia en la hija que perdiste,
O, excepto su partida, dolorosa?

Tu llanto me honra, y el lamento triste
Del pueblo todo, y la funérea rama
Con que César mi túmulo reviste.

César de su hija, en público, me llama
Digna hermana; y el pueblo oyó el gemido,
Y las lágrimas vio que un dios derrama.

De madre de varones el vestido
Fecunda esposa merecí: mi muerte
Desierto no dejó mi hogar querido.

Lépido, Paulo! al golpe de la suerte
Expiré en vuestros brazos, y ahora siento
Que resucito en vuestras almas fuerte.

Dos veces ocupó curul asiento
Mi hermano, y con el prez del consulado
Recibió de mi ausencia el sentimiento.

Tú, bien nacida a noble magistrado,
Ama. hija, y da tu mano a solo un hombre;
Guárda en mi ejemplo mi mejor legado;

Y dignos todos perpetuad mi nombre;—
Resignada me aparto de esa zona
Sin que la adusta eternidad me asombre.

El mejor galardón de una matrona
Es la fama que alzándose en su pira,
Su vida cuenta y su virtud corona.

Oyeme, oh Paulo! por mis hijos míra;
Salva la tumba el sentimiento bello
Que aun estos votos a mi labio inspira.

Padre, haz veces de madre; fío en ello:
Las prendas que dejé, la madrë ida,
Correrán juntas a abrazar tu cuello.

Sus lágrimas enjúga, por tu vida,
Y dales con tu beso el beso mío;
Mi prole toda en tu favor se anida.

Desáta a solas comprimido río,
Y al volver, serenado ya el semblante,
Renuéva las caricias manso y pío.

Para llorar la noche no es bastante?
No basta esa vigilia, oh Paulo! y ese
Amargo sueño en que me ves delante?

Endulzar tu amargura no te pese;
Vé, y platica en secreto con mi busto,
Y dime todo cual si yo te oyese.

Hijos, si a vuestro padre viene en gusto
Llevar segunda esposa al puesto mío,
Madrastra para vos de ceño adusto,

Acatad humildosos su albedrío,
Y de ella, con cariño y mansedumbre,
Tornad amor el que empezó desvío.

Ni ensalcéis mi memoria por costumbre;
Que entender, lastimada, ella podría
En propia humillación cuanto me encumbre.

Mas si él, honrando mi ceniza fría,
Excusa hacer cuanto a mi sombra ofenda,
Fiel hoy y siempre a la memoria mía,

Allanad luégo a su vejez la senda,
Y orne de su viudez el despoblado
De todo vuestro amor constante ofrenda.

Vivid los años que me roba el hado;
Y consuelos disfrute sin medida
Mi esposo de mis hijos rodeado.

Nunca ausencia crüel llore en mi vida;
Mi muerte fue en mi hogar primer vacío;
Todos lloraron mi final partida.

Y ceso. Atestiguando el dicho mío,
Alzáos los que me honráis con vuestro llanto:
Al lugar de mis padres ir confío
Si, fiel a mi deber, merezco tánto.

PSEUDO GAGO

PSEUDO GALO

FRAGMENTOS

Non fuit Arsacidus.....

Ay! mujercilla infame
Que seducirla intenta,
Dádivas le presenta
Que en oculto llevó, de mi rival.
De aquel que las envía
Ella con artería
Las dotes luégo empieza a ponderar.

La faz que esmalta a penas
El bozo delicado,
El rubio, desatado
Cabello undoso, la armoniosa voz
Que la lira acompaña....
Y de hórrida campaña
Hácele ver la eterna duración.

Dícele que de canas
Mi frente está vestida,
Que a causa de una herida
Muevo ya desigual el tardo pie.
Ay! temo que en mi bella
Sus trazas hagan mella
Y al fin vacile su jurada fe.

Que por naturaleza
Es la mujer instable,
Y penetrar no es dable
Si amar sabe u odiar con más ardor.
Múdase a cada instante,
Sólo en eso constante,
Y extremos busca, el odio o el amor.

Oh! qué he dicho insensato?
Nada conmueve, nada
Conmoverá a mi amada:
Ni de astuto rival precioso dón,
Ni autoridad de un padre
Ni instancias de una madre,
Ni de edad juvenil la hermosa flor.

Enmedio del Egeo
Tal se eleva la roca
Que el ímpetu provoca
De ronco viento y de mugiente mar.

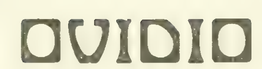
Así encubierto fuego
Cobra fuerzas, y luégo
Luz más pura comienza a destellar.

Con fiel presentimiento
Ella aguarda mi vuelta,
Y en silencio da suelta
A los dulces ensueños del amor.
Ausente, ella me mira,
Noche y día suspira,
Invoca día y noche a su amador.

Para él en oro y plata
Capas ricas su aguja
Bordando está, y dibuja
La última guerra en que lidiaba yo;
Campeones su diestra
Retrata, y hace muestra
De hazañas que la fama divulgó.

Las águilas romanas
Allí verás triunfantes,
Verás las ondas que antes
Eufrates sublevó, cautivas ya;
El persa, antes ufano,
Del vengador romano
Allí a las plantas derribado está.

Allí entre los primeros
Se ve la imagen mía;
Amor su mano guía,
Y su mano mi imagen pone allí:
La suya de otro lado,
El rostro demudado
Llora, y parece un nombre balbucir.


OVIDIO

OVIDIO

AMOR—LIBRO I

Elegía I

Arma gravi numero......

Cantar propúseme un día
De la guerra y sus horrores,
Versos midiendo mayores,
Cuales el tema pedía.

El renglón segundo fue
Al primero igual: Cupido
Detrás riyó, y al descuido,
Del segundo borra un pie.

Rapaz! colérico exclamo
Qué tienes que ver conmigo,
Pendones de Apolo sigo
No tuyos: canto, no amo.

Sál, importuno! Qué fuera
Ver a la lasciva diosa
Blandir la lanza, y de rosa
Coronarse la guerrera?

Qué, si en las selvas al bruto
Ceres con dardos siguiese
Y Dïana recogiese
De los campos el tributo?

Si en cambio del morrión grave
A Marte diese el de bellos
Y destrenzados cabellos
La su cítara suave?

Torno a mi labor: y pruebo
De nuevo el verso acabar,
Y el pie postrero a borrar
Torna Cupido de nuevo.

Insisto yo: Cómo quieres
Que pulse amorosa lira?
Nada la turba me inspira
De amorcillos y mujeres.

Vastos tus dominios son:
En ellos manda! O acaso
Quieres también el Parnaso?
Nada basta a tu ambición?

Mas él con ágil rodilla
Pára el arco armado al punto,
Y, toma, me dice, asunto
Que tratar a maravilla.

Clavado siento, ay de mí!
En el alma luégo el dardo,
Y todo en amores ardo
Cuanto dellos libre fui.

Cada exámetro seguido
Será de metro diverso,
Que de las guerras y el verso
Que las sirve, me despido

De mirto florido, pues,
Coronada la cabeza,
Musa a combinar empieza
Los once métricos pies.

—

Elegía III.

Justa precor

Es justo mi ruego:
Que me haga felice
Mi reina, o atice
Traviesa mi fuego.

Y aun menos la pido:
Que esquiva no sea
Blanda Citerea
Oiga mi gemido!

Oh mi luz, mi encanto!
No desprecies dura
Al que amor te jura
Inviolable y santo!

Verdad, no poseo
Ingente riqueza,
Timbres de nobleza,
Granjas de recreo.

Mas no pobre y solo
Me juzgues: camino
Con el dios del vino,
Las Musas y Apolo.

Llevo éstos al lado,
Y dentro y conmigo
El dios enemigo
Que a ti me ha entregado.

Honradez que brilla
Rica sobre el oro,
Modestia atesoro,
Y verdad sencilla.

Esclavo y amante
Seré de ti sola:
De amor no en la ola
Navego inconstante.

Mi vida y la tuya
Avancen unidas,
Y a un tiempo dos vidas
La muerte destruya!

Permíteme en tanto
Cantar mis amores:
De ti, tus favores
Digno hagan el canto.

La virgen que vido
Su frente enastada;
La virgen burlada
Por cisne mentido;

La que al cuerno asida
De albo toro, andaba
Sobre la onda brava
De color perdida,

Si famosas tanto
Vencieron la muerte,
Más que de la suerte
Dádiva es del canto.

Que vuelen confío
Yo del mismo modo
Por el orbe todo
Tu nombre y el mío.

———

LIBRO II

Elegía VI

Psittacus Evis.

Murió mi papagayo!
Llorad, aves del cielo,
Al hijo docto y gayo
Del remoto indo suelo.
Con voces plañideras,
Dadle, plegada el ala,
Vuelta en luto la gala,
Las honras postrimeras.

Grande fue, mas añeja
La causa es de tu llanto,
Oh! Filomela! deja
De recordarla tánto.
Tus gemidos convierte
Que escucha el bosque umbrío,
Del papagayo mío
A lamentar la muerte.

Aves, cuantas la esfera
Cruzáis, llorad ahora;
Pero tú la primera,
Tórtola amante, llóra:
El en dulce recreo
Vivió siempre contigo:
No fue mejor amigo
Oreste ni Teseo.

Mas qué contra la muerte
Pudo, mísero, aquella
Fidelidad valerte?
Qué el amor de mi bella?
Es inflexible el hado:
Llega el crüel momento,
Y caes, ornamento
Del ejército alado!

Con tu rosaceo pico
El múrice afrentaras;
Con tu plumaje rico
Las esmeraldas raras.
Con tu lengua el sonido
Que hubieses escuchado,
Lo dabas imitado
Engañando el oído.

Apenas un momento
Que del habla al cultivo
Negases, al sustento
La dabas fugitivo;
Pues era solamente
Alguna nuez tu vianda,
Y adormidera blanda,
Con agua de la fuente.

De la paz bendecida,
Dulce amador parlero,
Te robó de la vida
Tiro de Envidia, artero,

Y estos así perecen
Mientras las pendencieras
Codornices en fieras
Batallas envejecen.

Y, nuncio de aguacero,
Vive el grajo; el milano,
Que amenazante y fiero,
Gira en el éter vano,
El buitre, que de presa
En pos hambriento vaga;
Y la corneja aciaga
Siglos morir ve ilesa!

Que es ley indeficiente
En toda la natura,
Que acabe lo excelente
Mientras lo inútil dura.
Burlón Tersites mira
Rota la hueste aquea
Y Paris bizarrea
Mientras Héctor expira.

Lleváronse los vientos
Los votos de mi amada:
Sus votos, sus lamentos,
De muerte al ver postrada
Al ave peregrina
Que con voz lastimera
Habló por vez postrera
Diciendo: «Adiós, Corina!»

En el Elíseo existe
Opaco un bosque; el suelo
De yerba y flores viste
Inmortal arroyuelo.
Ni a pájaros da entrada
O inmundos o inclementes,
Que es de aves inocentes
Pacífica morada.

Allí en concordia suma
Fénices vividores,
Cisnes de blanca pluma;
El pavón sus colores
Despliega campeando,
Y la paloma tierna
Sus ósculos alterna
Con el arrullo blando.

Entre ellos recibido
El papagayo ahora,
Empieza agradecido
A hablar de su señora;
Y el vulgo circunstante
Atónito o atento
Oye su claro acento
Al nuéstro semejante.

Su cuerpo ya reposa
Inanimado y leve;
Le cubre exigua losa,
Es su epitafio breve:
«Del reino de la Aurora
«Vine, asombro a la gente;
«Más que ave fui elocuente:
«Corina fiel me llora.»

—

Elegía XI.

Prima malas docuit....

Las peligrosas sendas del mar fiero
Del alto Pelion el añoso pino
A los mortales enseñó primero,

Que entre escollos abriéndose camino
Puso a las ondas con sonante prora
Espanto y trujo el áureo vellocino.

Porqué en hondos abismos a deshora
No le precipitó, para escarmiento
De osados pechos, tempestad sonora?

Hoy mi Corina al pérfido elemento,
Dejando el patrio sol, sus dulces lares,
Osa entregarse, a la merced del viento.

No altos muros, no verdes olivares
Pienses, Corina, que en los mares haya:
Todo es igual en los azules mares,

Del bajel sólo la espumosa raya
En ellos ver esperes; no las bellas
Piedrezuelas y conchas de la playa,

En la playa, si os place, breves huellas
Niñas, dejad: el juego es diferente
Con las ondas; oscuro es todo en ellas.

Bastante os sea que el viajero os cuente
Del viento vario y la escondida roca
Del rayo fiero y de la sirte hirviente.

Eso saberlo, no probarlo os toca;
Preferís tempestades verdaderas
A tempestades en ajena boca?

Levada el ancla, en vano pretendieras
Volver ya, las miradas con tardío
Desengaño tornando a las riberas.

Corina, el nauta en temporal bravío
Ve tan cerca la muerte andarle, cuanto
Las rugidoras ondas al navío.

Oh! cuál será tu palidez y espanto
Si altos montes el piélago remeda!
Cuál, en calma fatídica, tu llanto!

Triste! a los hijos fúlgidos de Leda
Invocarás; con voz enflaquecida
¡Feliz, dirás, la que en su hogar se queda!

Dílo ahora más bien; y entretenida
Con libros y armoniosos instrumentos,
Vive una dulce y descansada vida.

Mas si das mis consejos a los vientos
Bien hayas por do fueres; Galatea
Rija de tu bajel los movimientos !

Númenes de la mar! sagrada os sea
La beldad que a vosotros se confía:
Mansas las olas a su paso vea!

Y tú, consuelo y esperanza mía,
No al hombre olvides que entretanto vela
Fiel esperando de tu vuelta el día.

Pronto a esta costa el oleaje impela
La luna, el mar; y zéfiro sonoro
De lleno dando en la turgente vela;

Vela que anuncie a la mujer que adoro.
Yo al verla clamaré regocijado:
Salve, oh bajel, que traes mi tesoro!

Ya, en idea, en mis hombros te traslado
A tranquila mansión; que estoy ya creo
De tu risa gozando y de tu lado.

Y entre los dulces dones de Lieo
Oigote ya del buque combatido
Contar el peligroso cabeceo;

Y cómo tú, cual pájaro a su nido,
Tornando a mí, ni oscuridad temías
Ni el animoso viento y su rüido.

Aunque fuesen aéreas fantasías,
Las oiré cual oráculos divinos:
Porqué matar las ilusiones mías?

Oh! presto entre celajes purpurinos
Aurora dando a sus bridones suelta,
Anuncie tan magníficos destinos,
Mi ventura sellando con tu vuelta!

LIBRO II

Elegía XVI.

Pars me Sulmo tenet.

Héme pues en Sulmona,
Nuestro cantón tercero:
Es reducido; empero
Salubridad le abona.

Rayos del sol ardientes
No agostan sus verdores:
En los alrededores
Bullen alegres fuentes.

Trigo aquí se cultiva,
Que es tierra asaz fecunda;
Crece la vid, y abunda
La generosa oliva.

Doquier hay agua y sombra,
Y frescos emparrados;
Y vístense los prados
De matizada alfombra.

Mas ay! mi amor, presente
No está... Mi amor? qué digo?
Sobrado está conmigo,
Quien le inspira está ausente.

En vano alzar el vuelo
Yo a los astros pudiera:
Sin mi deidad, me fuera
Aborrecible el cielo.

Perezcan, y el reposo
No encuentren que dejaron,
Los que surcar osaron
La tierra y mar ondoso!

Si evitarlo no es dado,
Que ley al menos fuese
Que la beldad partiese
Del amador al lado!

Yo entonces con la mía,
Si hollara el hielo alpino,
El áspero camino,
De rosas me sería.

O bien los arenales
Del Africa arrostrara;
O velas desplegara
Con recios vendavales.

No entonces a Malea,
Aciaga a los viajeros;
No a Scila, que de fieros
Mastines se rodea;

No a Caribdis, que impía,
Devora los navíos
Ni escollos ni bajíos
Cobarde temería.

Si al mar el viento insulta,
La noche el cielo arropa,
Y onda insana la popa
Con sus dioses sepulta;

Tú en mis hombros, yo a nado,
¡Oh dulce carga! a puerto
Saldré, con rumbo cierto,
Brïoso y ufanado.

Leandro hacia su bella
Nadaba trïunfante:
Se hundió cuando delante
Se oscureció su estrella.

Vano es pues que desplieguen
Su follaje las viñas;
Que en torno las campiñas
Arroyos claros rieguen,

Y su cristal se rompa,
O manso y lento gire;
Y céfiro suspire
Entre la verde pompa.

Sin ti, que estoy olvido
En mi dulce Sulmona;
Y que este es de Pomona
País favorecido;

Y en la Escitia estar creo
O en las rocas que ciñe
El mar, o en las que tiñe
Sangre de Prometeo.

No al olmo desampara
La vid, que le es querida:
Ay! a mí de mi vida
El hado me separa!

Porqué culpar al hado?
Tú por tus ojos bellos
Jurábasme, y con ellos,
Siempre estar a mi lado.

Leve es el juramento
De la mujer, cual hoja
De que al bosque despoja
Fugaz e instable viento!

Si la piedad, no obstante,
No del todo perdiste,
El desamparo triste
Contémpla de tu amante.

Mónta en carroza luégo:
Con crespa crin, veloces
Los potros a tus voces,
Galopen sin sosiego.

Vos a los ruegos míos
Y de ella al paso, oh montes,
En planos horizontes,
Que diosa es grande, abríos!

—

LIBRO III

Elegía IX

Memmona si mater.

Si a Memnón su madre un día
Lloró, si lloró su madre
A Aquiles, y excelsas diosas
Sienten también nuestros males;

Hoy tú, llorosa Elegía,
Al viento el cabello espárce;
Justo es que el nombre que llevas
Hoy más que nunca te cuadre.

Tibulo, el vate inspirado
Que a tu fama dio realce,
No existe: en fúnebre hoguera
Sus yertos despojos arden.

Míra de Venus al hijo,
Con qué tristura y desaire
Vuelto el carcaj, roto el arco
Y el hacha apagada trae;

Míra su andar lastimoso,
Cómo las alas abate,
Y golpeándose el pecho
Da de su dolor señales.

Por su cuello las guedejas
En llanto empapadas caen,
Y arrancando hondos sollozos
Con labio convulso plañe.

Así de Eneas, su hermano,
Acompañando el cadáver
Fue visto dejar un día,
Bello Julo, tus umbrales.

Venus morir ve a Tibulo,
Y no con dolor más grande
Víctima de hórrido monstruo
Caer vio su tierno amante.

Y santos a los poetas
Nos juzgan, de altas deidades
Favorecidos, y aun llenos
De un numen que hablar nos hace!

Nada hay santo que la impía
Muerte a deshora no ultraje;
Lleva ella doquier sus manos
Negras y todo lo invade.

Qué su padre al tracio Orfeo,
Ni qué las maternas artes
Con que amansaba las fieras,
Hubieron de aprovecharle?

A Lino también, a Lino
Malogrado, el mismo padre
Cantó con lira inacorde
En solitarios boscajes.

Ved a Homero de quien mana
Cual de fuente inagotable
La onda pïeria, a do acuden
A templar su sed los vates:

A ése también hundió el hado
En las sombras infernales;
Inmunes la ávida pira
Sólo los cantos evaden.

La obra del cantor perdura:
De Troya allí los combates,
Allí el reteger la tela
Que ardid nocturno deshace.

Así Némesi, así Delia
Vivirán en las edades,
Esta de él primero amada,
Amada aquélla más tarde.

Qué ya, decid, vuestras presas,
Qué los egipcios timbales,
Castas noches ofrecidas
Por su bien, decid, qué valen?

Cuando sucumben los buenos,
Perdonad que lo declare!
Mal la existencia me explico
De los dioses inmortales.

Víve piadoso;—piadoso
Morirás: de los altares
Al sepulcro destinado
Vendrá la muerte a arrancarte.

En el poético genio
Confía;—Tibulo yace:
De lo que fue, sólo queda
Lo que en urna estrecha cabe.

Y a ti, divino poeta,
A ti esas llamas voraces
Te envuelven, y no han temido
En tu corazón cebarse?

Los sacros dorados templos
Qué mucho será que abrase
Fuego que atreverse pudo
A profanación tan grave?

La que sobre Erice reina
Dicen que apartó el semblante,
Que reprimirse no pudo,
Que corrió su llanto, añaden.

Más triste, empero, que hubiese
Muerto lejos de sus lares
Y allá en Corcira, en vil fosa,
Tierra extraña le ocultase.

Cerrar sus nublados ojos
Pudo aquí una tierna madre
Y ofrecer a sus cenizas
Los postreros homenajes.

Aquí una hermana que el fiero
Materno dolor comparte,
Mesándose los cabellos,
Asistió a sus funerales;

Aquí Némesis y Delia
Con sus ósculos süaves
A despedirle vinieron
Para el eternal vïaje.

«Tocóme a mí mejor suerte,»
Dice Delia al retirarse;
«Mientras en mi amor ardía,
«Tú de la vida gozaste.»

Y a ella Némesis volviendo:
«Hay algo en que has de envidiarme;
«Con mano desfallecida
«El me retuvo expirante.»

Si algo más que un vano nombre,
Si algo más que inciertos manes
Nos sobrevive, Tibulo
Irá a los Elísios valles.

Tú, las juveniles sienes
De hiedra orladas, ya sales
De tu Calvo acompañado,
Docto Catulo, a encontrarle.

También, oh Galo! si allá
No alcanza calumnia infame,
Despreciador de la vida,
Pródigo tú de tu sangre.

Quietos en tanto en segura
Urna tus huesos descansen,
Y en su regazo la tierra
Blanda tus cenizas guarden!

METAM

LIBRO I, 452, 599.

Primus amor Phoebi......

Dafne Peneya fue la que primero
A Apolo el corazón robó y la calma,
No por caprichos de fortuna ciegos,
Mas por las iras del amor insanas.

Pues cuando Apolo por el triunfo habido
Sobre Pitón horrendo se jactaba,
Viendo a Cupido que ajustaba al arco
La saeta veloz: «A qué preparas,

«Niño travieso,» con desdén le dice,
«Ese instrumento que a mis hombros cuadra?
«Yo sólo sé temibles enemigos
«Herir de muerte y fieras alimañas;

«Sólo yo con innúmeras saetas
«Destrozar supe la serpiente hinchada
«Que largamente por abiertos campos
«Venenosos anillos desrollaba.

«No son estas tus artes: vé, tu antorcha
«Vanos amores por doquier esparza,
«Pero no aspires a emular mis glorias
«Pero no pienses manejar mis armas!»

Mas el hijo de Venus le responde:
«Apolo, el arco tiénde, flechas lánza,
«Hiére de muerte a fieras y enemigos,
«Que a ti yo habré de herir. Cuanto levantas

«Sobre ellos tú la victoriosa frente,
«Tanto así me eres inferior.» Tal habla,
Y hacia el Parnaso dirigiendo el vuelo
Con raudo aletear el aire rasga.

Llega a la excelsa cumbre, y dos saetas
De virtud diferente luégo saca
Del carcaj bien provisto. La que inspira
El blando fuego del amor, es áurea

Y de aguzada punta; mas aquella
Que el blando fuego del amor apaga,
Sin punta vuela, en el astil llevando
Plomo, tardía en el alcance.—Clava

Una a la ninfa el dios, mientras la otra
Honda oculta de Apolo en las entrañas:
Apolo al punto se abrasó, la ninfa
Odia tenaz mientras tenaz él ama.

Busca las grutas, a las fieras sigue,
Mora en los antros, por los bosques vaga,
E imitando a la virgen cazadora,
Con blanco lazo sus cabellos ata.

Muchos de entonces la siguieron, ella
Huye de todos, vive solitaria;
Y si tal vez el genitor la dijo:
«Prole amorosa a mi vejez cansada

«Debieras dar,» cual de nefando crimen
Aquella idea el corazón la espanta;
En torno al cuello lánguidos los brazos
Le tiende con la faz avergonzada,

Y así le dice en trémulos acentos:
«Padre mío! concédeme la gracia
«De conservarme inmaculada siempre,
«Júpiter esto concedió a Dïana.»

Verdad, le concedió, mas tu belleza
Oh virgen, a tus votos es contraria;
Tu belleza se opone a que conserves
Esa virginidad. Los días pasan

Apolo deseando y esperando,
Sin que propios oráculos le valgan,
Ardiendo todo, como arder pudiera
Liviano acervo de reseca paja.

O bien como el cercado de maderos
Si demasiado el viajador un hacha
Cerca le puso, o la arrojó al descuido,
Con la primera luz de la mañana.

Tal contino arde el dios, alimentando
Vano amor con inútil esperanza:
Ve los cabellos de la hermosa ninfa
Que por el cuello en crespas ondas bajan,

Y en idea los ciñe en tiernas hojas,
Ve las negras pupilas y le encantan
Más que luceros; ve los labios rojos
Y el verlos sólo a su ansiedad no basta.

Mírala absorto, y mientras más la miras,
Aún más encantos y bellezas halla;
Ella, empero, ligera como viento
Huye, sin atender a sus palabras.

«Aguárda, Ninfa, el amador la dice:—
«Oh! no me juzgues enemigo; aguárda!
«Huye la cierva del león, del lobo
«La corderilla; y con trementes alas

«Del águila rapante la paloma,
«¡Y tú de tu amador! Detén; no vayas
«A caer en las ásperas malezas
«Por donde vuelas, y punzante zarza

«Tus blancos pies lastime. O por lo menos
«No corras con presura demasiada:
«Menos veloz te seguiré: no quiero
«Serte yo nunca de dolores causa.

«Oh! Si por un momento quién es este
«Amante que te sigue, meditaras!
«Que soy pastor acaso te imaginas
«O inculto habitador de las montañas?

«Considéralo bien; que tú no sabes
«De quién huyes, huyendo temeraria:
«Ténedos, Claros, Pátaras y Delfos
«Obedecen mi voz.—Reina en el alta

«Región mi padre entre deidades ciento:
«Sé lo que todas las edades guardan
«Que fueron y serán: a mí se deben
«Las sonorosas cuerdas y las blandas

«Vocales armonías. Más que todas—
«Excepto la que el pecho me traspasa—
«Certeras en herir, y bien temida siempre,
«Son las saetas de mi rica aljaba.

«Conocedor de saludables yerbas,
«Los pacientes me invocan. Ah! mi sabia
«Mano, que alivia los dolores todos,
«Este dolor a remediar no alcanza!»

Así decía; sin oírle en tanto
Iba huyendo la virgen, a quien alza
Del leve manto los movibles pliegues
El viento, y los cabellos le esparrama.

Así más bella el inmortal mancebo
Parécele; y ya estériles y vanas
Juzgando las querellas, ardoroso
Síguela en pos con voladora planta.

Cual lebrel galicano, que si mira
Tímida liebre en las llanuras vastas,
En fatigosa y rápida carrera
Lánzase en pos; y aunque a la par se afana

La triste por salvarse, y corre, y vuela,
Más cada vez se acorta la distancia;
Ya con ella tropieza, ya parece
Como que de los dientes se le escapa;

Tal iba Apolo tras la ninfa bella:
El de amoroso y ella de asustada
Corren cual vientos: al temor, empero,
El amor por lo alado se aventaja.

Cerca siente la virgen al amante
Y su aliento le vuela por la espalda
Las flotantes madejas; desfallece
Cansada de correr, de fuerza exhausta.

Y al divisar las ondas de Peneo,
Así murmura férvida plegaria:
«Oh padre! oh padre! ayúdame! si tanto
Pueden los ríos, mi figura cámbia!»

Apenas voz para decirlo tuvo;
Que sus sentidos súbito se embargan,
Firme corteza en derredor la cubre,
Sus cabellos se acrecen y derraman

En temblorosas hojas convertidos;
Extiéndense sus brazos, y se alargan
Ramos hermosos, adherido queda
Su pie a la tierra que veloz hollaba;

Su coronilla es verde copa, y todo,
Menos frescura juvenil, le falta,
Mas no Apolo desiste, todavía
Ama a aquel árbol, la burlada palma

A la nueva corteza aplica, y dentro
Siente latir un corazón. Abraza
Aquellos ramos cual si miembros fueran,
Mil ósculos imprime, aunque repara

Que el follaje sus ósculos esquiva,
Y triste a un tiempo y orgulloso exclama:
«Si niega el hado que mi esposa seas
«Arbol mío serás, laurel. Tus ramas

«Ornamento serán de mis cabellos,
«De mi sonante cítara y mi aljaba;
«Premio más tarde al triunfador latino,
«Su frente han de ceñir, cuando a oleädas

«Todo un pueblo le lleve al Capitolio;
«Fiel custodio, por fin, de augusta estancia,
«A sus puertas echando hondas raíces
«La corona de encina a ti fïada

«Suspensa mantendrás. Cuanto famoso
«Soy por mi blonda cabellera larga,
«Será de la frescura de tus hojas
«Eterna entre los hombres la alabanza.»

Dice el diós, y las hojas que brotando
Profusamente el árbol engalanan,
Temblar se vían, y la verde copa
Cual la faz del que asiente se inclinaba.

—

TRIST

LIBRO II

Elegía III.

Cum subit illius....

Cuando pienso en la noche, de horror llena
En que patria y hogar
Dejé por siempre, aquella misma escena
Se me ofrece delante, y de mis párpados
Vuelve aún ora una lágrima a rodar.

Acercábase ya, llegaba el día
En que el postrer confín
De Asonia, huyendo, abandonar debía;
Concedido me fuera holgado término,
Que mi asombro en letargo trocó al fin.

Ninguna provisión ni compañía
Hube de aprestar yo,
Que inerte así y exánime yacía
Como el mísero queda a quien de Júpiter
Fulmineo golpe de razón privó.

Renaciente dolor el velo denso
Rasgó, a mirar volví;
Decir adiós a mis amigos pienso:
Cuán largo de ellos antes era el número!
Y uno u otro no más descubro allí.

Mi esposa me estrechó, sumida en llanto,
En más largo raudal
Bañado su inocente rostro, en tanto
Que mi hija, ausente en las regiones líbicas,
No alcanzaba a saber desgracia tal.

Todo, a doquier mirases, llantos era,
Común lamentación;
Que lloraban a un muerto se creyera;
No hubo exento de lágrimas un ángulo,
Noche de duelo, en mi infeliz mansión.

Si acaso con lo grande lo pequeño
Es dado comparar,
Aquel trance cruel después de un sueño,
De Troya entrada a saco en noche trágica,
Paréceme el aspecto renovar.

La tierra estaba en calma: voz ninguna
Sonaba en derredor,
Ni de hombres ni de canes, y la Luna
Alta guiaba sus caballos rápidos
Derramando tristísimo esplendor.

Yo, los ojos alzando al astro errante,
Tornábalos de allí
Al Capitolio, de su luz radiante,
Que en vano a mi mansión miraba próximo,
Y a Roma mis acentos dirigí:

«Oh espíritu que el ámbito vecino
«Señoreas, y vos,
«De la ciudad excelsa de Quirino,
«Númenes, templos y lucientes cúpulas,
«Quedaos todos para siempre, adiós!

Tarde acudo al broquel, de muerte herido;
Mas al menos mi honor
Salvad! que por vosotros instruído
El semidiós que me proscribe, oh númenes!
Crimen no juzgue lo que fue un error.»

Así exhalé mis súplicas; mi esposa
Vertió mil preces más,
Suelto el cabello y con la voz llorosa,
Y al foco extinto de mis lares trémulo
Impuso el labio y la doliente faz.

Mientras ellos su queja lastimera
Denegábanse a oír,
Avanzaba la Noche en su carrera,
Y, muda volteando, la Osa Arcádica
Me intimaba el momento de partir.

Qué haría, de la patria encadenado
Yo por el blando amor!
Aunque el plazo fatal era llegado,
Si la hora alguno consultó solícito,
«Ay!» exclamé»; respéta mi dolor!

«De dónde me despides considera,
«O a dónde, por piedad!»
Fingiendo aún que dárseme pudiera
Más propicia ocasión, iluso el ánimo
Luchaba con la horrible realidad.

Tres veces fui al umbral, y ante el abismo
Retrocedí; ni sé
Si entonces era dueño de mí mismo,
Pues, cual de oculta resistencia cómplice,
Negábase a marchar pesado el pie.

Ay! cuántas veces, cuando ya salía,
A encarecer volví
Aquello mismo que encargado había;
Ay! cuántas veces los adioses últimos
Y el ósculo supremo repetí!

Cómo los ojos con inquieto anhelo
Tornaba sin cesar!
«Con que he de abandonar el patrio suelo?
«Con que he de sepultarme en pueblos bárbaros?
«Oh! dejádme un instante respirar!

«Vivo me pierde mi infeliz esposa,
«Y yo la perderé.
«Oh dulce hogar! oh patria deliciosa!
«Oh corazones para mí tan íntimos,
«Que de Teseo renováies !la f

«Hora puedo abrazaros... después, nunca...
«Venid todos a mí!»....
Queda en mis labios la palabra trunca,
Y atraigo hacia mis brazos, en espíritu,
Cuantos seres amé, cuanto perdí.

Mientras hablo y lloramos juntamente,
Ya empezaba su luz
De la mañana el astro refulgente
A derramar por los celestes ámbitos,
De mi infortunio pavoroso augur.

Arrancando de allí, me parecía
De mí mismo arrancar,
En partes dividido, como un día
Mecio sus miembros por cuadrilla indómita
Sintió a puntos diversos arrastrar.

Nuevos gritos entonces oigo agudos
Alzarse en torno a mí,
Tristes manos herir pechos desnudos,
Y mi esposa, aferrándome, a sus lágrimas
Unió la voz de su dolor así:

«No hay fuerza humana que de ti me aparte,
«Nada me hará ceder;
«Juntos iremos a cualquiera parte;
«Proscrita esposa de un proscrito mísero—
«Está hecho todo!—me verán doquier.

«Peso leve seré, fardo allegado
«Al bajel volador.
«Pártes; César lo manda! yo a tu lado
«Iré del orbe a los prostreros límites;
«Lo manda, César para mí, el amor!»

Tal forcejaba, y cuando al fin rendida
Cedió, salgo—o más bien
Aquello fue mi funeral en vida—
La faz hirsuta descompuesta, escuálido,
Revuelto el pelo en la nublada sien.

Dícenme que al rigor de su tormento
Desmayó la infeliz,
Y así que del helado pavimento
Acertó a levantar los miembros débiles
Y cubierta de polvo la cerviz,

Tornó a verter el abundoso llanto
Ante el desierto altar,
Mi nombre a repetir y a gemir tanto
Cual si a hija o esposo, ya cadáveres,
Viese a la pira fúnebre llevar.

Y aunque envidiara del sepulcro frío
El sueño y la quietud,
Morir no quiso por respeto mío.—
Oh! viva, dando a mis dolores bálsamo
La esperanza que cifro en tu virtud!

—

LIBRO III

Elegía II

Ergo erat in fatis....

Estaba decretado: yo debía
Venir a Scitia y a habitar la zona
Que dominan las Osas, triste y fría.

Y al que os fue consagrado en Helicona
No pudisteis, Pïérides, no pudo
Favorecer el hijo de Latona;

Ni contra golpe tal, castigo rudo
De canto alegre, sin razón culpado,
Fue la inocencia de mi vida escudo.

Más antes mil peligros he pasado
Por tierra y mar, y al fin me da acogida
El Ponto, por los hielos agotado.

Yo, que nací a llevar holgada vida,
El cuerpo a las fatigas inexperto,
El alma de negocios desasida,

Qué no he sufrido ya? Mares sin puerto
E incógnitas regiones mi carrera
Han visto procelosa,—y aun no he muerto!

Flaquea el cuerpo, mas el alma entera
Fuerzas le da para trabajos tales
Que otro a su empuje sucumbido hubiera.

En tanto que arrostraba temporales,
El continuo afanar, la varia escena
Templaban la memoria de mis males;

Mas, cesando del viaje la faena,
Cuando al prescrito término ya llego
Y palpo ya el lugar de mi condena,

Qué hacer no tengo, y a llorar me entrego,
Y brota el llanto cual de pronto rueda
Fuente helada deshecha en largo riego.

Vuelve la mente a Roma, allá se hospeda,
Y torna a ver la casa deseäda
Y cuanto allá de mí perdido queda.

Ay! cuántas veces quise la jornada
Rendir, y del sepulcro ya cercano
Toqué a la puerta, y la encontré cerrada!

Porqué entre aceros evadirme sano
Pude, y sobre mi frente el firmamento
Tántas veces tronaba, y tronó en vano?

Oh dioses, cuyo influjo adverso siento,
Partícipes constantes del enojo
Del dios que ha decretado mi tormento!

Oíd mi último ruego, a vos me acojo:
No más la Muerte me deniegue asilo,
Y en tierra extraña, mísero despojo,
Pueda yo al menos descansar tranquilo!

—

Elegía III.

Haec mea si....

Extrañarás por ventura
Recibir de mí esta carta
No trazada por mi mano:
Yo la dicté, enfermo estaba.

Enfermo, de mundo ignoto
En las partes más lejanas,
Sin saber, en trance tal,
Qué será de mí mañana.

¿Qué ánimo, dí, quedar puede
Al que en región tan ingrata
Postrado se encuentra, en medio
De los Getas y los Sármatas?

Aquí el aire me es nocivo,
No me acostumbro a estas aguas,
Todo, en suma, me desplace,
No sé decir porqué causa.

Habitación y alimentos
Propios de un enfermo, faltan;
Quien con apolíneas artes
Alivio dé, no se halla.

No hay quien venga a consolarnos;
Ni un amigo que con grata
Plática el peso aligere
De horas y noches tan largas.

Desfallezco en los confines
De las tierras habitadas,
Y en mi espíritu doliente
Cuanto perdí se retrata.

Buena y cara esposa mía!
Tu recuerdo a todos gana;
Sola tienes, más que en parte,
En mi corazón morada.

Contigo hablo estando ausente,
Sola a ti mi voz te llama;
Ni de día ni de noche
De mí tu imagen se aparta.

Y aun dicen que me han oído
Entrecortadas palabras,
Que tu nombre se entendía,
Que contigo deliraba.

Cuando ya mi lengua yerta
Esté al paladar pegada,
Y a trechos gotas de vino
Mal refresquen mi garganta,

Si me dicen que acá vienes,
Me verán cobrar el habla;
Sí, vivir, vivir me hiciera
De tu vista la esperanza.

Entre la vida y la muerte
Quedo aquí; tú descuidada
Allá entre tanto quizá,
Quizá el tiempo alegre pasas.

No tal, no es cierto, lo juro!
Sé, dulce mitad de mi alma,
Sé bien que, ausente, no cesas
De sentirte desdichada.

Que si ésta fuere la última
De las horas que contadas
Me dio el destino, si ya
Voy a rendir la jornada,

Qué os costaba, grandes dioses!
Hacerme al menos la gracia
De que mi cuerpo no fuese
Sepultado en tierra extraña?

O para el fin de mi vida
La orden fatal se aplazara,
O a mi partida mi muerte
Se anticipara temprana.

Entonces esta existencia
Volveros pude sin tacha;
Ah! vivir se me concede
Para morir en desgracia.

Sí, para morir tan lejos,
En desconocidas playas,
Para que el sitio en que muero
Horror a la muerte añada!

No moriré en lecho propio,
Ni en la funeraria cama
Expuesto seré, ni habrá
Dolientes que en torno plañan.

Ni mi tierna compañera,
Mientras con llanto me baña,
Sostendrá breves instantes.
Una vida que se acaba.

Ni haré finales encargos;
Ni cerrará mano plácida
Mis ojos sin luz, a tiempo
Que el eterno adiós se clama.

Sin exequias, sin honores
Sepulcrales, no lloradas,
Ocultará mis reliquias
En su seno tierra bárbara.

Sin duda cuando esto entiendas,
Rompiendo el dolor las vallas,
Herirás tu casto pecho
Con mano convulsa, insana,

Y tenderás a esta parte
Del horizonte las palmas,
Y a gritos darás al viento
Mi nombre, palabra vana.

Mas no el cabello te meses,
Ni a tu rostro ofensas hagas;
No es esta la vez primera
Que hado injusto nos separa.

Que perecí, tén por cierto
Desde que perdí la patria,
Y esa mi primera muerte
Más grave fue y más amarga.

Tú, si puedes,—no podrás!
Que amor razones rechaza:
Gózate, iba yo a decirte,
Viendo finar penas tántas.

Puedas, sí, contra la suerte
Que nuevo golpe prepara,
Demostrar la fortaleza
Que ya de atrás te acompaña.

Y ojalá que con el cuerpo
Perezca también el ánima,
Y que de la ávida pira
Nada de mí quede, nada!

Pues si el espíritu libre
Inmortal, a etéreas auras
Vuela, y del viejo de Samos
Ciertas son las enseñanzas,

Entre sarmáticas sombras
Triste una sombra romana,
Vagará, entre Manes fieros
Extranjera y solitaria.

Mas cuída que en urna breve
A Roma mis restos vayan,
Y así, quien murió en destierro
Proscrito también no yazga.

Nadie lo impide: recuérda
Que una princesa tebana
Al muerto hermano honrar supo
Burlando regia amenaza.

Mézcla con hojas süaves
Los huesos, polvo derráma
De amomo, y haz que reciban
Sepultura suburbana.

Y en caracteres que puedan
Del pasajero a distancia
Ser leídos, en el mármol
De mi túmulo esto grába:

«Cantor de tiernos amores
«Aquí en paz Nasón descansa,
«El poeta cuyo ingenio
«De su infortunio fue causa.

«Caminante, si no ignoras
«Lo que es amar, de pasada
«A Nasón salúda, y dí:
«Séate la tierra blanda.»

Y nada más que esas líneas,
Que para epitafio bastan:
Monumento mis poemas
Mayor, más bello me labran;

Que si al mal contribuyeron
De su autor, tengo esperanza
Que al través de ias edades
Lleven doquiera su fama.

Mas tú, piadosa, a mi tumba
Lléva ofrendas funerarias,
En tu llanto humedecidas
Lléva a mi tumba guirnaldas,

Aunque en cenizas mi cuerpo
Tornado hubieren las llamas,
Aquel puñado de polvo
Será sensible a tus lágrimas.

Aun más quisiera decirte,
Pero, dictando, desmayan
Las fuerzas; seca la lengua
Siento ya; y la voz escasa.

Recíbe este adiós, el último
Tal vez que mi boca exhala:
Bien mío, guárdete el cielo,
Mientras mi vida se apaga.

—

Elegía V

Usus amiciticiae.

Contigo amistoso trato
Tuve, tan escaso y débil,
Que sin notarse la falta
Ser pudiste indiferente.

Ni quizá estrechado habrías
Aquellos lazos tan tenues
Si con viento bonancible
Mi barca bogado hubiese.

Mas llega el día tremendo,
Y cuando, caído al verme,
Huyen otros y a la antigua
Amistad la espalda vuelven,

De la desolada casa
Pasar tú el umbral no temes,
Y un cuerpo que el rayo ha herido
De Jove, a tocar te atreves,

Prestando aquellos servicios
Tu amistad, aunque naciente,
Que sólo de amigos viejos
Dos o tres prestaron fieles.

Yo vi tu afligido rostro
Y una palidez de muerte
Noté en él, como si tú
Aun más que yo padecieses.

Llorar a cada palabra
Te vi, y aun hoy me parece
Que esa voz suena en mi oído,
Que mi boca llanto bebe.

Miro tus brazos abiertos,
Creo que a mi cuello penden;
De tu sollozante labio
Mi faz el ósculo siente.

Y luégo, de mí tan lejos.
Caro amigo, me defiendes
(Y caro amigo al llamarte
Bien diciendo estoy quien eres).

De tu afecto manifiesto
Aun otras pruebas te debe
El que con ellas tu nombre
Grabado en el pecho tiene.

Hagan los cielos que abogues
Por tus protegidos siempre,
Con esfuerzo tan gallardo,
Con menos contraria suerte.

Pues si saber deseares
(Creíble es que lo desees),
Qué vida yo en tan remotas
Regiones perdido, lleve,

Oyeme: esperanza exigua
(Ay! quitármela no intentes)
Abrigo, exigua esperanza
De aplacar iras celestes.

O temeraria sea ella,
O ya razonable fuere,
Empéñate tú en probarme
Que de razón no carece.

Y toda aquella facundia
Que el cielo te dio, se emplee
En demostrar que mis votos
Algo valen, algo pueden.

Argumentos no te faltan:
El más grande es más clemente;
Un corazón generoso
Fácilmente se conmueve.

Magnánimo es el león,
Satisfecho cuando vence:
Postrado el contrario en tierra,
Ya no hay lucha, el furor cede.

Pero el lobo, el oso horrendo,
Y de más innoble especie
Otros brutos, en la presa
Expirante se encruelecen.

Quién en el sitio de Troya
Más que Aquiles fue valiente?
Del viejo Príamo, Aquiles
Con el llanto se conduele.

Cuánto el macedón caudillo
Fue piadoso al par que fuerte,
Díganlo Poro y de Dário
Los funerales solemnes.

De humana clemencia ejemplo
Dejando, contempla a Hércules
Que, de enemigo de Juno,
Yerno de Juno a ser viene.

No es posible, en fin, que alguna
Esperanza no alimente
Cuando pienso que mi causa
Cargo de sangre no envuelve.

Nunca general desastre
Buscando asesté demente
A la cabeza cesarea,
A quien el mundo obedece.

Nada dije, ni ofensiva
Mi lengua ha sido, ni alegre
Baco a desatarla vino
En lenguaje irreverente.

Un delito vi en mal hora,
Mas con ojos inocentes;
No haber sido entonces ciego
Es la culpa que me pierde.

Ni, porque así escribo, entiendas
Que en todo excusarme piense;
Pero error más que malicia,
Parte en mi desgracia tiene.

Y así, a lo menos confío
Que mudando quien lo puede
El lugar de mi destierro,
Mitigue mi triste suerte.

Ojalá que, precursora
Del sol que anhelo esplendente,
La estrella de la mañana
Sus caballos acelere.

A PERILA

Elegía VII

Vade Salutatum....

Así trazada de pronto
Vuela, tierra y mares cruza,
Carta mía, y fiel ministra
Llégа, a Perila salúda.

O a par la hallarás sentada
De la dulce madre suya,
O absorta entre favoritos
Libros que su mente ilustran.

Mas lo que estuviere haciendo
Ella, al verte, con presura,
Deja ya, y qué encargo llevas,
Y por mí, por mí pregunta.

Responderásle que vivo,
Pero vida de amarguras
Que en su correr silencioso
El tiempo solo no endulza;

Y, aunque nocivas me fueron,
Vuelvo al trato de las Musas,
Y al usado metro alterno
También mis penas se ajustan.

Y tú en la común tarea
Por tu parte allá te ocupas?
Todavía, y no en el patrio
Estilo, versos modulas?

Pues junto con la belleza,
Perila, costumbres puras,
Raras dotes, claro ingenio,
Benigna te dio Natura.

Yo ese ingenio de Helicona
Guié a las fuentes y grutas,
No en mal hora se perdiese
Vena tan rica y fecunda.

Yo descubrí en tus albores
Esa inclinación oculta;
Como padre, como a hija,
Te di ejemplo y presté ayuda.

Así que, si el fuego sacro
Hoy nutriendo continúas,
Sólo a la lira de Lesbos
Ceder podrá la que pulsas.

Mas temo que tus progresos
Retarde mi desventura,
Y que tu ingenio dormite
Porque nadie lo estimula.

Ora maestro, juez ora,
Fui contigo, y veces muchas
Te leí mis poesías,
Tú me leíste las tuyas.

Componías porque atento
Yo escuchaba tus lecturas;
Por mí te ruborizabas
Cuando algo acusaba incuria.

Quizás viendo el fruto amargo
Que he recogido, te asustas
De correr por un sendero
Que harto peligroso juzgas.

Pero, nó: mientras no pueda
Afirmar doncella alguna
Que a amar le enseñan tus versos,
No hay que temer, vas segura.

Sacúde, pues, la desidia
Ea, doctísima alumna,
A las letras y a las artes
Culto férvido tribúta.

Ya tu mejilla lozana
Tornarán los años mustia,
Ya tu despejada frente
A surcar vendrá la ruga.

Vejez, que nada perdona
Profanará tu hermosura:
Avánza, acércase, lléga
Con marcha cierta aunque muda.

Y te afligirás si alguno
«Esta fue hermosa» murmura
Y de infiel quizá a tu espejo
Culparás, si le consultas.

Tú, digna de otros mayores,
Bienes medianos disfrutas,
Pero supón qué tesoros
No soñados acumulas.

Qué más da? Favores brinda
Y a su arbitrio la fortuna
Los retira: al que fue Creso
En Iro de pronto muda.

En fin, nada poseemos
Que no se pierda o destruya,
Si el talento, si los bienes
Del espíritu exceptúas.

Yo Patria, familia, amigos,
Náufrago en roca desnuda,
He perdido, cuanto puede
Arrebatar suerte injusta.

Quédame mi propio ingenio,
El me consuela y me escuda;
Hasta allá el poder no alcanza
Que al universo subyuga.

También quitarme la vida
Podrá una acerada punta,
Pero glorioso mi nombre
Se alzará sobre mi tumba;

Y doquier seré leído
En las edades futuras,
En cuantos pueblos otea
La ciudad de Marte augusta.

Tú, en condición más propicia
Tu labor sublime anúda,
También del hado y la muerte
En alas del genio triunfa.

—

LIBRO IV

Elegía IX.

Si licet et pateris....

Tu nombre y tu conducta, fementido,
Si esto fuere posible y tú consientes,
Entregaré a las aguas del olvido,

Puedes aún, los ojos hechos fuentes,
Impetrar con tus lágrimas perdones,
Si muestras que de veras te arrepientes,

Si, cuanto debes, detestando acciones
De Tisífone propias, vida nueva
A emprender, aunque tarde, te dispones.

Mas si en mí, tu odio pertinaz se ceba,
Verás contra tus ímpetus insanos
Cuál mi dolor armado se subleva;

Verás en estos términos lejanos
Donde moro expatriado, erguirse altiva
Y a ti mi indignación llevar las manos,

César de mis derechos no me priva,
Ni me condena (recordarlo debo)
Sino a que lejos de mi patria viva;

Y aun habrá de volvérmela ! Me atrevo,
Si él no falta, a esperarlo: fulminada
Puede la encina enverdecer de nuevo.

Si a mi justa venganza meditada
Otros recursos faltan y auxiliares,
Me darán las Pïérides su espada.

Aunque huésped de Scitia, las polares
Constelaciones, convecinas miro,
Nunca inclinadas a besar los mares,

Desde este apartadísimo retiro
Mis quejas lanzaré como pregones
Que hagan, rodando, de la tierra el giro.

Contra ti volarán imprecaciones
Mas allá de la mar y el continente,
Sobre la vasta faz de las naciones,

El eco volverá de ocaso a oriente,
Y en todas las edades a porfía
Maldecido serás de gente en gente.

Listo estoy : no he mostrado todavía
La fuerza de los cuernos; el momento
No ha llegado, y que llegue no querría.

Aun no ofrece espectáculo sangriento
El circo, mas el toro apercibido
Escarba ya, y arena esparce al viento.

Más dije de lo que es por hoy debido;
Tóca, Musa, señal de retirada.
Quiéralo y su memoria, arrepentido,
Quede en alto silencio sepultada.

Elegía x.

Ille ego qui fuerim....

La vida del cantor de los Amores,
Cuyas obras sin él, tendrás delante,
No será bien, Posteridad, que ignores.

En sitio que de Roma está distante
Noventa millas, en Sulmona, tierra
De frescos manantiales abundante,

Nací aquel año,—el cómputo no yerra—
En que a un tiempo, en defensa de un partido,
Murió uno y otro cónsul en la guerra.

Y fui (si esto algo vale) bien nacido:
Rango, no por merced, de caballero
Tuve, mas de abolengo recibido.

Pero no primogénito heredero
Hube de ser: venido al mundo había
Un hermano mayor, que fue el primero.

Nací al año cabal: en ese día
Mi casa con ofrendas duplicadas
Ambos natales celebrar solía.

De las cinco a Minerva consagradas
Es la fiesta en que esgrimen campeones,
Honrando a la Guerrera, las espadas.

Mi padre nuestros tiernos corazones
Formó, y de hombres insignes por su ciencia
Fuimos en Roma a recibir lecciones.

Dedicose mi hermano a la elocuencia,
Pues del brïoso contender del Foro
Gustó desde su verde adolescencia.

Mas yo aspiraba a celestial tesoro;
Y a sus misterios ya secretamente
Me convidaba el apolíneo coro.

Muchas veces mi padre, «No imprudente
Sigas,» me dijo «ocupación tan vana;
Homero mismo no murió indigente?»

Dócil oyendo su advertencia sana
Renegué de la amena poesía,
Y procuré escribir en prosa llana.

Mas las voces al ritmo y la armonía
Venían por sí mismas, mal mi grado,
Y cuanto iba a escribir verso salía.

El tiempo en tanto en su correr callado
Llegó, para nosotros imprevisto,
De tomar el viril ropaje holgado.

Vístese ya mi hermano y yo me visto
La ancha franja purpúrea: persevera
El en su estudio, en mi afición yo insisto.

En la edad de veinte años lisonjera
La muerte le llevó a la tumba oscura
Y una parte de mí robóme fiera.

Triunviro, candidato a la cuestura,
Hube de optar, y preferí en honesto
Ocio llevar la ecuestre vestidura.

A mis débiles fuerzas el molesto
Trabajo no cuadraba; érame odioso
El fasto vano, el eminente puesto.

A la paz me invitaban y al reposo
Las sacras Ninfas de morada umbría,
Objeto a mis anhelos deleitoso,

Una especie de culto yo rendía
A los vates entonces florecientes;
Dioses en ellos descubrir creía.

Sus *Aves* Macro anciano, y sus *Serpientes*
Y *Yerbas* recitome, ya en venenos,
Ya en ocultos antídotos potentes.

Claro en lo heroico, Póntico, no menos
Que en los yámbicos Basso, compañía
Brindábanme a la par de envidia ajenos.

A Propercio, ferviente en la elegía,
A menudo escuché, y a unirnos vino
Lazo estrecho de firme simpatía.

Extasiábame el canto peregrino
De Horacio, que arrancó por arte rara
Sones no usados al laúd latino.

A Virgilio vi apenas: suerte avara
No dio tiempo a que fuese compañero
De Tibulo y su trato disfrutara.

Este a Propercio precedió: primero
A entrambos Galo precedido había,
Yo en la serie del tiempo fui postrero.

Como a otros yo más mozo honrar solía,
De los que en pos vinieron fui atendido,
Y acreditóse en breve mi Talía.

No había por tercera vez raído
Mi barba, y cortejado por la fama,
Ya con aplauso en público, era oído.

Con falso nombre celebré a una dama,
Corina la llamé: tal nombre luégo
Vuela, y doquiera la atención reclama.

Muchos versos compuse, mas no ciego
Amor les tuve: de lo mal forjado
Encomendé la corrección al fuego.

Cuando salí de Roma, despechado,
Quemé otras poesías, que ahora pienso
Hubieran, si viviesen, agradado.

Natura un corazón me dio indefenso
Contra los tiros de Cupido aleve,
Y a toda fácil impresión propenso.

Mas, siendo yo de amor juguete leve,
No caí en aventura vergonzosa
Que fuera pasto a la maligna plebe.

Casi niño me dieron una esposa
Con quien viví muy poco, pues no era
Digna de mis afectos ni hacendosa.

Buena fue mi segunda compañera;
Esta también por breve temporada
Mi lecho compartió cual la primera.

La que vino a aliviar mi edad cansada
Fiel comparte, con noble gallardía,
Del proscrito la suerte desgraciada.

Casada en tiernos años la hija mía,
Fecunda veces dos, no de un marido,
Hízome abuelo en venturoso día.

Nueve lustros habiendo ya cumplido
Mi padre, y nueve más, de su carrera
Al término llegar le vi rendido.

Lloré, como él por mí llorado hubiera;
Mi madre a poco en duelo conducida
Fue a acompañarle en la mansión postrera.

Felices uno y otra en su partida
Y en sazón sepultados oportuna,
Antes que viesen mi hórrida caída!

Y feliz yo, pues mi crüel fortuna
No el sueño va a turbar que los recibe,
Ni antes de mí tuvieron queja alguna!

Si más que un nombre del morir se inhibe,
Si la pira en cadáveres se ceba,
Mas huye de ella el alma y sobrevive;

Si hasta allá, augustas sombras, triste nueva
Ir puede, y ante jueces infernales
Contra mí alguna acusación se lleva,

Sabed que nunca fueron criminales
Mis actos,—ni pudiera yo engañaros;
Que fue un error la causa de mis males.—

Esta ofrenda, excusad, lectores caros,
A los Manes debida. El hilo anudo;
Voy del fin de mi historia cuenta a daros.

Cuanto en risueña edad placerme pudo
Huyó, y mis sienes ya con mano fría
Comenzaba a argentar el tiempo mudo.

Y a contar des que vi la luz del día,
Diez veces ya de Pisa en las carreras
La oliva el vencedor ceñido había,

Cuando ofendido príncipe a extranjeras
Playas lanzóme: obedecí el decreto,
Marché a Tomos, del Ponto en las riberas.

Del caso la verdad no fue un secreto
Para nadie; tú, Musa, no reveles
Lo que callar debemos por respeto.

De amigos y domésticos infieles
No hablemos: penas memorar rehuso
No menos que esta proscripción crüeles.

Al principio mi espíritu confuso,
Sus fuerzas luégo recogió, y valiente
A arrostrar el destino se dispuso.

No togado cual antes, no indolente,
Embracé armas insólitas, aquellas
Que el caso demandó, duro y urgente.

Por tierra y mar de mi infortunio huellas
Dejé, cuantas el cielo conocido,
Cuantas el polo oculto guarda estrellas.

Tras largo rodëar al fin resido
En población de Sármatas: horrendo
Amaga el Geta con carcaj temido.

En medio siempre de marcial estruendo
Paso día tras día, año tras año,
Y consuélome versos escribiendo.

Nadie hay a quien leerlos, porque extraño
Es el lenguaje, sin embargo escribo,
Y así aduermo el dolor y el tiempo engaño.

Sí, aunque tanto padezco, pienso y vivo,
Y aquel tedio mortal no me domina
Que a extremos lleva al mísero inactivo,

Eso lo debo a ti, Musa divina:
Tú eres única fuente de consuelo,
Tú en mis males descanso y medicina;

Y guía a un tiempo y compañera, al hielo
Tú me robas del Istro, y de Helicona
Me llevas a la cima en blando vuelo,

Y el renombre me das y la corona
Con que esquiva la fama solamente
A los que ya finaron galardona.

Pronta a ensañarse en lo que ve presente,
En obra mía hasta hoy la Envidia inmunda
Clavar no ha osado el ponzoñoso diente.

Nuestra edad en poetas fue fecunda,
Mas el honor que logran merecido
En daño de mi ingenio no redunda.

Aunque con muchos mi valer no mido,
No inferior se me juzga, y a doquiera
Penetro, en copias múltiples leído.

Si presumirse debe verdadera
La previsión de un vate, yo predigo
Que no he de morir todo, cuando muera.

Si es debida al favor, lector amigo,
Mi fama, o por mis cantos la merezco,
No lo sé yo; mas tu piedad bendigo
Y mi perenne gratitud te ofrezco.

—

LIBRO V

Elegía I.

Hunc quoque de Getico....

Haz que a los otros cuatro, lector mío,
Este libro de versos se reúna
Que de las playas géticas envío.

También éste será de mi fortuna
Muestra adecuada; así que en verso tanto
Alegre nota no hallarás ninguna;

Porque es razón que en lo que escribo el llanto
Deje sentir que de mis ojos mana,
Correspondiendo a la materia el canto.

Allá en mi juvenil edad lozana
Canté los gustos a que amor convida;
Harto me duele esa labor insana.

Conservo de mi súbita caída
Perpetua la impresión, perpetuamente
Tema a mi canto da mi propia herida.

Como en desierta orilla, cuando siente
Su fin cercano el cisne, entre mortales
Ansias dicen que canta en són doliente,

A costas arrojado inhospitales
Do nadie ha de ofrendarme honores píos,
Solemnizo mis propios funerales.

Quien guste de amorosos desvaríos
Y lascivo cantar, lo que desea
No espere hallar en esos libros míos.

Más bien de Galo aficionado sea,
Escuche de Propercio el blando acento,
De Tibulo gentil las obras lea.

Ay me ! que en ese número me cuento.
Nunca fuera con ellos yo nombrado
Por los métricos juegos que hoy lamento!

Dura fue la expiación de mi pasado:
El que cantaba al flechador Cupido
Mora entre escitas, cabe el Istro helado,

Y otros cantos ensaya arrepentido,
Destinados a pública lectura;
Salven ellos su nombre del olvido.

«Porqué» diráme alguno por ventura,
Sólo empleas tu pluma en lamentarte?
Contemplad mi desgracia y cuál perdura!

No por obra de ingenio ni del arte
Compongo yo: la inspiración procede
De mi propia desdicha. Mas qué parte

A tántos infortunios se concede
En lo que escribo? Mínima, a fe mía;
Feliz quien numerar sus males puede!

Cuantas ramas la selva lleva umbría,
Cuantas el rojo Tibre arrastra arenas,
Cuantas de Marte el campo yerbas cría,

Así el número ha sido de mis penas
Sin otra medicina, otro consuelo,
Que el divino favor de las Camenas.

«Cuándo, Nason, a cánticos de duelo
Término has de poner?» dirásme ahora;—
Cuando lo ponga a mi desgracia el cielo.

Ella es de poesía gemidora
Perpetuo manantial, voz lastimera
Que por mi labio, en mis palabras, llora.

A mi patria, a mi dulce compañera
Restituídme, serenad mi frente,
Vuelva otra vez yo a ser lo que antes era,

Quiera el invicto César ser clemente
Conmigo; y cómo en himnos de alegría
Verás trocarse mi dolor clemente!

Mas no cantaré ya lo que solía,
Pues de su grave postración quién, loco,
La infausta causa renovar querría?

Mis cantos placerán a aquél que invoco
Luégo que de éstas hórridas guaridas
Permita al menos que me aleje un poco.

Otra cosa entretanto no me pidas
Que las notas de flauta plañidera
Á ceremonias fúnebres debidas.

Oigo que arguyes: «¿y mejor no fuera
Arrostrar con valor la suerte mala
Haciéndola en silencio llevadera?»

Qué exiges? a mi pena cuál se iguala?
Maltrecho a golpes o en tortura impía
Quién, díme, gritos de dolor no exhala?

Fálaris mismo al mísero que había
En la broncínea máquina metido
Quejarse con mugidos no impedía.

No llevó a mal Aquiles el gemido
De Príamo; ¿y en mí, crüel, te enoja
Lo que fue de enemigos consentido?

De sus hijas a Níobe despoja
Apolo, mas no llega a tal exceso
Que el llanto culpe que su rostro moja.

Algo se alivia, suspirando, el peso
De inevitable mal. Progne demente
Y Alcíone a gemir se dan por eso;

Y en frío antro, mordido de serpiente,
Los peñascos de Lemnos fatigaba
El hijo de Peán con grito hiriente.

La pena, comprimida, ahoga: es lava
Que se resuelve por abrirse brecha,
Y hierve adentro, cada vez más brava.

Sé indulgente, lector; o bien deshecha
Todas, sin distinción, las obras mías,
Si te es nocivo lo que a mí aprovecha.

No lo será, temerlo no podrías;
Sólo a su autor en hora desgraciada
Daño hubieron de hacer mis poesías.

Que escrito mal, confiésolo; mas nada
Te fuerza eso a leer, o a que, leyendo,
No sueltes luégo el libro si te enfada.

Compongo sin estudio y nunca enmiendo;
Que lo que en tierra bárbara fue escrito
No os suene allá tan bárbaro pretendo.

Con poetas romanos no compito:
Ser juzgado cual Sármata reclama
El que vive entre Sármatas proscrito.

No animarán estímulos de fama
A enfermo ingenio; en vano de serenas
Cimas la Gloria, al que desciende, llama.

Procuro solo adormecer mis penas,
Que aflojan por momentos, y con brío
A embestir vuelven, de piedad ajenas.

Porqué escribo sabéis; porqué os envío
Mis versos preguntáis, amigos caros?
Estar presente, en Roma siempre ansío
Quiero allá de algún modo acompañaros.

—

Elegía XII.

Scribis ut oblectem....

Eso, amigo, me escribes? que mi suerte
Con el estudio alivie? que mi vena
No extinguir deje en desaliento inerte?

Eso aconsejas? Es labor amena
La poesía, pide su cultivo
Paz en el alma y libertad serena;

Y a mí el hado se muestra tan esquivo,
Al náufrago privando de esperanza,
Que caso más acerbo no concibo.

Quieres que de sus hijos la matanza
Príamo aplauda, que a su mal consuelo
Níobe busque en bulliciosa danza.

El que a vivir se obliga en agrio suelo,
Peregrino entre incultas gentes, díme,
De gala debe estar o estar de duelo?

Si a arrostrar la rüina que me oprime
Traer acá de Sócrates la entera
Virtud lograses y el saber sublime,

A esta gran pesadumbre se rindiera;
Que a humana fortaleza y bizarría
El furor de los Númenes supera:

El sabio antiguo a quien Apolo un día
Título dio de soberana gloria,
En este caso enmudecido habría.

Tú de patria y amigos la memoria
Aleja de mi espíritu doliente,
Borra, si puedes, mi funesta historia:

Aun así, en esta alarma permanente,
O en medio del estrépito de Marte,
Cómo a estudio apacible dar la mente?

Fuera de que el artífice gran parte
De su destreza pierde, y le abandona
Al fin, por él abandonado el arte.

No ya dones de Ceres o Pomona
Copiosos vuelve, más abrojos cría
Campo a quien riego falta y nadie abona

El corcel que a los vientos desafía,
Se enerva, si en recinto angosto pace,
Y, vuelto al circo, el último sería.

Hiéndese carcomida y se deshace
La barca que por luengo espacio afuera
Del usado elemento, inútil yace.

Así mi ingenio, en su modesta esfera,
(Pues nunca a coronar llegó la altura)
Ni a eso poco que fue tornar espera.

Bajo el peso de enorme desventura
Tiempo ha que yace en la inacción dormido,
Y el que fue luz escasa es sombra oscura.

Cierto que a veces las tablillas pido,
Y revivir intento, y a la Musa
Métricas formas a ordenar convido.

Mas ella entonces su favor rehusa,
O algo escribo, cual esto, que a quien lea,
Mi lastimosa decadencia acusa.

El que adornarse de laurel desea,
Fuerza recibe del fecundo anhelo
De gloria, que su mente señorea.

Yo también iba en pos de aquel señuelo,
Y las velas alegre descogía
Con soplo favorable, en largo vuelo.

Nada me importa ya la nombradía;
Feliz yo si, de todos ignorada,
Corrido hubiese la existencia mía!

¿O arguyes que en la fama ya alcanzada
Mirar debo legítimo tesoro,
Y quieres que a acrecerlo me persuada?

Oh sacras Ninfas del castalio coro!
Perdonad, mas vuestro hálito propicio
Causa dio no pequeña al mal que lloro.

Cual del toro de bronce, atroz suplicio,
Fue el inventor la víctima primera,
De mi arte así yo pruebo el maleficio.

Que a mí con versos, pues? Más bien debiera
Huir del mar que lleva roto el leño
Y desnudo me arroja a la ribera.

Y en aquesta región si en loco sueño
A la fatal labor volver medito,
Qué habrá que pueda estimular mi empeño?

Ni un libro aquí, ni nadie—si recito
Pöesías—que oído fácil preste
A la voz misteriosa del proscrito.

Mundo de razas bárbaras es este;
Solo óyese doquier del Geta horrendo
El habla ruda, el alarido agreste.

Yo el gético y sarmático ya entiendo,
Y hablando en lengua extraña, cada día
Voy la latina elocución perdiendo.

Mas a decir verdad, la Musa mía,
Irresistible tentadora, al juego
Poético otra vez mi mente guía.

Escribo, y lo que escribo doy al fuego,
Y las reliquias últimas del canto
Ceniza desdichada al aire entrego.

No hacer versos quisiera, mas el llanto
Y el verso fluye al par, y al fuego arrojo
No sé si lo que lloro o lo que canto.

Allá va de mi ingenio algún despojo,
Por aventura o por piadoso engaño
Salvado de la llama o de mi enojo.

Ojalá que los versos que mi daño
Causaron imprevisto, a la manera
Que arden hoy los que inspira el desengaño,
Hubiesen fenecido en viva hoguera!

EL CAMPO REMEDIO DEL AMOR

REM. AM. V. 169 59

Rura quoque oblectant....

El campo deleitoso y su cultivo
Brinda también a quien de amor padece,
Remedio cierto o blando lenitivo.

Ya el cuello el fuerte toro al yugo ofrece
Porque, a tu impulso, el diente del arado
La tierra dura a remover empiece.

Ya el haza removiste: de buen grado
Ora al revuelto sulco el grano entrega
Que luégo cogerás multiplicado.

Míra el huerto feraz, la rica vega;
Cóntempla cómo la cargada rama
Al peso de sus frutos se doblega.

Ya a los riscos la cabra se encarama,
Ya da a la prole hambrienta la ubre llena,
Muerde la oveja la menuda grama.

Oye con qué rumor tan blando suena
Desatado el raudal; con qué sentido
Tono el pastor su caramillo estrena.

Acá su recental con gran bramido
La madre llama; al ímpetu del viento
Allá el bosque susurra conmovido.

Y qué, cuando con sordo movimiento
Enjambre zumbador del humo insano
Huye, buscando favorable asiento!

Pomas otoño, espigas da el verano,
Flores la primavera; alegre fuego
El rigor templa del invierno cano.

En precisa estación coge el labriego
Las uvas que purpúreas ven los ojos,
Y el mosto en el lagar desata luego.

En precisa estación ata en manojos
La mies, y barre con rastrillo abierto
De cegada campiña los despojos.

Poner podrás tú mismo en fresco huerto
El pino, y el raudal que se derrama
Unido encaminar por cauce cierto,

O en sazón maridar rama con rama
Por ver el árbol que con otro enlaces
Ornado con los frutos que desama.

Cuando en estas labores te solaces,
Huyendo amor del pecho en que hizo nido,
Débil las alas batirá fugaces
Y le verás en aire convertido.

HORACIO

HORACIO

CARM I—2

Jam satis terris......

Asaz de nieve ya y granizo crudo
Envió el Padre; asaz con roja diestra,
Batió alcázares sacros, aterrando
A la ciudad y al mundo,

Haciéndoles temer tornase el siglo
De Pirra, que prodigios vio espantables
Cuando toda su grey llevó Proteo
A montes empinados.

Y peces mil pegáronse a los olmos,
Conocida mansión de las palomas,
Y sobre alto y tendido mar nadaron
Las tímidas gacelas.

Vimos al Tibre de la etrusca orilla
Turbio volver las rechazadas ondas,
Vímosle a regios atrios, y de Vesta
Amenazando el templo,

Mientras sensible de Ilia a los gemidos,
Sin permiso de Júpiter, venganzas
Anuncia, y la siniestra margen cubre,
Amartelado río.

Que a civil guerra se aguzaron armas
Que al Persa osado castigar debieran,
Oirá contar por culpa de sus padres
Generación mermada.

Cuál dios, tambaleando ya el imperio,
El pueblo ha de invocar? Con qué plegarias
Podrán sagradas vírgenes a Vesta
Mover, ya sorda al canto?

A quién el cargo de expïar el crimen
Jove ha de cometer? A nuestro ruego,
Velado en nube los radiantes hombros,
Vén ya, adivino Apolo!

O, si prefieres, tú, leda Ericina,
De quien Risa y Amor en torno vuelan;
O, si autor tú de nuestra raza, tornes
A mirar a tus nietos,

Cansado ya de diversión tan larga,
Tú, a quien place el clamor, los limpios yelmos
La torva faz que, en tierra, vuelve el Mauro
Al agresor crüento;

O tú, que trasformándote aquí abajo,
Tomas aspecto de mancebo, alado
Hijo de Maya, y el renombre admites
De vengador de César:

Oh! tarde vuelve al cielo y largo tiempo
Preside en tanto al pueblo de Quirino;
Que no, con nuestros vicios mal hallado,
Te robe aura imprevista.

Plázcante aquí más bien grandes trïunfos,
Y que Padre y que Príncipe te aclamen,
Y que, mandando tú, no más el Medo
Corra los campos, César!

—

CARM I—3

Sic te Diva......

Así de Chipre, oh nave!
La poderosa diva,
De Helena así los fúlgidos
Gemelos te dirijan;

Y el padre de los vientos
En cárcel los reprima
Y deje al Cauro solo
Su ala tender propicia,

Que mires bien, te ruego,
La deuda a que te obligas,—
Y oh! sálva, sálvame esa
Mitad del alma mía.

De roble y triple bronce
Entrañas guarnecidas
Tuvo el que hendió primero
Mar bravo en frágil quilla.

Ni de arredrarle hubieron
Las ominosas Híadas,
Ni el Africo impetuoso
Que al Boreas desafía;

Ni el Noto, que en el Adria
Más que todos domina,
Y a su antojo las olas
O encrespa o apacigua.

Qué aspecto de la muerte
Amedrentar podría
Al que nadantes monstruos
Con sosegada vista

Miró en torno, y alzado
En espumantes cimas
El piélago, y de Epiro
Las rocas maldecidas?

Quiso Dios que las tierras
El abismo divida;
Mas ya el vedado linde
Naves saltan impías.

El humano linaje
Creciendo en osadía,
Atropelló por todo
Y al mal se precipita.

El hijo de Japeto
Audaz al suelo un día
Trajo el fuego, robado
A la mansión divina.

Sobre la tierra al punto
Palidez enfermiza
Y de ignorados males
Cayó plaga sombría.

La muerte, si forzosa,
Alejada y remisa,
Rápido desde entonces
Acá el paso encamina.

Alas del hombre ajenas
Toma Dédalo, y libra
Su cuerpo al viento vago
Por la región vacía.

Hiende el hercúleo esfuerzo
Del Aquerón la sima;
Ya nada es arduo, nada
Al mortal intimida.

Contra los cielos mismos
Nuestra insania conspira,
Y encendemos los rayos
Que Jove airado vibra.

—

CARM I—4

Solvitur acris hymes....

Cede el Invierno al soplo de Primavera y Céfiro,
Y máquinas arrastran el barco enjuto al mar;
Ni en su establo el rebaño, ni en su hogar goza el rústico
Ni el prado, con escarchas encanecido está.
Coros ordena Venus cuando la Luna espléndida
Asoma, y mientras Ninfas y Gracias a compás
El suelo airosas baten, Vulcano de los Cíclopes
Las estupendas fraguas no cesa de avivar.
Tiempo es de ornar con verde mirto la frente nítida,
O con flores que el campo del seno abierto da;
Tiempo es de que inmolemos a Fauno en bosque umbrífero
Corderillo o cabrito, lo que te plazca más.
La Muerte macilenta a la choza del mísero
Y al palacio del príncipe golpea con pie igual,
Oh afortunado Sextio! breve la vida oblíganos
A reprimir los vuelos de la ambición audaz.
Ya la lóbrega Noche, ya los Manes fatídicos,
Mansión desmantelada te espera el Orco ya;
Y allá tú no a echar suertes para elegir el árbitro
Del vino en los banquetes, no allá descenderás
A ver al tierno Lícida, por quien todos los jóvenes
Hoy arden, por quien luégo las mozas arderán.

—

CARM I—5

Quis multa gracilis...

Quién es el perfumado
Galán que en gruta hermosa,
Entre odorante rosa,
Te asedia, Pirra, quién;—

Al que así con tocado
Sencillo fresca agradas,
Las hebras de oro atadas,
Adorno de tu sien?

El, que süave ahora
Y suya toda entera
Te ve, y crédulo espera
Tenerte siempre así;

El, que inocente ignora
Cuánto es el áura incierta,
Qué asombro, cuando advierta
Total mudanza en ti !

Llorará de tu vana
Promesa el triste engaño,
Y vueltos en su daño
Los dioses del amor;

Y de repente cana
Verá la azul llanura,
Y que tormenta oscura
La rompe con furor.

Mísero, al que embebece
Celando abismo ignoto,
Tu faz!—Yo fiel al voto,
Colgué junto al altar

Un cuadro en que aparece
Náufrago redimido
Que el húmedo vestido
Consagra al dios del mar.

—

CARM I—6

Scriberis Vario....

Celebre tus arrojos y victorias
Vario, en meonio canto de alto vuelo,
Diga cuanto alcanzar bajo tu mando
Feroz guerrero pudo,
Ya en naves, ya a caballo guerrëando.

Yo eso, Agripa, cantar? yo el inflexible
Furor de Aquiles, o de Ulises doble
Largas navegaciones? yo la casa
De Pélope sangrienta?..
¡Materia grande para voz escasa!

Mi corto ingenio, tímida la Musa
Que sólo muelle lira tañer sabe,
No de César y Agripa vencedores
Irán, nó, los laureles
A deslustrar con pálidos löores.

Quien a Marte, que limpio acero viste,
O envuelto a Merïón en negro polvo,

Cantará dignamente, o levantado
El hijo de Tideo
Por Palas de los Númenes al lado?

Festines yo, combates de doncellas
Yo sé cantar, que con cortadas uñas
Mal se defienden de ardoroso amante,
O a ninguna me incline,
O a ésta, a aquélla talvez, siempre inconstante.

—

CARM I—7

Laudabunt alii....

Otros la espléndida Rodas,
A Efeso o a Mitilene,
O los muros de Corinto
Que entre dos mares se yergue,

O a Tebas löen, o a Delfos,—
Lugar por Apolo aquéste,
Aquél por Baco afamado—
O ya la Tesalia Tempe,

De la virgen Palas unos
Cantando el alcázar siempre,
Siempre hojas frescas de olivo
Buscan para orlar la frente ;

Mientras en honor de Juno,
De Argos los nobles corceles,
Las riquezas de Micenas
Otros ensalzar prefieren.

No así, empero, la comarca
Del Espartano paciente,
Ni así cautivarme pudo
De Larisa el campo fértil,

Cual la Albumea rumorosa,
Tumbos del Anio, bosquetes
De Tiburno, huertos que aguas
Bullidoras humedecen.

Como encapotado cielo
Sereno el Noto a las veces
Despeja, y barriendo nubes,
Lluvias no engendra perennes,

La tristeza y los trabajos
De la vida tú, prudente,
Con vino, oh Planco, süave
Mitigar podrás si quieres,

Ora en sitios donde insignias
Militares resplandecen
Acampes, o en seno umbroso
Tíbur haya de acogerte.

Como ya de Salamina
Teucro y de su padre huyese,
Rocïadas por Liéo,
De álamo orladas las sienes,

A consternados amigos
Dicen que habló de esta suerte:
«En brazos de la fortuna,
A doquier que ella nos lleve,

«Más que un padre amiga, iremos
Allá, compañeros fieles;
Trances más graves conmigo
Pasasteis con pecho fuerte,

«No temáis, que Teucro os guía,
Y Teucro os anuncia bienes;
Nueva Salamina Apolo
Allá lejos le promete.

«Bebed ahora, y que el vino
Tristezas del alma aleje,
Volver debemos mañana
A hender el piélago ingente.»

—

CARM I—8

Lydia, dic, per omnes....

Porqué tú a Síbaris, dime,
Lydia, por los dioses todos!
Porqué en echarle te empeñas
A perder, de amores loco?

El, que avezado gozaba
En sufrir el sol y el polvo,
Porqué el despejado campo
De Marte mira con odio;

Ni ya bizarro cabalga
Con sus compañeros mozos,
Ni con áspero bocado
Rige galicano potro?

Porqué a llegar no se atreve
Orillas del Tibre rojo,
Y más que sangre de víbora
Teme de atletas el olio;

Ni ya por el uso de armas
Cárdenos muestra los hombros,
Ni disco arroja o venablo
Que la raya pase airoso?

Porqué anda oculto, cual dicen
Que fue, por materno dolo,
Guardado Aquiles, de Troya
El lúgubre fin ya próximo,

Para que no le arrastrase
Traje de varones propio,
Sobre las frigias catervas
A terrífico destrozo?

—

CARM I-9

Vides ut alta....

De nieve coronado
Ves cómo allá Soracte resplandece,
Y el bosque trabajado
Cómo al peso rendirse ya parece,
Y el hielo las corrientes entorpece?

Contra el frío inclemente
Leños enjutos sobre el fuego hacina
Y, a fuer de complaciente
Rey de festines, ánfora sabina
Que vino de cuatro hojas guarde, inclina

Lo demás encomienda
A los dioses; que si ellos con su mano
De vientos liza horrenda
Han calmado en el férvido Ocëano,
No se mueve el ciprés ni el fresno anciano

Viviendo con el día,
Haz cuenta, si a otro alcanzas, que la Suerte
Gracioso dón te envía;

Mientras tarda en llegar canez inerte,
Tú en amores y danzas te divierte.

En el campo de Marte
Muéstrate, sitios públicos visíta,
Y con la noche, a holgarte,
En la hora sosegada de la cita,
Vé a do sabroso susurrar te invita;

Y a mozuela garrida
Sorprende en un rincón, si la delata
Risa de allí nacida,
Y al brazo o a los dedos prenda grata
Que a defender no acierten, le arrebata.

—

CARM I– 10

Mercuri, facunde....

A ti, Mercurio, cantaré, de Atlante
Nieto elocuente, que a los hombres rudos
Con habla dulce y generosos juegos
Hábil puliste:

De Jove nuncio y de los altos dioses,
Que inventor fuiste de la corva lira,
Y ágil también, por divertirte, ocultas
Cuanto te place.

Como feroz te conminase Apolo
Por las vaquillas que le hurtaste niño,
Rïose al fin, cuando se vio de pronto
Falto de aljaba.

Con dones pudo, de Ilïón saliendo
Príamo hogueras de enemigo campo
Salvar, burlando a los Atridas fieros;
Tu le guïabas.

Las almas pías a mansión dichosa
Llevas, y riges con tu vara de oro
La grey de Sombras, al Olimpo grato,
Grato al Averno.

—

CARM I—11

Tu ne quaesieris....

Cual fin a mí los dioses, cual fin a ti Leucónoe
Hayan de reservarte, no quieras indagar,
Ni en consultar te empeñes los babilonios números;
Cerrado a humanos cálculos el porvenir está.

Mejor es resignarnos a lo que venga, o Júpiter
Benigno otros inviernos conceda y otros más,
O éste el último sea que hoy en rocas inmóviles
A deshacer sus tumbos lleva el Tirreno mar.

Sé cuerda, vinos filtra y estrecha en breve círculo
Las largas esperanzas. Esquiva nuestra edad
Vuela mientras hablamos, paso! No fíes crédula
En día venidero, goza éste que se va.

—

CARM I—12

Quem virum....

A cuál varón o semidiós, oh Clío!
Querrás con lira o con aguda flauta,
A cuál dios celebrar? De quien repita
Eco festiva el nombre,

O por los senos de Helicón umbrosos,
O sobre el Pindo o en el Hemo helado,
De donde un tiempo al armonioso Orfeo
Siguiendo iban las selvas,

Que, usando de maternas artes, supo
Los vientos detener, parar los ríos,
Y suave atrajo con tañer canoro
Los árboles oyentes?

Lleve ante todo, el homenaje usado
El Padre que gobierna a hombres y a dioses,
El mar, la tierra, y con medidas horas
El giro de los cielos.

Nada de él nace que le exceda, nada
Existe que le iguale o a él se allegue;
Palas, con todo, aunque a distancia, ocupa
Más que otros sitio excelso.

Ni a ti, arrojado en las contiendas, Baco,
Ni a ti, intrépida virgen cazadora,
He de callar, ni a ti por tus certeras
Flechas temible, Apolo.

Ni a Alcides, ni de Leda a los gemelos,
Este jinete, gladiador el otro;
Que, así que ambos al nauta en radïante
Constelación se muestran,

De los riscos la espuma se desata,
Cesan los vientos y las nubes huyen,
Y, a su divino influjo, onda encrespada
Sobre la mar se tiende.

A Rómulo después, la paz de Numa
O de Tarquino los soberbios faces
No sé si deba, o de Catón la noble
Muerte cantar primero.

A Régulo también, a los Escauros,
Pródigo a Paulo de su grande aliento
Mientras el Peno triunfa, en verso digno
Ensalzará mi Musa.

Y a Fabricio, a Camilo, y desgreñado
A Curio, a quienes ya pobreza dura
En techo humilde, en los paternos campos
Formó para la guerra

Crece, cual árbol, sin sentirse cuando,
La fama de Marcelo; y cual la luna
Entre menores lumbres, entre todas
Brilla de Julio el astro.

Padre y custodio de la humana gente,
Jove, hijo de Saturno! a ti fiado
Está de César el destino; impera
Tú primero, él segundo.

Ya a los Partos que el Lacio amenazaban
En triunfo justo domeñados lleve,
En el remoto Oriente sojuzgados,
Los Seras y los Indos.

El regirá prudente el ancho mundo,
A ti inferior, tu a Olimpo estremeciendo
En grave carro, lanzarás centellas
A profanados bosques.

—

CARM I—13

Cum; tu Lydia....

Cuando de Télefo, Lidia,
La sonrosada garganta
Y de Télefo los brazos
Cual hechos de cera alabas,

Ay de mí! ferviente bilis
Entumece mis entrañas;
Que múdo de color siento
Y que la razón me falta.

Entonces por mis mejillas
Corre una furtiva lágrima
Reveladora del íntimo
Fuego que mi pecho abrasa.

Ardo todo, si en la mesa
Altercación engendrada
Por los excesos del vino,
Tus blancos hombros ultraja.

Ardo todo si el mancebo
Que ya no respeta nada,
En tus labios delirante
Señal duradera estampa.

Nó, si un momento me escuchas,
Crëerás en la constancia
Del que tan groseramente
Los dulces besos profana

Que en su quinta esencia Venus
De sus néctares empapa.
Tres y más veces dichosos
Los que mutuo amor enlaza ;

Amor tan firme, que pueda,
Quejas evitando amargas,
Mantener hasta la muerte
Indivisibles dos almas.

—

CARM I—14

O navis, referent....

Qué, nuevas olas a la mar te vuelven?
Bajel, a dónde vas? Deténte, aférra
Al puerto! No estás viendo tu costado
Ya de remos desnudo,

Y del ábrego el mástil afligido,
Y cómo gimen las entenas, cómo
Sin jarcias resistir mal puede el casco
Al temporal que arrecia?

No tienes vela sana? ya no hay dioses
A quien en nuevo trance invocar puedas.
Aunque póntico pino te proclames,
Nacido en noble selva,

Estirpe y nombre alegarás en vano.
No ha de fïarse ya en pintadas popas
Azorado el piloto. Guay! no seas
Ludibrio de los vientos.

Causa ayer para mí de afán y tedio,
Hoy de pesar y de inquietud no leve,
Del mar que entre las Cícladas lumbrosas
Tiende sus ondas, huye!

CARM I—15

Pastor cum traheret....

Pastor mentido, el robador de Helena,
Por los mares su huéspeda traía
En idalio bajel, cuando Nereo,
Parando el vuelo de los vientos rápido,
Calma siniestra impuso

Para cantar desastres: «En mal hora
«Llevas a tu país esa a quien Grecia
«Requerirá con huestes conjuradas
«En deshacer tus bodas y de Príamo
«El secular imperio.

«Ay! cuánto espera a los caballos, cuánto
«Sudor a los jinetes! Qué de duelos
«A la raza de Dárdano acarreas!—
«Ya, ya apercibe Palas yelmo y égida,
«Su carro y sus furores.

«En vano tú con el favor de Venus
«Soberbio, peinarás tu cabellera,
«Y lánguidos cantares, a las damas
«Gratos, acordarás con blanda cítara;
«En tu tálamo en vano

«El bote de las lanzas, y sutiles
«Cretenses flechas, y el tropel, y el golpe
«De Ayax veloz, evitarás; que tarde,
«Mas sin remedio, la melena nítida
«Adobarás con polvo.

«No ves detrás al hijo de Laertes,
«Azote de tu gente, al Bilio Néstor?
«Ya, ya en tu seguimiento el salaminio
«Teucro impávido vuela, vuela Esténelo,
«A luchas avezado,

«Y, si es preciso gobernar bridones,
«No inerte auriga, a Merión presente
«Verás también. Y guay! que ya se acerca,
«Más fuerte que su padre, atroz buscándote,
«El hijo de Tideo;

«Y de él, cual ciervo que en la parte opuesta
«Del valle visto el lobo, desalado
«Se olvida de pacer, tú jadeante
«Huyendo irás; no a tu querida, mísero,
«No aqueso prometiste.

«Diferirá la cólera de Aquiles
«El término a Iliön y a las matronas
«Frigias; inviernos correrán contados,
Y entonces.... nada quedará de Pérgamo,
«Presa de aquivas llamas.»

CARM I—16

O matre pulchra....

Oh tú, de madre bella hija más bella!
Haz que de un modo u otro, para siempre
Mis maldicientes yambos desparezcan:
Que el fuego los devore,
O si te place, que en la mar perezcan.

No Cibeles ni de antros misteriosos
El Pitio habitador, ni Baco exalta
Así de sus intérpretes la mente,
Ni así los Coribantes
De herido bronce al estridor frecuente

Cual la Cólera el ánimo enajena;
Que no la ataja, no, filo de espada,
Abrasadora llama, abismo horrendo,
Ni desplomado Jove
Con rudo golpe y fragoroso estruendo.

A la masa de limo Prometeo
Es fama que a agregar se vio obligado
Lo que de aquí y de allí exträer supiera,
Y en nuestro seno puso
Del insano león la rabia fiera.

La Cólera a Tïeste hundió espantosa;
Ella excelsas ciudades de su asiento
Arrancó al fin, y con hostil arado
Ejército insolente
Pudo el muro cruzar desmenuzado.

Calma tu enojo ya. También un tiempo,
Allá en lozana juventud, la ïra
Mi pecho embraveció con sus furores,
Y ciego, despechado,
Lancéme a herir con yambos voladores.

Mas ahora trocar las cosas quiero
Y cuanto fui agresivo ser galante;
Ofensas que repudio echa en olvido,
Y que amigos sëamos
Y que me vuelvas tu favor te pido.

CARM I—17

Velox amoenum......

Muchas veces huyendo del Liceo,
Al ameno Lucrétil se traslada
Fauno con agil pie, y aquí gozoso
De ardiente estío y de pluviosos vientos
Ampara mis cabrillas.

Por el bosque seguro, sin recelo,
El oculto madroño y el tomillo
Aquí y allá las hembras del oliente
Marido, esparramadas van buscando,
Y ni verdes culebras

Temen, ni asalto de rapaces lobos,
Tíndari, desde el punto que en los valles
Y de Ustice inclinado en las desnudas
Peñas, del caramillo melodioso
Los ecos resonaron.

Los dioses me protegen; precian ellos
Mi piedad y mi musa. Aquí, opulenta
Con tesoros del campo la abundancia
Derramaráse del henchido cuerno
Para ti sin medida.

De inflamada canícula al abrigo,
Aquí podrás en el repuesto valle
Cantar al són de la Troyana lira
A Penélope y Circe, a un tiempo mismo
De un mismo amor penando.

Copas del Lesbio inofensivo vino
Aquí a la sombra beberás, sin riesgo
De que el hijo de Sémele a deshora
De sus dones confunda la alegría
Con furores de Marte:

Ni has de temer que a Ciro, ardiendo en celos,
Acorra, y la guirnalda que a tus sienes
Hayas ceñido, y tú inculpada veste,
Fuerte él, tú inerme, con airadas manos
A destrozar se lance.

CARM I—18

Nullam, Vare....

De Tíbur en la plácida comarca,
En tierras que de Cátilo dominan
Los muros, preferir no debes, Varo,
Al de la sacra vid cultivo alguno.
Males sólo reserva adverso numen
A quien vino no prueba; sólo el vino
Auyenta los cuidados roedores.
Quién, después que ha bebido, los trabajos
De la milicia o la pobreza acusa?
Quién, más bien, no te invoca agradecido,
Padre Baco, y a ti, Venus rïente?
Mas no hemos de abusar del dón precioso
Que con tasa nos brinda el buen Lieo.
Harto el peligro nos advierte aquella
Lid sobre charcos de licor trabada
Por Centauros y Lápitas; lo advierte
No manso el dios para los Traces cuando
Llenos ya de pasión, borrado el linde,
El bien y el mal a discernir no alcanzan.
No iré yo a concitarte mal tu grado,
Cándido Basareo, ni misterios
Que frondas varias a la vista ocultan
A la luz sacaré. Tú aquiéta, aquiéta,
La trompa bericintia y los hirvientes
Tímpanos de que viene en seguimiento
Ciego amor de sí mismo, la jactancia
Que su cabeza hueca irgue entre nubes,
Y la fe que el secreto antes guardado
Más clara que el cristal deja patente.

CARM I—19

Mater saeva......

Hoy la madre crüel de los deseos,
Hoy el hijo de Sémeles Tebana,
Y Libertad traviesa,
A los amores idos
Quieren que vuelva el alma y los sentidos.

Sí, que el brillo de Glícera me abrasa,
Más puro que el de mármoles de Paros,
Su graciosa altiveza
Su rostro cicalado
A do la vista detener no es dado.

Venus huye de Cipro, y pesa toda
Sobre mí; ni al Escita cantar puedo
Ni al Parto, audaz la brida
Volviendo de repente;
Nada ella extraño a mi pasión consiente.

Traedme aquí, garzones, césped vivo,
Y verbenas e incienso y ancha taza,
Con vino de dos hojas. Vendrá, espero,
Mediando el sacrificio,
Con ánimo a mis votos más propicio.

CARM I—21

Dianam tenerae......

Load, tiernas doncellas, a Dïana
Load, garzones, al crinado Cintio.
Y, juntos, a Latona, de ellos madre,
De Jove predilecta.

Vosotras, a la virgen que se goza
En ondas y en boscajes, en el fresco
Algido, en selvas de Erimanto oscuras,
O ya en el verde Crago.

Vosotros, a la vez, cantad, garzones
A Tempe, a Delos, cuna ya de Apolo
Sus hombros que ornan siempre rica aljaba
Y la fraterna lira.

Llorosa guerra y hambre horrible y peste
Lejos del pueblo llevará y de César
El dios, sobre los Persas y Britanos
Merced a vuestros preces.

CARM I—22

Integer vitae......

Hombre inocente y de conciencia pura
No necesita, Fusco, de moriscos
Dardos, ni de arcos, ni de aljaba henchida
De enherboladas flechas,

O deba ya por las hirvientes Sirtes
Pasar, o por el Cáucaso intratable,
O por regiones que las ondas riegan
De Hidaspes fabuloso.

A mí, que errante en los Sabinos bosques,
A Lálage cantando, distraído
Perdí la senda, aparecióme un lobo,
Y huyó viéndome inerme.

Monstruo cual no la belicosa Daunia
Crïar pudo en sus vastos robledales,
No la tierra de Juba, de leones
Arida engendradora.

Ponme en los campos ateridos donde
Jamás árbol gozó de estivo aliento,
Lado del mundo que las nieblas sitian
Y aire aflige inclemente;

Ponme del sol bajo la rueda, en zona
A vivientes negada, iré doquiera,
A la de dulce voz, dulce sonrisa,
A Lálage cantando.

—

OTRA TRADUGGION

Nada tema en este mundo
El que no ha ofendido a nadie;
Fusco, a la inocencia sola
Favorecen las deidades.

Sin eso, a qué javalinas
Moriscas? qué el arco vale,
Ni de herboladas saetas
Los bien provistos carcajes?

Quienquier que de Africa intente
Los hirvientes arenales
Atravesar, o las breñas
Del Cáucaso inhospitable,

O el país por do sus ondas
Misterioso rueda Hidaspes,
Ceñirse de armas no cure,
Pura conciencia le guarde.

Dígolo por mí; que un día
Mientras distraído, errante,
Canto de Lálage amores
Por los Sabinos boscajes,

Perdí la senda, y de pronto
Héteme un lobo delante!
Inerme el paso suspendo,
Mírame la fiera y vase.

Pues no la guerrera Daunia
En sus vastos robledales
Monstruo igual crïó, ni adusta
Libia, de lëones madre.

Llévame a climas brumosos
Allá, a yermos do süave
No se conoce aura estiva
Que árboles mustios halague;

O en la región que debajo
De las ruedas del sol cae,
Do ser viviente no habita,
Colócame, si te place: —

Yo te juro que doquiera
Lálage ha de acompañarme,
A mi espíritu presente
Con su risa y sus donaires.

—

CARM I—23

Vitas hinnuleo....

Huyes de mí, Cloe esquiva,
Cual cervatillo medroso
Que a la madre fugitiva
Busca con paso dudoso
Por intrincado boscaje,
Con vano horror del viento y del ramaje.
Pues si árboles ha sentido
Al fresco soplo erizados
De primavera, o el ruido
De los lagartos pintados
Que entre zarzas se guarecen
Su pecho y sus rodillas se estremecen.
No, no a ti como africano
León, o cual tigre horrendo,
Para destrozarte insano
Pienses que te voy siguiendo.
Déja al fin, que harto has crecido,
Déja a tu madre ya, tendrás marido.

—

CARM I—24

Quis desiderio......

Qué límite al dolor, qué freno al llanto
La pérdida de aquél que amamos tanto
Consiente?—Tú a quien lira y voz canora,
Melpómene, dio el Padre, dicta ahora,
Dicta lúgubre canto.

Y es verdad? con que el sueño eterno pesa
Sobre Quintilio ya?—Pudor, Fe ilesa,
De la Justicia hermana, hija del cielo,
Cuándo podrán, y la verdad sin velo,
Otra alma hallar cual esa?

Se va, de muchos buenos lamentado,
De nadie tanto cual de ti llorado,
Virgilio. —En vano en tu piedad, rendido,
Pides al cielo un bien, ya concedido,
Ay! pero no en tal grado.

Si más dulce vibrara a tu deseo
En tus manos la cítara de Orfeo
Que cuando selvas arrastraba un día,
No la sangre a la sombra volvería
Que, el triste caduceo,

Blandiendo, haya a la oscura grey juntado
Mercurio, aquel ejecutor del Hado,
Inexorable a terrenal lamento!—
Dura ley! Mas alivie el sufrimiento
Lo que mudar no es dado.

—

CARM I—25

Parcius junctas......

Ya con menos insistencia
A tus cerradas ventanas
Menudëando sus golpes
Mozos atrevidos llaman.

El sueño ya no te quitan;
Ya firme al umbral se arraiga
La puerta que sobre quicios
Fáciles antes rodaba.

Ya cada vez oyes menos
Aquello de, «Noches largas
«Aquí pena tu cautivo
«Y tú duermes, Lidia ingrata.»

A tu vez, envejecida,
Tú la afrentosa arrogancia
De mozalbetes perdidos
Llorarás desesperada,

En noche sin luna, en triste
Callejuela solitaria,
Cuando ráfagas del Norte
Con más furia se desatan,

Mientras amor, con el fuego
Libidinoso que inflama
A las yeguas, se embravece
En tus llagadas entrañas.

Y gemirás viendo cómo
La juventud se solaza
Más que con oscuro mirto
Con yedra verde y lozana,

A tiempo que hojas marchitas
Que cayendo van, consagra
Mísero despojo, al Hebro
Que al crudo invierno acompaña.

—

CARM I—26

Musis amicus.....

Favorecido de las Musas quiero
Tristezas y aprensiones
Encomendar a ráfaga iracunda
Que allá en el mar las hunda.
Cuál rey ahora se entronice fiero
En las gélidas árticas regiones,
Qué grande espanto a Tiridate infunda,
Yo, solo yo, no inquiero.
Dulce Pimplea, que en raudales puros
Te gozas, ven con flores
Que el cerco abren rïente,
Tejidas por tu mano,
Ven, de mi Lamia a coronar la frente.

Mi homenaje sin ti resulta vano;
A honrarle, a honrarle, hiriendo
Con el plectro lesbiano cuerdas nuevas
Venid, tú y tus hermanas juntamente.

CARM I—27

Natis in usum....

Quede allá para los Traces,
Bien cual armas homicidas,
Blandir las copas nacidas
Para fiestas y solaces.

Lejos usanza salvaje,
Lejos de aquí! no troquemos
Llegando a fieros extremos
De Baco el culto en ultraje.

Mal yo el hórrido machete
De los Medos compagino
Con el regalado vino
Y alegre luz de un banquete.

Cese, camaradas, cese
El temerario altercado,
Cadä uno, el codo hincado,
Quieto en su lugar estese.

Queréis que ya del severo
Falerno mi parte pruebe?—
Sí;—mas de Megila debe
El hermano hablar primero.

Quién su corazón flechó?
Por quién venturoso muere?
Rehusa hablar? Nadie espere
Que, si él calla, beba yo.

No dudes soltar la lengua;
Ya sé que en tu honrado amor
Nada habrá que dé rubor,
Nada que redunde en mengua.

Dímelo muy quedo, aquí,
Como a un sepulcro, en mi oído,—
Ah! en qué Caribdis metido
Andabas, pobre de ti!

Ah! digno de mejor suerte,
Qué maga habrá, ni qué hechizo,
Qué tesalio bebedizo,
Qué dios ya que te liberte?

De esa triforme Quimera
El mismísimo Pegaso
A duras penas acaso
Desenredarte pudiera.

CARM I—28

Te maris et terrae....

A ti, del mar y de la tierra, Arquitas,
Sabio mentor, que el número incontable
De las arenas calcular supiste,
Ya de menudo polvo corto obsequio
Basta a ceñirte en la Matina playa.
Y de nada sirvió que penetrando
En las regiones de la luz, hubieses
El ámbito de polo recorrido
Con suerte audaz, pues que a morir naciste,
De Pélope también el padre, un día
De dioses comensal, finó; finaron
Titón, llevado a las supernas auras
Y de Júpiter Minos confidente;
Y ya al hijo de Panto encierra el hondo
Tártaro, al Orco al fin precipitado,
Aunque habiendo el broquel reconocido
Que llevó un tiempo en la troyana guerra
Mostrara que antes a la oscura huesa
Piel sólo y nervios entregado había,
El, que fue de verdad y de Natura
No despreciable intérprete a tu juicio.

Sí, que una noche misma espera a todos
Y todos el camino de la Muerte
Han de hollar una vez. A otros las Furias
Llevan en espectáculo ante el torvo
Marte; a nautas devora el mar hambriento.
En confuso tropel viejos y mozos
Descienden a la tumba, ya ninguno
Proserpina crüel dejó olvidado.
A mí también, de Orión, cuando declina,
Impetüoso compañero el Noto
En Ilíricas ondas anegóme.
Tú, hora, oh navegante, tú a mis huesos
Y cabeza insepultos, un puñado
De movediza arena no deniegues.
Así, por más que a las Hesperias olas
Amague el Euro, recibiendo el golpe
Los bosques de Venucia, inmune salgas,
Y hágante gran merced quienes lo pueden,
Júpiter justiciero, y de la sacra
Tarento numen protector, Neptuno.
A defraudarme vas, y no te importa
Dejar a tu inocente descendencia

Herencia de dolor? Sobre ti propio
Pese el cargo fatal, y a tu vez llegues
Con creces a llevar tu merecido.
No a preces sin alcance abandonado
Quedaré, ni habrá ya expiación alguna
Que del castigo a redimirte baste.—
Aunque de prisa vas, corta es la obra;
En cuanto hayas tres veces tierra echado
Seguir puedes en paz tu derrotero.

CARM I—29

Icci beatis....

Tesoros que Arabia encierra
Miras, Iccio, con deseos
Encendidos;
Ya piensas en són de guerra
Ir a los reyes Sabeos
No vencidos;

O a encadenar victorioso
A los Medos te apercibes,
Gente brava.
Dí, qué doncella, el esposo
Muerto, en tu tienda recibes
Por esclava?

Qué rapaz, solo avezado
Flecha a lanzar voladora
En la estancia
Paterna, en tu mesa ahora,
Con el cabello aromado,
Vino escancia?

Trepen los arroyos ya,
Pueda el Tibre atrás volver
Su corriente,
Pues libros que aquí y allá
Ibas tú comprando ayer
Diligente,

Preciadas obras escritas
Por socráticos doctores,
Por hispanas
Lorigas trocar meditas.—
Promesas de ti mejores
Fueron vanas!

CARM I—31

Quid dedicatum....

Que viene hoy a pedir el vate a Febo
En la dedicación de sus altares,
Al verter de la copa licor nuevo?
Las mieses no apetece
Con que feraz Cerdeña le enriquece,

Ni los ganados llevarán su anhelo
Que en la ardiente Calabria se apacientan,
Ni el oro ni el marfil del indo suelo,
Ni las tierras que en blando
Curso el Liris a sordas va minando.

Esgrima la Calena podadera
Quien ricas viñas deba a la Fortuna,
Y vinos, que con géneros adquiera
Traídos de Levante,
Beba en copas dë oro el mercadante,

Y gracias a los dioses dé opulento,
Pues tres veces y cuatro el mar cada año
Salvo repasa. Basta a mi sustento
El fruto de la oliva,
Y la achicoria y malva inofensiva.

Dame, hijo de Latona, dios clemente,
Disfrutar de los bienes acopiados
Con salud firme, y lúcida la mente,
Vejez no deshonrada,
Ni de la dulce cítara privada.

CARM I—32

Poscimur. si quid....

Piden que cante. Si a la sombra ocioso
Contigo, oh Lira! me ensayé temprano,
Canto latino que por siempre dure
Dicta propicia.

Lesbio patriota te pulsó primero,
El que ora en medio de las armas, ora
A húmeda playa el azotado leño
Salvo trajese.

Cantando, a Baco, celebró, las Musas,
Venus, y el niño que doquier la sigue,
Y a Lico apuesto, el de los negros ojos,
Negro cabello.

Tú, honor de Febo, y a los dioses grata
De Jove sumo en los festines, dulce
Alivio tú de nuestros males, oye,
Oye mi ruego!

—

CARM I—33

Albi, ne doleas....

Albio, no extremes tu dolor, continuo
En Glicera pensando rigurosa,
No en verso plañidero siempre gimas
Porque, falsa y crüel, a ti prefiere
Otro galán más joven.

Licoris, la de breve y tersa frente,
De Ciro en el amor se abrasa; Ciro
Tras Fólioe se va, y esquiva aquesta
Jura que habrán de holgarse las cabrillas
Con los lobos de Apulia

Antes que ella ceder a torpe amante.—
Venus quiérelo así; Venus contrarios
Genios y formas que entre sí no casan,
Yugo de bronce a recibir constriñe
En despiadado juego.

Yo propio, desdeñando amor propicio,
Fui en el grillete a dar, con que me oprime
Mirtale, aquella de libertos hija
Brava más que la onda que en Calabria
Senos labra profundos.

—

CARM I—34

Parcus deorum....

Vano y audaz filósofo,
Venerador remiso
Fui de los altos númenes:
Volverme ya es preciso,
Otra vez orientándome
Corregiré mi error.

Pues que llevar vi a Júpiter,
No ya nubloso velo
Con rayo hendiendo fúlgido,
Sino por limpio cielo
Sus caballos flamígeros
Y el carro volador;

Y al punto conmoviéronse
La tierra inerte, el río,
Y las puertas de Ténaro,
Y el lago Estigio umbrío,
Y hasta el confín Atlántico
Vibrando el golpe va.

Dios lo humilde y recóndito
Alza, y lo excelso humilla:
Fortuna en vuelo rápido
Diadema que aquí brilla
Quitando con estrépito,
Vuela a ponerla allá!

—

CARM I—35

Ad fortunam.

O Diva......

Oh Diva, a quien la plácida
Ancio por reina adora,
Pronta siempre, ora al mísero
A alzar del polvo, y ora
A tornar rama fúnebre
El triunfador laurel!

A ti en su choza el rústico
Requiere suplicante,
Y de los mares árbitro,
En puertos de Levante
Te invoca quien da al piélago
Cargado su bajel.

Y el Dacio agreste, el Nómade
Scita, y pueblos enteros;
Te implora el fuerte lacio;
Madres de reyes fieros,
Y purpurados príncipes
Te acatan con pavor,

Temiendo que de súbito
Impelas con pie airado
Los asentados mármoles,
Y en ruina del Estado
Arrastre a los pacíficos
Motín asordador.

Mostrando en mano férrea
Grandes clavos, y horrendo
Garfio, y cuñas, y líquido

Plomo, tu marcha abriendo,
Sorda a ruegos inútiles
Va la Necesidad.

Te honran al par, y síguente
Cuando, trocando veste,
Dejas ricos alcázares,
Esperanza celeste,
Fe pura, el lino cándido
Cubriendo su beldad;

Mientras amigo pérfido,
Cortesana perjura,
Todo ese indigno séquito
Que hoy las heces apura,
Huyen, al yugo indóciles
Hurtando el cuello infiel.

César, que ya a los últimos
Britanos marcha, cuente
Con tu favor! merézcalo
Esa legión que a Oriente
Vuela, y al Rojo Océano,
Brïosa, aunque novel!

Oh gran vergüenza! oh crímenes!
De atroz lucha entre hermanos
Las cicatrices, míseros,
Señalan nuestras manos!
Generación sacrílega
Qué perdonó, decid!

Qué aras no holló frenético
Desmán? Séanos dado
Que en nueva forja el ímpio
Acero así mellado,
Hoy contra Getas y Arabes
Se aguce a mejor lid!

CARM I—36

Et thure et fidibus....

Con cítaras e incienso,
La prometida víctima inmolando,
Hoy dar gracias nos cumple
A los dioses de Númida guardianes,
Que sano y salvo torna
De los confines últimos de Hesperia,

Y, viejos camaradas
Volviendo a ver, sus ósculos prodiga,
A Lamia más que a todos,
A su Lamia querido, recordando
Que, ya en la escuela juntos,
Juntos después la toga recibieron.

Aqueste hermoso día
No olvidemos marcar con piedra blanca,
Que, a voltear dispuesta,
El anfora no pare; que no cesen,
A usanza de los Salios,
De girar a compás ágiles plantas.

Dámali bebedora
Apostando a vaciar henchido vaso
A estilo de los Traces,
No a Baco deje atrás; en el banquete
Frescas rosas no falten,
El apio vividor, el fugaz lirio.

Todos al fin los ojos
En Dámali pondrán languidecientes
Y Dámali de nuevo
Galán no habrá de desprenderse, asida
Con más estrechos lazos
Que vueltas goza en dar lasciva hiedra

—

CARM I—37

Nunc est bibendum....

Ya es tiempo, amigos, de beber; ya el suelo
Con planta libre, golpëar es dado:
Gracias demos al cielo,
Y ornemos con saliáricos manjares
La mesa de los dioses tutelares.

Antes vedado fuera
El cécubo sacar de antigua cava,
Mientras reina extranjera
Derrocar insensata el Capitolio
Y enterrar el imperio meditaba.

Con enfermo rebaño
De hombres inmundos se creyó potente,
Y, ebria con el dulzor de su fortuna,
No hubo esperanza alguna
Que no halagara en su ambición demente.

Mas su delirio ciego
Templó, salva al quedar sola una nave,
Y del letargo luégo
Que le brinda el narcótico süave,
La arrancó César con espanto grave.

Huyendo ella de Italia, él la persigue
Remando de contino,
Como a paloma el gavilán a vuelo,
O a liebre el cazador cruzando el hielo;
El va a aherrojar el monstruo del Destino!

Ella, en tanto, más noble
Manera de morir trata consigo;
Ni tembló, cual mujer, de las espadas,
Ni a velas desplegadas
En incógnita playa buscó abrigo.

Su palacio yacente
Vio con rostro sereno,
Y áspides irritados con su mano
Coger osó, no en vano
A la negra ponzoña abierto el seno.

Segura de que libre moriría
Mostróse altiva y fiera;
Que ya, en naves liburnias prisionera,
Soberbio triunfo a realzar no iría
Pobre cautiva la que reina fuera.

—

CARM I--38

Persicos odi....

Pérsicas galas odio, ni coronas,
Garzón, con tilo enderezadas, quiero;
No el sitio busques do tardías puedan
Rosas hallarse.

Ni el mirto intentes recargar: sencillo
No mal te sienta, escanciador modesto,
Ni a mí a la par, mientras de parra densa
Bebo a la sombra.

—

CARM II—1

Motum ex Metello...

Las civiles discordias, engendradas
Allá desde los tiempos de Metelo,
Las causas de la guerra, los errores,
Los manejos, el juego
De la fortuna, caprichoso y ciego,

De caudillos tremendas coaliciones,
Armas tintas en sangre aun no expïada,
Eso intentas narrar! obra azarosa;
Doquier que el pie deslizas,
Guardan fuego engañosas las cenizas.

Que tu Musa de trágicos acentos
Falte un poco, Polión, en el tëatro,
Mientras coordinas tú la patria historia:
Con el coturno griego
A esotra gran labor tornarás luégo,

Oh buen patrono de afligidos reos,
Oh del Senado tú lumbrera y guía,
A quien, ceñida, de laurel la frente,
Inmarcesible gloria
Confirió la Dalmática victoria!

Con el rumor de retadoras trompas
Mi oído hieres ya, clarines suenan,
Ya de las armas el fulgor espanta
Al caballo ligero,
Y hace el rostro volver al caballero,

Y oír creo a los grandes capitanes
Con polvo no afrentoso ennegrecidos,
Y, extendiendo la vista, sojuzgada
Miro la tierra entera,
Excepto de Catón el alma fiera.

Al Africa vencida y no vengada
Juno y toda deidad de su partido,
Abandonó impotente; y ved! con nietos
De aquellos vencedores
De Yugurta a los mares rinde honores.

Por la latina sangre fecundado
Qué campo no recuerda con sepulcros
Nuestras impías contiendas, y de Hesperio
La estruendosa caída,
Allá, del Medo en lontananza oída?

Qué ríos ya, qué abismos han quedado
Que aquestas guerras lúgubres ignoren?
Qué mar destrozos de la gente Daunia
A enrojecer no fueron?
Qué playas sangre nuestra no bebieron?—

Detente, Musa! Del Ceano vate
Tú los plañidos renovar no intentes;
Vén, y al abrigo que nos brinda Venus,
Bajo frondosos ramos
Fáciles tonos a buscar volvamos.

—

CARM II—2

Nullus argento....

Plata que el seno de la tierra oculta
Color no tiene: tú el metal, Salustio,
Aprecias solo si a prudente empleo
Debe su brillo.

Vivirá siglos Proculeyo ilustre,
Que a sus hermanos protegió cual padre;
Con ala firme le alzará en su vuelo
Póstuma Fama.

Propias mansiones dominando, adquieres
Mayor poder, que si a la Libia juntas
La aislada Gades, y te dan tributo
Ambas Cartagos (1).

Consigo mismo hidrópico indulgente,
La sed aviva, ni aplacarla es dado
Mientras el mal que empalidece el cuerpo
Vicie sus venas.

No la Virtud, porque de Ciro al trono
Volvió Fräates, por feliz le cuenta;
Del necio vulgo los errados juicios
Ella reforma,

Y la realeza, la corona, el lauro
Sólo cual propios al varón confiere
Que a mirar montes de riquezas, nunca
Vuelve los ojos.

---

(1) O, *Dos Oceanos*, si se admite la conjetura de Schrader, *Uterque Pontus*.

CARM. II -3

Aequam memento....

Animo igual en la contraria suerte
Procúra conservar, sereno y fuerte,
Y así también, en tiempo de bonanza,
Exento de orgullosa confïanza,
Oh Delio amigo, destinado a muerte,

Ya en perenne tristeza nunca rías,
Ya disfrutes de puras alegrías,
Y en la grama tendido, en fresco prado,
Bebiendo tu falerno reservado
Ledo consumas los festivos días.

Aquí, donde sus ramos blanquecino
Alamo enlaza a los de ingente pino
Y con doblada sombra nos invitan;
Aquí, do linfas trémulas se agitan
Que huyendo de través se abren camino,

Vino, y suaves esencias, y lozanas
Flores manda traer—rosas galanas
Que tan presto se van! Alegre vive
Mientras la edad fugaz no lo prohibe
Y el negro estambre de las tres hermanas.

Día vendrá en que todo lo abandones,
Tu casa, tus compradas posesiones,
Tu quinta, que del Tibre ves bañada;
Día, en que de riqueza acumulada
Ocupe tu heredero altos montones.

Que del tronco de Inaco engreído
Vástago, en la opulencia hayas vivido,
O bien a la intemperie ínfimo esclavo,
Lo mismo te dará, víctima al cabo
Del Orco, sordo a terrenal gemido.

Todo camino a un mismo fin conduce;
Toda suerte en la urna se introduce,
Y, hora o mañana, a quien le toque obliga
A que adiós para siempre al mundo diga
Y en triste barca el Aqueronte cruce.

—

CARM. II—4

Ne sit ancillae

No el amor de una cierva te avergüence,
Jancia amigo, recuerda que ya un día
Briseida esclava con su tez de nieve
Prendó al soberbio Aquiles;

Ayax de Telamón cedió al encanto
De su cautiva la gentil Teomesa;
Robada virgen hechizó al Atrida
En medio de su triunfo,

Después que pudo el Tésalo impetuoso
Legiones arrollar, y Héctor deshecho
Hizo al cansado sitiador más fácil
De Pérgamo el asalto.

Qué sabes si no te honran como a yerno
Padres dichosos de tu Filis rubia?
Ella el rigor de sus penates llora,
Siendo de regia estirpe.

Créeme, no de criminal ralea
Pudo salir la hermosa por quien mueres,
Ni mujer tan leal, tan desprendida,
Nacer de madre infame.

Su faz, sus brazos, sus redondas formas,
Yo alabo sin pasión; nada receles
De quien, urgido por la edad que avanza,
Cumplió su octavo lustro.

—

CARM. II—5

Nondum subacta

Ella aun no puede, la cerviz doblando,
Sufrir el yugo; aun compartir no puede
Con fuerza igual las conyugales cargas,
Ni resistir de enardecido toro
El ímpetu lascivo.

De tu novilla la atención absorben
Los campos florecidos: ora el grave
Calor mitiga en las corrientes aguas,
Ora de húmedos sauces a la sombra
Con los becerros juega.

Déjala así, no quieras imprudente
Coger la uva en agraz. Vendrá el otoño
Que, sus purpúreos tintes esparciendo,
Ya sazonado ofrecerá a tus ojos
El pálido racimo.

Ella te ha de seguir: la edad sin freno
Va corriendo, y los años que te quita
A ella los cederá: Lálage entonces
Con ánimo resuelto y frente libre
Demandará marido,

Grata más que lo fue la esquiva Fóloe,
Y más que Clori; con sus blancos hombros
Resplandeciente cual serena Luna
Que en la noche callada el mar refleja,
O como el Gnidio Giges,

Que si al coro de vírgenes se junta,
Al más sagaz observador perplejo
Ha de dejar, la diferencia oculta,
Mostrando allí la cabellera suelta,
Indefinido el rostro.

—

CARM II—6

Septimi, Gades.....

Septimio, pronto a seguirme
A doquiera que yo vaya;
Que a Gades conmigo irías,
A la indómita Cantabria,
A hórridas Sirtes, a donde
Hierve la onda Mauritana....

Oh, si Tíbur, por argivo
Colono mansión fundada,
Fuese a mi vejez refugio!
Oh, si de fatiga tanta,
De mar, viajes y guerra,
Yo allí por fin descansara!

Si allá las Parcas me cierran
El paso, a buscar las aguas
Iré del Galeso, río
Dulce a ovejas abrigadas,
Los campos donde Falante
Reinó, viniendo de Esparta.

Más que todos en el mundo
A mí ese rincón me encanta
Que por sus mieles a Himeto
No reconoce ventaja,
Y por sus verdes olivas
A Venafro se equipara.

Allí, por merced de Jove,
Las primaveras son largas,
No rigurosas las brumas;
Allí el Aulón, de lozanas
Vides ornado, a Falerno
No tiene que envidiar nada.

Ese sitio, esas dichosas
Cimas a entrambos nos llaman;
Tú allí algún día, Septimio,
Darás, tributo del alma,
A las calientes cenizas
Del vate amigo una lágrima.

—

CARM II—7

O saepe mecum....

Oh tú, a quien veces tantas a mi lado
Tuve en campaña, hasta el final momento,
Mandando Bruto, ciudadano ahora
Quién a los patrios dioses, quién de Italia
Te restituye al cielo,

Pompeyo, de mis viejos camaradas
Oh tú el primero, con quien tantas veces
Con vino el peso aligeré del día,
La frente orlada y con perfume sirio
Ungidos los cabellos?

Contigo yo en Filipos la derrota
Y el violento tropel sentí, el escudo
No bien dejado, cuando roto el brío,
Tocaron con la frente el suelo inmundo
Los que antes braveaban.

Mas a mí, espavorido entre enemigos,
Sacóme en densa nube ágil Mercurio;
A ti otra vez en hervorosos senos
Vino a sorberte, y te llevó a la guerra
De nuevo la oleada.

A Jove, pues, con la obligada ofrenda
Acude ahora; de tan larga lucha
Cansado el pecho, bajo el lauro mío
Reclínate, y toneles no perdones
Para ti destinados.

Vén, y pulidas copas de süave
Másico hinche, engendrador de olvido,
Y de colmadas conchas vierte olores.
Quien de húmido äpio va, o de mirto
A preparar coronas?

A quién la suerte indicará de Venus
Como rey del banquete?—No más sobrio
Que el Trace bebedor, holgarme quiero
Que recibiendo al deseado amigo,
Enloquecer me es grato.

CARM II—8

Ulla si juris.....

Infiel Barina, si con pena alguna
Pagar te viese el juramento hollado,
Si en diente o uña tus traiciones, fea
Marca dejasen.

Yo en ti creyera! Pero más hermosa
Cada vez brillas cuanto más perjura,
Y alegre vas, de juventud amante
Público objeto.

Ea! los restos de tu madre invoca,
Los astros mudos de la noche, el cielo
Todo, los dioses, a quien nunca asalta
Gélida Muerte....!

Ríese de eso Venus misma, ríen
Simples las Ninfas, y Cupido fiero
Mientras en piedra ensangrentada ardiente
Flechas aguza.

Ya para ti la juventud creciendo,
Llévate esclavos; y los más antiguos
Aunque amenacen retirarse, tornan,
Cruda, a tus puertas.

Temen las madres por sus hijos, temen
Viejos guardosos; la recién casada
A solas tiembla que el marido incauto
Caiga en tus redes.

CARM II—9

Non semper imbres......

No siempre sobre campos erizados
Baja la lluvia del nublado cielo,
Ni el Caspio mar borrascas monstrüosas
Atormentando están; no todo el año
De Armenia en las llanuras

Torpe el hielo perdura, Valgio amigo,
Ni al empuje de fieros aquilones
Del Gárgano los altos encinares
Oprimidos se ven, y de sus hojas
Los fresnos despojados.

Tú de continuo en flébiles acentos
Llamando estás a tu perdido Miste,
Y tu doliente amor no encuentra alivio
Ora el Héspero asome, ora se oculte
Del sol huyendo al rayo.

Mas no el anciano que cumplió tres veces
La edad de un hombre a Antíloco el amable
Año tras año lamentando estuvo,
Ni a Troilo muerto en flor padres y hermanos
Lloraron sin descanso.

Suspende ya tus lánguidas querellas,
Y vén más bien a celebrar ahora
Nuevos trofeos del Augusto César:
A las vencidas gentes agregados
El rígido Nifates,

El Eufrates, que ya menos soberbio
Arrastra allá sus encrespadas ondas,
Y, a límites precisos circunscritos,
Revolviendo sus potros los Gelonos
En reducido campo.

CARM II—10

Rectius vives......

Mejor Licinio, vivirás, no siempre
Bogando mar adentro, ni, medroso
De borrasca, arrimando con empeño
A la erizada costa.

Quien bien aprecia su áurea medianía
Seguro las miserias de ruinoso
Techo, y, sobrio, de alcázar envidiado
El esplendor rehuye.

Más se embravece contra el yerto pino
El viento, cäen con mayor fracaso
Torres altas, las cumbres de los montes
El rayo herir prefiere.

En la desgracia espera, y en la dicha
Teme el ánimo a todo bien dispuesto,
Torna Jove a traer tormenta oscura,
Y la disipa él mismo.

Si hoy mal te va no, mal te irá otro día.
Suele Apolo a la Musa silenciosa
Animar con su cítara, y no siempre
Tendido el arco lleva.

En trances duros animoso y firme
Mostrarte sábe, y a la vez prudente,
Si ves que extrema el viento sus favores,
Cóge la inflada vela.

CARM II—12

Nolis longa ferae......

No quieras que la indómita constancia
De la feroz Numancia,
O la fiereza que Anibál respira,
O, a costa de Cartago,
Vuelto el Siculo mar sangriento lago
Al son se ajusten de liviana lira;—

Ni los Lapitas rudos, ni de Hiléo
El torpe devanéo,
Ni, postrados por Hércules potente,
Los monstruos de la Tierra
Que al antiguo Saturno haciendo guerra
Temblar hicieran su mansión fulgente

De César tú la vida gloriösa
Mejor en fácil prosa,
Mecenas, trazarás: escríbe, muestra
Los reyes más temidos
Por nuestras calles al pasar vencidos
Con cuello atado y actitud siniestra.

Persuádeme la Musa a que entretanto
Yo el melodioso canto
Celebre de Licimnia tu señora,
Las plácidas centellas
Que sus ojos despiden, luces bellas
Con que al par te responde y te enamora;

Licimnia, que a la danza no desdeña
Llevar el pie, o risueña
Terciar en juego o plática galana,
O, tendiendo los brazos
Con vírgenes tejer süaves lazos
En las solemnes fiestas de Dïana.

¿Acaso tú por los inmensos bienes
Que poseyó Aquemenes,
Por cuanto fruto rico y piedras raras
Migdón acopió un día,
Por cuanto Frigia rinde, Arabia cría;
De Licimnia un cabello, dí, trocaras,

Sea que al labio tuyo enamorado
Vuelva el cuello de grado,
O esquiva al parecer, ceder no quiera
El ósculo pedido,
Y que tú lo arrebates al descuido
O robarlo a su turno ella prefiera?

—

CARM II—13

Ille et nefasto....

Con ímpia mano y en nefasto día
Arbol, aquel que te plantó previno
Ruina a sus nietos y al lugar oprobio.
Ese, no hay duda, al genitor postrando,
Púsole al cuello la rodilla, y ese
De su huésped con sangre en alta noche
Manchó su hogar. De cólquicos venenos
Propinador y de torpezas padre
Fue quien aquí te trasladó, maldito,
Donde a dueño inocente reservases
El buen regalo de caerle encima.

Por más que evite el hombre los peligros,
Nunca es harto prudente. El navegante
Cartaginés el Bósforo temiendo,
No sabe más allá poner la vista
Do ciego el hado le amenaza. Teme
Nuestro guerrero la veloz saeta

Que el Parto huyendo rápido despide
Y cadenas el Parto, y del Romano
Teme el poder; más improvisa a todos
Asalta, y siempre asaltará la muerte.

Cuán cerca estuve yo de ver los reinos
De la negra Prosérpina, del justo
Eaco el tribunal, y de almas puras
La repuesta mansión! Oído habría
A Safo, que pulsando eolias cuerdas
Quéjase de las hijas de su patria,
Y, Alceo, a ti, que con tu plectro de oro
En voz rotunda, la azotada nave
Cantas, destierro amargo, guerra cruda.

De entrambos oyen el cantar süave
Digno de alto silencio, las ligeras
Sombras en torno; y si remembra Alcéo
La heroica lid que hundió la tiranía,
En denso grupo el canto ávidas beben.
Mas qué mucho, si el Can de cien cabezas
Tiende la oreja y hórridas serpientes
A la crin de las Furias enredadas
Mansas inclinan los cerúleos cuellos?
Y Prometeo y Tántalo se olvidan
De sus tormentos, y Orïón no acosa
Fieros leones y medrosos linces.

—

CARM II—14

Eheu! fugaces....

Ay! cuán presto la vida
En su fugaz corriente,
Póstumo, caro Póstumo, se va!
Y no hay virtud que impida
Que aren rugas tu frente:
La juventud ya es ida,
Inevitable fin se acerca ya!

Para salvarte en vano
Mover intentarías
Con diarias hecatombes a Plutón,
Al que ciñe tirano
Allá en aguas sombrías
Que cruza todo humano,
A Ticio y al triforme Gerïon.

El a cuanto sustento
Reciben de la tierra
Ricos y pobres, encadena igual.

Ni hüír vale el sangriento
Tumulto de la guerra,
Y el mar que agita el viento,
Y la brisa pestífera otoñal.

Has de ver el Cocito
Arrastrar su onda impura
En giro perezoso, a par de ti;
Del linaje maldito
De Dánao la tortura,
Y a Sísifo precito
A esfuerzo inmenso condenado allí.

Y tierna esposa, amados
Penates, campos bellos
Dejarás, y esos árboles que ves
Crecer por tus cuidados,
Dueño efímero! de ellos
Sólo fiel a tus hados
Ha de seguirte el lúgubre ciprés.

Y vinos que condenas
Bajo de llaves ciento,
A heredero más digno legarás,
Que sepa a copas llenas
Bañar el pavimento
En licor cual en cenas
No corrió de pontífices jamás!

—

CARM II—15

Iam pauca aratro....

Moles soberbias dejarán bien poca
Tierra que arar. Más anchos que el Lucrino,
Lagos doquier veránse artificiales,
Y el plátano creciendo solitario,
Desterrará los olmos.

Ora arrayanes, cuadros de vïolas,
Y esotras plantas que el olfato adulan,
Esparcirán olores donde el fruto
Pudo de productivos olivares
Coger el dueño antiguo;

Ora tupidos bosques de laureles
Paso al sol negarán.—No sancionaran
Rómulo nunca ni Catón severo
Usanzas tales, ni esa fue la norma
De los hombres de antaño;

Que era corto el haber privado, y grande
La riqueza común. A nadie entonces
Lícito fuera, para darse gusto,
Construír vasta galería, expuesta
Al Septentrión umbrío;

Ni gleba deparada por la suerte
Las leyes desdeñar le permitieron,
Que ordenaban a expensas del Estado
Con piedra nueva ornar ciudades sólo
Y venerados templos.

—

CARM II—16

Otium divos....

Pide a los dioses en el vasto Egéo
Descanso el navegante, si entre nubes
Se ha ocultado la luna, y guïadoras
Estrellas no descubre.

Descanso pide en guerra el Trace horrendo,
El Medo flechador: sosiego inmune
Que no adquiere el que púrpura, oro y perla,
Para comprarlo junte.

No regia pompa o consular insignia
Aquieta la pasión que dentro bulle,
No aleja cuitas que artesón dorado
Revolando circuyen.

Bien se vive con poco, donde en sobria
Mesa el salero que heredamos, luce,
Do no hay temor ni sórdido apetito
Que el sueño manso turbe.

A qué, ceñidos en tan breve espacio,
Tan lejos asestar? qué da que mudes
De clima aquí y allá? La Patria dejas,
Pero de ti no huyes.

Sube el Afán a la ferrada nave,
Tras ligero escuadrón al campo acude;
No del ciervo la planta, no es del Euro
Más rápido el empuje.

Con lo presente el ánimo contento
No indague más allá; lo amargo endulce
Sereno sonreír. Dicha cumplida
No existe, no la busques.

Cien greyes tienes en Sicilia, y vacas
Mugir, y ya para cuadrigas útil
Oyes la yegua relinchar: retintas
En africano múrice

Ropas te visten. Pequeñuelos campos
Y un destello me dio del griego numen
Veraz la parca, y despreciar la necia
Profana muchedumbre!

—

CARM II—17

Cur me querelis....

Porqué así lamentándote me afliges?
No han de querer los dioses, ni yo admito
Que antes rindas que yo el postrer aliento,
Mecenas, poderoso
Apoyo de mi vida y ornamento!

Si de faltar hubieses tu a deshora,
Mitad de mi existencia, yo que haría,
Mitad sobreviviente y menos cara?
Allá en común rüína
Ese día funesto me arrastrara.

Y no habrá de faltar mi juramento:
Iremos, digo, iremos, comoquiera
Que abras la marcha, a ti a cualquiera parte
En la final jornada
Resueltos a seguirte, a acompañarte.

Quimera atroz con llamëante soplo,
Gigante de cien brazos vuelto al mundo
No habrán de separarme de tu lado;
Así por la Justicia
Así está por las Parcas decretado.

O ya Libra me asista, o ya domine
Triste Escorpión, que entre los astros todos
Tiene en la hora natal influjo insano,
O acaso Capricornio,
De las ondas hespéricas tirano,

El astro tuyo con el mío guarda
Arcana afinidad. Jove enfrentado,
De la influencia de Saturno impía
Te sustrajo, y el vuelo
Del hado presuroso atajó un día,

Cuando en pleno teatro, al verte salvo
Gozoso aplauso resonó tres veces; —
Y a mí hundiéndose un árbol me aplastara,
Si Fauno no me libra,
Que a los alumnos de Mercurio ampara.

Tú, construír el prometido Templo
No descuides, y hacer los sacrificios
Que el Numen bienhechor de ti ya espera,
Mecenas; yo entretanto
Llevaré, ofrenda humilde, una cordera.

CARM II—20

Non usitata......

Con ala me preparo,
Biforme vate, insólita y segura
A hender el éter claro:
Superior a la impura
Envidia, dejaré la tierra oscura

Yo a quien querido nombras,
Mecenas, yo de humilde nacimiento,
No de olvido en las sombras
Me hundiré, ni en el lento
Río que ciñe el Orco macilento.

Siento la piel que en torno
Mi cuerpo hacia los pies dura guarnece,
Cisne arriba me torno,
Mi cuello resplandece,
Leve pluma por dedos y hombros crece.

Y pájaro canoro
Iré, más raudo que Icaro en mi vuelo,
Al Bósforo sonoro,
Y al hiperbóreo hielo,
Y de Getulia al abrasado suelo.

El Colco, el Daco, aleve
Desdeñador del ítalo guerrero,
Quien del Ródano bebe
Me oirá, y el sabio Ibero,
Y allá el Gelono en su rincón postrero.

No honrar mi ausencia quieras
Con exequias ociosas, lloro triste
Y voces lastimeras;
No en eso, no, consiste
La gloria y prez del que inmortal existe.

CARM III—1

Odi profanum......

Huyo de la profana muchedumbre,
Silenciosa atención prestad vosotros:
Yo, sacerdote de las Musas, versos
Que nadie antes oyó, para doncellas
Y para niños canto.

Sobre humanos rebaños con tremendo
Poder los reyes de la tierra mandan,
Sobre los reyes Jove, el que Gigantes
Lanzó al abismo, y con su ceño solo
Conmueve el universo.

Que tal hombre más que otro, las hileras
De sus viñas dilate; éste en buen hora
Baje al campo de Marte, pretendiente
Más noble; aquél, mejor por sus costumbres
Y el lustre de su fama;

Levante a otro más larga clïentela....
Y qué más da? Necesidad terrible
Saca a la suerte a grandes y a pequeños,
Para todos igual; en urna holgada
Todo nombre se agita.

A quien desnuda sobre el cuello impío
Pendiente espada ve, no han de brindarle
Grato sabor manjares de Sicilia,
Ni de aves ni de cítaras el canto
Han de volverle el sueño:

El sueño de sencillos aldeanos,
Benigno, no desdeña las humildes
Moradas ni la fresca orilla umbrosa,
No los amenos huertos que süaves
Los Céfiros oréan.

A quien modesto su ambición acorta
Ceñida a lo preciso, no le inquieta
Alborotado el mar, ni vario el cielo,
Ora decline tempestuoso Arturo,
Ya surjan las Cabrillas;

Ni los viñedos que el granizo azota
Y el plantío falaz, negado el fruto,
Ora a las lluvias culpe el árbol mustio,
O al rayo estivo que abrasó los campos,
O al invierno inclemente.

Sienten los peces que la mar se estrecha
Por moles invadida: allá pedruscos
Va el constructor con su servil caterva
Acarréando, de la tierra el dueño
Allá a espaciarse acude.

—

CARM III—2

Angustam amice....

Sufrido en la escasez el joven sea
Y en militar fatiga crezca fuerte:
Al fiero Parto aterre en la peléa
La lanza que blandéa,
Y éntre a caballo descargando muerte.

Y acampe al raso, y nunca se retire
Ante el peligro, los peligros ame;
Desde el adarve con terror le mire
Real matrona, y suspire,
Y la núbil doncella, y así exclame:

«Ay! bisoño no pruebe la pujanza
De ese fiero león el regio esposo!
Cuál, tocado, se encrespa! a la matanza
Cómo su ardor le lanza
Veloz por medio al campo sanguinoso!»

Dulce y bello es morir, cuando se muere
Por la patria: también la muerte acosa
A otro, a quien tiemblen las rodillas, hiere
Espaldas que volviere
Huyendo el riesgo juventud medrosa.

Inmaculada brilla, y a vulgares
Desaires la Virtud su honor no expone,
Ni a merced de las auras populares
Insignias consulares
Vemos que ora conquiste, ora abandone.

Sí, hasta los cielos la Virtud eleva
Al que morir no debe: osada explora
Huyendo de las turbas, senda nueva,
Y allá, lejos, le lleva
Del suelo inmundo, en ala voladora.

También premio seguro al fiel sigilo
Guardado está: de quien de Ceres pudo
Revelar los misterios, yo al asilo
No entraré, ni tranquilo
Me fiara con él al mar sañudo.

Que envolver suele al bueno en duro trance
El malvado que a Júpiter enoja.
Por más que impune, al parecer, avance,
Rara vez no dio alcance
La pena al reo, aunque zaguera y coja.

—

CARM III—3

Justum et tenacem....

Al varón justo y en su intento firme
De sus quicios no mueve
Turba irritada que desmanes pida,
No de tirano amenazante el ceño;
Ni, el Adria revolviendo, el Austro oscuro,
Ni Jove mismo, de su diestra enorme
Lanzando haces de rayos iracundo;
Sobre su frente impávido sintiera
Hecho pedazos desplomarse el mundo.

Así, por esa fuerza, Pólux pudo,
Pudo Hércules errante
Elevarse a las fúlgidas mansiones,
Adonde Augusto reclinado entre ellos,
Ya con purpúreo labio néctar bebe;
Así, oh Baco, los tigres de tu carro
Indóciles trajiste a la coyunda;
Quirino así, en corceles de Mavorte,
Huyó del Orco la región profunda.

A los dioses entonces congregados
Habló plácida Juno:
«A Ilïón, a Ilïón, fatal, impuro
Juez y mujer advenediza, en polvo
Tornaron—Ilïon, que a mí de antaño,
Con su pueblo y caudillo, y a la casta
Minerva fue entregado, por el dolo
De Laomedón, cuando el pactado precio
Osó a Neptuno denegar y a Apolo.

«No ya el huésped de adúltera espartana
Ufano gallardéa,
Ni a la casa de Príamo perjura,
Los tenaces Aquivos rechazando
Con indómito brazo Héctor sustenta;
Guerra por nuestras iras prolongada
Cesó, y el nieto odioso, de quien madre
Fue troyana vestal, yo, con olvido
De grave ofensa, tornaré a su padre.

«Que venga a las mansiones luminosas,
Que el néctar saborée
Y en paz en la serena jerarquía
De los dioses se cuente, a eso me allano
Mientras sirviendo entre Iliön y Roma
Tienda sus ondas dilatado el Ponto.
Feliz doquiera el desterrado mande,
En tanto que de Príamo y de Paris
Ganado libre por las tumbas ande,

«Y allí amamanten sin temor y abriguen
Las fieras sus cachorros:
Fúlgido el Capitolio en pie se ostente,
Roma soberbia a los vencidos Medos
Leyes dicte, y terrífico su nombre
Tanto en torno dilate, que a las costas
Ultimas llegue y al estrecho vaya
Que entre Africa y Europa se interpone,
Y adonde el Nilo sus raudal explaya;

«Y más valor en desdeñar demuestre
Tesoros no tocados
(Que así más bien bajo la tierra yacen),
Que en persiguirlos profanando todo ;—
Avance! y do sus últimas barreras
Le oponga el mundo, allá sus armas toquen,
Y en ver se afane adónde agosta el suelo
Calor embravecido, y do le afligen
Clima lluvioso, encapotado cielo.

«Esto al guerrero pueblo de Quirino
Prometo; más cuidado!
No piadoso en estremo y engreido
Su antigua Troya restaurar presuma.
Con lúgubres augurios renaciendo
Volviera ella a sufrir el gran desastre;
La hueste victoriosa nuevamente
Yo mismo acaudillara, yo, la esposa,
Yo, la hermana de Jove Omnipotente.

Si veces tres con el favor de Apolo
Torna muro de bronce
A alzarse, veces tres por mis Argivos
Torne a caer deshecho, y otras tantas
Hijos y esposo llore la cautiva!»
Musa, do vas? No lira alegre a tanto
Llega; no audaz de repetir blasones
Pláticas de altos númenes, lo excelso
No así deprimas con humildes sones.

CARM III—4

Descende caelo....

Desciende ya del cielo, soberana
Calíope! y raudal melodïoso
Suelta al viento, o con flauta, o con vibrante
Voz, o cuerdas pulsando.... por ventura
La cítara de Apolo.

Escuchad! o será que me enajena
Grato delirio? Que oigo me parece,
Paréceme que voy con paso incierto
Por bosques santos donde fuentes bullen
Y céfiros süaves.

Siendo yo niño, en Vúlture de Apulia,
Allende el sitio que nutrió mi infancia,
Cansado de jugar, rendido al sueño,
Vinieron de hojas tiernas a cubrirme
Milagrosas palomas.

Y aquellos habitantes, cuantos hacen
Su nido de Aqueroncia en las alturas,
Cuantos de Bancio tratan las florestas
Y de Forento humilde el fértil suelo,
Atónitos quedaron:

Atónitos, mirando cuán seguro
De osos y negras víboras, cubierto
De laurel sacro y de apiñado mirto,
Pequeñuelo animoso, no sin alto
Auxilio, reposaba.

Yo vuestro soy, oh Musas! vuestro todo,
Ya las sabinas cumbres trepe ufano,
O ya fresco Preneste más me halague,
O tal vez las laderas Tiburtinas,
Tal vez húmida Bayas.

De vuestras fuentes yo, de vuestros coros
Amigo, nada hacer contra mi vida
Pudo la rota de Filipos, nada
Arbol enhechizado, ni en las ondas
Sicanas Palinuro.

Haciéndome vosotras compañía
Del Bósforo la furia nauta osado
Arrostraré y ardientes arenales
Recorreré, del litoral de Siria
Explorador brïoso.

Y al Britano veré, que atroz degüella
Sus huéspedes, y al Cóncano sediento
De sangre de caballo, y al Celono
De aljaba armado, iré de Scitia al río,
Viajero siempre inmune.

Luégo que César tras campaña larga
Sus cansadas cohortes acuartela
Poner término ansiando a sus fatigas,
A solazarle os dedicáis vosotras
En la Pïeria gruta.

Templanza aconsejáis, y gozáis luégo
En haberla inspirado, oh Bienhechoras!—
El fin de los sacrílegos Titanes
Sabemos, cuál sus ímpetus deshizo
Con rayo desatado,

Aquel que a un tiempo la pesada tierra
Y el mar tempestüoso, las ciudades
Y los sombríos reinos, a los dioses
Y a los mortales, señoréa y rige,
Solo él, con justo imperio.

Gran terror infundiera a Jove aquella
Hórrida juventud que la victoria
A sus brazos fïaba, los hermanos
Que levantar el Pelion intentaban
Sobre el oscuro Ólimpo;

Mas qué Tiféo mismo, qué el forzudo
Mimante, y Porfirión, torva la frente,
En actitud amenazante, y Reto,
Y audaz a pulso descuajados troncos
Encélado arrojando,

De Palas contra el égida sonante
Qué hacer podían embistiendo juntos?—
Allí Vulcano diligente, y Juno,
Regia matrona, allí el que de sus hombros
Nunca el arco depone,

Y en los raudales de Castalia puros
Lava el suelto cabello, y ora trata
De Licia los vergeles, ya la amena
Selva natal, de Pátara y de Delo
Dios renombrado, Apolo.

La fuerza que prudeucia no conoce
A tiarra viene por su propio peso;
Sl la razón la guía, nuevas creces
Le da el cielo, enemigo de los fuertes
Que el mal ciegos maquinan.

Con sus cien brazos soterrado Gigas
Comprueba las verdades que proclamo,
Y, ofensor de la púdica Dïana
Orïón, domeñado por saeta
Que disparó la virgen.

Sobre monstruos que cubre a su despecho,
Gime la tierra, y los engendros llora
Que en las sombras del Orco abismó el rayo;
Bullente fuego a consumir no alcanza
El Etna echado encima;

Allí de Ticio osado las entrañas
Nunca abandona el vigilante buitre,
Apostado guardián de su torpeza;
Allá a Pirito atentador constriñen
Tres veces cien cadenas

—

CARM III—5

Caelo tonantem....

Reina en la altura Júpiter, no en vano
Anunció su poder la voz del trueno:
Acá en la tierra numen soberano
Muéstrase Augusto, al Persa y al Britano
Trayendo ahora del imperio al seno.

Y de Craso vivir pudo el soldado
Torpe marido allá de una extranjera?
Y aquel Marso, aquel Apulo nombrado,
Bajo enemigos suegros—oh atentado
Contra la Patria y la conciencia!—espera

Ocioso la vejez? de honor desnudo,
Sirve a un rey Medo, y otro nombre toma?
Y así la toga, y el marcial escudo,
Y así el fuego de Vesta olvidar pudo,
Estando erguido Jove y firme Roma?

Esto ya deplorando en profecía,
Rehusó Régulo odiosas condiciones,
Porque ejemplo funesto a ser vendría
Salvar a quien piedad no merecía
Redimiendo cobardes campeones.

«Las romanas insignias enclavadas
«En los templos yo vi cartagineses.»
Dijo: «de las ciudades las entradas
«Patentes vi, y en vegas arrasadas
«Por nuestras armas, ondëar las mieses.

«Y yo vi desfilar nuestros guerreros
«Con labio mudo y con humildes ojos;
«Agobiados de hierros extranjeros
«Vi espaldas de hombres libres, los aceros
«No ya en sus manos ni de sangre rojos.

«El oro del rescate se perdiera
«Cual se perdió el honor: muera el cautivo!
«Ni la teñida lana recupera
«Su color, ni varón que degenera
«Recobra nunca el pundonor nativo.

«Cuando a embestir al cazador acierte
«Cierva de estrechas mallas libertada,
«Quien sus brazos atar sintiendo inerte,
«Fió a enemigo pérfido su suerte,
«Brïoso volverá a blandir la espada.

«Y a la guerra la paz mezcló a deshora
«Desatinado por salvar la vida;
«Qué vergüenza! Oh Cartago vencedora!
«Si grande ayer, sobre las ruinas ora
«De la humillada Italia, enaltecida!»

Calló; y es fama que en aquel instante,
Cual si caído de su rango hubiera,
De honesta esposa el ósculo, y la amante
Prole apartó de sí, torvo el semblante,
Fija en el suelo la mirada fiera,

Aguardando tan sólo que el Senado
A seguir el dictamen se decida
Por él, nunca por otro sustentado,—
Para marchar, glorioso desterrado,
Entre amigos que lloran su partida,

El premio a recibir que le prepara
Fiero sayón: lo sabe, y no flaquéa:
Camino emprende, y la familia cara
Que se interpone, intrépido separa,
Y la turba que densa le rodéa,

Cual si largos negocios de clïentes
A término llevado hubiera acaso,
Y paz buscando y goces inocentes
De Venafro o Tarento a los rïentes
Campos ahora encaminara el paso.

CARM III—6

Delicta maiorum......

Delitos pagarás de tus mayores,
Romano, tú, sin culpa,
Si presto de los dioses no restauras
Próximos ya a caer los templos sacros,
Y las manchas no borras
Con que el humo afëó sus simulacros.

Reinas, porque a los dioses obedeces.
A ellos, causa primera,
El éxito se debe, a ellos la gloria.
Despreciados por ti los Inmortales
A la llorosa Hesperia
Que no envïaron ya de acerbos males?

De Moneses y Pácoro las huestes,
Del ejército nuéstro
Que auspicios arrostró desfavorables,
Del empuje dos veces rechazaron,
Y a collares exiguos
Rico despojo en añadir gozaron.

A Roma, presa de interior discordia,
Al canto de su ruina
El Daco y el Etíope trajeron,
Formidable moviendo aquéste a guerra
Por mar con espolones,
Con arma arrojadiza aquél por tierra.

Tiempos preñados de maldad, primero
Los lechos conyugales
Mancharon, y linajes y familias;
Aquella fue de corrupción la fuente
Que crece y se desborda
Sobre la patria y la romana gente,

No fue de tales padres engendrada
La juventud brïosa
Que el mar tiñó con africana sangre,
La que a Pirro abatió, la que al ingente
Antíoco, y de Aníbal
Humillar supo la soberbia frente.

Hijos fueron de rústicos, mancebos
Nacidos a la guerra,
Con la azada Sabina acostumbrados
El suelo a remover, y haces de leña
A cargar a porfía,
De austera madre atentos a la seña,

Hasta que el sol mudando de los montes
Las sombras, y del yugo
Los bueyes aliviando, bajo el peso
Rendidos ya, de reposar la hora
Marcaba al despedirse
Alejándose en rueda voladora.

Qué no gasta y apoca el tiempo mudo?
En virtud nuestros padres
Fueron generación a las pasadas
Inferior ya; nosotros, sucesores
Más que ellos decaídos,
Hijos venimos a enjendrar peores.

—

CARM III—7

Quid fles, Asterie.......

Porqué a tu amado ausente
Así lloras, Asterie? Presto, presto
Las brisas le traerán de primavera,
Fiel por siempre a tu lado,
De géneros preciosos abastado.

Alborotado el Noto
Por los fuegos insanos de Amaltéa,
A Orico le llevó y allí le tiene;
El en desierto lecho
Las noches pasa en lágrimas deshecho.

Astuto mensajero
De apasionada huéspeda le asedia;
Dícele que en amor que es todo tuyo,
Cloe se abrasa y muere,
Y con su labio seducirle quiere.

Cuéntale como a Preto
Crédulo, infiel mujer, a su venganza
Atenta, a que morir sin tiempo al casto
Beleforonte hiciera
Con falso testimonio indujo artera;

O ya como Teséo
Quedó casi en el Tártaro abismado
Porque halagos de Hipólita huyó esquivo;
Y de uno en otro cuento
Busca siempre al desliz nuevo argumento.

En vano! que él más sordo
Que las rocas de Icaria oye y resiste.
....

Aunque nadie le emule,
Ora en círculo estrecho ágil y diestro
Corcel fogoso en revolver se ufane,
Ora al seno arrojado
Del Tibre, cruce la corriente a nado.

Tu casa a prima noche
Cierra tú, y a la calle no te asomes
Cuando suene la flauta gemidora;
Antes dura mil veces
Te llamen, porque firme permaneces.

—

CARM III—18

Faune Nynpharum....

Fauno, amador de fugitivas Ninfas,
Tú por aquí, por mis abiertos campos
Pasa, te ruego, y lo que en cierne veas
Mira propicio,

Ya que un cabrito para ti yo inmolo
Cada año, y copas que corona Venus
Vino rebosan. En altar vetusto
Arde el incienso,

Trisca el ganado en la menuda grama,
Cuando tus Nonas de Diciembre tornan,
Con el buey suelto el aldëano alegre
Huelga en el prado;

Discurre el lobo entre la grey tranquilo,
Hojas agrestes te prodiga el bosque;
La tierra ingrata el cavador tres veces
Bate danzando.

—

CARM III— 22

Montium custos..

Virgen que bosques y collados guardas
Que a parturientas, si en su afán tres veces
Te han invocado, de la muerte libras,
Diosa triforme;

Este alto pino de mi granja, sea
Tuyo! yo haré que, ofrenda anual, de un cerdo
Que herir en vano de través intente,
Corra la sangre.

CARM III—29

Tyrrhena regum....

Tirreno sucesor de estirpe regia,
Mecenas! guardo aquí para obsequiarte
Suave vino en tonel aún no inclinado,
Y para tus cabellos rosas tengo
Y esencias preparadas.

Róbate a todo, y al convite acúde,
No allá el húmedo Tíbur, no allá siempre
Tú las pendientes de Esula, y las cumbres
Que al parricida Telegón recuerdan,
Has de estar contemplando.

Huye de esa abundancia hastiosa, de ese
Palacio que a las nubes se encarama;
Por breve tiempo tu atención no embarguen
El humo, la opulencia y el bullicio
De la dichosa Roma.

Tal vez mudar de escena place al rico;
Limpios manjares bajo humilde techo
Que púrpura y tapices no conoce,
Tal vez supieron despejar alguna
Meditabunda frente.

Ves? ya el padre de Andrómeda descubre
Su fuego oculto, y Procïón se inflama
Y el astro del León enfurecido
Ardiendo está, mientras el sol los días
Vuelve a traer sedientos.

Con su lánguida grey zagal cansado
Va la sombra buscando, el arroyuelo,
Del hórrido Silvano los breñales;
Auras fugaces a animar no llegan
La taciturna orilla.

A ti el público bien preocupa en tanto;
Velando tú por la ciudad, observas
Lo que allá maquinando estén los Seres,
Y Bactra, dominada ya por Ciro,
Y revoltoso el Tanais.

Sólo Dios sabe el porvenir, y en noche
Caliginosa lo recata, y ríe
Si algún mortal por descubrir se afana
Lo que vedado está.—Tú lo presente
Con equidad regula;

Que lo que ha de venir, vendrá cual río
Que, por su lecho natural rodando,
Ora manso camina al mar Tirreno,
Y ora, de pronto, rocas carcomidas,
Y descuajados troncos,

Y rebaños y casas de labriegos
Confusamente arrastra, retumbando
Los montes y las selvas convecinas,
Cuando horrendo diluvio las calladas
Corrientes embravece.

Grata existencia, dueño de sí mismo,
Llevará quien al fin de cada día
Puede decir: *viví:* muéstre mañana
El Padre universal, con negras nubes
Encapotado el cielo,

O inúndelo de luz, volver no puede
Irrito lo que atrás cumplido queda.
Ni reformar ni hacer que no haya sido
Aquello que una vez la hora que pasa
Arrebató en su vuelo.

Gozosa siempre en su crüel taréa,
Jugando siempre sorprendente juego,
Sus inciertos favores la Fortuna
Aquí y allá transfiere, ya conmigo,
Ya con otro benigna.

Bendígola si aquí se posa, y luégo
Si agita el ala rápida, resigno
Lo que me dio, y en mi virtud me embozo,
Y abrazo la pobreza, acompañada
De probidad, sin dote.

No es mío, si la entena al peso muge
De africana borrasca, a humildes preces
Acudir, ni con votos obligarme
A cambio de que nó de Chipre o Tiro
Preciado cargamento

Riqueza añada a la del Ponto avaro.
Entre el hervor de las Egéas ondas,
En mi birreme, el aura sano y salvo
Me sacará, guïando desde el cielo
Gemelos luminares.

—

CARM III—30

Exegi monumentum....

Perenne monumento
Más que los bronces sólido,
Más alto que la fábrica
Real de las Pirámides,
He levantado ya.

Ni arrasadoras lluvias,
Ni aquilones indómitos
Le abatirán, ni el rápido
Tiempo, que años sin número
Tras sí dejando va.

No soy mortal yo todo:
A las futuras épocas
Ha de pasar, salvándose
De olvido y triste féretro,
Noble porción de mí.

Mientras el Capitolio
Torne a subir con vírgenes
Calladas el Pontífice,
Renovaráse el ínclito
Renombre que adquirí;

Porque, grande de humilde,
Do pueblos Dauno rústicos
Rigió en comarcas áridas,
Y do las ondas de Aufido
Raudas correr se ven,

Yo a itálicos acentos
Trasladé el ritmo eólico.—
Gózate, pues, Melpómene,
Y con el lauro délfico
Acude a orlar mi sien.

—

CARM IV—3

Quem tu Melpomene....

A quien hayas tornado,
Melpómene, al nacer, ojos propicios,
Ese del pugilado
En istmios ejercicios
La palma a disputar no irá forzado;

Ni, por corcel ardiente
Llevado en carro acaico, su alta gloria
Celebrará la gente;
Ni en premio de victoria
Délficas hojas ceñirán su frente;

Ni será conducido
En triunfo al Capitolio, ni aclamado
Caudillo esclarecido,
Por haber quebrantado
De reyes fieros el poder temido.

A ése le inmortaliza
Merced al canto eolio, aquella vena
Que a Tibur fertiliza
Corriendo, aquella amena
Floresta hojosa que Favonio riza.

Roma, ciudad Señora,
Quiere que de sus vates se me cuente
En la amable, canora
Familia; en mí su diente
Ya hinca menos la envidia röedora.

Tú, que lira de oro
Dulce haces resonar; tú, que si quieres,
Pïéride, del coro
De los cisnes transfieres
A peces mudos el cantar sonoro!

Si en Roma soy nombrado
Y al pasar me señalan con el dedo
Cual músico extremado,
Débolo a ti; yo puedo
Alentar y agradar por ti, si agrado.

—

CARM IV—4

Qualem ministrum....

Cual del rayo la fiel ministradora
A quien el reino de las aves dio
De los dioses el rey, cuando a deshora
Al rubio infante arrebató veloz;

Que se apartó del nido a los primeros
Impulsos de su ingénita altivez,
E idos los vernales aguaceros,
Sobre las auras vaciló después;

Audaz más tarde impetüosa embiste
A los rebaños; invencible al fin
Busca al fiero dragón que la resiste,
De presa ansiosa y de sangrienta lid:

O cual león que de la madre roja
Separado, los dientes a ensayar,
Sobre la cabra tímida se arroja
Que incauta pace en el florido val;

Druso ental modo su denuedo ostenta
Cuando anheloso de luchar, al pie
De los réticos Alpes se presenta
Y con temblor los bárbaros le ven.

Quién de hachas amazónicas el uso
Entre ellos, en la oscura antigüedad
Introdujera, averiguar excuso;
Ni todo al hombre revelado está,

Mas su nación que entre naciones tántas
Potente en triunfos se ostentó sin fin,
Vencida entonces conoció, a las plantas
Derribada del joven adalid,

Adónde alcanza el ánimo robusto
Que en fausto alcázar se educó en el bien;
Cuánto el cuidado paternal de Augusto
Fecundo en pro de los Nerones fue.

Fuertes engendra el fuerte: el brío asoma
De la raza, en el toro, en el bridón:
¿Alguna vez la tímida paloma
Se vio nacer del águila feroz?

Jamás! Pero el ejemplo y la enseñanza
Más fuerza a pechos generosos da:
Y allí do el vicio se introduce, alcanza
La heredada virtud a mancillar.

Roma! el Metauro ensangrentado diga
Cuánto de los Nerones al valor
Debes; dígalo el sol que la enemiga
Oscuridad de Italia disipó,

Y nos pudo el primero, coronado
De sagrada victoria, sonreír,
Desde que el africano desbordado
Recorrió nuestro mísero país

Como entre seco matorral serpéa
Tal vez el fuego rápido y voraz,
O como el Euro indómito espoléa
Sus caballos flamígeros al mar!

Hijos tuyos de entonces vencedores
Empuñaron, oh Roma, tu pendón,
Y númenes se irguieron vengadores
En los templos que el peno devastó.

Sincero Aníbal por la vez primera,
«Vamos cual ciervos,» triste dijo al fin,
«En pos del lobo, cuando triunfo fuera
«Burlar sus risas con astuto ardid.

«Esa nación que por los anchos mares
«A la playa latina trasladó
«Niños y ancianos y vencidos lares
«Que arrancara a las llamas de Iliön,

«Se alza entre ruinas con aliento doble,
«Cual en la álgida selva, que a la luz
«Entradas niega, desmochado el roble
«Saca vigor de la tenaz segur.

«Cortada siempre y siempre recreciendo,
«No empero a Alcides con fiereza tal
«La hidra aterró, ni monstruo tan horrendo
«Colcos ni Tebas abortó jamás.

«Arrojadlos al mar; saldrán más fieros!
«Postradlos; se alzarán para vencer!
«Nunca falta proeza a sus aceros
«Que grato asunto a sus esposas dé.

«No ya a Cartago nuncios de victoria
«Aguardar cabe ni esperar salud:
«Marchito está el laurel de nuestra gloria!
«Todo, Asdrúbal, cayó, cayendo tú!»

Quién ya pondrá a los Claudios resistencia?
Jove benigna protección les da,
Y con valor regido de prudencia,
Trances extremos saben arrostrar.

CARM IV—7

Diffugere nives ....

Pasó la nieve cruda:
Su cabellera inquieta
Torna al bosque y al prado su verdor.
De aspecto el suelo muda;
Y el margen ya respeta
Que rebasó sañuda
La corriente de arroyo bullidor.

Tejiendo muelle danza,
Suelto el ropaje leve,
Las Gracias con las Ninfas van a par.
«Abreviad la esperanza!»
Nos dice el año breve
Y la hora que avanza
El día más espléndido a robar.

El céfiro galano
Llega y fríos mitiga;
Mas ya marchita la campiña ves
Al peso del verano;
Tras él, frutos prodiga
Otoño; invierno cano
Retorna luégo con pesados pies.

Febo su detrimento
En los etéreos domos
Repara: pero, quién mover podrá
De aquel apartamiento
Do polvo y sombra somos,
Do Anco y Tulo opulento
Y el pío Enéas descendieron ya?

Sabes, Torcuato caro,
Si otro día de vida
Te dará el cielo? En recrearte aquí
Gasta pues sin reparo:
De la mano encogida
De sucesor avaro
Eso habrás redimido para ti.

En llegando la muerte
Proferirá sentencia
Minos, sentado en alto tribunal;
Y fijada tu suerte,
Clara alcurnia, elocuencia,
Virtud.... nada volverte
Podrá la que hoy te anima aura vital.

Dïana en el Letéo
Ve a Hipólito, y porfía
En rescatar al púdico doncel:
Temerario deséo!
Ni la cadena un día
Romper pudo Teséo
Que a Pirito, su amigo, ata crüel.

—

CARM IV—9

Ne forte credas....

No pienses, nó, que cubrirá el olvido
Los versos que con arte nunca usada
Asocio yo a la lira, yo, nacido
Allá donde el Aufido
Hace lejos sonar su onda agitada:

Que, si Homero a la cumbre alzarse sabe,
No por eso de Píndaro confusa
Se ve, ni de Simónides süave,
O Estesícoro grave
O Alcéo tronador, callar la Musa.

Aun hoy el tiempo respetuoso mira
De Anacreonte al deleitoso juego;
De la infeliz que la pulsaba, expira
Aun hoy la lesbia lira
Las vivas ansias, el ardiente ruego.

No sólo a Helena deslumbró y sedujo
Huésped infiel con su cabello hermoso,
Y veste rica de oro, y regio lujo,
Y el séquito que trujo;
Ni Teucro el arco disparó de Gnoso

Con mano cual ninguna antes certera;
Ni fue un solo Iliön dado al saquéo;
Ni proezas, que el canto honrar pudiera,
Hizo por vez primera
Esténelo o el grande Idomenéo;

Ni Deífobo o Héctor los primeros,
Por las castas esposas arrostraron
Y por la tierna prole golpes fieros;
Valerosos guerreros
Antes de Agamenón muchos brillaron.

Pero no hay quien los llore, quien acate
Nombres que envuelve noche alta y sombría;

Que el valor, si faltó piadoso vate,
Ignorado se abate
Contiguo a sepultada cobardía.

Mas no a ti, Lolio, faltará en mi canto
El encomio a tus méritos debido:
Yo no he de permitir que esfuerzo tánto
Cubra envidioso manto,
Y robe tu memoria injusto olvido.

Tú conoces la vida, tú en la prueba
Eres el mismo que en el tiempo bueno;
Contra el oro, que todo en pos lo lleva,
Tu virtud se subleva,
Y a fraudes y a rapiñas pones freno;

Y honor de Cónsul, juez de ti, mantienes
Cuando el cerco de aunadas tentaciones
Rompe tu brazo, y con altivas sienes
A dádivas, desdenes,
Y el deber santo al interés opones.

No a quien poséa grandes heredades
Llamamos con razón dichoso. El hombre
Que sabe aprovechar de las deidades
Los dones y bondades,
Ese merece de dichoso el nombre.

Sí, quien pobreza dura, adversa suerte
Sereno afronta, de quien más temida
Fue siempre la deshonra que la muerte,
Y sabe, varón fuerte,
Por Amistad y Patria dar la vida.

—

CARM IV—10

O crudelis adhuc....

Oh tú, siempre cruel, y con los dones
De Venus poderoso! cuando venga
Tu soberbia a humillar bozo imprevisto,
Y caigan los cabellos
Que por tus hombros hoy vuelan ufanos,
Y desmaye el color de tus mejillas
Que hoy se aventaja al de purpúrea rosa,
Cuando por tal mudanza
Híspida faz Ligúrino presente,
Cuantas veces te vieres al espejo
Y no te reconozcas,
«Ay!» dirás suspirando:
«¿Porqué cual siento ahora no sentía
Cuando niño? o porqué no vuelve ahora
Aquella fresca tez que tuve un día?»

CARM IV—12

Iam veris comites ....

Ya, compañeros del verano, alados
Vientos llegan de Tracia
Que, el mar calmado, impelen los navíos;
Ni yerto el campo está, ni acrecentados
Con la nieve invernal suenan los ríos.

La cruel que de bárbaro marido
Mal vengó el torpe ultraje,
Mengua eternal del ateniense trono,
Avecilla infeliz cuelga su nido
Y a Itis llora en mísero abandono.

Y en la reciente yerba, acompañados
De flautas los pastores
Entonan cantilenas peregrinas
Al dios a quien complacen los ganados
Y umbríferas de Arcadia las colinas.

Sed trae la estación. Mas tú, si piensas,
Ya que a la mesa asistes
De mozos nobles, apurar conmigo
Vino sudado en las Calenas prensas,
Con nardo has de comprarle, buen amigo,

Breve concha de nardo, sin tardanza
Sacará de los hórreos
De Sulpicio un tonel de regalado
Vino, que aliento dando a la esperanza
Temple la fuerza del mayor cuidado (1).

Si te halaga el convite, vén, la parte
Trayendo que te cumple;
Que yo de balde a ti no a copas llenas
En mi mesa, Virgilio, he de abrevarte
Como alto potentado en regias cenas.

No tardes, no hagas cuentas, apresura....
Allí, la odiosa pira;
Acá, el momento de gozar, propicio
Mezcla al grave pensar breve locura;
Es bueno, en la ocasión, perder el juicio.

---

(1) Verso de Arguifo.

CARM IV—13

Audivere, Lyce....

Oyó el cielo mis votos, Lice; el cielo
Mis votos, Lice, oyó. Ya tú envejeces,
Y en tu impudente anhelo
De parecer hermosa,
Ríes y bebes, y con voz temblosa,

Ebria cantando invitas a Cupido.
El de moza gentil diestra en la danza
Busca el rostro florido
La mejilla de rosa,
Y a tu súplica sordo, allá se posa.

Brusco, sobre la cima de vetusta
Encina, el vuelo tiende, y te abandona,
Porque la ruga adusta
Porque el lívido diente
Te han afëado y la nevada frente.

Y no de Cos la grana rozagante
Te ha de volver, ni rica pedrería,
A aquella edad distante
Que el Tiempo de pasada
Dejó en públicas tablas consagrada.

Qué se hizo gracia tánta? a dó la bella
Color? dónde el andar voluptüoso?
Qué fue de aquélla, aquélla
Que en torno difundía
Amor, y el corazón robóme un día?

Sola, después de Cínara, ésta ufana
Reina fue del placer y la hermosura;
Segó muerte temprana
A Cínara, y a Lice
Suerte hubo de tocar más infelice;

Pues que ella de corneja vividora
Emula haya de ser, plugo al destino,
Y que yo desde ahora
Los que mozos ardían,
Vuelta el hacha tizón, miren y rían.

CARM IV—14

Quae cura patrum......

Con qué honores debidos a tu gloria,
El Senado sabrá, sabrá el Romano
Pueblo, de tus virtudes la memoria
Esculpida en la historia
Llevar, Augusto, al tiempo más lejano?

Príncipe, en cuanto el sol de luz inunda
Oh tú el mayor!—El cuello inobediente
Negaba el Vindelicio a la coyunda;
En rüina profunda
Hoy todo el peso de tu brazo siente.

Druso, más de una vez, con tus legiones,
De Genaunos la fiera muchedumbre
Y a los ágiles Breunos campëones
Batió, y sus torreones
Volcó del Alpe en la enriscada cumbre.

Luégo el mayor de los Nerones traba
Combate con los Retos. Quién le viera
Cuando a fuerza de escombros aplastaba
Gente que nunca esclava
De morir libre el juramento hiciera!

Que, como rompe el Austro el golfo hirviente
Cuando, nublos hendiendo, luz envía
De Pléyades el coro, él impaciente
Por medio al campo ardiente
Su fogoso caballo revolvía.

Como el Aufido mugidor, que baña
Los términos de Apulia, luengamente
Los cuernos abre en devorante saña,
Y cubre la campaña
Dilatando abundosa su corriente,

Así el caudillo a quien en dar te agradas
Consejo, y fuerzas, y el favor del cielo,
Sin pérdida cargando en olëadas,
Igualó las ferradas
Enemigas falanges con el suelo.

Alejandría ya, tres lustros antes,
Te abrió puerto y alcázar solitario;
Tus huestes tornas a mirar triunfantes,
Y tus lauros brillantes
Rëalza venturoso aniversario.

El Cántabro, a quien nadie antes domara,
El Medo, el Indo, el Scita vagabundo,
Culto te dan, divinidad preclara,
Tú, cuyo brazo ampara
A Italia, a Roma, capital del mundo!

El Nilo, que su origen guarda arcano,
El Istro, el Tigris de revueltä onda,
Humilde oye tu voz, y el Océano
Que, amagando al Britano,
Muge, en monstruos hirviendo a la redonda.

Oyela el Galo, que la muerte espera
Con faz tranquila, y el Ibero rudo,
Y el Sicambro, que goza entre la fiera
Matanza, te venera,
Puestas las armas, en silencio mudo.

—

CARM V (EPOD.)—2

Beatus ille......

Bien haya aquel que ajeno de negocios,
Como antaño los mortales,
Libre de usuras, labra con sus bueyes
Campo que fue de sus padres.
No a las armas le llama hórrida trompa,
Ni arrostra agitados mares;
Ni el Foro quiso ver, ni suntüosos
Vestíbulos de magnates.
Allá, pues, o con álamos erguidos
Marida sarmientos grandes,
O la mugiente grey mira de lejos
Suelta en abrigado valle.
O ya, ramas estériles cortando,
Otras ingiere feraces,
O bien en limpias ánforas recoge
La miel de ricos panales,
O las ovejas débiles esquila.
Y cuando en frutos süaves
Ornada la cabeza alza el Otoño,
Cómo en coger se complace
Ya la pera adoptiva, ora las uvas
De la púrpura rivales.
Que a ti, Prïapo, ofrece, a ti, Silvano,
Viejos agrestes guardianes!
Tendido a veces bajo añosa encina
O en tupido césped yace,
Y oye el rumor de despeñadas aguas
Que ruedan por hondo cauce,

Y el gemir de las tiernas avecillas
Ocultas en el follaje;
A par con la corriente el bosque suena
Y el sueño apacible träe,
Cuando acopio de nieves y de lluvias
Anuncia Jove tonante,
Al fiero jabalí sitia, y le hostiga
De aquí y acullá con canes,
O clara red en pértiga ligera
Tiende a los tordos voraces,
O dulce galardón, coge en el lazo
Liebre fugaz, grulla errante,—
Quién no olvida de amor cuitas y enojos
En medio de goces tales?

Que si honesta mujer—cual la Sabina
O cual del Apulo ágil
Tostada por el sol la fiel consorte—
En la parte que le cabe
Ve por la casa y por los dulces hijos,
Y, mientras llega de tarde
Fatigado el marido, arrima al fuego
Leña enjuta, y en cañales
Encerrando el alegre ganadillo,
Vacia las ubres tirantes,
Y vino sirve de la dulce pipa
Con no comprados manjares,—
No habrá Lucrinas ostras, no habrá rombo
Ni escaros que así me agraden
(Si algunos a este mar tal vez arroja
Marejada de Levante),
No ave africana o francolín de Jonia,
Que mi paladar halague
Cual la aceituna de cargados ramos
Cogida en los propios árboles
O la acedera que los prados ama,
O las malvas saludables,
O la cordera al dios sacrificada
En las fiestas Terminales,
O cabritillo, de rapante lobo
Arrebatado a las fauces.

Qué es ver, mientras la cena, las ovejas,
Al aprisco apresurarse
Repletas, y llegar, vuelto el arado,
Lánguidos los bueyes graves!
Qué es ver los esclavillos, de la holgada
Vivienda crecido enjambre,
Asentados en paz a la redonda
De los relucientes lares!—

Así Alfio el usurero habló, y ansioso
De mudar de vida y aires,
Todo el dinero recogió en los Idus,
Y a premio en las Calendas vuelve a darle!

—

CARM V (EPOD.)—7

Quo, quo scelesti....

A dónde, a dónde os despeñáis, insanos?
A qué el repuesto acero desnudar?
No es bastante la sangre de romanos
Que ha corrido en la tierra y en el mar?

Y no para humillar a émula altiva
Torres de otra Cartago haciendo arder,
O al Bretón, si de nuevo el yugo esquiva,
Otra vez aherrojado aquí träer;

Mas porque el Parto satisfecho viera
A Roma destronarse sin piedad.
Qué lobo, o qué león, dó está la fiera
Que en casta propia ejerza su crueldad?

Es ciego ardor? fatalidad? pecado
Oculto? Cuál la causa, decid, cuál?
—El pánico su espíritu ha embargado,
Callan, y ostentan palidez mortal.

Sí; abruma a los romanos dura suerte
Por la culpa de Rómulo. Vertió
Sangre inocente en la paterna muerte,
Y a su progenie la expiación llegó.

—

CARMEN SAECULARE

Phoebe silvarumque....

Febo, y tú que las selvas señoréas
Diana, altas lumbreras, digno objeto
De eterno culto, dad lo que os pedimos
En este tiempo santo,

En que los versos sibilinos quieren
Que vírgenes en coro y castos niños
A los númenes canten guardadores
De las Siete Colinas.

Sol crïador, que en refulgente carro
Traes el día y lo sepultas, nuevo
Siempre y el mismo, nada a ver tú llegues
Más grandioso que Roma.

Suave en abrir las puertas de la vida,
Tú, Ilitía, a las madres favorece:
O ya Lucina o Genetil te nombren,
Siempre invocada diosa,

Generaciones de hombres multiplica,
Y haz que las patrias previsoras leyes
Que conyugales vínculos consagran
Fecundidad reciban;

Así cuando once décadas corrido
Hubieren, estos cánticos y fiestas
Podrán volverse a celebrar tres días
Con sus alegres noches.

Parcas, vosotras que cantáis veraces
Lo que una vez para hora inevitable
Se decretó, seguid nuestra dichosa
Historia desvolviendo

Rica la Tierra en frutos y ganados
Con guirnalda de espigas orne a Ceres,
Y cuanto críe bienhechoras lluvias
Nutran y auras süaves.

Plácido tú, guardadas las saetas,
Oye, Apolo, a los niños que te invocan;
Bicorne reina de los astros, Luna,
Tú a las vírgenes oye:

Si Roma es obra vuestra, si un puñado
De Troyanos ganó la Etrusca orilla,
Destinado a mudar, rodando el mundo,
De hogares y de patria,

Al que ileso por medio de las llamas,
Reliquia de un gran pueblo, el justo Enéas
A encontrar más de lo que atrás dejaba
Abrió senda segura,

Oh, a dócil juventud puras costumbres,
Oh, a la cansada senectud reposo,
Dioses, y bienes dad, y prole y gloria
A la Romúlea gente,

Y cuanto, al inmolar cien blancos toros,
De Anquise y Venus descendiente ilustre,
Demande el que al rebelde humillar sabe,
Y al rendido perdona.

Ya por tierra y por mar fuerzas potentes
El Medo teme y los Albanos fasces;
Ya el Escita, soberbio ayer, y el Indo
Recurren suplicantes.

La Fe y la Paz, Honor, Pureza antigua
Reviven, la Virtud menospreciada
Vuelve animosa, y la Abundancia el cuerno
De bienes muestra henchido.

Si el dios profeta, el que arco reluciente
Lleva, Febo, a las nueve Musas grato,
El que artes usa que el dolor alivian
Y la salud restauran,

Propicio mira al Palatino monte,
El bien de Roma y el poder latino
De una edad a otra edad llevando vaya
Con esplendor creciente.

Y, de Aventino y de Algido señores,
De los Quince las súplicas Dïana
Benigna acoja, y a infantiles votos
Preste indulgente oído.—

Confïado en que Jove, en que los dioses
Todos asienten, se retira el Coro
Que amaestrado a cantar loores vino
De Febo y de Dïana.

SATIRAS

LIBRO II—SAT. VI

Hoc erat in votis......

Esta era toda mi ambición: ser dueño
De un campo así, pequeño:
Que un bosquete mi casa dominase
Y manantial perenne la arrullase
Embalsamada por jardín risueño.
Los cielos más de lo que yo pedía
Me concedieron. Bien está; ni sueño
Con más, si de estos bienes
Tú, Mercurio, en el goce me mantienes,
Y pues al fraude la fortuna mía
No debo, y desperdicios
No ha de haber por mi culpa o por mis vicios,
Ni exclamo en són de queja:
«Tuviese yo esa punta de terreno
«Que mi heredad acabalar no deja;
«Cántaro hallase de monedas lleno,»
Como el gañán aquel, a quien la reja
Tesoro descubrió que le guardara
Benigno Alcides en el campo ajeno
Que al punto compra y como suyo ara;
Y pues contento estoy y agradecido,
Hijo de Maya, con mi haber, te pido
Que cebes mi ganado
Y cuanto, en suma, en mis dominios veas,
Solo el entendimiento exceptüado;
Y cual lo has sido, mi custodio seas.

Ora que a Roma hurtándome, tranquilo,
Me amurallo en mi monte deleitoso,
Qué hacer en mi reposo
Mejor que versos de pedestre estilo,
Ya que en mis reinos la ambición no crece,
Ni el soplo asolador de mediodía
Me amenaza, ni otoño que a la impía
Diosa de las exequias enriquece?
Dios matutino, o si prefieres, Jano!
Tú a quien invoca, al empezar su oficio
Cual lo ordenan los dioses, el humano;
Aquí ya en fin despertador me seas
Para hacer versos, tú que me aldabéas
En la ciudad para que abone a alguno,
¡Sús! gritando importuno,

No otro más listo se anticipe, avíva!
Y aunque en las calles silve aquilón duro,
Y haga invierno que un círculo describa
Más breve el día, arráncasme de juro,
A que corra y pronuncie con voz clara,
Lo que acaso después caro me cueste.
Acabo, y es preciso
Salir por entre todos, y si piso
Al que estorba o se para,
Desata la maldita:
«Yendo a Mecenas éste,
«Todo lo empuja y lo atropella: insano!»
Confiésolo de plano,
Esto me sabe a miel.—Pero al momento
Que a las Esquilias ominosas toco,
Cosa es aquella de volverse loco,
Acá un negocio, allá otro, y veinte y ciento
Juntos me asaltan y me caen encima.
—Roscio te ruega que a las ocho al foro
Vayas.—Los oficiales del tesoro
Deséan tu asistencia
Para un asunto de alta trascendencia.—
Quinto mío, haz, te ruego,
Que suscriba Mecenas este pliego.—
Si digo, *allá veré*, «Cosa es sencilla
Si lo quieres,» añade, y acribilla.—
Ocho años hará presto
Que a Mecenas engracio;
Mas toda su amistad consiste en esto:
Sácame en coche cuando al campo sale,
Y conmigo platica
Tocante a lo que nada significa.
—Qué hora es?.. Del siro gladiador y el tracio
Cuál juzgas sobresale?....
Ya de los pocos precavidos deja
La mañana sentirse por lo fría....
Y cosas de esas que sin riesgo fía
El labio fácil a indiscreta oreja
Desde entonces la envidia roedora
Crece de día en día y de hora en hora.
«Al circo, al campo con nosotros iba,
«Y hoy con los grandes priva»;
Todos dicen: «hijo es de la fortuna.»
Si en los Rostros alguna
Mala noticia nace y se derrama,
Todo aquel que me alcance a ver, me llama:
—Pues con los dioses andas mano a mano,
Qué sabes de los Dacios, dí?—Ni jota.
—Tú siempre todo echándolo a chacota!
—Confúndanme los dioses si te miento.

—Bien está; y de las tierras que Octaviano
Prometió a los soldados, en Sicilia
Se hará, o acá en Italia, el partimento?
Juro en vano que nada sé: zorruno
Créenme, y sigiloso cual ninguno.

Tales mis días sucederse miro
Y con pasión suspiro:
¡O campo! cuándo a ti volveré? cuándo
De obras del tiempo antiguo en la lectura,
Y en dulce sueño y deliciosa holgura
Mudas las horas se me irán volando?

Tornaré a ver sobre mi mesa el haba
Que prima de Pitágoras se alaba,
Y legumbres guisadas con tocino?
¡Oh noches que celestes me imagino,
Cuando reúno, ante el fogón comiendo,
A mis vecinos, y de rato en rato
Vïandas de mi plato
A mis esclavos decidores tiendo!
La sed cada uno cual la siente sacia,
De deberes tiránicos exento:
Gran copa alza éste y sin parar la vacia,
Pequeña estotro y se humedece lento.
Plática alegre trábase en seguida,
No sobre casa ajena, ajena vida,
Ni de si Lepos baila o nó con gracia;
Mas de aquello que a cada cual atañe
Y estudiar debe: cuál de bienandanza
Los gérmenes entrañe,
Si opulencia o virtud: si confïanza
O interés amistades afïanza:
Cuál la naturaleza
Sea del bien y su mayor alteza.
Con fábulas de antaño mi vecino
Cerbio, verboso la cuestión salpica;
Y si en mucho, a distancia, alguien valora
La riqueza de Arelio inquietadora,
De este modo se explica:

«Cuentan que a visitar al campesino
«Ratón en su agujero
«El de la corte vino.
«Viejos amigos eran, y el primero
«Parco en gastar de provisión guardada;
«Mas en llegando el día
«Jovial era y y rumboso.—Al camarada
«Sus garbanzos y avena ora franquéa,
«Y pasas acarréa,
«Y llévale en la boca

«Trozo no intacto de pernil.—En vano
«Con lo vario deséa
«Del manjar avivarle el apetito;
«Que el ciudadano los manjares toca
«Con desdeñoso diente,
«Mientras, a fin de que él lo mejor tome
«En paja fresca echándose el bendito
«Amo de casa, zonzos granos come.

«Y seguirás paciente,
«Prorrumpe al fin, viviendo en la espesura
«De agrio monte? A esta vida escasa y dura
«De la corte prefiére el movimiento.
«Sé dócil; vén conmigo.
«Y vivirás contento
«Mientras dado te fuere,
«Que todo pasa en este mundo, amigo,
«Y así el pequeño como el grande muere!»

Saltó veloz del castillejo oscuro
El ratón campesino,
Y entrambos compañeros
Emprendieron camino
Colar pensando por debajo el muro
En la ciudad, nocturnos forasteros,
El curso de las horas promediando
Callado el cielo voltëaba, cuando
En soberbio palacio se introducen.
Purpúreas telas lucen
Sobre altos lechos de marfil, y en cestos
De opípara comida andan los restos.
Sobre tapete blando
Al huésped colocando,
Discurre el cortesano por la sala
Bien como arremangado mesonero,
Y con ricas vïandas le regala,
Y a fuer de adulador ceremonioso
Nada le brinda sin probar primero.

En süave reposo
El rústico engullía, de mudanza
Tan próspera encantado.—De repente
Se abre de par en par una gran puerta:
Corren los dos precipitadamente,
Ni por donde escapar se les alcanza;
Y quedan sin sentido
Cuando de roncos canes al ladrido
Sienten que tiembla el edificio entero.
«¡Adiós! si esta es la dicha no la quiero,»
Balbuce el campesino: «más me agrada
Ronzar lentejas sin temor de nada,
En mi repuesto bosque y mi agujero!»

EPISTOLAS

LIBRO I—1

Prima dicte mihi....

Tú, a quien ya fueron mis primeros cantos
Tú a quien irán los últimos, Mecenas,
Porqué al circo volverme, donde luengo
Tiempo me he dado a conocer, intentas?
Dí, no he comprado mi retiro? acaso
Es esta edad como la edad aquella?
Mira a Veyanio: de Hércules al ara
Colgó sus armas, y a vivir se aleja
Al campo en dulce oscuridad, no al pueblo
A pedir gracia tras las lizas vuelva.
Suéname de continuo en los oídos
Ya ociosos esta voz: «Sé cuerdo! huelga
«Da al corcel que envejece; no a desdicha
«Llegue al fin a caer de la carrera
«Y se ría de ti la muchedumbre.»

A los versos y esotras bagatelas,
Adiós he dicho, y a estudiar me he dado
De la verdad, de la virtud la ciencia,
Y de bienes procuro apertrecharme
De que servirme con el tiempo pueda.
Si a cuál maestro adhiero o qué doctrina
Haya adoptado averiguar deséas,
A ninguno he jurado vasallaje:
Yo soy la ola que a doquier me lleva.
Ora la vida activa abrazo, y busco
El social trato, de virtud austera
Rígido partidario: de Aristipo
Ora resbalo a la moral, la cuerda
Soltando sin sentir, y a mí las cosas
Antes amoldo que amoldarme a ellas.

Como la noche a aquel parece larga
Que vanamente aguarda a infiel mozuela,
Como el día al cansado jornalero,
Como el año al pupilo a quien severa
Madre supervigila, así enfadoso
Y lento el tiempo me parece, mientras
No puedo a los estudios consagrarme
Que al hombre, o rico o pobre, le interesan,
Y que jamás menospreciar le es dado
Sin que, joven o viejo, mal le avenga.

Con tan sanos principios consolarme
Y conducirme a su tenor me resta.
Aunque (así hablo conmigo) de Lincéo
Nunca la vista penetrante adquieras,
Mas no descuides tus enfermos ojos.

Si de Glicón las invencibles fuerzas
Nunca será que ostentes, no por eso
Franca a la gota dejes tú la puerta.
Más vale algo que nada. El alma envidia
O malos apetitos te laceran?
Palabras hay, consejos que te sanen
Aliviando por grados la dolencia.
¿Hinchado estás de vanagloria? Puedes
Hallar páginas de oro, que a leerlas
Con atención te sentirás cambiado.
En suma, envidia, cólera, pereza,
Beodez, sensualidad, no hay vicio alguno,
No hay pasión incurable, si se presta
Paciente oído a la doctrina sana.
Quien huye el vicio, a la virtud se allega.
Mengua de insensatez raya en cordura.
Ves cuánto de dolores de cabeza,
Cuánto cuesta de afán el miedo vano
A oprobiosa exclusión, a escasa renta.
Cosas que el vulgo ciego de los hombres
Como males enormes considera?

Avido mercadante la derrota
Tomas tú de la India, la pobreza
Huyendo, y hiendes los tendidos mares
Y a escollos haces rostro y a tormentas.
Oh! si escuchar, si aprovechar quisieses
La voz de quien te advierte que la pena
No vale ese señuelo que persigues!
Cuál rehüsara, vagabundo atleta,
En los juegos olímpicos la palma
Recibir que sin lid se le ofreciera?

Pues si oro más que plata, más que entrambos
Es la virtud que tan barata cuesta,
«Medrar, medrar, amigos! procuremos
«Las virtudes después de las monedas.»
En la playa de Jano a la contina
Suena eso: ancianos, jóvenes lo rezan,
Bajo el brazo el registro y bolsa en mano.
Valor, honradez tienes, afluencia,
Talentos; si faltándote, con todo
Seis, siete mil sextercios, no completas
Los cuatrocientos mil, del pueblo ëres.

Con más aviso cierto, cuando juegan,
Rey ha de ser el que mejor se porte
Repiten los muchachos.—Se atrinchera
Bien y rebién aquel que mantuviere
Limpia la frente y pura la conciencia.
Yo esto creo: tú cuál prefieres, díme,
La ley Roscia, u aquella cantinela
Honrada por los Curios y Camilos,
Que la corona al mérito dispensa?
Allá, se te aconseja que por medios
Lícitos, o si nó, como te sea
Más fácil, adelantes tu fortuna,
Y todo porque puedas más de cerca
De Pupio ver los lagrimosos dramas;
Acá, que la cerviz tan firme yergas
Que a aplomarte no basten infortunios:
Dí, cuál prefieres de los dos sistemas?

Se me dirá: porqué, si en Roma vives,
No cual los otros ciudadanos piensas?
Porqué no amas lo que aman, ni aborreces
Lo que aborrecen ellos, si paséas
En sus calles y pórticos? Respondo
Lo que al león enfermo la vulpeja:
«Esas huellas me asustan; que son todas
«No como de quien sale, de quien entra.»
Además, cuál maestro, cuál doctrina
Seguir? Tú el monstruo de las cien cabezas
Eres, pueblo romano. De tus hijos,
Estos se afanan por tomar las rentas
Del Estado en arriendo; aquellos tratan
De ganarse vïudas avarientas
Con frutas de regalo y gullorías,
O ancianos sin malicia, a quienes llevan
Al corral luégo, cogen en sus redes:
Mil con usuras clandestinas medran.
Que cada cual sus gustos tenga, pase;
Mas quién siquier un hora los conserva?
Con mucho es Bayas lo mejor del mundo:
Esto pronuncia el opulento, y tiembla
El golfo su frenético entusiasmo;
Mas cata ahí que si le da la vena,
Mañana, alboreando, hacia Teano,
Los obreros se irán con la herramienta.
Eres casado? el celibato envidias:
Célibe? quién casado, dices, fuéra!
Pues cómo encadenar este Protéo?
Y el pobre? Es de reír! De baño y mesa
A cada paso y de barbero muda,
Y como al opulento la galera

Que goza en propiedad, así le aburre
El barquete alquilado en que paséa.

Si acaso a visitarte con remiendos
Mal guardados debajo de una nueva
Túnica llego, o trasquilado a cruces,
O si la toga desigual me cuelga,
A sabor reirás. Mas si consigo
Mi alma en sus opiniones no concuerda,
Si del flujo y reflujo de los mares
El cuadro melancólico presenta,
Si ora ama y odia luégo, alza y derriba,
Y hacer redondo lo cuadrado anhela,
La locura de todos los mortales
Dices que tengo, y a reír no aciertas
Ni que he menester médico barruntas
O curador de pobres.—Y eso piensas,
Tú que eres mi sostén; tú que no sufres
Que mal, ni en parte mínima, padezca
Quien para ti, no más, y por ti vive.

En suma, excepto Júpiter, campéa
Sobre todos el solio.—Libre, hermoso
Y de honores colmado y de riqueza,
Rey es de reyes, y en salud boyante,
Como la gota a importunar no venga.

EP. I—2

Trojani belli....

Mientras tú en Roma en declamar te ensayas
Lolio, en Preneste yo a leer he vuelto
Al narrador de la troyana guerra.
Mejor que Crántor ni Crisipo en hecho
De mostrar claro de virtud la senda:
Oye el porqué, si no te quito el tiempo.

El poema que cuenta la terrible
Larga lid que entre bárbaros y griegos
Trabóse, gracias al amor de Paris,
Las pasiones, los locos devanéos
De príncipes enseña y de naciones.
Que la manzana de discordia luégo
Se quite, opina Anténor: Paris niega
Que a reinar puedan y a vivir con huelgo
Forzarle. Néstor conciliar en tanto
Quiera al hijo de Tetis y al de Atréo,
Tomado este de amor, ambos de enojo:
Reyes las hacen y las paga el pueblo.
Revueltas, iras, ambición, en suma
Reina el mal muro afuera y muro adentro.

En el otro poema nos presenta
El escritor, para enseñar que dello
El valor puede y la prudencia alcanza,
Delante de los ojos el ejemplo
Del héroe aquel que vencedor de Troya,
Ciudades y usos estudió diversos,
Y por la mar, el suyo procurando
Y de sus compañercs el regreso,
Tanto sufrió, sin que bastase a hundirle
Nunca la ola del destino adverso.
La voz de las sirenas, el brevaje
De Circe sabes: que si Ulises, ciego,
Insensato además, como los otros
A apurarle arrojárase, en eterno
Por la maga falaz esclavizado
Can fuera inmundo u enfangado cerdo!

Para hacer bulto y regalar el vientre
Los más servimos sólo: verdaderos
Amantes de Penélope, venimos,
Y de Alcinóo a serios palaciegos,
Del cuerpo esclavos, a dormir usados
Hasta que toca la mitad del cielo
El sol, y a conciliar con el sonido
Süave de las cítaras el sueño.
Quizá a matar a un hombre, se levanta
En alta noche el robador: tú empero,
Nunca en tu bien a despertar aciertas?
Si excusas sano el ejercicio, luégo
Te obligará a correr la hidropesía:
Si nunca un libro y una luz, primero
Que ría el alba, pides; si al estudio
Nunca te das y a pensamientos serios,
Habrá, cuando recuerdes, insidiado
Amor o envidia tu infelice pecho,
En el ojo una paja te molesta,
Y a sacártela vas en el momento.
Mas como un vicio el alma te saltee,
Para luégo difieres el remedio.
Sabio arréstate a ser; mano a la obra:
Es el paso difícil el primero;
Dalo! Quien sana corrección dilata,
No es más que un necio viajador, atento
Para pasar, a que delante un río
Pase, que corre y seguirá corriendo.

Busca un hombre caudal, mujer, y en ella
Alegre sucesión? Con duro hierro
Inculta selva enhorabuena allane.

Mas lo preciso habiendo, a sus deséos
Poner límite debe. Por ventura
Fértiles avanzadas, ni soberbios
Palacios, ni oro acumulado y plata
La fiebre curan o el pesar del dueño?
Quiere salud de la riqueza el goce.
Al que teme o deséa está el dinero
Como un cuadro al mïope, al que un oído
Duele, sonora música, o fomentos
Al gotoso. No siendo puro el vaso,
Se agria el licor. Placeres húye cuerdo:
Caros saldrán si con dolor se compran.
En la indigencia vive el avariento:
Guárdate tú de serlo. El envidioso
En ascuas vive con el bien ajeno:
La envidia! no idearon los tiranos
Sículos nunca tan crüel tormento!
El fácil de irritar que a la venganza
Se arroja, habrá de arrepentirse presto.
Es la cólera un rato de locura:
Tirano es siempre el corazón o siervo;
En esa alternativa, dominarle
Debes; pónle en cadena, tasque el freno.
A andar con gracia y a volver de grado
Muestra el jinete sin trabajo al nuevo
Corcel, blando de boca por la cuenta.
Tierno can que ha ladrado a piel de ciervo,
Luégo al monte va a caza. Tú, lo mismo,
Debes desde ahora a la virtud, mancebo,
Tu conducta amoldar y sus lecciones
En la mente esculpir. El vaso, luengo
Tiempo al licor primero que contuvo
Huele.—Por mí, que apriesa andes, que lento,
Ni aguardar curo a quien atrás me queda,
Ni atener con quien vaya delantero.

—

EP. I—3

Juli Flore...

Qué regiones del orbe con sus armas
Claudio, de Augusto el entenado, ocupa,
De ti espero saber, amigo Floro.
Os detiene la Tracia por ventura,
Y con grillos de hielo el Hebro atado?
Cerca de la corriente vais que ondula
Entre célebres torres, o del Asia
Montes holláis y fértiles llanuras?
La docta comitiva en qué trabaje,
También curiosa mi amistad pregunta.
Quién de Augusto escribir la historia emprende?

Quién legar a remota edad futura
Anales de la paz y de la guerra?
Y qué hace Ticio, aquel que con fortuna
Andará en breve en boca de las gentes,
Porque a beber de Píndaro en la oculta
Fuente acudió sin inmutarse, y francos
Lagos y ríos desdeñoso excusa?
Goza salud? Recuerda a los amigos?
Los pindáricos números ajusta
A la romana cítara, fïado
En los auspicios de benigna Musa,
O en el género trágico se ensaya
Con tono apasionado y voz rotunda?
Y Celso? Aconsejéle, y muchas veces
Vuélvole a aconsejar que se reduzca
A su propia cosecha, y no se afane
Por tratar cuantos libros acumula
El Palatino Apolo, no suceda
Que a reclamar los pájaros sus plumas
Lleguen, y la corneja mueva a risa,
De los colores que robó, desnuda.

Y tú en qué te ejercitas? Qué tomillos
Rondas en vago revolar? Ni inculta,
Ni escasa, ni vulgar inteligencia
Demuestras, ora aguces tu facundia
En forenses discursos, o de leyes
Intérprete, respondas a consultas;
Y si escribes amables poesías,
Hiedra triunfal las sienes te circunda,
Y a ti desciende la primer corona.
Qué te falta? Si intrépido renuncias
A fríos paliativos de interiores
Dolencias, prontamente a las alturas
Adonde celestial sabiduría
Te guíe, llegarás. En esa lucha
Todos, grandes o chicos, porfïemos,
Si aspiramos a hacer nuestra conducta
Grata a la Patria y a nosotros mismos.

Dime también si por Munacio dura
Tu amistad, o si mal tan dulces lazos
Empalman, y otra vez se desanudan.
Ya el ardor de la sangre, o la ignorancia
Del mundo, con cerviz rebelde y dura
A mal traer indómitos os lleve,
Doquiera estéis vosotros dos, que nunca
Fraterna intimidad romper debierais,
Sabed que, en voto a las deidades, una
Ternera a vuestra vuelta consagrada,
Paciendo está del campo la verdura.

EP. I—4

Albi nostrorum.

¿Qué harás ahora en la región Pedana,
Albio, de mis pöéticos discursos
Cándido juez? Opúsculos escribes
Que a Casio venzan, el de Parma oriundo?
O en bosques salutíferos deslizas
Las errantes pisadas taciturno,
Y sólo te preocupas, meditando
Lo que a varón convenga sabio y justo?
No eres cuerpo de espíritu vacío:
Hermosura te ha dado el cielo, y junto
Con la riqueza el arte de gozarla.
Qué más nodriza amante al tierno alumno
Pudiera desear, sino que entienda,
Y expresar logre lo que siente, y mucho
Favor, fama y salud le toque en suerte,
Aseado manjar, caudal seguro?
Haz cuenta entre esperanzas y recelos,
Y en medio de las cóleras y sustos,
Que es cada día el último que vives;
No esperado placer vendrá más puro.
Y ven a ver tú mismo con tus ojos
Qué bien cuidado estoy, cuán gordo y lucio,
Cuando quieras reírte contemplando
Un cerdo de la piara de Epicuro.

EP. I—5

Si potes......

(Convídale en vísperas de día festivo a una cena frugal con íntimos

Torcuato, si en triclinios mal labrados
Descansar no rehusas, y no temes
Cenar varia legumbre en plato humilde,
Con la puesta del sol, a casa vente.
Jugo, que entre Petrino de Sinueva
Y la húmeda Minturnas, en toneles
Depositóse cuando vez segunda
Tauro fue cónsul, mi amistad te ofrece.
Si algo tienes mejor, traerlo cuida;
Si nó, la ley admitirás del huésped.
Ya están a recibirte apercibidos
El limpio hogar y aderezados muebles.
Al proceso de Mosco da de mano,
Y ambicioncillas, pleitos de intereses

No te preocupen. Sin contar las horas
La estiva noche en plática indulgente
Alargaremos, pues natal de César
Mañana es día en que dormir se puede.

Concedido caudal de qué me sirve
Si al par el uso no se me concede?
El que por bien de su heredero, ahorra
Y estrecho vive, acércase a demente.
Yo a esparcir flores y a beber me pongo;
Beber! y de aturdido me motejen.
Qué de milagros la ebriedad no logra?
Descubre lo recóndido; convierte
Los sueños de ventura en realidades;
Empuja a los combates al inerte;
Del peso de cuidados que le oprimen
Alivia al corazón; trazas sugiere;
Y a quién de vino rebosantes copas,
Elocuente no hicieron? Cuántas veces
De la dura pobreza entre los grillos
Al infeliz la libertad no vuelven?
Yo que mi obligación entiendo y cumplo
Gustoso cuidaré que los tapetes
Aseados estén, que no të hagan
Torcer el gesto sórdidos manteles;
Que puedas, si los miras, a ti propio
En los jarros mirarte y en las fuentes;
Que entre fieles amigos no haya alguno
Que fuera del umbral, lo que hablen lleve,
Y trabados estén los comensales,
Cada cual con aquel que le conviene.
Aquí a Septicio te hallarás, y a Butra,
Y si anterior invitación, o redes
Más gratas no le impiden, a Sabino
Traeré también al fraternal banquete.
Hay puestos destinados para sombra,
Bastantes (pero acuérdate que empece,
Olor caprino si el concurso es denso),
Envíame a decir con cuántas vienes;
Negocios déja, y sál por el postigo,
En el atrio aguardándote el clïente.

—

EP. I—6

Nil admirari.....

Nada dárseuos de nada
Numicio, es la única cosa
Con que la vida dichosa
Puede hacerse y descansada.

El sol, los astros, la luna,
Las horas que al tenor giran
De oculta ley, muchos miran
Sin admiración ninguna.

¿Cómo debieran mirar
Los tesoros de la tierra,
Los que a los indos encierra
Y a los árabes el mar;

Los aplausos de la plebe,
Circos, teatros y fiestas?
De cosas tales como estas
Qué pensar el hombre debe?

Quien tiembla venir a mal,
Quien ir a mejor deséa,
Como peligro se véa
Se atormentan al igual.

Escasez y holgura, a ser
Vienen al fin estupor,
Sea excesivo dolor,
Sea excesivo placer.

No al justo así bien se llama,
Deja el que es sabio de sello,
Cuando lo bueno, lo bello
Con moderación no ama.

Vé, y de mármoles ahora
De bronces, vasos de plata,
De girones de escarlata,
Si te atreves, te enamora.

Busca piedras estimadas,
Esplendores de opulencia,
O fija con tu elocuencia,
De las gentes las miradas.

Acúde al foro el primero,
Y el último sál; no a Muto
Rindan sus campos tributo,
Que sobrara a tu granero;

Naciendo el baldón de ahí
De que un inferior en cuna
Más que tú a él, en fortuna,
Que envidiar te diera a ti.

Guay! los que hoy luciendo están
Los devorará la tierra,
Y otros que ocultos encierra
El tiempo, a su vez saldrán.

Que después que sin cesar
Te hayas acá pompeado,
Y de Agripa te hayas dado
En el pórtico a mirar,

Y asaz con tus equipajes
Deslumbrando el Apia vía,
Do Anco bajó y Numa, el día
Vendrá también en que bajes,

Si te aqueja enfermedad
Del cuerpo, remedio empléas.
Pues si felice deséas
Vivir (quién nó?) y si es verdad

Que lo obtendrás como fueres
Virtüoso, con valor
Pón manos a la labor
Y déja vanos placeres.

Mas si es la virtud un vano
Nombre en tu sentir, cual es
Madera un bosque, éa pues!
Nadie te gane de mano,

De Bitinia o de Cibira
En los puertos, mil talentos
Búsca, sin perder momentos,
Y a duplicarlos aspíra.

Qué! triplícalos. Mujer
Nos da el dinero, nobleza,
Crédito, amigos, belleza:
Omnímodo es su poder!

De Capadocia el rey tiene
Larga servidumbre al paso
Que anda su tesoro escaso:
Ser rico así no conviene.

Cuentan de Luculo que
Para el teatro cien mantos
Se le pidieron: «no tantos
Habrá,» dijo, «más veré.»

Al rato escribió tener
Miles hallados; dë arte
Que bien podían de parte
O de todos disponer.

En casa de acaudalados
Todo a colmo es fuerza que haya,
Que el amo en ello no caya,
Y aproveche a los crïados.

No excuses molestia alguna
Si en eso la dicha está;
Si es el favor el que da
Y el fausto buena fortuna.

Esclavo que junto lleves
Y a quien de los transëuntes
Nombre y títulos preguntes,
Comprar sin tardanza debes.

El cual, porque no te embargues
Entre uno y otro embarazo,
Vaya dándote en el brazo
Para que la mano alargues.

Este (te dirá) en la gente
Velina, notable es;
Estotro que cerca ves,
Con los Fabios inflüente.

Mucho aquel otro con mil
Importunidades puede;
Las fasces quita y concede
Y la curul de marfil.

Ni dejes pasar ninguno
Sin llamarle hijo, o bien padre,
Según el nombre que cuadre
A la edad de cada uno.

Si bien vive quien bien come,
Si esto juzgas, con la fresca
Salgamos a caza o pesca
Según la gula nos tome;

Cual Gargilio que solía
Con prevenciones de caza
Llenar las calles y plaza
Apenas rayaba el día;

Porque de muchos, trajese
De tarde un mulo cargado
Con un jabalí comprado,
Y el pueblo su entrada viese.

Sin pensar si es malo o bueno,
Si nos redunda o no en daño,
Metámonos en el baño
Con el estómago lleno,

Cual ciudadanos de Ceres,
Cual los que a Ulises siguieron,
Que a la Patria prefirieron
Ilegítimos placeres.

Si en fin a Mimnermo crees,
Si sólo broma y amores
Te aplacen, que te enamores
Será bueno, y que bromees.—

Adiós! Si sabes, amigo,
Algo mejor, dimeló
Para mi instrucción: si nó,
En todo frisa conmigo.—

EP. I—7

Quinque dies....

Cinco días te dije que estaría
En el campo, no más; se pasa agosto,
Y téngote aguardando el mes entero:
Que de informal me riñes, ya te oigo.
Mas no me quieres bueno siempre y sano?
Pues libertad que al enfermar me tomo,
Es justo que también me la concedas
Si de enfermar tal vez peligro corro.
Y no ves al calor, que higos sazona,
Multiplicar los lechos mortüorios
De su negra cohorte rodeados?
Padres y madres, con la muerte al ojo,
Tiemblan por los hijuelos: de la corte
La baraúnda y tráfago del foro
Fiebres causa y descubre testamentos.
Luégo que invierno vista en níveos copos
Los campos de Alba, iráse tu poeta
Las riberas a ver del mar sonoro,
Y allí abrigado pasará leyendo;
Mas, de irte a ver, feliz cumplirá el voto,
Con tu licencia, dulce amigo, apenas
Las golondrinas vuelvan y el Favonio.

Tú has querido de dádivas colmarme,
Noble Mecenas; pero no del modo
Que al huésped brinda el Calabrés sus frutos.
—Cómelas!—dice con fervor.—No poco
Tomé.—Recóge lo que más te plazga.
—Gracias, repito.--Pero no perdono
Que alguna frïolera a tus chicuelos
No lleves.—El obsequio reconozco
Cual si cargado fuese.— Como gustes;
Mas tén que a cerdos, lo que reste, arrojo.--
Así el rüín es pródigo; así ofrece
Lo que no ha menester: por eso a rodo
Coséchase cada año mies de ingratos.
Mas el hombre de veras generoso
Hace merced a aquel que la merece;
Ni el que farsantes sacan, juzga öro.
Por honor tuyo en merecer me empeño,
Caro Mecenas, el favor que logro:
Mas si quieres también viva a tu lado,
Volverme debes la salud de mozo,
Negros rizos que mi ancha frente achiquen,
Dulce sonrisa y atractivo tono,
Y poder a tu mesa con donaire
De una bella quejarme y sus enojos.

En un cesto de granos se entró ayuno
Breve ratón por agujero angosto;
Cebóse allí, y en vano pretendía
Salir luégo, esforzando el cuerpo romo.
Viole una comadreja desde lejos
Y hablóle a este tenor:—Querido, sólo
Escaparás volviendo a tu tamaño;
Por do uno flaco entró, no sale gordo.
Si la especie me aplican, verme pueden
A todo renunciar: pues no, cual otros,
Después de un gran banquete las tranquilas
Noches del pobre, inconsecuente loo;
Y a fe que trueque por la Arabia entera
Mi dulce libertad y mi reposo!
Mi sobriedad has alabado mucho,
Y yo mi dueño y padre rostro a rostro
Te he dicho, y por detrás: falta que ensayes
Si el dón que acepto alegre, alegre torno.
Esta el hijo de Ulises al de Atréo
Bella respuesta dio:—No hallan los potros
Buenos pastos en Itaca, ni tienen
Campos allí para espaciarse idóneos:
Usa en mi nombre un dón que usar no puedo.—
Mecenas, al pequeño basta poco.

Yo por mi parte, en la opulenta Roma
A esparcirme no acierto, y más me gozo
En la callada soledad del Tíbur,
De Tarento en el seno deleitoso.

Las dos serían de la tarde cuando
Filipo, aquel jurista noble y docto
Y valiente orador, como volviese
A su casa quejoso porque el Foro
Para él, anciano ya, quedaba lejos,
Echó de ver que bien rapado y mondo
En una barbería arrinconado
Las uñas se igualaba un cariocioso.
—Demetrio! (era un esclavo que a Filipo
El pensamiento adivinaba) pronto
Vé, y pregúnta quien es, qué oficio tiene,
A quién sirve, y en dónde vive y cómo.
Demetrio vuela, y trae razón—Se llama
Vulteyo Mena el tal; su haber es corto,
Y él pregonero público; le tienen
Generalmente por honrado y probo:
Sabe buscar, y lo que gana, a tiempo
Gasta: vive en hogar humilde y propio;
Con algunos amigos anda, y suele
A espectáculos ir por desahogo.
—Saberlo quiero de su misma boca:
Dí que a cenar le aguardo.—Mena absorto
Queda, lo piensa, en suma da las gracias.
—Y qué! rehusa?— O apocado u hosco
La invitación el malandrín no acepta.

Al otro día al pregonero en corro
Filipo halló vendiendo baratijas;
Párase y le saluda. —Mis negocios,
Señor, el tiempo y la atención me roban;—
Mena responde, con afán y asombro:
Perdonad si no fui por la mañana,
Y hora no os saludé primero. —Otorgo
El perdón como asistas esta tarde.
—Sí haré. —A las tres; y no lo diga a sordo!
Sigue hora con tu venta, y buen provecho,—

Concurrió nuestro Mena, y a su antojo
Despepitó cuanto al magín le vino,
Y a dormir le enviaron ya beodo.
Viendo que el pez el cebo frecuentaba,
Pues de saludadores en el coro
Temprano estaba, y a la mesa luégo,
En las fiestas latinas el patrono

Invitóle a una granja que tenía
Cerca de la ciudad. Vulteyo orondo
Andaba caballero sobre un jaco,
Haciendo a diestro y a siniestro encomios
Del cielo y de los campos de Sabina.
Véle Filipo y se lo ríe, y como
Solaz en todo y distracción buscaba,
Dónale siete mil sextercios, y otros
Siete mil le promete dar prestados
Para que compre un pegujar. Compróle,
Y (abreviaré por no cansar) trocóse
De ciudadano guapo en gañán tosco:
Sólo hablaba de surcos y de viñas,
Sólo pensaba en ordenar sus olmos,
Y le nacieron prematuras canas
De puro cavilar en los ahorros.
Empezó a ver que cabras y ovejuelas
Mermaban, ya con pestes, ya por robos,
Qe ora la sementera se perdía,
Y ora expiraba de fatiga un toro;
Y no pudiendo más, a media noche
Se levanta, un trotón embrida, y torvo
Vase derecho a casa de Filipo.
El cual al verle desgreñado y roto,
—Vulteyo—dice—a mal traer te trae
Lo muy afanador.—Más bien de loco
Tratad a este infeliz! A que a mi estado
Antiguo me tornéis, a vos acorro;
Patrón, por vuestros lares os lo ruego,
Y por vos mismo, y por los dioses todos!—

El que eche menos lo que en cambio ha dado,
Procure, destrocando, su recobro.
Si a nuestro pie calzamos, y vestimos
A nuestro talle, afortunados somos.

— —

EP. I—8

Celso gauderé......

A Celso Albinovano vuéla, oh Musa,
De Nerón secretario y compañero
Y ofrécele mis votos más cordiales
Por su dicha y salud. Si te interroga
En qué me ocupo, le dirás que muchas
Y magníficas cosas proyectando
No vivo empero bien, ni estoy contento;
No que mis vides el granizo azote,
Ni mis olivos el calor consuma;

Ni que en campos remotos desfallezcan
Mis ganados enfermos. Es el caso
Que de alma menos sano que de cuerpo,
Nada quiero saber ni oír que alivie
Mi dolencia. Los médicos me irritan,
Con mis fieles amigos me incomodo,
Porque arrancarme sin demora quieren
Al funesto letargo que me abruma.
Persigo lo que me es nocivo, y huyo
De lo que puede aprovecharme. En Roma
Por Tívoli suspiro, y veleidoso
Si ya en Tívoli estoy, por Roma anhelo.

Pregúntale después, si bien lo pasa,
Cómo así propio se conduce, y cómo
Sus negocios maneja, y en qué grado
Sabe del joven príncipe y su corte
Granjearse el favor. Si te replica:
«A maravilla todo,» lo primero
El parabién darásle, y en seguida
Susúrrale al oído esta sentencia:
«Como tu suerte tú llevar supieres,
Celso, así los demás te trataremos.»

EP. I—9

A Claudio Tiberio Nerón.

Claudio, no hay quien entienda cual Septimio
Lo mucho en que me tienes. Me ha rogado,
Y a esto en suma con súplicas me obliga
Que yo a ti le presente y recomiende
Como merecedor de que le atienda
Y le dé entrada un príncipe que sólo
Lo más granado a su persona allega.
El, de amigo más próximo las veces
Juzga que puedo ejercitar; y en ello
Muestra que, más que yo, ve claro y siente
Cuál es cerca de ti mi valimiento.
Muchas razones alegué, por donde
Hurtase el cuerpo. Mas por otra parte
No quiero se imagine que me finjo
Pobrecillo, y que oculto en mi provecho,
Consumado egoísta, mis recursos.
Huyo, pues, de esta nota, por más fea,
Y áulica palma a disputar me allano.
Si apruebas, como obsequio y sacrificio
Que ofrezco a la amistad, mi desenfado,
Por tuyo alista al buen Septimio, y como
A hombre fiel y legal dígnate honrarle.

EP. I-10

Urbis amatorem...

A ti, amador de la ciudad, saludo
Yo amador de los campos, y no dudo
Que sólo en esto yo de ti disiento;
Mío es por lo demás tu pensamiento,
Pues nunca quiero lo que tú no quieres
Y amigo soy de lo que amigö eres.
Cual hermanos gemelos, caro Fusco,
Antes cual los palomos
De la fábula somos,
Que tú guardas el nido
Mientras yo vuelo y el torrente busco;
El torrente me place y su rüido,
Y los riscos de musgo coronados,
Bosques frondosos y mullidos prados.
Siento, en fin, que revivo
Rey de mí propio, al verme de las trabas
Libre de la ciudad, cuyo atractivo,
Voluntario cautivo
Tú así cual muchos, de encomiar no acabas.
Como a los sacerdotes el crïado,
De miel y ofrendas del altar ahíto,
Se escapa al fin, de pan necesitado,
Tal dejo la ciudad; pan necesito!
El que una casa edificar procura
Traza sitio primero:
Sitio debe trazar el que a natura
Procure atemperarse. Cuál empero
Mejor habrá que el campo venturoso?
Dónde el invierno es menos riguroso?
El soplo de las auras regalado
Dónde mejor la llama
Del Cancro, o los furores
Del león templa, cuando el sol le inflama?
Dó el roedor cuidado
Turba menos los sueños? Por ventura
Cederá al pavimento de colores
Campo oloroso que matizan flores?
O surte en tubos de metal más pura
El agua, que si libre se abre calle
Encaneciendo al desgajarse al valle?
Mas es lo singular, Aristio mío,
Que umbroso bosque entre columnas planta
El rico ciudadano,
Y palacios levanta
Que dominen el campo comarcano:

La natura expulsamos, y al descuido
Ella se vuelve, y triunfa sin rüido
Y su antiguo dominio recupera.
Mal anda el mercadante
Que nunca distinguió la verdadera
Púrpura de la falsa: semejante
Riesgo corre el que no halla diferente
Del genuïno bien el aparente.
Si nos sedujo la fortuna amiga,
Nos abate a su turno la enemiga,
Y somos infelices
Cuando el bien que a volver se nos obliga,
Torció en el pecho incauto hondas raíces.
Evitemos por tanto la grandeza;
Más que quien trono ocupa y lleva el nombre
Rey puede ser en pobre choza el hombre.
En campo abierto do con él pacía
El ciervo al potro importunaba un día:
Inferior en la pugna y la carrera
Buscó éste al hombre, que le embrida, y lleno
De ardor lanzóse y alcanzó victoria,
Sin que de entonces arrojar pudiera
Del lomo al hombre, de la boca el freno.
Ahí tienes la historia
Del que pierde por miedo a la pobreza
La libertad, que es la mejor riqueza,
Y vil cadena arrastra de contino
Porque a usar lo preciso no se avino.
Quien no acierta a fijar la medianía
Camina con calzado
Que o le lastima, estrecho en demasía,
O andar le impide por lo muy holgado;
Sabio llamo al que supo
Al destino amoldarse que le cupo.
Ten presente esta regla, Aristio amigo,
Ni me dejes, te ruego, sin castigo
Si vieres que infringiéndola me afano
Tras lo superfluo y vano,
Y a más aspiro mientras más adquiero.
No hay medio: o rey o esclavo es el dinero:
No vale más que sea
El mezquino, y no yo, quien cabestréa?
Punto pongo a esta epístola, dictada
Tras ruinoso templete de Vacuna,
Por tu amigo, contento en su fortuna
Y a quien, excepto tú, no falta nada.

EP. I — 11

Quid tibi visa Chios.....

Qué tal te pareció la ínclita Samos?
Sarde, corte de un rey, Lesbos y Scío,
Y Esmirna, y Colofón, qué tales?.... ¡Vamos!

Son cual dicen, o más, Bulacio mío?
O menos? O no valen, juntas, nada,
A par del Tiberino campo y río?

De Atalo una ciudad tal vez te agrada?
O ya, de viajes y del mar cansado,
A Lébelo prefieres por morada?

Lébelo! Miserable despoblado
Más que Gabia o Fideno; y yo mi nido
En él, con todo, hiciera de buen grado,

Olvidando a los hombres, y a su olvido
Condenándome, y lejos, desde el puerto
Contemplando a Neptuno enfurecido.

Más dí, aunque de agua y lodo esté cubierto,
Quién se arraiga en posada, si viajaba
De Capua a Roma? Aunque de frío yerto,

Quién estufas y baños así alaba
Cual si ellas deparasen al deséo
Vida dichosa y la fortuna esclava?

Así el que padeció tormenta, creo
Que su nave no es justo que enajene,
Saltando en tierra allende el mar Egéo.

Si Rodas ni la hermosa Mitilene
Son buenas para un hombre salvo y sano,
Cual túnica ligera no conviene

En invierno, ni abrigos en verano;
Ni en brumal estación el Tibre frío,
Ni hornos en el calor de Agosto insano.

Mírete la fortuna sin desvío,
Y encómia desde Roma, en lontananza,
A Samos la gentil, Rodas o Scío.

Cosecha, grato al cielo y sin tardanza,
Momentos de placer y de alegría,
Y no a un año dilates la esperanza.

Vivirás bien viviendo con el día:
Si matar el afán que nos devora,
Cual puede la prudencia, no podría

Ciudad naval, de abierto mar señora,
Muda de clima, y no de sentimiento
Quien lejas tierras, navegando, explora.

Inquieta ociosidad nos da tormento
Haciéndonos rodar en coche o nave:
Aquí mismo, aun en Ulubre, el contento
Que buscas, halla quien vencerse sabe.

EP. I—13

Ut proficiscentem . . . . .

Despacio y muchas veces, Vinio mío,
Te lo dije al partir: darás a Augusto
Los libros que enrollados te confío,

Si bueno está y alegre, y tiene gusto
En pedirlos él propio. Yo no quiero
Que mis pobres poemas a odio injusto

Condenes, procediendo de ligero,
Como quien nada ve y a nada aguarda
Por echarla de activo mensajero.

Si el fardo de mis versos te acobarda,
Déjalo, antes que allá, do el paso guías,
Vayas a dar de hocicos en la albarda;

Que tu asnal àpellido así podrías
Recordar, y al festivo cortesano
Dar materia de risa en muchos días.

Ea, pues, pása monte, y río, y llano,
Brïoso, y cuando al término prescrito
Hayas llegado al fin triunfante y sano,

Como te dije acarrearás mi escrito,
No bajo el brazo el rollo acomodado
Cual rústico que carga algún cabrito,

O cual lleva ebria Pirria el copo hurtado,
O, cenando en plebeya compañía,
Sus pantuflas y gorro el convidado.

Ni dirás que sudaste en la porfía
De conducir a César un pulido
Volumen de discreta poesía

Que a par su vista halagará y su oído.
Adiós; sabes mis órdenes. ¡Cuidado
Con ir cabeceando de aturdido,
O faltar en un tilde a lo mandado!

—

EP. I—14

Al mayordomo de su labor.

Compara el poeta su firme afición al campo con el inquieto anhelar de su mayordomo, que ahora suspira por Roma.

Guardián del bosque y campo que risueño
A mí a mi libertad me restituye,
Para mí grande, a tu ambición pequeño;

Pues, aunque en sí familias cinco incluye,
Y cinco hombres de cuenta a Varia envía,
No tu injusto desdén se disminuye:

Quiéres, dí, que escardemos a porfía
Yo el alma, el suelo tú, y veamos claro
Quién va mejor, si el amo o la alquería?

En Roma me detiene el desamparo
De mi Lamia, que llora sin consuelo
La ausencia eterna del hermano caro.

Mas a ese monte, objeto de mi anhelo,
Mi espíritu impaciente, que franquéa
Interpuestos espacios, va de vuelo.

Feliz yo llamo al que se está en la aldéa,
Tú al ciudadano. Cada cual su suerte
Maldice, y esa misma otro deséa.

Todos culpan su estado, y nadie advierte
Que los males no deja en el camino
Quien de sí propio a huír también no acierte,

Mudo esclavo aspirante a campesino,
Con Roma, y baños, y teatro sueñas
Después que a lo que ansiabas te destino.

En mí de veleidad descubres señas?
Cuándo partir me viste sin enojos
Si algún negocio me arrancó a estas breñas?

Vemos las cosas con distintos ojos;
Y es tu opinión tan otra de la mía,
Que donde tú desolación y abrojos,

Amenidad hallara y alegría
Quien sintiendo cual yo, reputa feo
Lo que vistoso a ti se antojaría.

Espuelas pone a tu inquietud—lo veo,—
Del grasiento figón la perspectiva
Y apetito de torpe regodéo,

Y el que antes logre ahí, como nativa
Criar goma y pimienta forastera,
Que coger uvas quien la vid cultiva;

Mientras franca taberna aquí te espera,
Do beber puedes y bailar pesado
Al són que toque impúdica gaitera.

Ah! en vez de eso un terruño no tocado
De azadones, Horacio te comete,
Do ya buey suelto absorbe tu cuidado,

Ya en fatiga mejor te compromete,
Enseñar a crecido rïachuelo
A que el alzado malecón respete.

Disentimos los dos. Porqué? Dirélo.
Sabes que antaño tu señor solía
Toga fina gastar y ungirse el pelo;

Que Cínara de grado le admitía,
Para otros codiciosa, y él colmada
Copa empinaba desde el mediodía.

Una cena frugal ora me agrada.
Y conciliar sobre la grama el sueño
Al murmullo de fuente despeñada.

No el gozado placer miro con ceño;
Pero dejar conviene la partida
Con tiempo, y yo en dejarla mi hora empeño.

Allá en agreste soledad no anida
El odio insomne, ni la envidia medra
Que ponzoñosa muerde ajena vida.

Y aquella risa, en cambio no me arredra
Franca, con que me mira algún vecino
Sudando remover terrón o piedra.

Tú en Roma con el siervo mediastino
Quisieras compartir el ruin bocado
Que tasado a roer se da al mezquino;

Y él más cuerdo, te llama afortunado,
Y en el uso te envidia y el manejo
De la leña, del huerto y del ganado.

EP. I—15

A NUMONIO VALA

Quae sit hyems......

Pídele noticias sobre el clima y condiciones generales de Velia y de Salerno, porque allá, y no ya a Bayas, ha de ir a tomar baños.

Pregunta también por las comodidades que aquellos parajes puedan ofrecerle, dado que, no contento con mejorar de salud, desearía vivir agradablemente; y con una anécdota, explica su modo de desear con arreglo a las circunstancias.

Cuánto es crudo el invierno
De Velia, cómo el clima de Salerno,
Amigo Vala, quiero que me cuentes;
Y el camino qué tal?; qué tales gentes....?
Pues sabrás que no voy cual otros años
De Bayas a los baños
Que Musa desestima;—
Sin que obediencia al médico me exima
De que aquellos vecinos con enojo
Miren que en medio de estación tan cruda
Frío raudal para bañarme escojo.
Moléstales sin duda,
No sin razón, que gentes enseñadas
A sus grutas umbrosas
Y a sus cálidas aguas afamadas
Contra dolencias crónicas nerviosas,
Ya intrépidas en Clusio a chorro helado,
Cabeza o vientre someter prefieran
Ya en el desabrigado
Campo de Gabios solazarse quieran.

—

EP. I—16

Ne perconteris....

Para que en adelante, Quintio amigo,
No más sobre mis campos me preguntes
Si con olivas o arbustivas parras
Me enriquecen, o frutas me producen,
Bien es que de su sitio y de su forma
Satisfactoria relación escuches.

En la imaginación una cadena
Figúrate de montes que interrumpe
Valle profundo: la derecha siempre
El sol le dora con temprana lumbre
Y la izquierda le baña en rayos tibios
Cuando su carro en Occidente se hunde.
El clima es de encantar.—Y pues, en grupos
Arboles imagina que se cubren
De cerezas retintas y ciruelas:
Robles, carrascas que a distancia lucen
Y a su dueño con sombra dilatada
Y con sustento al ganadillo acuden.
Creyeras que los bosques de Tarento
Yo me hubiese robado. Alegre bulle
Fuente que respetable al rïachuelo
Hace con cuyas aguas se confunde.
El claro río que la Tracia riega
No será que en frescura sobrepuje
Ni en transparencia su caudal modesto.
Además, acredítase salubre
Contra males de vientre y de cabeza.
A este retiro atribuír no dudes
La salud que conservo en el otoño:
Retiro ameno y para mí tan dulce.

Por lo que mira a ti, feliz te creo
Si eres ni más ni menos cual presumen:
Feliz há tiempo te proclaman todos.
Mas temo que del alma el bien gradúes
Por lo que dicen, no por lo que sientes,
O que dicha posible te figures
Sin que prudencia y probidad la formen.
Temo que, como el pueblo conceptúe
Que de salud rebosas, sus hablillas
Te halaguen y la fiebre disimules
Hasta que en medio del festín, beodo,
Tiemblen tus manos y tu mal denuncien:
Ay! cuántas veces el pudor las llagas
Hace incurables que insensato encubre!

Si a adular tus orejas ocïosas
Llega alguno, y victorias te atribuye
Terrestres y navales, y te dice:
«Jove supremo que te guarda y une
«Con tu vida la gloria de tus pueblos,
«Permita que por siempre se dispute
«Si más tú los amaste o más te amaron»;
Será que en tales frases se te oculte
De Augusto la alabanza? Y si te aclaman
Probo y veraz, que responder te cumple

En tu nombre ¿porqué a juzgar te atreves?
Pláceme, te confieso, que me encumbre
Por honrado la fama; mas no olvido
Que el público quitarme cuando guste
Puede lo que hoy me brinda, cual los fasces
Quita al que indigno de llevarlos juzgue.
Da lo prestado, me dirá. Darélo,
Triste si usarlo como tal no supe.
Lo mismo, aunque ladrón, incestüoso
Me apellide ese público, o me acuse
De que a mi padre ahogué con impio .azo,
No es razón que me enroje ni me angustie.
Allá el vicioso vano y aparente
Tema dicterios y lisonjas busque!

Quién pues es hombre honrado? El que respeta
Del Senado la voz, y las costumbres
Y la sagrada ley? que porfïadas
Dificultades zanja, y restituye
Siempre la paz con desplegar los labios?
Mas su casa y vecinos sus virtudes
Mejor conocen, y quizás le tengan
Por alma vil que de alba piel se cubre.

—No hurté ni me fugué, dice mi esclavo.
Respondo:—Pues no temas que te zurre.
—Nunca di muerte—No serás de aquellos
Que cuervos ceban sobre tristes cruces.
—Luego soy bueno y virtüoso.—A espacio!
Lobos, milanos, gavilanes huyen
De sus presuntas víctimas, apenas
Que andan trampas ocultas conjeturen.
Porque ama la virtud no peca el bueno,
Tú, sólo por temor. Fueses inmune,
Lo profano y lo santo allanarías,
Pongo que de entre mil sólo me hurtes
De habas un modio: no te justifica
El ser leve la pérdida que tuve.

Así aquel a quien dije que los jueces
Y el pueblo miran cual varón ilustre,
Cuando un buey sacrifica, o ya un verraco,
Invoca a Apolo y hace que retumbe
Su voz; mas por lo bajo, temerosa
De que alguien oiga «ruégote» balbuce,
«Bella Luverna, que me ampares siempre:
«Consérvame de justo y santo el lustre,
«Mis crímenes sepúlta en negra noche,
«Y mis fraudes envuélve en densa nube.»

En qué es mejor, más libre que un esclavo
Quien se inclina ruin como columbre
Algún as en el suelo, y al cogerlo
Ve que clavado está, saber no pude;
Pues quien codicia, teme, y el que vive
Temblando, anda sujeto a servidumbre.
Ni a un prisionero has de matar, si puedes
Venderlo como esclavo, y él ser útil:
Que trabaje! rebaños apaciente,
Campos are; o trafique, y mares cruce
En medio del invierno; o provisiones
Acarree, y trajine siempre y sude.

Hombre de bien yo llamo y varón sabio
A quien, llegando la ocasión, no excuse
Hablar así:—Pentéo, oh rey de Tebas!
Conque afligir mi espíritu presumes?
Te quitaré tus bienes.—Si ganados,
Tierras, muebles, dinero constituyen
Nuestros bienes, despójame en buen hora.—
Te entregaré a un verdugo que te abrume
Con cadenas.—Al punto en que yo quiera
Vendrá potente a libertarme un Numen.—
Esto es, «sabré morir.» La muerte es raya
Final: todo allá va, y allá concluye.

EP. I—17

Del trato con los grandes. Motivos de dejar la corte y de seguirla. Paralelo entre la filosofía acomodaticia de Aristipo y las arrogantes excentricidades de Diógenes. Arte de cultivar el favor de los poderosos.

Bien a ti propio, oh Sceva, te aconsejas,
Y sabes con los grandes bandearte;
Más algo todavía
En tal difícil arte
Aprender puedes si enseñar te dejas
Por este humilde amigo.—Cómo! Un ciego
Sirviéndonos de guía!
—Oyeme en paz, te ruego,
Y vé si en lo que digo alguna idea
Pescas tal vez que aprovechable séa.
Amas blando reposo
Y dormir con el fresco matutino?
El polvo y el contino
Estrépito de ruedas te molesta?
La taberna te apesta?
Pues marchar te receto a Ferentino.

A bien que la ventura
Monopolio no fue del poderoso,
Y mortal hubo que pasó dichoso
Con oscuro vivir y muerte oscura.
Mas si útil a los tuyos ser te agrada
Y aun mejor trato dar a tu persona,
Enjuto acúde al que en riquezas náda.

Si aprendiese a comer, cual yo, verdura
Aristipo a los reyes no siguiera.
Y si a los reyes manejar supiera
Como yo los manejo,
Su insípida hortaliza
Desechara el que a mí me satiriza.—
Cuál de estos pareceres,
Cuál de uno y otro proceder prefieres?
Cálla, y yo he de decir (que soy más viejo)
Porqué la preferencia
Merece de Aristipo la sentencia.
Así cuentan que él mismo
De Diógenes burló el mordaz cinismo:
«Yo soy mi adulador, tú de la plebe;
«Más justa es mi conducta y más honrosa,
«Si yo homenajes a rendir me obligo,
«Que caballo me lleve
«Y me sustente rey así consigo.
«¡Y tú, que te envaneces
«De que no has menester ninguna cosa,
«Por debajo te quedas, vil mendigo.
«Del mismo que te da groseras heces!»
A todo aspecto, y condición, y forma
Fácilmente amoldábase Aristipo;
Aspiraba tal vez a excelso tipo,
Sin repudiar de la ocasión la norma.
No así el que abraza sufrimiento triste
Y envuelto vive en su doblada capa:
Si cesan de la suerte los favores,
Mal sabrá acomodarse a sus rigores.
Prudente aquel no atrapa
Purpúrea vestimenta,
Antes según las circunstancias viste,
A concurridos pórticos asiste
Y uno y otro papel bien representa.
Mas éste de opulenta
Clámide de Mileto,
Cual de víbora o perro, huye con susto:
—Si no me dais el sayo burdo mío,
Me he de morir de frío.—
Dénselo, y que el ruin viva a su gusto.

Tener mando supremo, y gentes fieras
Mostrar en pos del carro de victoria,
Vale alzarse a las célicas esferas
Y compartir de Júpiter la gloria.
Empresa, y meritoria
Es ganar de los grandes la alta estima;
No a Corinto feliz cualquiera arrima.
Quien teme mal suceso
Rezagado sentóse en el camino.
Sea en buenahora. Y se dirá por eso
Que valor no empleó sino fortuna
El que a la meta deseada vino?
O es esta la cuestión, o no hay ninguna.
Llega un hombre y no prueba
La carga a levantar que abrumaría
Su raquítico aliento y cuerpo enano;
Viene otro, álzala en hombros, se la lleva.
O es sólo la virtud un nombre vano,
O el que intrépido esfuerzos no perdona
Merece el premio y la triunfal corona.
Más logra el que en presencia
Del rey, de su pobreza nunca chista,
Que el que a ruegos y quejas le incomoda.
De tomar con violencia,
Recibir con decoro, leguas dista;
Y el secreto aquí está y el arte toda.

«Tengo a mi madre anciana
«En la miseria, y sin dotar mi hermana;
«Mi predio ni se vende
«Ni da de qué vivir.» Ha dicho claro,
Quien habló de esta suerte, «Dadme amparo.»
Y otro le ha oído y chilla:
«Subdivídase el dón que éste pretende,
Y alcánceme también mi partecilla.»
Al cuervo, si callara
Atento a la rapiña,
Tanto más de la presa le tocara
Cuanto menos de envidias y de riña,
A brindis convidado marcha alguno
Tal vez, o a la amenísima Sorrento,
Y a maldecir empieza descontento
El llover importuno,
El frío, los tropiezos del vïaje,
Roto el cofre, robado el equipaje.
Así, sandio recuerda
La sabida artimaña
De mujerzuela vil que hurtados llora
Ora el collar, los brazaletes ora,

A punto que después, cuando algo pierda,
Y en llanto se convierta verdadero
Su lagrimosa charla
Nadie quiera escucharla.

Ni el que una vez cayó en el lazo, cura
Sacar de atolladero
Al perillán de pie descoyuntado,
Que en vano mucha lágrima derrama
Y por Osiris sacrosanto jura
«Creedme, no me burlo,» en vano clama;
«Hombres crüeles! levantad a un cojo!»
—«Al que no te conozca ¡marrullero!»
Grúñenle acá y allá voces de enojo.

—

EP. I—18

A LOLIO

Nobilísimo Lolio, te conozco
Y sé que cuando amigo en ser te gozas
Papel de adulador hacer no sabes.
Como en todo discrepa la matrona
De la vil cortesana, así el amigo
Del infiel lisonjero dista. Hay otra
Manía y es peor, que a esta se opone:
La rústica aspereza, burda, bronca,
Que la rapada piel y negros dientes
Cual títulos presenta que la abonan,
Y so capa de simple independencia
Verdadera virtud de ser blasona.

—

EPÍSTOLA XIX

A MECENAS

De la originalidad de la poesía. Ridiculiza a los que remedan a los poetas creyendo imitarlos. Gloríase de haber sabido conciliar la originalidad en los asuntos y en el modo de tratarlos con la imitación métrica de ciertos modelos. Agradece el aprecio que le dispensan los hombres bien educados y satiriza a los que en público afectan despreciarle.

Si al antiguo Gratino
Crédito hemos de dar, docto Mecenas,
No gustarán ni se abrirán camino.
De abstinente escritor las cantilenas,
Después que reclutó poetas Baco,

Que hiciesen, porque el seso tienen flaco,
A sátiros y faunos compañía,
Ya las dulces Camenas
A vino olieron en rayando el día.
Pues canta el vino, bebedor fue Homero,
Y aun Enio venerable no escribía
Heroicos versos sin beber primero.

«Hombre sobrio y aguado
«Que al Foro vaya y de Libón al pozo;
«No cante quien se niegue al alborozo,»
No bien la hube sacado,
Los poetas que oyeron tal sentencia,
Copas a competencia
Dedícanse a empinar la tarde toda,
Y amanecen también con voz beoda.
Y qué? Porque ceñudo,
Con toga estrecha y burda y pie desnudo,
Este a Catón remeda
Hecho un Catón en las virtudes queda?
Cierto Jarbita reventó de rabia
Porque intentó la labia
Emular de Timágenes urbano
Con torpe lengua y con esfuerzo insano.
Modelo que defectos ver permite,
Perderá a quien le imite;
Yo sé que algunos a tomar se dieran
Desangrados cominos, si mi cara
Pálida alguna vez ponerse vieran.
Remedadores! ah! servil pïara!
Cuántas veces mi bilis ha movido,
Y mi risa también, vuestra algazara!
Por no usado sendero
Yo llevé mis pisadas delantero;
No en huella ajena se estampó la mía.
Quien fe tuvo en sí propio, enjambres guía.
Yo en el Lacio introduje el patrio yambo;
Do el ritmo, el movimiento
De Arquíloco imité, no el argumento,
No las palabras con que hirió a Licambo.
Si seguí de sus versos la mensura,
No pienses que eso achica
El lauro que a mi frente se adjudica.
También su musa la viril Lesbiana
A los metros de Arquíloco atempera;
Y a emplearlos se allana
Alceo, pero no sin que difiera
En asunto y manera:
Ni le verás con negro

Baldón manchar al suegro,
Ni en sátira famosa
Echar dogal al cuello de la esposa.
Su estrofa peregrina
Que antes nadie imitó, yo osé el primero
Trasladar a la cítara latina;
Y ya me regocijo
Porque tales creaciones presentando,
De gente culta las miradas fijo
Y codiciado entre sus manos ando.

Si ahora saber se quiere
Porqué hay algún lector ingrato, injusto,
Que a sus solas mis obras ve con gusto,
Y mis obras en público zahiere,
Responderé, Mecenas,
Que de la plebe los livianos votos
No compro dando cenas,
Regalando vestidos medio rotos;
Y bien que oyente y defensor me cuento
De todo buen escrito,
Cátedras no frecuento
Y corros de gramáticos evito.
De aquí que alcen el grito;
Y si he dicho tal vez: «Yo no me atrevo
«Ante denso auditorio
«A quien respeto debo,
«A recitar mis versos, ni me agrada
«Negocio grave hacer de una nonada.»
«Te burlas,» salta el otro, «los destinas
«Orejas a halagar semidivinas;
«Que poéticas mieles atesoras
«Tú solo, ya imaginas
«De ti solo te pagas y enamoras.»

Yo, sin hacer un gesto,
Que a cortante arañazo fuera expuesto,
«Cómodo aquí no estoy,» sólo farfullo,
Y pidiendo licencia, me escabullo;
Que una broma en disputa se convierte,
Y disputa encrespada ardor respira,
Y nacen de la ira
Fieras enemistades, guerra a muerte.

—

EP. I—22

A su libro.

Monteja a su libro de impaciente; anúnciale burlando los destinos que le esperan; y le instruye de las noticias que ha de dar a lectores curiosos acerca del autor.

Paréceme que a Jano y a Vertumno,
Libro mío, conviertes ya el semblante,
Y que alisado por la pómez quieres
De los Socios lucir en los estantes.
No a ti, los que al modesto,
Gustan sellos ni llaves;
Quejoso estás si te manejan pocos,
Y reunïones públicas aplaudes.
No tal; yo te crié. Véte si quieres;
Nunca podrás retroceder si partes.
«Qué hice, menguado? Qué esperé, mezquino?»
Te dirás cuando alguno te maltrate,
O sientas que en brevísimo volumen
Fatigado el lector vuelve a enrollarte.
Si enojo de tu culpa
A error no induce al vate,
Profetízote yo que, en Roma, oh libro!
Grato serás mientras la edad te pase:
Callando cebarás sorda polilla
Cuando vil manoséo ya te gaste,
O a Utica o a Ilerda
Atado harán que marches.

El que fue desoído consejero
Entonces a tu costa reiráse,
Como aquel que a su asnillo inobediente
Ayudó, airado al fin, a despeñarse.
Al que en rodar se empeña
Quién se empeña en salvarle?
Y te anuncio también que tartamuda
Ancianidad te llevará a distante
Escuela, a que los niños
En ti a leer se ensayen.
Si el sol con rayo tibio en torno tuyo
Numerosos oyentes ver te atrae,
Cuéntales que yo tuve
Un liberto por padre,
Y que saliendo del estrecho nido
Crecidas alas extendí en los aires.
Cuanto a mi alcurnia quites,
A mi virtud añade;

Díles que en paz y en guerra bien me estiman
Los varones de Roma principales;
Me pintarás en suma,
De talla exigua, y antes
De tiempo encanecido; a soles hecho;
Pronto al enojo, y de calmarme fácil.
Y si alguno pregunta
Mi edad, «siendo, dirásle,

«Cónsules Lolio y Lépido, diciembres
«Cuarenta y cuatro más cumplió cabales.»

EP. II—1

Cum tot sustineas

Cuando tántos negocios y tan graves,
César, tú solo sobre ti sustentas,
Tú que los fueros de la Patria sabes
Con armas defender, y al par cimientas

En justas leyes el poder latino
Y con costumbres su esplendor aumentas,

Si escribiéndote usara de contino,
Tiempo robar que tánto bien produce
Rayara en criminal mi desatino.

Rómulo y Baco, Cástor y Poluce,
A quien ya en la región de las edades
La fama de sus hechos introduce,

Cuando honraban agrestes soledades
Y a reprimir selváticos furores,
A partir campos y a fundar ciudades

Dedicaban desvelos bienhechores,
Tuvieron que sentir que mal supiera
Corresponder el mundo a sus favores,

Aquel dominador de la hidra fiera
A quien labró privilegiada suerte
De inmortales trabajos la carrera,

Con su propia experiencia nos advierte
Que ninguno a la envidia acechadora
Podrá, sino muriendo, darle muerte.

Al vulgo vil la irradiación devora
De aquel que sobre todos se levanta,
Y a este mismo, en muriendo, se le llora.

Mas a ti en vida bienhechor te canta
Con sazonada admiración la pura
Gratitud de tu pueblo, y ara santa

Te erige, y por tu nombre en ella jura.
Y admitimos que igual varón la historia
No vio, ni le verá la edad futura.

Mas un pueblo que sabe a la memoria
De varones de aquí como de Grecia
Justo y prudente anteponer tu gloria,

Del propio modo lo demás no aprecia.
Y escritos que los lindes no salvaron
Del espacio y del tiempo, menosprecia.

Las tablas en que leyes compilaron
Los graves decenviros; pergaminos
En que romanos príncipes pactaron

Con los gabios y rígidos sabinos;
Y pontificios libros y confusas
Producciones de antiguos adivinos,

Cosas son que, por rancias, hay ilusas
Gentes que piensan que en el monte Albano
Dictadas fueron por las sacras musas.

Si, porque es lo mejor lo más lejano
En Grecia, infieren que de igual manera
Se ha de trazar el mérito romano,

No hay más cuestión; tanto decir valiera
Lo del refrán, que «ni por dentro dura
Es la aceituna, ni la nuez por fuéra,»

O que, pues llega Roma a inmensa altura,
También atrás a los aquivos deja
En pugilato, en música y pintura.

Si, como el vino, la poesía añeja
Es mejor, ¿cuántos años nada menos
Hacen a una obra a un tiempo buena y vieja?

Versos que un siglo cumplan, ya son buenos?
O han de tenerse aún como de ogaño
Y, por lo mismo, de importancia ajenos?

Fíjese—y pleitos no haya—el aledaño,
—Bueno es y antiguo autor el que completa
Un siglo.— Y si le falta un mes o un año

Para tocar la codiciada meta,
Llevará en nuestra edad y en la siguiente
Nombre de ilustre, o de infeliz poeta?

Ese tal a quien falte solamente
Un mes o un año, anticipado el fruto
Recoja, y entre antiguos se le cuente.

—La rebaja ampliaré, no la disputo,
Y como aquel que sin tirón violento
Cerda a cerda arrancó la cola a un bruto,

Otro año y otros quitaré de ciento,
Y, cual fofo montón se desmorona,
Así verá deshecho su argumento

Quien fechas cita, y mérito pregona
Unico el que a los años es debido
Y a cuanto honró la parca himnos entona.

Enio, el sabio varón, el aguerrido,
A quien, conformes, de segundo Homero
Los críticos conceden apellido,

Parece no cuidar del paradero
De sueños ajustados al sistema
Que acreditó Pitágoras primero.

Quién lee a Nevio? Mas caer no tema;
Fresco en boca del vulgo vive y crece,
Que así hace la vejez santo a un poema!

Controviértese cuál de dos merece
Más loa? De más docto alcanza fama
Pacuvio, más sublime Accio aparece.

Compite Afranio en el togado drama
Con Menandro; en la acción Plauto es vehemente
Y émulo de Epicarnio se le aclama.

Terencio artista osténtase eminente,
Grave Cecilio. En reducida escena
Va a éstos densa a aplaudir Roma potente.

A éstos estudia, y de ufanía llena,
De Livio acá, cual genios superiores
A éstos aplaude, a los demás condena.

Atinar suele el pueblo, y en errores
Cae también. No es justo ni discreto
Si, honrando a los antiguos escritores,

Piensa que nadie nunca igual respeto
Ha de alcanzar. Mas si el estilo duro,
Este término flojo, otro obsoleto,

Censura en ellos como yo censuro,
Aplaudiré su fallo justiciero,
Y que Jove lo aprueba esté seguro.

Ni a Livio he de increpar, ni que ardan quiero
Versos que me dictó, cuando era niño,
Orbilio, el pedagogo aquel severo;

Mas lo ciego me aturde del cariño
Con que de excelsa perfección rayano
Juzgan muchos su tosco desaliño.

Qué vale acá y allá verso galano?
Rara expresión feliz qué significa
Perdida en un conjunto chabacano?

Confieso yo que a indignación me pica
Ver que no por descuidos y borrones,
Mas por nuevo, un escrito se critica,

Y que en favor de añejas producciones
No la indulgencia piden que se debe,
Sino cumplido aplauso y galardones.

Si digo que no sé si bien se mueve
De Atta el enredo entre arrayán y flores,
«Quién sin pudor a reprender se atreve,»

Al punto gritarán los senadores,
«Lo que ya Roscio docto, Esopo grave,
Al público ofrecieron como actores?»

Y de este proceder está la clave
O en ser común, que sin ponerlo en tela
De juicio, lo que gusta eso se alabe,

O en que a uno caminar en pos le duela
De gente moza, y confesar que anciano
Debe olvidar lo que aprendió en la escuela.

Cuando en himnos de Numa alguien ufano
Me asegura que él sólo desentraña
Lo que yo en vislumbrar me esfuerzo en vano,

Ni ése a los muertos honra, ni me engaña;
Contra escritores que vivimos, ése
Maléfico alimenta envidia y saña.

Si este horror a lo nuevo en Grecia hubiese
Privado como aquí, ¿qué libro habría
Que antiguo ahora y traqueado fuese?

Cuando Atenas tras bélica porfía
Pudo terciar a do el placer nos llama,
Robándole el reposo la energía,

Al jinete veloz entonces ama,
Premia los lances del atleta fuerte,
Ora aplaude la música, ora el drama;

Al que en vivas imágenes convierte
El marfil, bronce o mármol, galardona,
O rostro y alma fija en cuadro inerte,

A manera de niña juguetona
Que a la nutriz versátil importuna
Y, gozado un capricho, lo abandona.

No enfada o place siempre cosa alguna:
En Grecia introdujeron modas tales
Más holgado vivir, mejor fortuna.

Mudanzas Roma nos presenta iguales:
Solían madrugar nuestros pasados
A despachar en casa muy formales,

Resolviendo tal vez como letrados
Las consultas de actor en civil juicio
O dineros prestando asegurados.

De ancianos aprendió garzón novicio
Y a mozos enseñó varón de seso
A acrecer el caudal, a huír del vicio.

Esta generación no piensa en eso;
Otro género adquiere de aficiones
Y son las Musas su único embeleso.

Con mozuelos al par graves varones,
De parnáseo laurel la sien ceñida,
Cenan, y versos dictan a montones.

Yo propio, que ni un verso haré en mi vida
Juro, y cual la del Parto, incontinente
Resulta mi promesa fementida;

Pues no ha salido el sol por el Oriente,
Cuando a impulso de métrica manía
Recado de escribir pido impaciente.

En labrar artefactos no porfía
Quien de oficios no entiende, el mar respeta
Quien regir una barca no sabría,

Sólo el médico antídotos receta;
Mas se hacen versos hoy por arte infuso,
Y el zafio, como el docto, es ya pöeta!

Pues este mismo extravagante abuso
Si por justas razones se condena,
Como inocente inclinación lo excuso.

El pöeta del mundo se enajena,
En sus versos absorto: a servidumbre
No la dura codicia le condena.

Desplómase incendiada la techumbre?
Huyen sus siervos? arruinado queda?
Nada espanto le causa o pesadumbre.

No en fraude infame al compañero enreda,
No al pupilo: legumbres, pan grosero,
Come, y la cuita su festín no aceda.

No a la salud común, por mal guerrero,
Inútil fue: lo humilde a lo eminente,
Sirve, la blanda lira al fuerte acero.

El labio de los niños balbuciente
Educa el vate, y su atención aleja
Del halago de plática indecente.

Con süaves preceptos aconseja
Y al joven corazón desembaraza
De airado arranque, de envidiosa queja.

Nobles acciones como ejemplo traza,
Con que al oscuro porvenir nos guía;
Al enfermo y al mísero solaza.

¿Dónde sus himnos a aprender iría
Cándido niño, virgen inocente,
Si maëstro no diese la poesía?

Por él propicia a la deidad presiente
El blando coro; que su lluvia envíe
Al cielo ruega en plática elocuente,

Y hace que la epidemia se desvíe
Y huya la nube de temibles males:
La paz florece, la abundancia ríe.

Aplácanse en favor de los mortales
Por el canto, los dioses superiores,
Por el canto, los manes infernales.

Frugales y fornidos labradores,
En el descanso la esperanza puesta,
Trabajaban en paz nuestros mayores.

En los días holgábanse de fiesta
(Habiendo en trojes recogido el grano)
Con prole, y mozos, y la esposa honesta.

Con un puerco a la tierra, al buen Silvano
Con leche propiciaban, y con flores
Al Genio, anunciador de fin temprano.

De fesceninos versos voladores
Empezó a usar el rústico labriego,
Y hubo en métrica lid competidores.

Tornó cada año el inocente juego,
Pero trocado en áspera diatriba,
La paz de las familias turbó luégo.

Quejóse del furor de la invectiva
Aquel a quien mordió, y al par con ese
Temióla a quien tal vez no fue nociva;

Y defendiendo el público interese
Vedó una ley la licenciosa vena
Y conminó al que sátiras hiciese.

Calló el atrevimiento por la pena
Y sacó a plaza el vate campesino
Festivo cuento y alabanza amena.

Venció al agreste vencedor latino
Grecia, ya inerme, con sus artes bellas
Que ahuyentaron el verso libertino.

Gusto más puro se formó por ellas,
Pero del siglo de Saturno rudo
Quedaron, y aun se advierten hoy, las huellas.

Sólo cuando cesó el furor ceñudo
De las contiendas púnicas, tranquilo
Desvolver libros el romano pudo.

Tarde entonces gozó del griego estilo,
Y trasegó el recóndito tesoro
De Sófocles, de Tespis, y de Esquilo.

Sacar de minas áticas el oro
Quiso, y digno el ensayo halló de estima,
Que nervio tuvo y a la par decoro.

El trágico romano audaz sublima
El vuelo; pero impídele funesta
Preocupación ejercitar la lima.

Dicen que hacer comedias nada cuesta,
Porque de asuntos el autor dispone
Fáciles, que el común vivir le presta;—

Antes mayor trabajo aquello impone
Donde menos del publico se aguarde
Que las faltas benóvolo perdone.

¿Consigue Plauto que sus partes guarde
Viejo avaro, rufián de insidias lleno
Liviano joven que en amores arde?

Qué mal el zueco se calzó Doseno!
Cómo saca en la escena a cada paso
Cien parasítos a engullir sin freno!

Que en pie su obra persista, o con fracaso
Sucumba, qué le importa? él sólo anhela
Que no resulte el beneficio escaso.

Al que en el carro de la gloria vuela,
Y a los triunfos escénicos convierte
La punzante ambición que le desvela,

Cansado espectador le da la muerte,
Atento espectador le da la vida,
Y un capricho decide de su suerte.

No al teatro iré yo, si a la salida
Flaco he de estar, negados los honores,
O rollizo, la palma concedida.

Gentes que son en número mayores
Y valen menos por virtud y ciencia,
Acobardan también a los autores.

¡Qué estólida ignorancia y qué insolencia!
Prontos, si noble espectador disiente,
Con golpes a probar su prepotencia,

Interrumpen el acto de repente
Para que salga un púgil, u oso fiero,
A divertir a la menuda gente.

Cesa el gusto de oír del caballero
Y empieza el de mirar revueltas cosas
A los inciertos ojos lisonjero.

Por cuatro horas y más salen vistosas
Tropas a pie, a caballo, el arma al cinto,
Algún cautivo rey que lleva esposas;

De carros y literas laberinto;
Bajeles apresados, y a porfía
Bronces, marfil, despojos de Corinto.

Si viviese Demócrito hoy en día,
Viendo un camello allá, mitad pantera,
O un albino elefante, reiría.

Mas con menos razón la híbrida fiera
Que el que en ella alelado mientes pára,
Peregrino espectáculo le diera:

Cuanto al mísero autor, se imaginara
Que dirige su fábula a un jumento
Sordo, en medio de horrísona algazara.

¿Qué voz a dominar el movimiento
De un pueblo alborozado, semejante
A selva hojosa o mar que agita el viento,

Cuando palmas batiendo, al comediante
Saluda que en las tablas gallardéa
Con extranjeras galas deslumbrante?

—Ha hablado?—Nó.—Porqué se palmotéa?
—Porque el manto de lana que trae puesto
Con tintes de Tarento se hermoséa.

Si comedias no escribo, no por esto
Al que las hace superiores, pago
Tributo a medias con maligno gesto;

Antes reputo que se acerca a mago
Y que sabrá en el aire, si lo pruebas,
Sobre un hilo danzar, quien tánto halago

Dio a una ficción, y sensaciones nuevas
Le infunde de terror o simpatía
Ya a Atenas trasladándome, ora a Tebas.

Si quieres la apolínea librería
De obras dotar, y de alas al que trate
Del florido Helicón la áspera vía,

También tu protección dispensa al vate
Que se confía a juzgador secreto,
No a espectador que injusto le maltrate.

Solemos los poetas al respeto
Faltar acaso y cometer sandeces
(Ya ves que por mi campo el hacha meto)

O estés de afán o a descansar empieces
Elegimos ingrata coyuntura
Para enviarte un volumen; otras veces

Si algún amigo un verso nos censura,
Saltamos, y nos duele que las gentes
El primor y exquisita contextura

No estimen de los trozos más valientes:
A recitar entonces lo leído
Volvemos, aunque rabien los oyentes;

Y esperamos, en fin, que si el ruído
De los versos que hacemos vuela, y pasa
El rumor encomiástico a tu oído,

Nos llamarás al punto, y nuestra escasa
Hacienda acrecerás con larga mano
Y escritores seremos de tu casa.

Debes ya con acierto soberano
Elegir tus cantores y cronistas
Como custodios de inviolable fano.

Canten ellos tus bélicas conquistas
Y virtudes pacíficas, no el coro
Maldito de famélicos versistas.

Con gruesa suma de filipos de oro
De Chérilo los métricos borrones
Premió el Magno Alejandro, y fue desdoro.

A ensuciarte con tinta no te expones
¿Y a un astroso juglar dejar podrías
Que manche, no tus dedos, tus blasones?

Aquel mismo que atroces poësías
Caras compró, de artífices noveles
Por edicto enfrenó las valentías:

Sólo, en bronce, a Lisipo, en tabla a Apeles
Permitido les fue sacar del busto
Del grande emperador traslados fieles.

Tratando de artes, refinado el gusto
Fue del guerrero macedón; probólo
Aquel edicto, si severo, justo,

Mas era su opinión, cuando de Apolo
Juzgaba a los alumnos mal concilio,
De rudo beociano digna sólo.

Tú, amigo trato y dadivoso auxilio
Que al par tu juicio y corazón revela,
Has dispensado a un Vario y a un Virgilio.

Y aciertas, que si fija bronce o tela
El aspecto exterior de los varones,
La Musa ahonda y lo interior modela.
Bien quisiera dejarme de razones
Que andan rastreras, y esforzando el vuelo;
Celebrar tus magnánimas acciones:

Las torres levantadas hasta el cielo
Sobre los montes; sojuzgado y llano
Con tus auspicios el indócil suelo;

En honor de la paz cautivo Jano;
El Parto, siendo tú nuestro caudillo,
Escarmentado del poder romano.

Pero no admite soberano brillo
Canto humilde: me mido, y te respeto,
Y en mi cerco prudente me encastillo,

Suele oficioso servidor inquieto
Dañar, y más cuando a la Musa invoca
Por ser a su patrono más aceto;

Que a cualquier rasgo que a reír provoca
Más que otro que de encomio digno sea,
Gusta, y se aplaude, y va de boca en boca.

¿Qué gano con que el público me vea
En mal busto de cera figurado,
O en versos necios mi alabanza lea?

No quiero, de infeliz cantor al lado,
En andas ir allá donde venales
Se envuelven en papel desestimado
Drogas, incienso, especias, cosas tales.

EPISTOLA DE HORACIO

A LOS PISONES SOBRE EL ARTE POÉTICA

(Traducción hecha en el mismo número de versos del original).

Si a humana faz cerviz de potro uniese
Un pintor, y adornando con diversas
Plumas miembros discordes, en horrible
Pez terminase lo que dama hermosa
Comenzó a ser, ¿la risa contuvierais
Llamados a juzgar? Tal es, Pisones,
Obra que aúne ideas cual ensueños
De enfermo absurdas, ni uniforme lleve
Principio y fin.—Mas atreverse a todo
De pintores es fuero y de poetas!
Lo sé: fuero que a un tiempo otorgo y pido
Como horror y belleza no hermanemos,
La sierpe al ave ni el cordero al lobo.

Tras largo exordio que promete mucho,
Púrpura alguno que a retazos luzca
Zurce, ya el bosque y templo de Dïana,
Ya el iris pluvïoso, el Rhin describa,
O un arroyo entre flores serpenteante:
Mas no era allí el lugar. Ni, a qué cipreses
Pintas, si verse náufrago, perdido,
Quiere el que paga el cuadro? a que del torno
Sale un jarro, si una ánfora empezaste?
Toda obra, en fin, sencilla y una sea.

¡O padre y dignos hijos! Burlar suelen
Del bien las apariencias al poeta:
Por ser breve, es oscuro; o de elegante,
Frío y sin nervio: elévase y se hincha;
O euros teme, y seguro asaz, ratéa.
¿Variar un tema a maravilla quiere?
Peces pinta en el bosque, en el mar ciervos:
Sin arte, huír de un vicio es dar en otro.
Por la escuela de Emilio hallar es fácil
Quien labre uñas en bronce y sueltos rizos,
Sin que artista feliz, un todo ordene.
No más poeta de esa catadura
Me halaga ser, que con nariz deforme
Mostrar cabello negro y negros ojos.

Sus fuerzas mida el escritor: de espacio
Pruebe qué alcanzan a llevar sus hombros

Y qué no.—Quien asunto escoger supo,
Facundia ostentará, lucidez y orden.
Del orden, a mi ver, la fuerza y gracia
Consiste en aducir lo que es del caso,
Para luégo aplazando lo accesorio.

Si versos haces que se esperan, cuerdo
En la elección de voces, cuál apaña,
Cuál deja: bien escribe el que remoza
Gastadas voces con enlace astuto.
¿Nueva idea te exige un nombre nuevo?
Lo que no oyeron los cetegos rancios
Te es lícito forjar, mientras no abuses;
Y la flamante voz tomará vuelo
Si de origen es griego y bien la amoldas.
¿Porqué lo que Cecilio o Plauto pudo,
Vario o Virgilio nó? Si al patrio idioma
Que algo acarree yo ¿será mal visto?
Lícito ha sido, y lo será, con sello
Nuevo acuñados emitir vocablos;
Que cual las hojas de que el año al bosque
Desnuda o viste, los vetustos caen,
Medran los juveniles y enverdecen.
Pasa el hombre y sus obras! Ya cautivo,
Obra de un rey, abrigue el mar las flotas;
Ya inútil lago que azotaban remos
Sienta el arado y la comarca abaste;
Ya el río aciago a Ceres, cauce y senda
Se abra mejor, cuanto es del hombre, muere:
¿Y las gracias del habla durarían?
Renacerán muchos vocablos; otros
Que hoy privan, morirán, si place al uso,
Legislador y norma del lenguaje.

Cuál verso a hazañas de héroes y de reyes,
Y a tristes guerras cuadre, mostró Homero.
Gastó el Dolor y ufano Amor más tarde
Los desiguales versos pareados:
Quién el metro elegíaco introdujo
Causa es pendiente y controversia docta,
A Arquíloco lä ira armó del yambo,
Que adoptaron después zueco y coturno,
Pues propio para el diálogo, el bullicio
Popular vence y a la acción ayuda.
La Oda con lira dioses canta y héroes,
Atletas y corceles coronados,
Tragos libres y locos amoríos,
Mas si estas tintas discernir no puedo,
¿Cómo hago el vate? ¿Inmolaré el estudio
Por funesta vergüenza, a mi ignorancia?

Trágicos giros la comedia excluye,
Y el humilde del zueco, insoportable
Fuera, al narrar la cena de Tïeste.
Tenga y guarde su puesto cada cosa.
Mas tal vez la Comedia el tono alzando,
Cremos truena elocuente en roncas voces,
Y en llano estilo la Tragedia llora.
Pobres, sin patria, Télefo y Peléo
No al auditorio enternecer confíen
Si altisonantes fueren sus gemidos.

Ni sólo culto, el drama en sentimientos
Palpite a un tiempo y palpitar nos haga.
De otros al llanto o risa, el rostro humano
Responde: llore, pues, quien llanto exige.
Puedo el caso de Télefo o Peléo
Así sentir; mas si el papel hicieren
Mal, o duermo o me río. Al triste quejas
Convienen, amenazas al furioso,
Donaires al jovial, veras al serio.
Blando pecho y fiel voz nos da Natura;
Ira inspire o placer, o nos arrastre
Y abrume de dolor, cosas son éstas
Que el pecho siente y que la voz retrata.

Diga un actor lo que sentir no debe;
Nobleza y plebe soltarán la risa.
Cuida pues, si habla un siervo o bien un héroe;
Si es viejo astuto, o mozo ardiente; dama
Noble, o tierna nutriz; labrador rico
O vago mercader; si asirio o colco,
O si ya en Tebas se educó o en Argos.

Fiel sé a la historia; en la ficción concorde.
Si haces salga otra vez al campo Aquiles,
Colérico, implacable, impetüoso,
Leyes no sufra ni la espada envaine.
Férrea Medea, atroz; Yno llorosa,
Sombrío sea Oreste, errante Io,
Fementido Ixïón. Si en nuevo asunto
Osas crear empero un personaje,
Dale un carácter que hasta el fin sostenga.
Vagas ideas encarnar no es fácil:
A originales temas, para el drama
Prefiere pues, los que te brinda Homero.
Propio harás lo de público dominio
Si no en trillado cerco te eternizas,
Ni, órgano fiel, palabra por palabra
Traduces, ni imitando, allí te metes
Do el pie las reglas o el pudor te embarguen.

Ni con cierto autor crítico así empiezas:
«Canto a Ilión, sus reyes y sus guerras!»
¿Qué habrá de dar prometedor tan hueco?
Gimió el monte, y ¿qué nace? un ratoncillo.
Imita a aquel que nunca hablaba en vano:
«Dí, Musa, del varón que, hundida Troya,
Pueblos, costumbres exploró distintas.»
No humo de la luz, mas luz del humo
Saca, al narrar los prodigiosos casos
De Antífates y Escila y Polifemo.
No a los huevos de Leda, la troyana
Guerra; no al muerto tío, de Diomedes
La vuelta sube: al desenlace marcha:
Cual ya instruídos, nos traslada al campo:
Lo que no espera abrillantar, desecha;
Y verdad y ficción hábil fundiendo,
Principio y medio, y medio y fin concuerda.

Qué exijo con el público, ora atiende,
Si quieres que encantados aguardemos
Al aplaudid del coro. Las costumbres
Nota de cada edad, y al genio el vario
Semblante da que adquiere con los años.
Niño que ya en andar y hablar se adiestra
Con sus iguales juega, y caprichoso
De iras breves y breves gustos vive.
Ama, libre del ayo, el mozo imberbe,
Potros, canes, abiertos horizontes:
De cera al mal cuanto al consejo indócil,
Nada prevé, tira el dinero, y fácil
Es a amar y a olvidar, vano y altivo.
Cambia en la edad viril: riquezas busca,
Amistades cultiva, aspira a honores,
Y huye de hacer lo que pesarle pueda.
Cercan al viejo achaques y disgustos
Ya oro junte y guardado no le toque,
Ya fría, enjuta mano alargue apenas:
Teme a la muerte, y esperanza y plazos
Dilata, y flojo y quejumbroso, encomia
Sus tiempos siempre y riñe a los mozuelos.
Así ricos de dádivas los años
Vienen, y vanse de despojos ricos:
No de la vida los papeles trueques;
Qué a cada edad caracteriza, estúdia.

La acción pasa en la escena, o se relata.
No al corazón por el oído entrando
Las cosas mueve cual si de ellas cuenta
Le dan los ojos.—Mas a luz no saques
No, lo que adentro suponerse debe,
Que bien después se explicará y a tiempo.

No ante el pueblo Medea hijos destrice,
No entrañas de hombre cueza el ímpio Atreo,
Ni ave se vuelva Procne o sierpe Cadmo:
Absurdos son que al auditorio ofenden.

Cinco actos tenga el drama que en la escena
Quiera vivir con repetido aplauso.
Ni acuda, a menos que lo exija el nudo,
Un dios, ni charle un cuarto personaje.
El coro apersonándose, las veces
Haga de actor, y nada entre los actos
Inconducente o mal tramado cante.
Al honrado aconseje y patrocine,
Temple al airado, amanse al orgulloso;
La sobriedad y las sagradas leyes
Y la paz franca y la justicia loe:
Guarde el secreto, y a los dioses pida
Que al pobre encumbren y al soberbio abatan.

Leve y dulce, no rica de metales
Ni émula en tiempo del clarín, con pocos
Respiraderos, ayudaba sola
La flauta al coro, con su voz llenando
Local pobre de asientos que ocupaba
Pueblo no denso cuan sencillo y sobrio.
Este sus campos dilató y sus muros
Triunfante luégo, y, los festivos días
Dándose enteros al Placer y a Baco,
Canto y metro admitieron la licencia
Que, indocto y rudo entre la gente culta,
Ocioso demandaba el lugareño.
Lujo al arte añadió y acción, y rico
Manto en las tablas arrastró el flautista.
Tomó la grave lira nuevos tonos;
Remontó la elocuencia atropellada
El suyo, y los oráculos de Delfos
Remedó audaz con insolente pompa.

El que por premio disputó un vil chivo,
Sacó a las tablas sátiros desnudos,
Sales mezclando al trágico decoro:
A las beodas turbas que de fiestas
Tornaban, lazo y novedad vistosa.
Mas los sátiros leves, decidores,
Así hemos de educar; así en las burlas
Las veras ingerir, que el dios o el héroe
Que oro y grana arrastró, con bajo estilo
En tiznadas tabernas no se escurra,
Ni huyendo la abyección trepe a las nubes.
Ajena a charla en verso, honesta alterne

Con los sátiros libres la Tragedia,
Cual dama en fiestas a bailar forzada.
No en tales dramas yo usaría sólo
Habla vulgar, Pisones, ni del giro
Trágico me apartara hasta olvidarme
Si hablaba el siervo Davo o la audaz Pitia
Que sus monedas a Simón sonsaca,
O Sileno, ayo y familiar de un Numen.
Lo trivial a tal punto amable hiciera,
Que cualquiera, igualarme presumiendo,
Sudase luégo en vano: el arte, el orden
¡Tánto puede y así las cosas muda!
Sacas del bosque un Fauno? Por mi voto,
Ni cual nato galán, a foro oliendo,
En versos se derrita almibarados,
Ni en broncas frases y baldones hierva.
Patricios, caballeros y notables
No pasarán por esto, aunque enajene
Al comprador de nueces y tostones.

Sílaba breve antes de larga, forma
El yambo, pie tan rápido, que hace
Llamar trímetro al yámbico aunque encierre
Seis pies iguales y de igual cadencia.
Este adquirió más lentitud no ha mucho,
Grato acogiendo en ei solar nativo
Al sentado espondeo, aunque le veda
Segundo y cuarto puesto. Tal es raro
De Accio y Enio en los Trímetros famosos.
Cuando en las tablas recargado un verso
Tropieza, o prisa en el autor o incuria,
O de las reglas ignorancia arguye.

Porque no todos de cadencias juzgan,
Abusar se ha dejado a nuestros vates.
¿Y habré por esto de escribir a tientas?
¿No vale más censuras y no indulto,
Cauto esperar? Ni carecer de faltas
Ya es cobrar gloria: los autores griegos
Día y noche ojead. Mas nuestros padres
Los ritmos y las sales ponderaban
De Plauto! En ambas cosas indulgentes,
No diré necios, si del chiste urbano
Distinguimos el bajo y no el oído
Para medir nos falta, ni los dedos!

Pasa por inventor de la Tragedia
Thespis, que en mosto ungidos, sus farsantes
Y al par cantores paseaba en carro.—

Tablado humilde alzándoles Esquilo,
Máscara dioles, decoroso traje
Y noble tono, y les calzó el coturno.
Vino en pos con gran séquito la antigua
Comedia; mas de libre, descarada,
Demandó freno, habló la ley, y el coro
No pudiendo zaherir, calló con mengua.

¿Qué nuestros vates por tentar dejaron?
El molde griego abandonar supieron
Al fin, y asuntos eligiendo en casa,
Toga y pretexta realzar con gloria.
Cuan grande en armas y en valor, en letras
Fuéralo Roma, si la lenta lima
A sus poetas fastidiara menos.
Nietos de Numa! desdeñad las obras
Que no vuelva a bruñir su autor cien veces,
Hasta que tersas queden y sin mancha.
Porque humilla Demócrito al talento
El vil arte, y del Pindo el juicio arroja,
Muchos crecer se dejan barba y uñas,
Y aman la soledad y huyen los baños.
Del barbero Licino sus cabezas
(Que aun Antíciras tres no les sanaron)
Guardan, y hélos poetas! Y yo, necio!
Púrgome en primavera de la bilis:
Quién, si nó, me igualara? Mas no vale
La pena: antes cual da la aguzadera
Filos no suyos al templado acero,
Sin practicarle enseñaré el oficio:
Dó hallar caudal que al vate forme y nutra;
Qué asiente o nó; do va el error, do el arte.

Sana razón del escribir con tino
Fuente es y norma: a Sócrates repása,
Que habiendo ideas, las palabras brotan.
Quien sabe y mide qué la Patria exige,
Qué la amistad; qué a padre, hermano, huésped
Se debe; al juez, al senador qué cumple,
Qué al general a combatir enviado,
Fielmente a cada cual dará lo suyo.
Imitador del hombre! al hombre estudia:
A hacerle hablar, aprende en sus costumbres
Sentencias propias, buenos caracteres,
Aunque artificio falte y gracia y nervio,
Más al pueblo entretienen que podrían
Huecos versos, canoras bagatelas.

Apolo dio a los griegos, sólo avaros
De gloria, ingenio, altísonos acentos:

No así de nuestros niños, que con largas
Cuentas el as en céntimos dividen.
—Cinco onzas menos una, hijo de albino,
¿Qué valen? Pronto! —Un tercio.—Ola! ya puedes
Tu caudal manejar.—Cinco más una?
—Medio as—Torpe interés los corazones
Mohece así: y aguardaremos versos
Que en cajas vivan de ciprés bruñido?

De instruír trata o de agradar: a un tiempo
Ambas cosas propónese el poeta.
Si algo enseñas, sé breve, porque dócil
La mente lo reciba y fiel lo guarde;
Ni de inepcias la llenes que rebosen.
Ficción que gustar quiera, verosímil
Sea; ni esperes crédito si arrancas
Vivo a una bruja el devorado infante.
Versos sin fruto odia el anciano; el joven,
Versos sin flores.—General aplauso
Lleva el que utilidad mezcla y dulzura,
Y al lector divirtiendo, le alecciona.
Su obra enriquece a los libreros socios,
Pasará el mar y eterno hará su nombre.

Faltas hay que gustosos perdonamos:
Tal vez al tacto infiel y a la esperanza,
Da són la cuerda agudo en vez de grave,
Ni siempre a do se apunta el dardo hiere.
No entre bellezas mil tal cual descuido
Me ofende, tal cual mancha, inevitable
En nuestra flaca condición.—Mas cuenta!
Copista que advertido al yerro torne
No halle perdón; del tañedor riyamos
Que siempre haga chillar la cuerda misma.
Yo a Quérilo, de autores malos tipo,
Acá y allá burlón admiro; al paso
Que si Homero dormita, en ira monto
Y en obra larga ¿a quién no asaltó el sueño?

Pintor es el poeta: de sus cuadros,
Este gusta de cerca, aquél de lejos;
Cuál busca media luz, cuál desafía
La luz abierta y del perito el fallo;
Pierde éste, esotro con el tiempo gana.

Pison, hijo mayor! Aunque tu padre
Y tus propios talentos te adoctrinan,
Oyeme: hay profesiones que toleran
Mediocridad: jurista y abogado

Notable puede haber sin la facundia
De Mesala o la ciencia de Caselio.
No así vate mediano; que ni dioses
Ni hombres le sufren ni las piedras mismas!

Miel sarda, ungüentos rancios, disonante
Música empecen en cualquier convite,
Que si excelentes, menester no fueran.
Solaz de lujo así la poesía,
Se hunde, del cielo al desviarse un punto.
No a las armas, al troco, a la pelota
Juega, o al disco, el que jugar no sabe,
Temiendo eche a reír la muchedumbre:
Y hoy cualquiera hace versos..! Pero vamos:
Es hidalgo y sin mancha, y ante todo,
El timbre ecuestre pagará de sobra.

Nada harás tú a despecho de Minerva
Que es sano tu talento.—Sufra empero
El examen de Mecio y de tu padre
Lo que escribas, y el mío, y hasta un año
De reclusión: matar podrás si gustas,
La voz cautiva; la que huyó no vuelve.

Porque intérprete Orfeo de los dioses
Sacó del bosque al hombre fratricida,
Diz que fieros leones amansaba.
Diz que las piedras del tebano muro
Alzó Anfïón con su laúd cantando.
Lo santo y lo profano, el bien de todos
Y el privado fijó sabiduría;
Enfrenó el vicio, al tálamo dio fueros;
Grabó en tablas la ley, fundó ciudades.
De ahí al divo poeta y a sus cantos
Gloria inmortal.—Después irguióse Homero;
Tirteo prendió en ánimo robusto
Bélico ardor: de oráculos, doctores,
Fue lengua el verso, propició a los reyes,
Y arduas empresas coronó con goces.
Y de las Musas tú desdeñarías
La dulce lira y el cantar de Apolo?

Qué valga más, naturaleza o arte,
Se disputa.—Yo afirmo que ni estudio
Sin numen sirve ni el talento agreste:
Mutuo requieren y amigable apoyo.
El que a la palma en la carrera aspira,
Sufrió y bregó de niño, al sol, al frío;
De amor se abstuvo y vino: harto el maestro

Tembló el que toca la apolínea flauta.
Mas decir basta: «Soy un gran poeta!
«Mengua el de atrás! Ni pararé, ni aquello
«Que no aprendí, confesaré que ignoro.»

Cual a pregón el vendedor postores,
Al són del oro lisonjeros llama
Vate hacendado y rico.—Y si su mesa
Franquea, y fía al apurado, y salva
Al que en la oscura red se hundió del foro,
Seguro está que al verdadero amigo
Por suerte suya del mendaz distinga.
Ni al que algo das o prometiste, llames
En su alborozo a que tus versos oiga.
«Oh! Bravo!» saltará: pálido el rostro,
Lágrimas verterá, y enajenado,
Hundirá con los pies el pavimento.
Cual gana en apariencias al doliente
Plañidera alquilada, el que te burla
Más ruido hará que quien veraz aprueba.
Diz que los reyes penetrar queriendo
Si alguno les merece confïanza
Copas le llenan y a licor le hastían.
Tú, si haces versos, guárdate de zorros.

Consultado Quintilio.—Esto decía,
Múda y esto, si gustas.—Imposible:
Ya lo intenté diez veces.—Pues borrarlo;
Y verso mal forjado, al yunque torne.
Si en vez de dócil ser, terco alegases,
Tiempo ahorrando y trabajo, ir te dejaba
Prendado sin rival de tus engendros.
El recto y noble consejero imprueba
El verso flojo, el duro; lo prosaico
Tilda con negra raya; adornos poda;
Manda aclarar lo equívoco, lo oscuro;
Señala, en fin, cuanto ha menester lima,
Nuevo Aristarco. Ni, «¿Porqué al amigo,
Dice, «en nonadas lastimar?» Nonadas
Que en serias burlas pararán más tarde!
Pues como de lunático o leproso,
Fanático o ictérico, los cuerdos
Huyen del mal poeta y a hostigarle
Corren muchachos que el peligro ignoran.
Si eximios versos borbotando errante,
Cual descuidado cazador de mirlas,
Da en pozo o zanja, aunque doliente grite:
«¡Socorro, ciudadanos!» nadie acuda.

Que si alguien le va a echar piadosa cuerda,
«Si fue adrede» diré, «si huelga dello.»
Y traeré a cuento al vate de Sicilia:
«Pasar por dios Empédocles queriendo,
Fresco al fondo zampóse de Etna ardiente:
Mátense pues los vates a su gusto:
Quien salva a otro por fuerza, es asesino!
Ni es vez primera: si se libra ni hombre
Se avendrá a ser, ni a fallecer sin gloria.
Porqué hace versos dúdase, o violase
Del rayo la señal o la paterna
Tumba: ello, loco está.—Las rejas, oso
Feroz, rompió, y a doctos y a ignorantes
Ahuyenta ahullando versos.—Al que agarra
Se ha de secar leyéndole, cual chupa
Hasta hartarse tenaz la sanguijuela.»

1866

NOTAS

(a las epístolas de Horacio).

(HOR., EP. 1, 5)

I

1. *Archiacis.* Lección de casi todos los Mss. Muchas ediciones leyeron *Archaicis.* En una u otra forma, parece este adjetivo derivado del nombre de algún carpintero que fabricaba camillas ordinarias para la mesa, ya se llamase *archias*, ya *archaicus.* Muchos, sin más autoridad que este pasaje de Horacio, entendieron *archaicus* como adjetivo común, calcado sobre el griego «arcaico,» anticuado, a la antigua.

2. *Olus omne.* «Cualesquiera legumbres.» «Ensalada.» En consonancia con los mal labrados triclinios y modestas escudillas, advierte Horacio que no habrá viandas exquisitas y costosas, sino algo como las «no compradas» del *Beatus ille.*

Persio habla de la plebeya acelga, plato de artesanos, según Marcial. Burgos entiende «omne» como sinónimo de «totum»: acepción autorizada por Cicerón, aunque no creo que se halle otro pasaje horaciano que la confirme. Según esta interpretación los platos serían pocos y habría que comérselos *enteros.*

3. *Torquate.* Parece ser el mismo abogado a quien dirigió Horacio la oda 7ª del libro VII. Estré s pone que en ambas piezas se trata de un Aulo Torcuato muncionado por Nepote, Vida de Atico, como individuo del ejército republicano, que sucumbió en Filipos.

4. *Iterum tauro (consule).* Año 728 de Roma. *Diffusa. Diffundere vinum*: poner el vino en toneles para guardarlo en bodega;—*deffundere* (II Sat. 2ª, 58), pasarlo de los toneles (cados siccare) a los jarros para servirlo en la mesa.

6. *Melius quid.* «Algo mejor»; no sólo se refiere al vino. Arcesse, Supl. Id. «Tráelo enhorabuena.» En otra ocasión. (Od. IV, 12ª, 17), Horacio convidó a un amigo a comer, advirtiéndole que llevase algo consigo a la mesa. Otros erradamente sobrentienden *me:* «Llévame a comer a tu casa.» *Vel.* «O más bien.» No establece contradicción como *aut*, sino que introduce una corrección inmediata y natural. Comp. Epist. I, 17ª, 16: «Doce; vel iunior audi.»

8. *Leves opes et certamina divitiarum.* Yo he traducido

«Ambicioncillas, pleitos de intereses.»

Las expresiones de Horacio son algo ambiguas. Burgos interpreta y traduce:

—el esperar liviano
Y en gastos competir con poderosos.

Quizá esto último en consonancia con Sat. I, 1ª, 112.

10. *Veniam somniumque.* Hendiadis; esto es: «veniam dormiendi.» *Impune.* «Libremente,» «no sin riesgo,» como traduce Burgos.

11. *Tendere.* «Alargar la noche.» «Vario noctem sermone trahebat.» Virg. Aen. I, 748.

16. *Designat.* «Quita el sello.» Qué adormecidas potencias no despierta el vino, qué cosas no saca a luz? Como si dijese: «¡Qué milagros no hace!» Cf, «miracula promit,» Ad. Pis. 144.—«Operta recludit.» Como «arcana promovere loco.» Od. IV, 11, 14. Especifica, respecto de los secretos pensamientos, la idea genérica contenida en «quid non designat.»

17. *Spes iubet esse ratas* Otras veces dijo Horacio que el vino vuelve la esperanza al ánimo, Od. III, 21, 17, que «da esperanzas nuevas,» IV, 12, 19. Cf. Epist. I, 15, 19. El pensamiento es que el vino alienta y confirma la esperanza: Burgos lo exagera:

En posesión transforma la esperanza.

Inertem. Mejor que *inermem*, lección de algunas ediciones.

18. No me parece congruente la metáfora. El peso «onus,» no inquieta, «sollicitos facere,» sino que abruma.

Addocet artes. Horacio atribuye al vino el mismo poder que Virgilio a la necesidad: el de ser inventor.

19. *Faecundi.* «Fertiles» en sentido activo, como «felix» en Virgilio. «Copas inspiradoras.» Otros; «llenas, rebosantes.»

20. *Contracta.... solutum.* Metáfora congruente. El vino da soltura, libertad, en medio de la estrechez de la pobreza.

21. *Imperor:* «Me obligo.»

26. *Tibi*, parece indicar que Horacio dará a Torcuato por compañeros en la mesa a los amigos que aquí nombra.

27. *Prior, potior.* Diferencia aguda: «anterior invitación a comer, o más agradable cita de otra clase.»

28 *Umbris.* Sombras se denominaba a los que asistían a un convite no invitados por el amo de casa, sino llevados por algunos de los concurrentes. *Pluribus.* No, «cuantas quieras,» como traduce Burgos, sino unas cinco o seis, las que pudiesen llenar un triclinio junto con Torcuato y los dos o tres compañeros que aquí se mencionan.

(Ep. I, 27).

22. *Gloria* Se tomaba unas veces en buena parte como sinónimo de *honos*, y otras en mala, como aquí, por vanagloria o vanidad. La Gloria está aquí personificada como en muchos otros lugares, por ejemplo Epístola II, 1, 177. *Gloria vestit* es idea análoga a la de *patientia velat* (Ep. I, 17, 25; véase mi nota), y forma estudiada antítesis con el *nudat* del verso anterior: el juego y el amor desnudan a nuestro hombre, la vanidad le viste.

25. Refiérese que Diógenes fue el primero que usó doble sayo o capote (duplici panno) que le resguardase del frío y le sirviera para dormir, «*patientia*» es una personificación: el sufrimiento envuelve aquí en su capa al filósofo, así como en la epístola siguiente la Vana Gloria (v. 22) viste y perfuma al cortesano. Diríase que en la mente del poeta la doble capa de Diógenes es una especie de cota: idea asociable al *robur et aes triplex*, Oda, I, 3, 9.

(Ep. I. 19).

3. *Aquae potoribus*. Idea que en castellano se expresa con el solo adjetivo significativo *aguado*, que adelante he empleado en la traducción de esta misma epístola. A los ejemplos de Espinel y Quevedo, que trae el *Diccionario de Autoridades* para comprobar tal acepción, pueden añadirse los siguientes, siendo el de Argensola tan concluyente como expresivo:

Ya las campiñas secas
Empiezan a ser verdes,
Y porque no beodas
Aguadas enloquecen.

Villegas

«Preguntándole algunos de qué modo
Puede ser uno *aguado* y abstinente,
Dijo: «Con ver los gestos de un beodo.»

Lupercio de Argensola. Epístola, *Aquí donde en Afranio y en Petreyo*.

17. *Decipit*. «Modelo que presenta a la imitación lados defectuosos induce naturalmente a error a los que le imitan, porque de ordinario sucede que éstos sólo aciertan a copiar lo malo.» En el Arte Poética vuelve a señalar nuestro autor, en términos más generales, la dificultad de la imitación, por la falta de discernimiento del imitador, y válese del mismo verbo: «Decipimur specie recti,» 25. Los comentadores franceses ilustran oportunamente el lugar que aquí anoto, con este pasaje de Moliére:

Quand sur une personne on prétend se régler,
C'est par les beaux cetés qu'il lui faut ressembler;
Et c'est ne point du tout la prendre pour modéle,
Ma soeur, que de tousser et de cracher comme elle.

Burgos tradujo primero:

> Nunca, nunca se imita sin perjuicio
> Lo que es sólo imitable por el vicio.

Donde está de más y daña al sentido el adverbio «sólo» para no decir nada de la expresión impropia «sin perjuicio.» En la segunda traducción corrigió el pasaje echándolo a perder:

> Yerra el que cree que un modelo imita
> Cuando a imitar sin faltas se limita.

Como el verbo reflejo «limitarse» expresa una acción voluntaria y consciente, el sentido de este dístico resulta absurdo o ridículo.

Ep. II, 1.

93. *Ut primun positis.* Describe aquí el poeta, para exornar su argumento, el estado social de los griegos (es decir, de los atenienses, pues sólo a ellos se refieren rectamente sus palabras), después de las guerras con los persas, y especialmente bajo el gobierno de Pericles. Los edificios públicos destruídos por Jerjes fueron reemplazados por otros más espléndidos, ornamentados por el genio de Fidias y otros arquitectos y escultores de gran nombradía. Con los progresos del arte dramático acrecentóse el gusto por las diversiones; con esa posesión de las riquezas sobrevinieron los litigios; el cultivo de las ciencias fomentó la sofistería, y el poder público despertó las pasiones y la influencia de los demagogos. Thirwall, *Grecia.*

95. *Atletas:* aquellos únicamente que en los grandes juegos Olímpicos, Istmicos, Nemeos y Píticos, disputaban los premios destinados a la fuerza y la destreza en diversos ejercicios.

99. *Velut si luderet infans.* Grecia, a modo de niña que juega vigilada por su nodriza, mudaba de gustos, tan pronto anhelando una cosa, tan pronto cansándose de aquello mismo que más le hubo seducido. Esta es la interpretación común. Pero acaso *luderet* tiene cierta fuerza de pluscuamperfecto (cf. *ferentem*, v. 141), y en este caso *infans* se opone a *plena:* «Como niña que ha salido de la potestad de la nodriza, comenzó a despreciar lo que antes le enloquecía.» De todos modos *sub* no tiene servicio material sino moral, y se trata de cambio de juegos o diversiones, y no, como traduce Burgos, de oponer los ratos en que el niño se divierte, al descanso de que va a disfrutar luégo en brazos de su nodriza:

> Harta dejando, cual rapaz travieso
> De su tierna nodriza en el regazo,
> Lo que antes deseó con más anhelo.

El epíteto *tierna* es impertinente.

117. *Scribimus.* Todos hacemos versos. Burgos traduce infielmente:

> Mas en llegando a hablar de poesía
> Lo mismo charla el docto que el discreto.

Horacio dice que todos se han vuelto poetas; su traductor le hace quejarse de que todos se hayan erigido en críticos, cosa enteramente distinta y aun incongruente con otros conceptos de esta misma epístola.

128. *Mox.* Después de haber formado la pronunciación del niño, y entretenídole desde la tierna edad, apartándole de malas conversaciones, después inspira también buenos y nobles sentimientos al adolescente. Burgos refiere todo a los niños, sin parar mientes en la intención de las frases *jam nunc, mox etiam.*

131. *Aegrum.* Enfermo de alma o de cuerpo: *doliente.* La expresión latina envuelve ambos conceptos en uno.

140, 141. «En los días festivos recreaban el cuerpo y también el ánimo que solía sobrellevar (o había sobrellevado) el trabajo de buen grado, alentado por la esperanza de descanso.» Burgos traslada la esperanza del descanso a los días en que por el descanso la esperanza queda satisfecha.

> Recreaban con dulces esperanzas
> En los días festivos alma y cuerpo.

168—181. Es difícil establecer la congruencia de este pasaje, que adolece de oscuridad y de aparentes contradicciones.

Si es difícil hacer una buena comedia porque el público esté menos dispuesto a perdonar en ella los defectos, ¿cómo dice después el poeta que quien sólo piensa en ganar dinero con malas comedias solicita y alcanza el aplauso público? Horacio distingue aquí, como en otros lugares, el voto de los inteligentes y el caprichoso juicio del público que asiste a una representación teatral. Con esta distinción importante podrán llenarse los vacíos que deja la concisión latina, y establecerse el encadenamiento de este trozo. Hé aquí mi interpretación, en la que va de bastardilla lo que se añade:

«Créese negocio que no demanda trabajo el hacer comedias, por cuanto los asuntos se toman de la vida común. Nó: *los inteligentes* exigen mayor verdad y conveniencia en este género de composiciones, y el acierto, *por ese lado*, es más difícil. Plauto *mismo, por más que el público le aplauda*, no sostiene bien ciertos caracteres. Direno, *por su parte*, divierte a los espectadores *por medios reprobados por la gente educada*, lo cual no le concede el título de buen autor cómico. *Uno* busca dinero, *contentándose con un aplauso efímero*, y poco le importa que *después de una representación concurrida* no vuelvan a acordarse de su obra. *Otro*,

ansioso *únicamente* de gloria, fía su suerte al *caprichoso* juicio del auditorio, que aplaudiéndole le henchirá de satisfacción, y silbándole le infundirá profundo desaliento. Si esto es así, si *la aprobación legítima y duradera ha de buscarse en otra parte*, y si el aplauso del teatro, *vano o injusto*, sólo ha de traducirse en lucro, renuncio para siempre a ensayarme en la composición dramática.»

182. Esta contradicción entre los gustos de los espectadores ha existido y existirá siempre, mientras haya distintas clases sociales y cada una de ellas no tenga sitios de espectáculos adecuados a su condición. La satírica descripción que hace Horacio de las diversiones groseras que pedía y con que se solazaba la plebe, es interesante y curiosa, y recuerda las invectivas de los clasiquistas del pasado siglo, y especialmente las de Moratín en muchísimos lugares de sus obras, en que habló «ex abundantia cordis.» Ya en la *Lección Poética* que escribió a los veintidós años hallamos una enumeración de las extravagancias teatrales que *mutatis mutandis*, repite el cuadro de Horacio:

Allí se ven salir conjuntamente
Damas, emperadores, cardenales ...
....
Luégo aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.

185. *Si discordet eques.* Los caballeros y la plebe sentábanse separadamente en el teatro. Podían, como es obvio, manifestar unánime aprobación o desaprobación (Ad. Pis., 113); pero a las veces marcábase abiertamente la diferencia de opinión entre los caballeros y la plebe. (Sat. I, x, 76). Horacio prefiere constantemente la aprobación de las personas de buena educación al aplauso popular.

188. *Incertos oculos.* En otro lugar prefiere Horacio, como más vivo y directo, el testimonio de la vista al del oído. (Ad. P., 180): se juzga mejor de un hecho presenciándolo (con ojos y oídos) que oyendo la relación del suceso. Lo que aquí dice Horacio no está de ningún modo en contradicción con el citado párrafo del *Arte Poética.* Los caballeros están interesados en la representación de la comedia, que habla a la vista y al oído, si bien la mímica se subordina al diálogo. Los otros espectáculos sólo halagan a los ojos, y ojos *inciertos*, es decir, que no saben a qué atender, porque se trata de objetos heterogéneos, sin unidad. *Incertos oculos* no significa aquí ojos que se engañan fácilmente (Macleane), sino ojos que pasan de un objeto a otro, sin saber en qué fijarse. Esta interpretación se comprueba con el verso 196, *converteret.*

195. «Animal cruzado, mitad pantera, mitad camello.»

Camaleto—pardalis o girafa. Burgos traduce: «una girafa.»

245. *De se.* Esto es, *de ipsis.* (*Virgilio Varioque*).

246. *Multa laude.* Con gloria o para gloria, del generoso protector. La gloria resulta principalmente, según el contexto, de que la elección fue acertada y la protección justa; y no, como entiende Ritter, de los elogios con que aquellos poetas correspondieron al favor. *Dantis* fija el alcance de *Laus.* La gloria del que da, es decir, la gloria de haber dado. Hay doctos alemanes que parecen empeñados en entender las cosas revesadamente.

248. *Nec.* Hace relación al neque del verso 245; por manera que el sentido de la frase debe enlazarse al de la precedente: «Tú has premiado a verdaderos poetas; y no en vano, o no te has quedado atrás de Alejandro en cuanto él encontró y galardonó a insignes artistas; porque si éstos representan el hombre exterior, aquéllos retratan el alma.»

BURGOS. IMÁGENES QUE OMITE

97. *Suspendit picta vultum mentemqui tabella.*

Este verso expresa la admiración que causa un cuadro, y él mismo es pintoresco, podría dar materia a un cuadro. «Fijó absorto rostro y alma en una tabla pintada,»

Tal vez la cautivaron las pinturas.

En Burgos la imagen y la expresión desaparecen.

173. *Edacibus.* Burgos traduce pulidamente *viles*, y desaparece la imagen de un teatro plagado de parásitos comelones.

BURGOS. FIGURAS QUE NO TRADUCE O QUE ALTERA

I, 5, 1. *Recumbere lectis.* «Cenar en una mesa humilde.» Lo que podía ofender a Torcuato no era la idea de recostarse en toscos lechos: no la *humildad* (término vago) de la mesa.

20. *Contracta quem non in paupertate solutum?* A quien en la estrecha pobreza no da *soltura* el vino? Burgos traduce:

Cuántas veces con ella
No endulzó el pobre su gemir amargo!

La antítesis desaparece y la imagen se convierte en otra idea equivalente en lo esencial, pero no horaciana. Y qué diremos de la elegantísima expresión *fecundi calices* convertida en prosaica botella?

22. *Ne sordida mappa corrugat nares.* Que no venga una sucia toalla o servilleta a obligar al convidado a torcer

el gesto (las narices). Imagen de idéntica clase a la que emplea Virgilio (G. II, 246), cuando dice que el catador tuerce el gesto (la boca). Burgos dice por nota que Quintiliano fue el primero que usó esta frase, y no se digna traducirla ni en verso ni en prosa.

24, 25. *Ne... sit qui dicta foras eliminet.* No haya quien saque afuera lo que hablemos. Reminiscencia de la costumbre que hubo en Esparta de que en los banquetes una persona de respeto mostrase a los convidados las puertas, diciéndoles: Por ahí no ha de salir una sola palabra. Horacio empleó el anticuado verbo *eliminare.* Burgos quita a la idea toda su enérgica precisión, y traduce: «No haya quien venda nuestra confianza.»

NOTAS AL ARTE POETICA

ADVERTENCIA

Entre las traducciones que tenemos en verso de la Epístola de Horacio a los Pisones, vulgarmente llamada Arte Poética, hay dos leídas y estimadas: la de don Javier de Burgos y la de Martínez de la Rosa. Esta última, a pesar de no corresponder en su nimia elegancia a la nerviosa concisión de Horacio, es con todo muy superior a la primera y de mérito no vulgar, si se atiende a la sonoridad de sus ritmos y elegancia de su elocución.

No obstante esto y prescindiendo de que nunca será tiempo perdido reiterar ensayos sobre las obras clásicas de la antigüedad, hay razones especiales que me inclinan a creer no se mirará como excusada una nueva traducción del Arte Poética.

En primer lugar, la que presento al público es con mucho, si no me engaño, la más concisa de cuantas se conocen. Habiendo empleado en ella tantos versos exactamente cuantos contiene el texto original, ahorro más de doscientos, en comparación de las dos que he citado como las mejores entre las castellanas, y que al propio tiempo son las menos difusas: concisión recomendada por Horacio en esta misma Epístola como de la mayor importancia en toda obra didáctica. Por otra parte, con un ensayo de esta naturaleza propendo a demostrar que entrando en competencia con los principales idiomas de Europa moderna, aun que a algunos de ellos hayamos de reconocerles ciertas preeminencias, tiene el castellano medios por dónde compensarlas; y antes que defecto suyo, culpa es de quien lo maneje, si alguna vez ha podido quedarse atrás de todos ellos, según este cálculo aproximativo hecho por Monfalcón en el prefacio de su Horacio poligloto: *Dix vers de cet auteur*, dice, *demandent souvent a l'espagnol vingt lignes, quinze a l'anglais, douze ou quatorze au francais, seize a l'italien.* Es más: propendo a demostrar que, sin embargo de las ventajas de que goza la construcción latina sobre la castellana y el exámetro antiguo sobre nuestro endecasílabo, éste no está muy lejos de correr parejas con aquél en una traducción, en que si no se reproducen todos los vocablos, se conserve sí su fuerza y significación, y se limite su gracia al colorido.

En segundo lugar, además de la de ser conciso, he procurado un género de fidelidad más lato al par que minucio-

so. Sin hablar de la traducción de Iriarte, que adolece de las dos faltas capitales de redundancia y prosaísmo, ni tratar de levantar las que a aquélla precedieron, del justo olvido y descrédito en que se ven caídas, declaro que en la de Burgos y en la de Martínez de la Rosa, y muy especialmente en la primera, he tenido ocasión de reparar varios casos de infidelidad: ya sea un pasaje torcidamente interpretado; ya una equivalencia incompleta; ya una imagen tristemente descolorida; ya una expresión metafórica y vigorosa trocada en otra llana y débil. Estos defectos he tratado de evitar, y mucho me lisonjeara de haber acertado a hermanar con la concisión y la fidelidad alguna parte de la elegancia posible y permitida en este género. A los inteligentes, a cuyo fallo me someto, suplico sólo no se desentiendan del valor etimológico o la acepción figurada de algunos vocablos, ni desaprueben sin examen la novedad (a veces sólo aparente) de ciertos giros y construcciones de que echo mano para llenar simultáneamente las estrictas obligaciones que como traductor me he impuesto.

En las *Notas críticas* que van en seguida compruebo con antiguos ejemplos lo que arriba dije acerca de las incorrecciones e infidelidades en que suelen incurrir los dos traductores preferentemente citados. Justifico igualmente, aunque de paso, la manera como traduzco o interpreto éste o esotro pasaje, refutando acepciones consagradas que no me satisfacen, y propongo por vía de conjetura algunas correcciones al texto original. Una que otra observación ocasional y tal cual variante sobre la traducción en lugares de dudoso sentido, componen el resto de las anotaciones. Ay! que cualquiera que sea su mérito, tienen, en cuanto cabe, el de la originalidad.

Enero de 1866.

---

19. Mas no era allí el lugar. Sanadon y Burgos en su versión primitiva, modificaron el giro de este pasaje; y yo con ellos, a ser lícita esta libertad, preferiría traducir desde el verso 15 así:

Hay quién el templo y bosque de Diana,
El iris pluvïoso, el Rin describe,
O un arroyo entre flores serpeando:
Púrpura zurce que a retazos luzca,
Mas no era allí el lugar.

32 Por la escuela de Emilio Este es quizá el pasaje más controvertido en la presente epístola.

Dejo aparte las varias interpretaciones que dan de él los comentadores y traductores, para justificar la que presento. Paréceme evidente que Horacio no individualiza al

estatuario; dijera entonces: *Circa ludum..est qui....*o de otro modo semejante.

Esto y los futuros *exprimet, imitabitur* hacen inaceptable el *unus* en sentido de *aliquis*, y el *imus* en las distintas significaciones que se le han dado.

Ahora pues: *imus sc, infimus*, es superlativo *faber imus*, el *artista infimo*, ínfimo en cuanto artista.

Pero no puede ser un superlativo absoluto: lo es relativo; dónde está el término tácito o expreso, de la comparación? Claramente, a mi ver, en *circa ludum*: *urbis faber imus* sería el artífice ínfimo de los de la ciudad: *Aemilium circa lidum faber imus*, el artífice ínfimo (de los) de cerca de la escuela de esgrima de Emilio.

Por último, los futuros *exprimet imitabitur* hacen ver que *faber imus* está por *vel faber imus: el ínfimo* por *hasta el ínfimo*.

Porque esos futuros, si bien de indicativo, vienen a ser potenciales, no pudiéndoseles considerar sino como apódosis de una proposición condicional en que está callada la hipótesis.

Del mismo modo en castellano podemos decir: *El Oficial más infeliz haría* o *hacía eso:* o bien HARÁ *eso;* suponiéndose tácitamente un hecho causal o condicional, como lo sería en el primer caso: *Si se le llamase o llamara; Si llegase o llegara la ocasión;* y en el segundo: *Si se le llama, o llamare; Si llega o llegare la ocasión.* Mi interpretación es pues ésta, ciñéndola lo posible al texto:

Circa ludum Aemilianum, vel faber imus *illorum qui muci illùet versantur*, et ungues exprimet (exprimere potest) et molles imitabitur (imitari) aere capillos.

Lo mismo que en otras palabras digo en la traducción.

45. *Si versos haces.* Sigo la transposición de Bentley, que hallo adoptada en las mejores ediciones—*que se esperan: promissi.* No le traduce Martínez de la Rosa.

63. *Ya cautivo.* Todo este pasaje en que pondera Horacio la fragilidad de las humanas obras, le traslada Martínez de la Rosa incorrectamente, aglomerando verbos cuyos sujetos, que hay que suplir, son distintos.

83. *La Oda ... canta.* El texto aquí es: *Musa dedit fidibus referre:* La Musa dio a las cuerdas que dijesen: giro demasiado atrevido, y que adolecería de impropiedad, si no alternando lo restante, convirtiésemos con Burgos y Martínez de la Rosa *referre* en *cantar*. Ya con otra ocasión lo observó así Gómez Hermosilla (*Juicio Crítico*, tomo 2.°, página 360); y no es de imitarse Herrera cuando dice:

Si alguna vez mi pena
Cantaste tiernamente, lira mía.

97. *No.... enternecer confíen. Si anhelan tiernos*, tra-

duce Martínez de la Rosa, confundiendo, por decirlo así, el fuero interno con el externo. El *deseo* de *interesar* es del *actor;* el *gemido* con que interesa, del *personaje:* éste debe ser tierno, aquél no puede serlo.

113. *Nobleza y plebe soltarán la risa. En toda Roma*, agrega Martínez de la Rosa, y muy mal a mi ver; porque lo que el poeta quiere decir es que así los Senadores y caballeros, que se sentaban los primeros en los asientos de orquesta y los segundos en catorce filas de bancos detrás de aquéllos, como el pueblo que ocupaba el resto del teatro, darían a una muestras de desaprobación. De un modo igual habla Virgilio de los aplausos, Georg. II, 508–10:

—Hunc plausus hiantem—
Per cuneos geminatus enim plebisque patrumque
Conripuit:

119. *En la ficción, concorde.* Esta es la interpretación general, de la cual se separan Gargallo y Burgos, refiriendo *sibit* a *famam.* Hé aquí una variante en ese sentido:

Sigue la historia, o *sin herirla*, inventa.

120. *Si haces salga Aquiles.* El abate Galiani, citado por Lemaire, interpreta *honoratum* en el sentido que tiene en la milicia nuestro participio deponente *retirado*, como cuando decimos, verbigracia, *Oficial retirado:* interpretación ni natural ni oportuna. Yo creo que el reproductivo *reponis* da la clase del *honoratum.* Volverse a sacar a la escena un sujeto ya honrado, implica que lo ha sido por habérsele antes sacado al mismo fin. Aquiles honrado vale según eso, Aquiles que ha tenido la honra de servir de asunto a poetas épicos y dramáticos. Nada impide tampoco que *honoratum* se traduzca aquí, *celebrado, famoso*, como lo han hecho varios: acepción que les es frecuente. Comoquiera, excusado es el *homereum* que propone y defiende Bentley con gran copia de erudición.

122. *Ni la espada envaine.* Literalmente:

No sufra ley: *todo al acero encargue.*

Martínez de la Rosa, atrevida y elegantemente: *su razón, sus armas.*

132. *Si no en trillado campo.* Iriarte traduce:

No sigas, que esto es fácil, el conjunto
La serie toda, el giro y digresiones
Que usa el original que te propones.

Y diga lo que quiera en su *Donde las dan las toman*, es la verdad que las traducciones poéticas no deben ser comentarios rimados. Cuando el original presente una metá-

fora clara y comprensible, debe verterse con precisión y claridad: si fuese como en el presente caso, de dudosa inteligencia, conviene reproducirla aún con más fidelidad, tratando de darla la posible libertad, pero sin dejar de atemperar el giro del autor. Por estas razones yo he creído aquí deber adoptar un medio entre la lánguida amplificación de Iriarte y una traducción tan rigurosamente literal cual sería si la hubiese hecho en esta forma:

Si no en torno a vil círculo y abierto
Demoras; ni palabra por palabra
Viertes fiel.

No se diga que infrinjo la regla traduciéndola; porque Horacio no habla aquí de traductores. Véase la nota de Burgos al verso 133 del texto.

146-7. *La troyana guerra:* bellum Trojanum. Martínez de la Rosa traduce: el asedio y *fin* de Troya.—y Burgos: la *catástrofe* troyana.

Pero Horacio no dice eso; ni Homero, sino Virgilio, cantó la ruina de Troya.

149. *Nos traslada al campo.* Martínez de la Rosa traduce

— conocido
El principio supone y hasta el medio
En su curso arrebata a sus lectores;

deslïendo las tres palabras latinas *in medias res* en las once que van de bastardilla. El error debió de consistir en creer que *medias res* significaba *cosas intermedias*, no significando: otra cosa que *medio o mitad de las cosas.* Es un idiotismo de que abundan ejemplos: *Vere primo* (al principio de la primavera); *Summo monte*, Virgilio (en lo más alto del monte).

Burgos tradujo mucho mejor:

En medio de hechos *que el oyente* ignora
Cual si ya los supiera, le traslada;

si bien lo que señalo con letra cursiva es una adición gratuita del traductor, que en parte hace redundante el sentido y en parte le modifica. Horacio no dice sino: *en medio de los hechos:* no especifica éstos con la frase relativa: *que el oyente ignora.* Mejor me parece la versión de Batteux: *Il emporte ses lecteurs au milieu des choses, qu'il suppose leur etre connues.* En la equivocación de Martínez de la Rosa han incurrido otros traductores, entre los cuales me sorprende hallar el prosaico pero erudito y sensato Iriarte.

156.--y *al genio el vario* . . No obstante sonarme bien la corrección que hizo Bentley en este lugar, trocando en *m* la *n* inicial de *naturas*, no la he querido seguir en esta traducción. ya por ser ella contra la fe de los manuscritos, ya porque hace que el verso diga menos. Tengo el gusto de en-

riquecer estas notas con las siguientes observaciones que me ha comunicado mi amigo R. J. Cuervo en favor de la lección antigua.

«*Natura* (dice) no significa exclusivamente natural, o índole, sentido en que no se le podría aplicar el epíteto *mobilis*, pues, como dice nuestro refrán, *natural y figura hasta la sepultura*. También se toma por carácter, genio, el cual sí puede variar, como todos los días vemos, y en especial con el transcurso del tiempo, con la edad. Como prueba de esta acepción, véase el siguiente ejemplo de Cicerón, *Epíst. ad. diversos*, III, 8.:

"Liberalitas tua ut hominis nobilissimi, latius in provincia patuit. Nostra si angustios (etsi de tua prolixa beneficaque *natura limavit* aliquid posterior annus, propter quamdam tristiam temporum), non debent mirari hominis."

«Además, ocurre *móbile* aplicado a *ingenium*, sinónimo en este caso de natura: Plin., jun Epíst, II, 11.

«Acaso más esencial que la observación de las costumbres es el conocimiento de los genios y caracteres, y de las variaciones que en ellos tienen lugar en las distintas épocas y circunstancias de la vida.

«Un poeta dramático que conozca muy bien las costumbres, podrá tal vez dar a la escena cuadros vivos y animados; mas si no conoce el fundamento de esas costumbres y los varios móviles del corazón humano, nunca podrá conmover y arrastrar los ánimos de los espectadores con aquellos toques propios del verdadero genio.

«El mismo Horacio da la clave de esto, pues en la pintura que hace de las edades de la vida, habla de las unas y de los otros.

«Por esto me parece que la versión de Martínez de la Rosa encierra más doctrina que la de aquellos que siguen la otra lección: lo mismo digo de la Wieland, aunque más libre: Debes pintar exactamente cada edad, y saber darle puntualmente a cada una el carácter y color que le conviene.»

Por último, observo que los términos *mobilis* y *maturus* no son en rigor antitéticos, como sostiene en sus notas Burgos, el cual, a pesar de todo, se deja en el tintero el *mobilibus*. Al ejemplo citado de Cicerón, puede agregarse este verso de Juvenal, Sat. XIII, 263:

Móbilis et varia est ferme natura malorum.

Sainte Beuve dice que la de Chateaubriand era *une nature mobile*.

La expresión *anni mobiles* pudiera por su parte alegar este verso de Virgilio. G. III, 165:

Dum fácilis animi juvenum, dum *mobilis aetas*.

El que prefiera a la antigua lección la corrección bentleyana, puede leer en mi traducción :

—Las costumbres
Nota de cada edad; y los inquietos
Años fielmente y los maduros pinta.

162. *Abiertos horizontes.* Martínez de la Rosa elegantemente:

El mozo imberbe huélgase en los campos.

Aunque ésta no es la interpretación general, pues todos entienden aquí el *apricus campus* del de Marte, es con todo más fiel. Y también, en mi juicio, es más oportuna que aquella idea, para determinar los gustos y aficiones de la juventud, la circunstancia del deseo de libertad y esparcimiento que así en lo físico como en lo moral e intelectual siente el hombre, especialmente en esa estación de la vida.

172. *Teme.* Pavidus por *avidus:* corrección de Bentley, que adopto.

189-90. *Que en la escena quiera vivir.*

Para que pida el público y concurra
A un drama repetido, guarde exacta
La común división de cinco actos.

Así traduce aquí Martínez de la Rosa, y me atrevo a decir que incorrecta e impropiamente; ya porque *pedir* y *concurrir* tienen distinto régimen, ya porque el *repetido*, puesto en dónde y como está, parece indicar que la observación de los cinco actos es posterior a la representación; ya porque según la construcción, el sujeto de *guarde* sería *público.*

192. *Ni quarta loqui laboret* no es lo mismo que *loquatur:* ni la idea de Horacio la que expresa Burgos diciendo:

Ni *hablen* en una escena cuatro actores.

193. *El coro, apersonándose.* Así interpreto el *officium virile:* la que he encerrado en la variante que sigue, es del autor de las observaciones copiadas en la nota al verso 156:

De actor las veces y *papel de hombre*
Haga el coro; ni cosa entre los actos
Inconducente o mal tramada cante.

197. *Amanse al orgulloso.* En contra de la lección *amet peccare timentes*, es de observarse la poca analogía que un sentimiento de esa naturaleza guarda con la acción, o al menos, movimiento y expresión externa que implican los

otros verbos *negat*, *laudet*, *oret*. *Amet placare* es lección semejante a *loqui laboret.*

212. *Que indocto y rudo.* De sentir es que Martínez de la Rosa escribiese aquí una frase tan antigramatical y confusa como la que copio:

—ni ¿qué esperarse
De una turba ignorante, apenas libre
Del rústico trabajo, aunque se uniese
Al ciudadano culto, *confundiendo*
La gente comedida y (la) desenvuelta?

229. *En tiznadas tabernas.* Ninguno de los traductores españoles que tengo a la vista (Espinel, Iriarte, Burgos, Martínez de la Rosa) traduce esta oportuna y graciosa imagen.

242. *El orden.* Variante: el *modo.*

254. *Seis pies iguales.* La observación que hace aquí Horacio respecto al verso yámbico, es una aplicación particular de un principio métrico universal que ha pasado inadvertido y que me prometo desenvolver en mejor ocasión. Por ahora sólo haré algunas breves observaciones, tomando por punto de comparación el endecasílabo castellano. Su ritmo, como advierte Bello, es yámbico: su forma típica es pues la de los buenos endecasílabos ingleses, los de Pope, por ejemplo. Mientras más largas sean sus sílabas pares y más breves las impares, será él más cadencioso y cantable:

Condena blando Amor el verso fiero.

QUEVEDO

Decir que si no tiene el acento en la 6ª lo ha menester en la 4ª y en la 8ª, equivale a exigir la cesura en la 5ª y 9ª La única excepción que pudiera alegarse sería el caso en que por ser la palabra aguda puede haber acento sin cesura; pero esta excepción es aparente; porque toda sílaba terminal que lleve acento rítmico, o toma cierta prolongación semejante a la *e* muda francesa cuando se halla al fin de verso, equivaliendo entonces a dos sílabas, o donde nó, el vocablo que la sigue la da la primera suya como cesura. Así en este verso de Moratín:

El llanto acalla en el horror eterno,

la sílaba inicial *e* de *eterno* se apega a la anterior, como la *lla* se desprende algo de la voz a que pertenece. Problema insoluble ha parecido el fijar la relación que debe existir entre los versos griegos y latinos y los de las lenguas romances, pero no lo fuera tanto si no se procediera sobre una base falsa, comparando las sílabas largas con nuestros acentos. Este es un error fundamental, porque nuestros acentos rítmicos corresponden exactamente a los que las

cesuras prosódicas indican; y las sílabas largas y breves son un elemento aunque no independiente, distinto, que no se ha sometido a reglas, pero que desempeña un papel importante en la versificación. El verso copiado, si le modificáramos en esta forma:

El llanto acalla en el horror profundo,

sería más lleno: porqué? porque las dos consonantes *pr* hacen más larga la última sílaba de *horror*. Ni el artículo definido ni el indefinido llevan acento, y sin embargo el último es algo más largo, como se prueba con este verso de Mora:

Y de cláusulas un conjunto labra,
—separada
De la tumba por *un* espacio breve.

Mora—*El prim. Conde de Cast.*

Y arrojándose en un sillón mullido.

Id.—*Las dos cenas.*

—aplica
Leche a sus labios y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro.

D. de Rivas—*Mor. Ex. Rom. V.*

Que no lo sería sustituyendo *el* a *un*. La cantidad de éste está además realzada por la consonante que le sigue; lo que se echará de ver mejor poniendo en vez de *conjunto* una voz que empiece por vocal.

Ahora bien: dice Horacio que el yambo es tan veloz que obliga a llamar *trímetro* al *senario* yámbico: quiere decir que este verso dividido en seis medidas, no lo está sino en tres por las pausas. En nuestro endecasílabo, aunque tenga todos los acentos rítmicos, nos detenemos precisamente en los indispensables, pasando por cima de los otros; y estos acentos indispensables, que son los que preceden a las cesuras, están, en la forma sáfica, en los pies pares.

La censurable introducción de espondeos en los pies pares del yámbico, de que habla Horacio, tiene mucha semejanza con la introducción de acentos o sílabas pesadas en el primer lugar de los pies pares de nuestro endecasílabo, la cual suele ofender el oído, al paso que es indiferente y agradable a veces en los pies impares. Baste esto para dejar ver la íntima relación que existe entre el senario yámbico latino y el endecasílabo castellano. Iguales observaciones pudieran hacerse con respecto al exámetro, con cuyas cesuras sucede lo mismo exactamente que con los acentos de nuestro endecasílabo, acentos que, como he notado, no son sino indefectibles compañeros de aquéllas;

sucede, digo, que si falta la del medio, son menester la que inmediatamente precede y la que inmediatamente sigue para equilibrar el verso. Pero me he extendido demasiado, y ya es tiempo de poner término a esta nota.

267. *Ni evitar aquéllas.* A lo que creo, no se ha penetrado bien el sentido de este pasaje, que yo así parafraseo: Ni sólo basta hacer versos bien medidos, *evitando* así la crítica de los inteligentes: para *merecer* alabanza se necesita darles la variedad de giros y cadencias que las reglas no prescriben, y que sólo se aprenden con la lectura de los buenos versificadores. Estudiad pues a los griegos, porque los latinos han sido *en esa parte* muy descuidados: *en esa parte* se alababa a Plauto en tiempos pasados; nada quiero decir: también se alababan sus chistes, y bien sabemos le que éstos valen. Creo que Burgos y Martínez de la Rosa no volvieron la idea del autor, diciendo aquél:

Perdón podré *obtener* mas no alabanza,

y estotro:

Así al menos evito el vituperio
Ya que no *obtenga* aplauso. *Mas* vosotros
Los modelos de Grecia noche y día
No dejéis de la mano.

284. *No pudiendo zaherir.* Variante: *Quitado el aguijón.*

293. *Que no vuelva a bruñir.* Es, dice Burgos, una metáfora tomada de los que trabajan en mármol, que pasan la uña sobre la obra para ver si está bien pulimentada. Y sin embargo traduce así:

Condenad los poemas que *con pausa*
La *lima* no *pulió* y hasta diez veces
No enmendó una atención *prolija* y *sabia.*

Suele Burgos incurrir en este defecto gravísimo de no trasladar las imágenes y el colorido del original. Véanse en confirmación de lo que digo las equivalencias que da de los versos 115, 225, 245 a 50, 330-2, 348, 360, 435 y otros, del texto.

312. *Quien sabe y mide.* Horacio hace notable distinción entre los *sacrificios* que debemos a la patria y a la amistad, y el *amor* y buenos oficios que se merece el padre, el hermano y el huésped. Burgos lo confunde todo y ni aun gradación guarda cuando dice

El que conoce bien lo que se debe
A padre, amigo, huésped, deudos, patria.

El asonante se llevó al último lugar lo que Horacio, y no por puro capricho, nombra en el primero.

315. *A combatir enviado:* missi. Este participio realza los deberes de un general aquí indicados: no es ya un *combatiente;* es un hombre en quien la patria pone su confianza enviándole a que la defienda o la engrandezca. Y sin embargo no le traducen Iriarte, Burgos ni Martínez de la Rosa.

326. *Céntimos.* Martínez de la Rosa incorrectamente: en cien partes y *cien.* En este último caso no es lícita la apócope; y lo que más admira, es que la empleara sin exigirlo la medida del verso.

327. *Cinco onzas.* Diálogo que introduce Horacio como muestra de un examen de cómputo aritmético, burlándose así del interés con que se miraba en Roma que los niños adelantasen en ese estudio exclusivamente. Mas al volver a tomar la palabra, son de indignación las en que prorrumpe.

347. *Gustosos: velimus.* No dan la idea los traductores que tengo a la vista, salvo Sanadón y algún otro.

355. *No halle perdón.* He variado el giro del original, porque no queda bien en nuestro idioma; suprimiendo las palabras comparativas, y convirtiendo en subjuntivos los indicativos *curet, videtur.* De un modo semejante tradujo el escrupuloso Iriarte, respetable autoridad en materia de interpretación y de lenguaje. Martínez de la Rosa vierte

Mas *qué regla seguir? Que* cual se niega
Perdón al mal copista que advertido
Siempre en el mismo punto se equivoca;
O cual se expone un músico a la burla
Si en una misma cuerda siempre yerra,
Así un autor plagado de descuidos
Es para mí otro Quérilo.—

Las lenguas modernas exigen más que las antiguas aquella exactitud lógica y conveniencia de ideas que se echa de menos en la enunciación de esa comparación; la cual sin embargo no la presenta Horacio, y sí su traductor por lo visto, como una *regla* que debemos *seguir:* idea absurda y disparatada. Horacio no pregunta *Qué regla seguir?* ni la da en seguida: lo que hace es, por decirlo así, llamarse al orden con estas palabras: *Quid ergo est?* que quieren decir, *En qué quedamos pues?;* y pasa no a preceptuar sino a advertir lo que voy a explicar en la siguiente nota. Véase la de Iriarte a este lugar.

358. *Burlón.* 359. *En ira monto.* Por regla general Horacio perdona algunos pocos defectos en gracia de las muchas bellezas, y condena sin compasión a los que nunca desmienten su condición menguada con algún rasgo de ingenio. Añade sin embargo que cuando el escritor es como Quérilo, que acierta por casualidad a largas distancias, su enojo se cambia en burlona sorpresa y admiración; y que, por el contrario, cuando es un poeta tan grande como Ho-

mero, su voluntaria indulgencia se convierte hasta en indignación si alguna vez le ve dormitar, sin que valga la consideración de que en toda obra larga es natural se insinúe el sueño sin sentirlo. Es una de aquellas delicadas y hermosas alabanzas que solía hacer Horacio del padre Homero.

365. *Pierde este.* Tratándose aquí de cuadros figuradamente, Burgos, en lugar de sostener la metáfora, confunde de una manera muy desagradable el sentido recto con el traslaticio cuando dice:

El uno agrada *alguna* vez, y *el otro*
Mientras más *repetido* más agrada.

Horacio dice *repetita*, pero refiriéndose a *poesis*, no a *pictura*. Demás de esto las otras palabras que he puesto de letra cursiva hacen malísimo sentido.

373. Piedras. La interpretación más común pide esta variante:

—ni los postes mismos.

385. *Nada harás a despecho de Minerva.* Mal interpretado ha sido este pasaje, si no me engaño. Hay quien tome las primeras palabras como un consejo; leyéndose en algunas ediciones *esto* por *est* en el verso 386:

Nada a despecho de Minerva *hagas*,

traduce Burgos. Pero si algunos entendieron esto rectamente, todos han traducido el *si quid tamen scripseris*, *si algo sin embargo llegas a escribir*, u otra cosa semejante: en lo que se cometen dos errores: 1º, sustituír al *si* que etimológica y gramaticalmente le corresponde, mas no siempre ni en rigor le es equivalente en fuerza y significación; por cuanto el primero con indicativo (*scripseris* es aquí la segunda persona de *scripsero*) es mucho menos hipotético que el segundo que por el genio de nuestra lengua no se junta con los tiempos de indicativo (amaría, habría amado, amaré, habré amado) para expresar relación de posteridad; y 2.º, tomar el *tamen* como una conjunción correctiva de una probabilidad tácita en contra del mismo hecho que, por el error anterior, se ha expresado, no como condición sino como suposición o hipótesis. El sentido es pues: *Quamvis* tu nihil invita facies Minerva, *tamen* quidquid scripseris olim, cun tempus scribendi erit tibi, descendat.... *quia vel* delere licebit quam non edideris; vox autem missa *ne* reversura *quidem*.

388. *Lo que escribas.* Ya he dado la razón de porqué traduzco así; y agregaré que el *si* latino no sólo no tiene toda la fuerza hipotética del nuéstro, sino que a las veces aparece como un mero adverbio relativo, equivalente según pida el

contexto, a *apenas*, *cuando*, *luégo que*, *siempre que*, *como*, *no bien*, *así como*, *luégo como*, y otros adverbios o frases nuéstras adverbiales. Stomachabatur senex *si quid asperius dixeram*, Cic. *Nat. Deor.* I. 33. De quibus dicere aggrediar, *si* pauca *prius* de instituto atque iudicio meo *dixero*. Id. *off* II (la traducción de Valbuena). V. además, Plaut., *Aul* II, 5, 7; 6, 5. Ter., *Ph.* II, 18. Sallust. *Yug.* 50; y los que cita Quicherat, *Thesaurus Poeticus*, voz *Si*. En nuestra lengua ocurren ejemplos de semejante uso en los tiempos de pretérito:

> *Si* atribulado *estuve*, tu caricia
> Ensanchó el afligido
> Pecho,

dice Carvajal, traduciendo estas palabras del salmo IV, según la vulgata: *in tribulatione dilatasti mihi*; y con el mismo giro vuelve los versos 10 y 11 del XXX:

> ¡Oh Cintia!
> Dije, si ya con inocentes manos
> Y puro corazón el sacro fuego
> En tu altar encendí, venga la llama
> Que la pérfida Ninfa en mi ha encendido.
>
> QUINTANA, *Pastor Fido.*

IB. *Y hasta un año.* El lector a quien tal novedad escandalice, puede leer desde luégo, y *nueve años*. Este plazo ha parecido a todos demasiado largo, y echando por el atajo, pretenden que no se debe tomar literalmente: interpretación arbitraria mientras subsista la lección tal como está; porque *nonum annum* no puede ser una expresión proverbial o formularia, como *terque*, *quaterque*, *decies* y otras. Nueve años no son diez (como traduce Battenx), ni muchos, sino nueve, ni más ni menos. Walkenäer, citado en la edición de clásicos de Hachette, intenta aclarar el punto diciendo que no es sino un consejo dirigido al hijo mayor del Cónsul Pisón que era aún muy joven a su cuenta. Semejante explicación nada vale, porque el *olim* de arriba hace ver que el plazo de los nueve años había de contarse, no desde la época en que hablaba el poeta, sino desde que el mayor de los Pisones hubiese de escribir, previo el estudio y la madurez que traen los años. Por estas razones me atrevo a proponer como una conjetura, esta corrección:

> —NOTUMQUE, *prematur in annum.*

Lección que no difiere de la vulgar sino en una letra y ofrece un sentido claro y natural. Todo lo que hagas, dice el poeta, sométela a nuestro examen, y *una vez conocido* y examinado por nosotros, ocúltalo hasta por un año. El mismo Horacio, Epíst. II, 21, 23:

Grata sume manu, nec dulcia differ IN ANNUM: final del verso semejante. Liv. 31, 2: *Duas Hispanias Sardiniamque* obtenentibus prorogatum IN ANNUM imperium. Ov. *Met*, II, 47,-8:

—Cunus rogat ille paternos,
Inque diem alipedum jus et moderamen equorum.

390. *La voz cautiva.* Me atrevo a separarme aun otra vez de las ediciones, para leer:

Quam non edideris; nescit vox missa reverti.

Corrección que fundo en estas razones: 1ª, es más propio y natural *delere vocem* que *delere quidiquid non editum fuerit*; supuesto que ese verso no significa *nunca corregir*, como quieren los traductores, sino *borrar*, ora se tome en sentido recto, ora en acepción figurada. No parece razonable que el poeta se figurara podría llegarse a juzgar digno de abrogación lo que tres jueces tan competentes hubiesen examinado y mandado guardar: ni sería una expresión cortés para con el hijo de L. Pisón; 2ª, *non edidisse* y *mittere* se corresponden, y el *quod* rompe la correspondencia; 3ª, *membranis intus positis* y *quod non edideris* eran una inelegante redundancia con la puntuación que llevaban, hasta que Bentley acertó a quitar el punto que se veía en *annum* para ponerle en *positis:* esta nueva corrección que presento no es más que el complemento de la de aquel sabio crítico, pues no hace sino acabar de ligar con lo subsiguiente la frase que él por justo motivo independizó de lo que la precede; 4ª, esta corrección, por último, hace mejor sentido y da lugar a una antítesis bella y a dos imágenes coherentes. Al vocablo que no hayas soltado de tu escritorio (dice el poeta) podrás darle muerte impune y clandestinamente; empero, él una vez escapado, no sólo sino que no volverá nunca a tu dominio.

391. *Porque intérprete.* Este admirable pasaje no lo es menos que en el original en la traducción de Martínez de la Rosa: no puedo resistir a la tentación de copiar los primeros versos:

Intérprete del cielo el sacro Orfeo,
De la vida salvaje y mutuo estrago
Alejó con horror a los mortales,
Y por eso se dijo que su lira
Logró amansar los tigres y leones;
Cual a Anfïón la fama le atribuye
Porque de Tebas levantó los muros,
Que el eco de su cítara movía
Las piedras de su asiento, y que a doquiera
Con seductor encanto las llevaba.

448. *Manda aclarar.* Lo mismo explica Juvencio: jubebit obscura illustrari. La traducción de: *parum claris lucem dare coget*, es *poco claros den luz*, o como traduce Burgos:

Aclarará lo equívoco....

Pues el verbo *cogo* es transitivo. Y en efecto, Horacio quiere que el vice-Aristarco note defectos (reprehendet, culpabit, lucem dare coget, arguet, notabit), y aunque borre y suprima (allinet atrum signum, recidet); pero en manera alguna que corrija de por sí y ante sí, ni que haga variaciones ni sustituciones. Por esta razón, si Burgos tradujo antigramaticalmente, lo expresado, Martínez de la Rosa interpretó con poco acierto, a mi ver, el *culpabit duros*, vertiéndole: *corregirá los duros* (vs. 445-6). Más atinadamente procedió Iriarte, poniendo en este lugar:

Condenará los ásperos e ingratos

Y en el otro sobre que versa la presente nota:

Lo que está oscuro, *mandará se aclare.*

456. *Muchachos que el peligro ignoran.* Refiero el *incauti* a *pueri* en la acepción que acaba de verse: es una exageración propia de Horacio y del lugar. Burgos traduce *aturdidos*. Otros con menos razón lo sustantivan, traduciendo: y *los incautos le siguen.* ¿No sería esta una simpleza que desluciría el cuadro?

467. *Quien salva a otro por fuerza, es asesino. Idem facit occidenti:* helenismo que Burgos traduce:

—El que a otro salva
Cuando perecer quiere, le asesina;

Y quiere dar esto como fundamento y prueba de que toda esta descripción del poeta es una alegoría, como sueña Batteux. Tal interpretación no se puede defender por el contexto ni con la gramática. Nuestro autor acaba de decir que los poetas tienen el derecho de matarse, y ahora añade que quien salva a otro, repugnándolo, hace lo mismo que *el que mata* (occidenti). Es decir, así como dar muerte a alguno es violar el derecho que tiene a la vida, no dejar a un poeta que se mate es violar un derecho no menos sagrado. Horacio refuerza su idea advirtiendo que no es la primera vez que aquel loco lo intenta, y que si se salva, no por eso se conformará con ser hombre: *fiet homo* es una alusión a las descomunales pretensiones de Empédocles (1).

---

(1) Al pie de estas notas escribió el autor: «*Notas juveniles* (1865). Hay que revisarlas y refundirlas.»

VIRGILIO

VIRGILIO (1)

CRÍA DE CABALLOS

Geórg. III. 73-94.

Tu modo quos in spem Statues.

Los potros tú, que prodigar la vida
Deban después, desde su edad primera
Severo elíge, y diligente cuída

Obsérva al que galán la delantera
Tomando siempre la menuda plänta
En sus nativos campos acelera.

Que a cortar las corrientes se adelanta
O a puente ignota avánzase derecho;
Ni vano ruido en derredor le espanta.

Alta cerviz, cabeza enjuta, estrecho
Vientre, la grupa dilatada y llena,
Nervudo hinchado el eminente pecho.
Tordillo azul y bayo oscuro, buena
Señal te dan; al blanco u cenizoso
En poco estimes. Si de lejos suena

El eco de la trompa clamoroso,
Vibra la oreja, tiembla; ni momento
Ni ya lugar encuentra de reposo.

Profusas crines que desparce al viento
Caen al diestro lado; al aire enciende
Su ancha nariz con anhelante aliento.

Doble la espina la canal extiende
A lo largo del lomo: el suelo en tanto
Sordo retumba, que su casco hiende.

Tan noble esfuerzo y animoso espanto
Cílaro pudo respirar un día
Sujeto a Pólux gladiador, y tanto,

Los que ensalzó la griega poesía,
Potros de Marte, y fieros pisadores
Que el grande Aquiles a su carro uncía.

Así, tomando cascos voladores
Cuando vio por su esposa sorprendidos
Saturno sus ilicítos amores,

---

(1) La traducción de estos fragmentos es distinta de la que figura en la versión completa de las *Geórgicas*, que se incluirá en otro volumen de esta colección.

Sacudió los cabellos descogidos
Y el alto Pelion presuroso huyendo,
Con el eco llenó de sus bufidos.

EL POTRO DESTINADO A LA GUERRA Y AL CIRCO

Geórg. III 179-201.

Sin ad bella magis.

Si la guerra, si ejércitos feroces
Prefieres; si en la olímpica carrera
Amas con carros competir veloces

En el bosque de Jove, a la ribera
Del sacro Alfeo, edúquese el oído
Del potro, al eco de la trompa fiera.

De aceros y de frenos el rüido
En el establo a tolerar aprenda,
De sulcadoras ruedas el chillido.

El continente y la armadura horrenda
De los guerreros mire: y con delicia
De su señor la aprobación comprenda.

Alegre de su mano la caricia
Sienta en el cuello: apenas destetado,
Así en el arte militar se inicia

Aun inexperto y trémulo de grado
Al blando lazo la cerviz inclina;
Empero, el año cuarto comenzado,

A ejercicio mayor se le destina;
El firme paso que alternado suena
Ya con limpieza y variedad combina;

O cortando la atmósfera serena,
Floja la brida, libre se arrebata
Sin hollar casi la tendida arena.

Tal aquilón soberbio se desata,
Y por la Escitia, rápido bajando,
Las estériles nubes desbarata.

La mies se eriza con murmullo blando,
Mientras gimen los altos encinares,
Mientras hacia las playas, afanando,

Se precipitan olas a millares;
Que él los campos barriendo va en su huída
Y la ancha faz de los desiertos mares.

AVENTURA DE EURIDICE Y ORFEO

Geórg. III-457-527.

Illa quidem dum te fugeret.

Perseguidor tú fuiste de Euridice: (1)
Por la vistosa margen de una fuente,
De ti, veloz, huía la infelice,

Cuando una horrible acuática serpiente
Que se ocultaba entre la yerba y flores
Pisó con planta incauta. En són doliente

Las Dríadas en coro sus clamores
Esparcieron por selvas y por prados
Fatigando los ecos gemidores.

Y alto el Pangeo, y Hebro, y los collados
Del Ródope, y Oritia, y belicosa
De Reso la región lloró sus hados;

Y el Geta los lloró. Lira amorosa
Pulsaba en tanto en flébil melodía
Orfeo siempre, oh! desgraciada esposa!

Y cantando tu nombre repetía
En la playa monótona y desierta,
Ora naciese, ora expirase el día.

Desesperado, la tenaria puerta
Forzó, y a la mansión bajó atrevido,
Que yace de dolor y horror cubierta.

Presentóse al tirano aborrecido
Y a las deidades que del hombre al llanto
Duras cerraron corazón y oído.

Mas a su voz con delicioso espanto
Las leves, macilentas, desoladas
Sombras llegaban a escuchar el canto;

Como al caer la tarde, o aventadas
Del temporal, las aves con presura
En el bosque se acogen a bandadas:

Tal se agrupó la muchedumbre oscura
De sombras, que o matronas fueron antes
O ya aquéllas que en flor la sepultura

Devorara doncellas rozagantes,
O héroes segados en civil pelea,
O malogrados, cándidos infantes,

(1) Aristeo.

De quienes forma en torno la letea
Onda, con mudo horror, círculos nueve,
Y torpe, invadeable, los rodea.

De placer el averno se conmueve;
Gózanse azules víboras sin cuento,
Melena de las Furias: no se mueve

La rueda de Ixión, que escucha atento
Y en sus tres fauces que abre, el ronco ahullido
Certero acalla al celestial concento.

Todo obstáculo, en fin, dejó vencido,
Y triunfante el cantor el pie volvía,
Y arrancada a las sombras del olvido,

Euridice sus pasos fiel seguía
(Condición que Prosérpina pusiera)
Tornando alegres a la luz del día.

Ciego enajenamiento se apodera
Del amante: El Averno perdonara
Su desliz ¡ay si perdonar supiera!

Ya bajo el reino de la luz, se para
Súbito, y olvidado, y en su pecho
Venciendo el reprimido amor, la cara

A su Euridice vuelve satisfecho;
Su triunfo al punto ve desvanecido
Y lo pactado con Plutón deshecho.

Del averno, tres veces conmovido
Al recobrar su presa, el desdichado
Oye el lóbrego undísono bramido.

«Orfeo, ay! ¿qué demencia a nuestro estado
«Mortal nos vuelve? (con acento tierno
«Euridice pronuncia). Manda el hado

«Tornar a las regiones del averno,
«Y al párpado que en vano le resiste
«Abruma con el sueño sempiterno.

«Adiós! Arrebatada en noche triste
«¡En balde tiende a ti débiles manos,
«¡Ay! la que tuya a apellidar volviste!»

Dijo; y cual humo por los aires vanos
Huye a sus ojos. El con importuna
Queja los brazos extendiendo insanos,

Tras el señuelo de falaz fortuna
Sombras apalpa solo. Ensordecido
El guardador de la fatal laguna,

Todo su bien que recobrara, hundido,
¿Qué hará ya el infeliz? ¿A dónde el vago
Pie moverá? ¿A los manes cuál gemido

Ablandará, ni poderoso halago?...
Ella, pálida sombra, en la ligera
Quilla cruzaba el pavoroso lago!

Víctima Orfeo de su angustia fiera
Moró por siete meses en oscuras
Cavernas, de Estrimon a la ribera.

Y cantando sus grandes desventuras
Los tigres del desierto enternecía,
Y el corazón de las encinas duras.

Cual de olmo anciano sobre rama umbría
Filomena la pérdida deplora
De sus hijuelos que con mano impía

Del nido el labrador robó, en malhora
Implumes observándolos; mas ella
Toda la noche se lamenta y llora

Sin desviarse de la rama aquella,
Y hasta el confín postrero el eco triste
Su voz va repitiendo y su querella.

Así el cantor de lutos se reviste
Y de placer privado y de consuelo
Al blando halago femenil resiste.

Plácele sólo visitar el suelo,
Solo las cumbres ásperas que grava
Eternamente el hiperbóreo hielo.

Su perdida Euridice lamentaba
Y el dón mentido de Plutón horrendo;
Y porque a las Bacantes despreciaba,

Entre la orgía y nocturnal estruendo
Ceremonioso, mátanle, y feroces,
Van sus miembros en trozos esparciendo.

Su cabeza sangrienta en las veloces
Ondas cayó del Hebro; y todavía
Pudo, *Euridice*, en moribundas voces,

Euridice infeliz, su lengua fría
Murmurar. Por las playas el torrente,
Euridice, *Euridice*, repetía.

GUCANO

LUGANO

PARALELO ENTRE CÉSAR Y POMPEYO

Phars. Lib. I.-V. 121.

Tu, nova ne veteres....

Ante nuevas empresas las antiguas
Temes, Pompeyo, se oscurezcan hora,
Y que al lauro que en Asia conquistaste
El que las Galias dan, se sobreponga.

Larga serie de honores, de trïunfos
En orgullosa altura te colocan......
César, que otro le exceda; el gran Pompeyo
Que otro a la par descuelle, no soporta.

¿Con más justicia cuál ciñó la espada?
Por cada cual sagrado voto aboga:
Al vencedor el cielo favorece;
Catón la causa del vencido adopta.

Mas no iguales al campo concurrieron:
En el uso tranquilo de la toga
Pompeyo olvida cuál se blande el hierro,
Y la traidora edad bríos le roba.

Amador de la fama vocinglera
Entrégase a la plebe que le adora;
Del aura popular, de su tëatro
En el rumor, en los aplausos goza.

Ni fuerzas nuevas prevenirse cura:
Bajo el dosel de sus antiguas glorias,
Satisfecho descansa y descuidado:
De un nombre augusto venerable sombra!

Así tal vez en la feraz campaña
Osténtase la encina que se adorna
Con los sagrados dones y trofeos
De antiguos pueblos y diversas tropas.

No la raíz, el peso la sostiene;
Ni el suelo en derredor con ancha copa
Asombra ya; mas con nudosos ramos
Que el tiempo de verdor al fin despoja.

Y aunque pomposos árboles la cerquen,
Y aunque del euro a los amagos, pronta
Esté a caer, la adoración usada
Recibe empero, dominando sola.

César no sólo en el renombre y fama
De poderoso Capitán se apoya:
A aquel renombre su valor anuda
Que ni se debilita ni reposa.

Indómito, impaciente, sólo mira,
Del triunfo en la tardanza, la deshonra:
Donde el furor le llama o la esperanza
Férvido allí sin vacilar se arroja.

No a la mano da paz, no envaina el hierro:
Empuja al tiempo, a la fortuna acosa;
De ella obtiene favor o lo arrebata:
Ruinas marcan su paso y sangre roja.

Tal párte el rayo de encontradas nubes,
Con estruendo los ámbitos asorda,
Y con vivo fulgor culebrëando
Eclipsa el día, y a las gentes postra;

Sus templos hiere, mármoles traspasa,
Con estrago discurre por las hondas
Tierras, y con estrago, recogiendo
Las esparcidas llamas, se remonta.

DESTRUCCION DE UN BOSQUE SAGRADO

EN LAS CERCANÍAS DE MARSELLA

Libro III.—V. 399

Lucus erat.

Hubo inviolable y respetado un bosque
Desde remota antigüedad: sus ramas
Relazadas cual bóveda cubrían,
Siempre al rayo solar negando entrada,

Espacio tenebroso y frescas sombras.
Y no los dioses que los campos guardan
Le habitaron, caprípedos silvanos
Ni alegres ninfas que en las selvas danzan.

En él bárbaro culto se ofrecía;
Lúgubres sacrificios: sangre humana
Los árboles bebían de contino,
Sangre corría en las informes aras.

Y si la antigüedad observadora
De rito tánto y ceremonia vana
Alguna fe merece, ni las aves
Sobre sus ramas detenerse osaban.

Ni las fieras buscar acogimiento
En su espesura; ni gemir las auras
Ni los rayos caer. Sin sus rumores,
Toda era horror la selva solitaria.

De sus musgosas rocas desprendidas
Aguas oscuras en lo oscuro manan:
En lo oscuro, los bustos de sus dioses,
Imágenes antiguas mal formadas

De rudo leño, inmóviles habitan:
El sitio mismo, la actitud, la falta
De color, la carcoma de los troncos,
Todo es sombrío en ellos, todo espanta.

No así el mortal a las deidades teme
Que en formas de costumbre a sus miradas
Se ofrecen: mientras menos las conoce
Más las respeta. Divulgó la fama

Que aquellos antros con temblor gemían;
Que los caídos árboles levantan
Nuevamente sus copas, que de pronto
Toda la selva en ondeantes llamas

Arder parece, y de los viejos troncos
Fieros dragones enredor se enlazan.
Con respeto los pueblos sus ofrendas
Llevan allí; mas nunca se adelantan

Al santüario: el sacerdote mismo
En medio de la noche o cuando lanza
Rayos el sol en su mayor altura,
Pálido acerca la medrosa planta.

César la selva derribar ordena,
Al campo suyo viéndola cercana,
E inmoble en medio a descuajados bosques,
Quedado había entre las guerras salva.

Temblaron los robustos al mandato;
La majestad del sitio los embarga,
Y sobre sus cabezas se figuran
Que vuelven ya las violadoras hachas.

El, viendo a sus cohortes cuyas manos
El temor pusilánime embaraza,
Hacha cortante de improviso empuña,
Y alzándola en los aires la descarga

Sobre un erguido y corpulento roble,
Clávala allí y a los medrosos habla:
«Ninguno tema obedecer. ¡Si hay crimen,
Crimen es mío; sobre César caiga!»

Y todos obedécenle; no tanto
Por fuerza del ejemplo: entre las altas
Iras de oculto Dios y las de César
Optan a su pesar, en simultánea

Embestida. Los álamos, amigos
Del mar undoso, las nudosas hayas,
Silvestres fresnos, fúnebres cipreses,
Todos deponen la abundante, opaca

Cabellera, a la luz abriendo paso
Por vez primera y con gemido estallan:
Ríndese el bosque; aunque trabado, espeso,
Luengo espacio vacila y amenaza.

ROTA DE GURION

Libro IV.—V. 746

Junc primum patuere doli....

Descúbrese el ardid: los africanos
Ocupan las colinas circundantes:
Tiemblan los jefes viéndose perdidos,
Tiembla la turba en el profundo valle.

Y no el valiente a lid desesperada,
No a presta fuga se libró el cobarde;
Que ni a su voz ni al són de los clarines
Hubieron los bridones de animarse.

Mas en vez de tascar el duro freno
Blanco de espuma, derramando al aire
La crin, vibrando la empinada oreja
Y los callos batiendo resonantes,

De temor y cansancio desfallecen,
La pesada cerviz sin fuerza abaten,
Baña sus miembros el sudor, que humea;
Larga arrojan la lengua; roncos salen

Profundos resoplidos que en violenta
Agitación fatigan sus ijares,
Y la reseca, ardiente espuma cubre
El freno abrumador teñido en sangre.

Nada el furor del látigo sonoro,
Ni los frecuentes espolazos valen;
Y si alguno al bridón despedazado
Obliga a que, temblando, un poco avance,

Nada ganó, que ni amenaza aquello
Ni acometida fue, sino llevarle
Más cerca de los tiros enemigos,
Caminar a la muerte, no al combate.

Mas apenas los leves africanos
Oyeron la señal, de todas partes
Vuelan sobre la presa; sus corceles
Temblar el suelo con los cascos hacen,

Y a galope tendido, rumoroso,
Roban el día y las tinieblas traen
En las nubes de polvo que aglomeran,
Cual desencadenados huracanes.

Sufriendo la impetuosa arremetida,
La infantería, no el terrible trance
Dudoso fue, y el tiempo que a la muerte
Bastó, duró la lid.—Que ni adelante

Mover el pie podían los romanos,
Ni el brazo sacudir: sobre ellos cae
Una nube de aceros voladores
Y el peso de los rudos golpes grave.

Recógense las alas hacia el centro,
Y se compactan: si hubo quien tratase
De entrarse acobardado, los amigos
Hierros le oponen muerte miserable.

Cuanto más campo ceden los primeros
Se estrechan más las oprimidas haces:
Falta el espacio ya para moverse,
Y respirar: cubiertos de fatales

Armaduras, los pechos se comprimen
Sin vida al fin. No al mauro de su grande
Victoria el espectáculo que espera
Fue dado contemplar: no las parciales

Rendiciones gozó de los vencidos,
Ni vio los ríos ondëar de sangre:
Sus espantados ojos sólo hallaron
¡Hórrido hacinamiento de cadáveres!

EL CINQUE MAGGIO

Canto de Alejandro Manzoni a la muerte de Napoleón

Nuevas versiones poéticas en latín y en castellano con un discurso preliminar y comentario crítico.

DISCURSO PRELIMINAR

Quizá no sería aventurado pensar que *Il Cinque Maggio* de Alejandro Manzoni ha sido y es aún, entre todos los cantos líricos de la misma índole que ha producido el siglo XIX, el más generalmente apreciado de los inteligentes. No se me oculta que algunos eminentes críticos tienen otras preferencias; resístese también el orgullo nacional a conceder la primacía a una obra extranjera. Sometido el punto a votación, supongo que en cada nación se dividiría la mayoría de los sufragios entre varios poetas y entre producciones diversas, y seguramente no habría poesía alguna, ni aun vate lírico, que obtuviese la mayoría de votos de pueblos diferentes. Creo que en Italia podría dividirse la opinión entre Manzoni y Leopardi, tratándose de poetas, y que la balanza se inclinaría a favor de éste; pero en cuanto a odas perfectas, pocas serían allí las discrepancias, y hay motivos para presumir que, si salvando las exigencias del orgullo nacional, no se tratara de señalar el primer puesto, sino la primera fila, destinada por ejemplo a poesías líricas, pocos votos, si alguno, le faltarían a la oda consabida, y que ninguna otra en votación que comprendiese varias piezas, alcanzaría igual número de adherentes en un concurso ecuménico.

Indúceme a pensar así la *vox populi* (hasta donde ha llegado a mis oídos), esto ès, el voto de literatos y escritores diseminado en publicaciones de todo linaje; y se explica esta extensa y firme celebridad de *El Cinco de Mayo* por la variedad de circunstancias relevantes y de condiciones al parecer inasociables, reunidas y maravillosamente conciliadas en esta poesía. En ella al interés histórico y político se reúne el sentimiento religioso y la serenidad artística; con el tono lírico heroico se combinan las melancólicas notas de la elegía; a la severa forma clásica, horaciana, se asocia la osadía y la libertad de la nueva escuela de que Manzoni fue en Italia el más ilustre representante; en esta oda, la más poética de las lenguas romances (como para comprobar la tesis de Macaulay) a par de su reconocida suavidad y dulzura, ostenta su fuerza y majestad. A todo esto se agrega una forma precisa, clara, breve, armoniosa, que grabándose fácilmente en la memoria, saca el pensamiento de la muerta página, y le da nueva y perpetua vida en la mente de los hombres.

Constituyen el fondo de este «cántico,» como le llamó su autor mismo, dos grandes contrastes: primero, el que ofrecen entre sí los dos grados extremos de grandeza y de

postración del hombre; y segundo, el que presenta la humana existencia con todos sus altibajos de fortuna, con sus esplendores y miserias, en frente de la *serena pacis vicio* de lamuerte. Estos son los dos grandes pensamientos de la inmortal oda de Manzoni; las demás ideas son accesorias, casi todos bellísimos cuadros, abreviados en estrofas aladas y brillantes, y a veces en una sola pincelada, verbigracia:

Come sul capo al naufrago
L'onda s'avvolge e pesa...

E sull'eterne pagine
Cadde la stanca man....

Chinati i rai fulminei,
Le braccia al sen conserte....

E il concitato imperio
E il celere ubbidir.

Abrazó, pues, en este canto Manzoni, como de una ojeada, los grandes y patéticos contrastes de la vida humana, dejando sólo en la sombra la antítesis que ofrecen los plácidos días de la niñez con las pasiones tempestuosas o desenfrenadas ambiciones del hombre crecido. Entre los recuerdos que revolvía el héroe cautivo en Santa Elena, falta aquí, al parecer, la memoria de la infancia. Este natural recurso empleado por los compositores de óperas en oportunos *racconti*, forma también una hermosa página del *Masanielo* del Duque de Rivas, en la que, según creo, sigue las pisadas del historiador Baldacelini.

«Masanielo—dice—acababa de despertar, pasado acaso el acceso de demencia, y desde la ventana de la celda contemplaba en calma el mar que había arrullado su pobre cuna, que había sido campo de sus ejercicios juveniles, el proveedor del escaso sustento de toda su vida. Y acaso, olvidado de poder y de fortuna, vagaba su imaginación por regiones más humildes, cuando reparó en las galeras, y su proximidad y aparato bélico le recordaron las ideas de mando y de poderío.»

Ei ripensó—

Mas, comoquiera que sea nota característica de esta poesía la fidelidad a la verdad histórica iluminada, idealizada por el genio poético, mas no alterados ni falseados los hechos en pasaje alguno por ficción exótica, no debemos acaso extrañar en ella la ausencia de recuerdos consagrados a los apacibles días de una feliz adolescencia, porque desde la edad más temprana empezaron para Napoleón las contrariedades de la lucha, los estímulos de la ambición.

«Yo nací—decía él en carta a Paoli—cuando sucumbía la patria,» entendiendo por patria, no ciertamente a Francia, sino a Córcega. En la época misma de su nacimiento, su madre, huyendo de las tropas francesas que ocuparon el país, anduvo errante por los montes; y así él, desde su niñez, se vio rodeado de las agitaciones y peligros de la guerra. Hablando de sus primeros años, recordaba sus reyertas y camorras con sus hermanos y sus condiscípulos y también sus ambiciones (1). Desde edad temprana, oyendo hablar de la guerra de independencia de la isla, concibió religiosa veneración hacia Sampiero, hacia Paoli, hacia todos los héroes corsos, y soñaba con llegar a la edad de empuñar las armas. De diez años fue enviado al Colegio de Autun, de allí pasó en breve a la Escuela Militar de Brienne. Sus compañeros se burlaban de él porque hablaba mal francés y trabucaba las palabras. Aquellas bromas, a que él contestaba a veces con sorna, a veces con cólera, pusieron a prueba su energía. Reconcentrado en sí mismo, dedicóse con afán al estudio para sobresalir, y logró al cabo adquirir grande ascendiente sobre sus compañeros. En 1784 pasó como cadete a la Escuela Militar de París. Su procelosa carrera principió, pues, desde la infancia; o nunca fue niño, o lo fue siempre; y, cuán lejos, *quam longistime*, podía remontar la memoria, *i di che furono* no le representaban otra cosa que agitación constante y continua lucha (2).

Los temas más grandiosos en el común sentir de las gentes, aquellos que más preocupan la imaginación popular, son los más difíciles de tratar con éxito, porque si bien por una parte el público reclama un poeta que en forma armoniosa y recordable interprete el sentimiento general, y parece dispuesto a agradecer la satisfacción de aquella necesidad imperiosa, por otra parte el amor y el conocimiento del asunto le hace sobrado exigente, impone grave compromiso al artista, y le provoca, como a tribuno popular, a exageraciones contrarias a la ingenua y serena inspiración. Más hábil es el poeta que evita regiones explora-

(1) Mon frére Joseph était battu, mordu, et j'avais porté plainte contre lui, quant il commençait a peine a se reconaitre. Bien m'en prenait d'etre alerte: mamam Letizia eut reprimé mon humeur belliqueuse, elle n'eut pas souffert mes algarades. Sa tendresse etait severe, punissait, recompensait, indistinctement le bien, le mal, elle nous comptait tout.

(2) Podía Napoleón hablar de aquella «disciplina» de las armas que le llevó a una cumbre, como habló Cicerón de la de las letras, que le llevó a otra cima, en pasaje harto traqueado de los estudiantes de latín, como que por ahí principia la oración *pro Archia*: «A qua ego nullum confiteor actatis meae tempus abhorruisse.... quoad longissime potest mens mea respicere spatium praeteriti temporis *et pueriliae memoriam recordari ultimam....*»

das, y explota lo descuidado, lo que promete poco; que prefiere descubrir a ilustrar; que procura más bien cautivar la atención con cosas ignoradas que con formas nuevas. Más sorprende el sacar fuego del humo (1), que de encendida llama nuevas centellas.

El nombre sólo de Napoleón es tan sonoro, lleva consigo tántos recuerdos y sugiere tales reflexiones, que todo canto a su memoria debe parecer débil y pálido. En estos casos el arte del poeta se cifra en olvidarse un tanto de su misión de intérprete de la opinión común, en expresar con vigor e independencia sus sentimientos personales como aislado y sereno espectador. Manzoni, al mismo tiempo que levanta la figura de Napoleón sobre toda gloria mortal, duda si aquello fue gloria verdadera, y con misterioso acento manda suspender el fallo:

Fu vera gloria? Ai posteri
La ardua sentenza!......

El intérprete de la multitud se transfigura así en intérprete del Cielo; sin hacer que el oyente aparte la vista del coloso, conmueve su espíritu y dilata el horizonte de la visión interior. *¡Deus, ecce Deus!*

No me parece del todo justo el siguiente concepto del señor Menéndez Pelayo, autoridad digna de respeto como la que más alto raye en materias históricas y literarias; mas no le citaré sin anotar la fecha en que, muy joven aún, estampó este juicio el eminente crítico español:

«En uno de sus últimos estudios calificó Fóscolo con desusado rigor, a la nueva escuela literaria representada especialmente por Manzoni. Comenzó este grande y simpático escritor su carrera con dos poemitas en verso suelto y al modo clásico, de los cuales se arrepintió luégo, y en verdad que no tuvo razón para ello, a lo menos en lo que hace a la *Urania*, composición digna de Monti. Pero no le llamaba Dios por ese camino, en el cual sólo hubiera sido el segundo, cuando estaba destinado a abrir nueva senda y llevar el arte por nuevas derrotas. Y de hecho con los *Himnos Sacros* se puso a la cabeza de los líricos cristianos de nuestro siglo, mostrando en insuperables ejemplares, donde la sobriedad compite con la unción piadosa y con la grandeza, de qué suerte pueden tratarse sin varios adornos ni falsas retóricas, en pleno siglo de incredulidad, los altos misterios de nuestra religión santísima. El himno de *Pentescostés* y el de la *Pasión* superan en mucho a las dos composiciones de asunto no sagrado que en la colección manzoniana encontramos. Sé que no es ésta la opinión común, pero la opinión común me parece poco fundada. En el famoso *Cinco*

---

(1) «Sed exfumo dare lucem cogitat.»
Hor. *De Art. Poet.* 143.

de Mayo (por otros títulos admirable) vese patente la afectación y el estudio, no hay aquella generosa onda de afectos y de poesía que se desborda en los *Himnos Sacros*. ¿N cómo había de ser natural en la pluma cristiana de Manzoni el elogio de Napoleón, es decir, la apoteosis del derecho de la fuerza? Digamos que al gran poeta lombardo le deslumbró la grandeza del coloso caído, y no neguemos que en esta oda quedó inferior a sí mismo. Superiores son a *El Cinco de Mayo* los coros de *Carmagnola* y de *Adelchi*, superior el hermoso canto a la revolución milanesa de 1821» (1).

Siéntese aquí un tanto la influencia de la sangre generosa de quien, en los *Heterodoxos Españoles*, escribió las más elocuentes páginas en honor de los que en la península ibérica resistieron a la invasión francesa, página digna de la imortalidad en los modelos *solutae orationis*, como lo es *Il Cinque Maggio* en las antologías poéticas de todos los tiempos y naciones. Las grandes almas, los eximios escritores, viven por el entendimiento y el corazón, tanto en los pasados tiempos, como en el siglo en que florecen; Menéndez Pelayo es un español contemporáneo de Daoiz y Velarde tanto como de Hernán Cortés, o de Gonzalo de Córdoba, o de Pelayo. Crooke no podía explicarse la «virulencia personal» de Macaulay para con personajes muertos hace siglos. *Il Cinque Maggio* es por muchos títulos «admirable,» pero una oda a la memoria de Napoleón no podía ser para un Pelayo, paisano de otro Pelayo, sino efecto de un deplorable «deslumbramiento.»....

Con perdón de mi ilustre amigo Menéndez, dado que no haya templado su rigoroso fallo en los años corridos desde 1877, tiempo vivido por él con más intensidad y provecho que por la grey perezosa a que pertenece el que estas líneas escribe, Manzoni, aunque cante sobre la tumba de Napoleón, no hace en esta oda «la apoteosis del derecho de la fuerza»: describe, sí, a grandes rasgos, cual le cumplía, los efectos de admiración, de asombro y de terror con que preocupó a los pueblos el primer Capitán y conquistador del siglo; no había tomado parte su musa en las ovaciones ni en los anatemas; no se atreve a decidir si aquel poder antes no visto constituye «verdadera gloria»; no reconoce el poderío del hombre como fuerza propia, que es el error de la idolatría, sino como aliento prestado por el Creador a un instrumento cualquiera de sus altos designios; pondera la grandeza del invicto caudillo, para hacer más sensibles las peripecias de una vida excepcional, la duración efímera del poder político, la vanidad, los sueños ambiciosos y el terrible

(1) *Letras y Literatos Italianos*, carta a Pereda, fechada en Venecia—Milán a 13 de mayo. 1877, publicada en la *Revista de Madrid*, 1881.

despertar de la caída, los perennes esplendores de la fe, la majestad de aquella suprema y vengadora verdad: ¡la muerte! Por la impresión que produce en el ánimo equivale esta oda brevísima a una homilía sublime sobre el eterno tema, *Vanitas vanitatum: sólo Dios es grande* (1).

Admiro como quien más la suavidad de afectos y la pureza de estilo de los *Himnos Sacros*, y no negaré que en un debate literario no podría yo demostrar que *Il Cinque Maggio* los supere. Pero el señor Menéndez Pelayo confiesa que su opinión no es «la opinión común,» a su juicio, poco fundada. Del aplauso que recibe una obra artística en su estreno, o en sus primeras exhibiciones, podemos desconfiar, con tanto mayor razón cuanto vemos que muchas veces el juicio de la posteridad no ha confirmado el de los contemporáneos. Pero pasan años, y la opinión común, lejos de debilitarse, se robustece y se dilata, y hay motivos para juzgar que ha principiado ya la posteridad a pronunciar la «ardua sentencia,» contra la cual poco vale el proverbial *Habent sua fata libelli*. Nadie cita fuera de Italia los *Himnos Sacros*, y muchas frases de *Il Cinque Maggio* se han hecho proverbiales. Del más afectuoso y espontáneo de los *Himnos Sacros*, *Pentecostés*, tenemos una traducción muy superior a casi todas las de *Il Cinque Maggio*, y nadie la conoce. Es pues forzoso reconocer que la oda a la muerte de Napoleón posee un talismán, uua virtud secreta, de que carecen aquellos otros himnos, por perfectos que sean. En el punto de vista religioso, no es el asunto mismo lo que decide del efecto; la divina gracia es misteriosa en sus caminos; y el ejemplo de un *Deus terrestris* que sucumbe y muere tributando adoración al Dios del Calvario, es más eficaz como práctico argumento que el poético recuerdo de sucesos sagrados de más recóndita significación. El poeta en *Il Cinque Maggio* habla a los ojos y a la mente del mundo contemporáneo; y en sus *Himnos Sacros* sólo habla a escogidas almas.

Nota el señor Menéndez Pelayo en *Il Cinque Maggio* «la afectación y el estudio»; y ésta no es solo opinión suya, sino de algunos otros críticos. Pero es bien sabido que

---

(1) Carducci discrimina y define en estos términos el carácter de los grandes líricos del *siglo* de sus compatriotas Manzoni y Leopardi: «Cinque venti diversi del medesimo spirito... Il Byron l'egoismo liberale, lo Shelley il socialismo ideale: il Lamartine la meditazione sentimentale mística, l'Hugo la concitazione representativa stórica; il Platen l'espressione classica della sensualitá romántica; il Heyne la plastica elevazione della imaginosa nativitá popolari il Manzoni l'umanazione della divinite cristiana negl'inni, e ne, tre cori *e nelle due odi l'esetazione de la provvidenza nella storia;* il Leopardi l'elegia della sofferenza umana e della doglia mondiale.» (G. Carducci, *Degli spiriti e delle forme nella poesia di Giacomo Leopardi*, Bologna, 1898, p. 6).

Manzoni escribió estas estrofas de primera intención, y por decirlo así en *un cuarto de hora feliz*, no bien había llegado a su noticia la muerte de Napoleón, de modo que aquella impresión profunda que en las primeras líneas atribuye el poeta al orbe todo cuando él solo podía conjeturarla, es la expresión del estado de su propio espíritu en esos momentos. Sólo acierta a echar una rápida mirada retrospectiva sobre la procelosa carrera del hombre extraordinario, *l'uom fatale* que acaba de expirar. No se atreve a juzgar—*nolite judicare*,—dejando a la posteridad el difícil, el «arduo» veredicto; inclina la frente ante Dios, autor del fenómeno estupendo; más que la grandeza del coloso caído, admira la pequeñez de esa grandeza, y luégo la grandeza de esa pequeñez, cuando le ve humilde inclinarse ante la Cruz; entrégase a aquel orden de ideas y de sentimientos adonde llevan al hombre espiritual las profundas conmociones, el terremoto, la tempestad en el mar, la pompa de la Muerte en sus formas más solemnes. Dijérase que este canto es sustancialmente una versión poética de la admirable peroración de la Oración fúnebre de Condé por Bossuet.

¿Dónde está, pues, la afectación, o si se quiere, retórica que el autor adoptó? Pero esas formas *artificiales* son aquellas en que el poeta como el orador expresan naturalmente sus pensamientos. *Estudio* se percibe, pero no *esfuerzo*, estudio, y grande, pero no actual, sino el resultado de bien aprovechados estudios, no el *studere* sino el *studuisse*, el fruto de todo aquello que el poeta cosechó en su labor secreta y profunda—lecturas y meditación—y que ha sabido asimilarse en la dicción selecta, en los procedimientos favoritos, que se convierten en segunda naturaleza de los autores, y aparecen en sus obras más espontáneas. En *Il Cinque Maggio* Manzoni renovó toques de los *Himnos Sacros*, aprovechóse de reminiscencias propias, e incurrió además, en tal cual repetición y pequeño descuido que no se compadecen, en obra tan breve, con una ejecución demasiado reflexiva y limada (1).

En Italia mismo *Il Cinque Maggio* es la obra clásica de Manzoni. El Profesor Puccianti en su *Antologia della poesia italiana moderna* elogia los *Himnos Sacros* por la pureza del sentimiento religioso que se aparea y confunde con el amor de los hombres y de la humanidad, por la sencillez poderosa de la expresión, por el calor lírico. Con estas dotes se combina, a su juicio, una arte esmerada «que medita y pesa cada imagen, cada frase, cada palabra»; el pensamiento le parece sublime; aunque en algunos lugares «algo artificioso.» Encuentra este crítico en los *Himnos Sacros* el mismo

(1) **Véase nota al v. 10.**

estudio y artificio que chocó a Menéndez Pelayo en *Il Cinque Maggio*. ¿Habrá algún poeta en cuyas obras una análisis sabia no descubra eso mismo que denotan las palabras «estudio y artificio»? ¿No será condición propia de todo eminente artista, juntar la fidelidad en lo grande con la fidelidad en lo menudo, la felicidad del conjunto con el primor de los detalles?

Ahora bien, al pie de *Il Cinque Maggio* se lee en la misma *Antología* este breve y exacto juicio:

«Entre tántas cosas como merecen citarse en esta oda sublime *que todos los italianos saben de memoria*, desearíamos que los jóvenes observasen especialmente cómo el poeta toma y presenta en ella la historia contemporánea en su aspecto más verdadero y al propio tiempo en el más ideal y por lo mismo el más poético. El no adorna su asunto con ideas, si poéticas, extrañas; sino que lo trata en sí mismo, en su esencia, contemplándolo de lo alto, y con mirada de águila, en toda la sublime poesía que contiene, y tal como él lo ve, lo hace patente a la imaginación de los lectores. La vida, las empresas, las glorias y desventuras del *uom fatale* están aquí representadas con aquella rapidez, con aquel ardor del genio, que entre multitud de objetos sólo elige los más prominentes y significativos—*fastigia rerum*—y los expresa con las imágenes más adecuadas para realzar su grandeza.»

Si se trata de señalar el mejor rasgo de esta pieza, lícita es la variedad de juicios allí, donde a competencia tántas bellezas se ofrecen. Para mí el pasaje más admirable es aquel en que el sentimiento más espontáneo y el arte exquisito, de consuno y como identificados, expresan la transición de las agitaciones y miserias de esta vida mortal a la paz eterna prometida a los que mueren reconciliados con Dios:

Ah! forse a tanto strazio
Cadde lo spirto anelo,
E disperó: ma valida
Venne una man dal cielo
E in piú spirabil aere
Pietosa il trasportó!

E l'avvio sui floridi
Sentier della speranza,
Ai campi eterni, al premio
Che i desideri avanza,
Dov'é silenzio e tenebre
La gloria que passó.

Nótese el efecto maravilloso de la cesura métrica. *E disperó;* ese agudo en aquel sitio sirve para marcar la desesperación del héroe, como concepto final e irremediable; pero al punto se entreabre la gloria! Las expresiones *piú*

spirabil aere, silenzio e tenebre son verdaderamente mágicas; más allá no ha ido ni acaso puede ir el poder del canto.

Sólo dos pasajes poéticos recuerdo que con este de Manzoni puedan compararse por la feliz contraposición de las ideas de movimiento y reposo, de agitación y paz, de estrépito y silencio. Uno de ellos, el trozo del Libro VI de la *Eneida* relativo a Marcelo; el otro pertenece a la canción de Rodrigo Caro *A las Ruinas de Itálica*. Después de decir concisa y hermosamente el poeta que

Todo despareció: cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;

nos hace sentir profundamente y casi a un tiempo, el esplendor de la grandeza, la violencia de la destrucción, y la tristeza del silencio, en estos maravillosos versos que quedan para siempre grabados en el ánimo del que una vez los haya leído:

Fabio, si tú no lloras, pón atenta
La vista en luengas calles destruídas
Míra mármoles y arcos destrozados,
Míra estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.

Nótese el prodigioso efecto de la cesura. *Némesis derribó*, semejante a la de Manzoni. *E disperó*.

La meditación de Lamartine *Bonaparte*, gallardamente traducida por la gran poetisa americana Gertrudis Gómez de Avellaneda, contiene evidentes reminiscencias de *Il Cinque Maggio*, por más que su autor declarase, en una nota, haber escrito aquellos versos *propitia minerva*.

Víctor Hugo cantó varias veces a Napoleón. En su primer tomo de poesías (*Odas y Baladas*, 1822) se registran tres extensas composiciones dedicadas a la memoria del hombre extraordinario: *Buonaparte*, *La columna de la plaza Vendomme* (traducida por Pardo y Aliaga), y *Les deux Iles* (esto es, Córcega y Santa Elena): piezas en general ampulosas, y muy inferiores en sentimiento a la hermosa oda a Luis XVII, de la misma colección. *Les deux Iles* contiene un breve pasaje noblemente sentido, que merece destacarse. Cítalo M. de Godefroy como «perfil maravilloso del gigante caído,» y puesto en castellano bajo el titulo *Napoleón*, hállase incluído en mis *Traducciones poéticas* (1899).

Muy superior a los anteriores es la poesía *Napoleón II*, escrita en 1832 con motivo de la muerte del Duque de Reischstadt, sólo que al fin se repite el poeta y decae el canto. Podría bien esta composición reducirse a la parte tradu-

cida en mi citada colección. Godefroy la califica como de «la más espléndida inspiración,» y añade que «en ninguna de sus colecciones líricas se elevó jamás Víctor Hugo a mayor altura.»

Sería materia de no breve monografía, como todo lo que a Napoleón se refiere, la enumeración de poesías escritas a su memoria. Aun en el *Parnaso Colombiano* tenemos dos buenos sonetos a este asunto, uno de Fernández Madrid, otro de la señora Acebedo de Gómez.

Signo inequívoco de la adaptabilidad de esta oda a las diversas formas del lenguaje humano, y del aprecio que de ella hace el público literario, sin distinción de nacionalidades, como autorizado precursor de la posteridad justiciera, es el haber sido traducida en verso a las principales lenguas de Europa. El trabajo que se emplea en una esmerada versión anuncia predilección firme y paciente aclimatación de un escogido fruto.

No he logrado ver ninguna colección de estas traducciones (1), y de las latinas sólo conozco la del Padre Ricci, Prepósito general de las Escuelas Pías. Tuve ocasión de leer esta versión (en dísticos) en el tomo *Varia latinitas*, que me envió de Italia un amigo pocos años há. Las vidas de Escolapios, otras piezas en prosa y las inscripciones pareciéronme en general elegantes, y he repetido con placer la lectura de algunas de esas páginas. No me satisficieron en igual modo las *Latinas Interpretationes* o traducciones en versos latinos de algunas poesías de Leopardi y de *Il Cinque Maggio* de Manzoni. Ardua cuanto ingrata es esta especie de forzada competencia con poetas célebres, y no es de extrañar, de otro lado, que un afortunado admirador de Cicerón no luzca las relevantes dotes de versificador de que careció Cicerón mismo. *Non omnia possumus omnes.* Ello es que la lectura de aquella versión latina de *Il Cinque Maggio* me animó a probar mis fuerzas en el mismo empeño. Notaré algunas de las asperezas de la traducción del Padre Ricci, para justificar mi atrevimiento, sin que presuma haberle aventajado en el conjunto ni dejado de incurrir en defectos distintos de los que traté de evitar.

Parece natural emplear alcaicos u otra estrofa lírica en la versión latina de una oda moderna. Yo, como Ricci, preferí primero los dísticos, ya porque esta forma cuadra mejor que otra alguna al género lírico elegíaco a que *Il Cinque Maggio* pertenece, ya porque el exámetro y pentámetro suenan aún en nuestros oídos con ritmo y armonía perfectamente sensibles y sobremanera agradables, mayormente entre italianos y españoles, por más que les falte el

---

(1) Veo citado *Llansás*, *El Cinco de Mayo*, famosa oda italiana etc., Barcelona, folleto.

realce de una distinción exactísima de cantidades silábicas, largas y breves, en la elocución común.

La primera dificultad que ofrece una versión latina consiste en poder conciliar la fidelidad debida a las ideas con la propiedad de la lengua y la índole de la poesía antigua. No basta traducir las palabras:

Nec verbum verbo curabis reddere fidus
Interpres ....

Preciso es dar nueva forma conceptual al pensamiento, naturalizado en la lengua a que se traduce, y de aquí giros y modos diferentes de expresión. ¿Cómo habría dicho esto mismo Virgilio, u Horacio, u Ovidio? Hé aquí lo que el traductor debe tener en mira. Y aun puesto, verbigracia, en la corriente de Virgilio, formas horacianas hay que podrían resultar disonantes. La traducción no puede ser sino una imitación, pero no demasiado libre. Esta dificultosa tarea, en que a las veces se inclina el ánimo a dudar de la traducibilidad de la poesía moderna a las lenguas muertas:

E sulle dotte (1) pagine
Cadde la stanca man;

sirve al menos para distinguir dos especies de originalidad: la del poeta mismo y la de su siglo; aquélla más que ésta sorprende al contemporáneo; la última más que la primera choca al que intenta vaciar el poema en moldes antiguos. Puede ser un poeta altamente original sin salir del ancho cauce de la tradición poética. La pintura que hace Manzoni de las tristezas de Napoleón en sus últimos días, la comparación del confinado moribundo con el náufrago, los celestiales consuelos que recibe al pasar a mejor vida, todo esto es original sin pugnar con el genio antiguo. La personificación de los dos siglos que entre sí combatían, el homenaje que el gran guerrero tributa «al disonor del Gólgota», son rasgos modernísimos, en cierto modo intraducibles.

Otra dificultad particular ofrece en el presente caso la traducción en dísticos, turquesa que no corresponde exactamente a las dimensiones de la estrofa manzoniana. Se hace preciso, por tanto, acomodar las ideas sin perturbar su movimiento natural a los períodos de aquella forma poética (2), evitando las durezas, *enjambement*, de que abusaron algunos grecizantes versificadores latinos del siglo pasado.

Sirva de muestra del mal resultado a que conduce el olvido de estas prescripciones el siguiente pasaje vertido por Ricci:

---

(1) Aquí sí viene bien *dotte* en vez de *eterne*.

(2) La traducción de Ricci consta de 35 dísticos; la mía de 39, tiene 8 líneas más.

La procellosa e trépida
Gioia d' un gran disegno
L'ansia d'un cor che indocile
Serve pensando al regno,
E il ginuge, e tiene un premio
Ch'era follia sperar
Tutto ei provó ....

Turbida consitu et trepidantia gaudia *magni*,

Curamque indocilis qui sibi sceptra (1) petit
Fervidus atque tenet; quaeque affectare cupido
Visa est dementis, praemia consequitur
Cuncta subit ......

La traducción es casi literal, y por lo mismo la construcción no es castiza en latín, y resulta del todo ininteligible para quien no tenga previo conocimiento de lo que el autor dijo. Las dislocaciones que he puesto de cursiva marcan el divorcio entre las ideas y el genial giro poético. No fluye allí la onda de la inspiración (2). Prescindo aquí de la impropiedad de algunos términos y de la inextricable frase «quae que afectare .... consequitur,» especie de mal dibujado monograma donde un mismo rasgo hace parte de diversas letras.

Existen varias traducciones de la oda de Manzoni en versos castellanos. Hartzenbusch, Pesado, García de Que-

---

(1) «Sibi sceptra,» y en otros pasajes de la misma traducción «utque stetit,» «perculsa stetit,» «rursusque stetit,» «perque spei,» «quoque scribe,» en que dos consonantes que no son licuante y líquida siguen a una vocal breve, son combinaciones disonantes e inusitadas. Apenas podrá citarse en su abono algún ejemplo en Ovidio, rarísimo (Ex. P. 3, 1, 59, 3, 7, 7), o evidentemente viciado (*scripta*, T. 5. 12. 35, *coepta* Zinzerling; *tua stat*, Ex. P. 2, 4, 7, «*praesens* quattuor libri,» Heins). En Vrg. no se halla más que un caso de stigmalismo. A. 9, 309, donde algunos lo excusan por la fuerte pausa «Ponite spes,» que libra a la vocal de la influencia de la subsiguiente; otros conceptúan que la frase «Spes» .... hasta el fin del verso, es espuria. No se concibe cómo eximios poetas latinos modernos (Rapin, por ejemplo). han podido incurrir frecuentemente en una falta que el oído se apresura a condenar.

(2) Otros ejemplos:

Venales nunquam tandes nec proba secutus
Ignava, *hoc subito conditur in tenebris*
Dum tantum jubar, excutior ......
Labitur, augusto septusque in limite vitae
Clara *suae* laudem tempora clausit iners
Castraque nota locis, subitum fulgur*que* maniplum
Fractaque valla armis undaque quadmpedum
Huic subeunt ....

Nam mage sublimis proboso Golgothae honores
Ligno vir umquam detulit *ullus* adhuc
Omnia tu cinere *a fesso* mala verba repette....

En verso cada palabra representa una idea, y debe ocupar el puesto que le corresponde. Cuanto a la métrica la sinalefa «Golgothae honores» es modo ilícito de abreviar el diptongo en tan delicado lugar del verso.

vedo, doña Micaela de Silva, Martí y Folguera, Llausás, Risel, Guillermo Matta, la tradujeron en el metro del original (1), Cañete y Rodríguez Rubí en silva.

Don Andrés Bello, aquel gran poeta y sapientísimo maestro, refiriéndose a las odas de Horacio, hizo una justa observación, que debe admitirse como regla: las estrofas han de traducirse en estrofas (2). Con efecto, las estrofas marcan un ritmo adicional al del metro, tan grato al oído como a la mente. Los pensamientos se presentan progresivamente, vaciados en moldes iguales, y esta ordenación artística da a cada uno de ellos el lugar y el momento que le corresponde en la audiencia. La atención se fija distintamente en cada uno de ellos, sin dañar a la apreciación del conjunto, y los recoge luégo la memoria en el mismo orden en que le han sido presentados. El vuelo libre del pensamiento, regulado y fortalecido, no ciertamente encadenado por las precisas líneas de la estrofa, produce efecto mágico.

Puesta en silva la oda de Manzoni aparecen las ideas confundidas y mezcladas en largos y desiguales períodos y viciadas por la frase declamatoria y pomposa, propia del genio poético de la patria de Lucano, y favorecida por la libertad de aquella forma métrica, casi más oratoria que lírica. La versión de Rubí es una paráfrasis, donde el poeta andaluz puso mucho de su cosecha, y en la que se admiran algunos trozos de sonora y brillante versificación (3); toma-

---

(1) No conozco las de los cuatro últimos, citadas por el señor Estelrich en su *Antología de poetas líricos italianos*, Palma de Mallorca, 1889. Menciona también la de Navarro Villoslada y Suárez Canton. Las de Hartzenbusch, García de Quevedo, Cañete y Rubí pueden verse en los preliminares de *Los Novios*, traducción castellana, edición Garnier, la de Hartzenbusch en mis *Traducciones poéticas*, y con las enmiendas, casi todas desgraciadas, y en tal número que constituyen una segunda versión, que introdujo luégo el traductor en edición póstuma de sus obras *Colección de Escritores Castellanos*, Madrid, 1887, la de Pesado en la última y completa edición de sus poesías, Méjico, y en la Antología de Estelrich; allí mismo la catalana de Martí, distinta de la castellana del mismo, ambas en el metro original, la de doña Micaela de Silva, asturiana, en *Poetas Líricos Italianos* del mismo Estelrich, Palma. 1891.

(2) «Un poeta lírico debe traducirse en estrofas,» es la frase textual de Bello; él quiso referirse indudablemente a las poesías líricas escritas en estrofa, que son las más rigurosamente líricas; pero la expresión no es exacta, porque en Horacio mismo encontramos algunas odas en versos seguidos de igual medida.

(3) Y quién creyera que fortuna tánta
En hora bien fatal se cambiaría;
Que aquel que holló los tronos con su planta
Sobre una roca solitaria y fría
Que en medio de los mares se levanta,
En el ocio su edad consumiría!
Por su propia ambición encadenado,
De sus contrarios el rencor profundo
Hasta allí lo llevó, y allí olvidado
Quedó el coloso que admiraba el mundo!

da en sí misma, como obra nueva, el lector se sentirá dispuesto a perdonar los defectos; pero si se compara con la sencillez y pureza de la composición original, resaltarán los ripios, ofenderá la exageración y aparecerá del todo como una copia desgraciada, como una falsa interpretación. La versión de Cañete, menos parafrástica, adolece de faltas de la misma índole (1).

Mas si es cierto que, emancipándose del sistema estrófico, la obra se desfigura y se adultera, la fiel sujeción al metro del original ofrece inconvenientes de otra clase y aun dificultades insuperables. Cómo hacer el milagro de conservar las mismas ideas, la misma vestidura métrica, la misma nativa elocuencia, mudando al propio tiempo palabras, frases y casi todas las rimas? La expresión vendrá forzada, el pensamiento resultará alterado o quedará mutilado; la ejecución no corresponderá jamás al esfuerzo.

Nada más peligroso, nada más desgraciado forzosamente que una competencia tal. Los poetas italianos se valen de finales apocopados o redondeados, según les conviene, y de contracciones o disoluciones silábicas, licencias no permitidas en nuestra versificación (2). Diráse que cada lengua tiene sus recursos propios de concisión y energía. Cierto es; pero tales recursos no coinciden, de suerte que quien elige armas y terreno, esto es, el autor, lleva insuperables ventajas al traductor, el cual, en metro, giro y frase preestablecidos, no podrá maniobrar con libertad y bizarría, y llevará seguramente la peor parte.

Ocurre además en el caso especial de que aquí se trata, que en castellano apenas hay rimas agudas suficientes cuando se compone originalmente. No comprendo en ellas la repetición insufrible de inflexiones idénticas (3), verbigracia, los infinitivos. Tan poco son admisibles las rimas agudas asonantadas, de que han abusado muchos modernos versificadores, sobre todo si no se emplean sistemáticamente, sino interpoladas con otras consonantes o perfectas (4),

---

(1) Pero en el ocio terminó sus días,
Por los fuegos del trópico agostado,
De inmensa envidia y de piedad profunda
De odio al par y de amor acompañado.

En su «libre escaramuza» por el campo de Manzoni, Rubí convirtió el «si breve sponda» en «isla fría», Cañete en «horno».

(2) Cuando García de Quevedo traduce:

Del Alpe a las Pirámides
Del Manzanare al *Rino*,

El oído protesta. Tenemos *Rin*, vulg. y *Reno* (lat. Rhenus), no *Rino*.

(3) El mismo Manzoni en las últimas estrofas incurrió en esta trivialidad: *trasportó*, *passó*, *chinó*, *posó*.

(4) Como cuando García de Quevedo rima *está* con *hollar*, *negué* con *vez*, y Pesado, *asentó* con *amor*. Hartzenbusch se guardó de tales libertades.

y si se hace difícil hallarlas adecuadas en una composición original, ¿qué sucederá cuando la sujeción al texto que se traslada restringe más y más la libertad de elección?

Los esdrújulos muy repetidos tienen cierta dureza, templada en italiano por la ausencia de consonantes finales, como las de nuestros plurales (1), por la interpolación frecuente de un semiesdrújulo o falsos esdrújulos (2).

Las estrofas de finales agudos y con mayor razón aquellas en que se combinan simétricamente las tres armas prosódicas—esdrújulos, llanos y agudos—fueron desconocidos de la gravedad castellana, hasta que Moratín, que siempre tuvo delante de los ojos los modelos italianos, introdujo en nuestra lengua estas novedades, imitando a Metastasio y a Parini. Por ello se alababa de haber añadido nuevas cuerdas a la lira, y de ese modo aquel versificador tan correcto como frío vino a ser en la parte métrica quien abrió la vía a los románticos, que así en la poesía lírica como en la dramática tuvieron por norma llevarle la contraria a «Inarco Celenio.» Arriaza en composiciones más espontáneas y mejor sentidas, como *La despedida de Silvia*, acreditó aquellos procedimientos, que por mucho tiempo estuvieron en bogas y a que rindió tributo el mismo Bello (mezclando finale, llanos y agudos) en su admirable traducción de *La Oración por Todos* de Víctor Hugo. A pesar de este empeño innovador, nuestros poetas se han mantenido siempre más parcos que los italianos en el uso de los finales esdrújulos, como si la lengua misma se les volviese entre las manos rebelde a la continuidad de esas terminaciones. La estrofa de Moratín, en su oda a la memoria de Conde, igual a la de Manzoni, salvo que en vez de los dos primeros esdrújulos, tiene otro par de finales graves aconsonantados, parece más acomodada por esa razón al genio de nuestra lengua.

O fuéramos unidos
Al seno delicioso
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
Aquellas almas ínclitas
Del mundo admiración;

O a mí solo llevara
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nación.

---

(1) *Inmóvili Piramidi*, *Tanai*, *pagine*, *fulminei* son más suaves quei *nmóviles*, *Pirámides*, *Tánais*, *páginas*, *fulmíneos*. Además, en italiano hay mayor variedad de esdrújulos; formas verbales como *scernere*, *furono*, *volsero*, de que nosotros carecemos, matizan los sustantivos y adjetivos de la misma acentuación. Nuestros esdrújulos formados con proclíticos, si fáciles y naturales alguna vez, son en otras ocasiones durísimos e impropios.

(2) Vid. nota al v. 55.

Cuanto más corto es el verso más a menudo y por lo mismo más fuertemente se hace sentir el golpe del final esdrújulo, a punto de adquirir, si muy repetido, cierto sabor cómico contra la intención misma del poeta (1). Acaso por esto, en versos octosílabos suene mejor el esdrújulo que en los heptasílabos. En estrofas de versos octosílabos, idénticas por lo demás a las de Manzoni, ensayé yo traducir una poesía líricoamatoria de Víctor Hugo (2). Mas aunque el octosílabo, si bien manejado, se acomoda a todo asunto, no alcanza con todo aquel movimiento rápido y fulmíneo que puede imprimirse al verso heptasílabo, el cual, al cabo, es sólo un hemistiquio del moderno verso heroico endecasílabo. Algunos de los mejores pasajes de *Il Cinque Maggio* quedarían más holgadamente traducidos, pero desmejorados por el cambio del ritmo, si se pusiesen en versos como éstos:

Si al fin del sarao espléndido
Nunca tú aguardaste afuera,
Embozado, mudo, tétrico,
Mientras en la alta vidriera
Reflejos se cruzan pálidos
Del voluptuoso vaivén,

Para ver si como ráfaga
Luminosa a la salida,
Con un sonreír benévolo
Te vuelve esperanza y vida
Joven beldad de ojos lánguidos
Ornada en flores la sien....

Y no son las diferencias idiomáticas lo que dificulta la traducción; al contrario, cuanto más diversa sea de nuestra lengua en léxico, en sintaxis, en prosodia, la del poeta que intentamos traducir, mas fácilmente podremos, traduciéndole, competir con él, superarle acaso.

Apodérase el traductor, en ese caso, del pensamiento del poeta, hácese bien cargo de los medios artísticos de que se valió para expresarlo, y luégo, libre de toda perturba-

---

(1) Despierto súbito
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nací,
Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
El rostro pálido
Baña por mí.

D. ANGEL DE SAAVEDRA

(2) *Quien no ama no vive*, de Víctor Hugo, en mis *Traducciones poéticas*. En estrofas octosílabas, con rimas finales agudas, sin esdrújulos escribió Manzoni uno de sus *Himnos Sacros*, *La Resurrezione*. En general me parece justa la siguiente observación del citado compilador y traductor señor Estelrich: «Declaro con sinceridad artística que el modelo de las silvas de Leopardi conviene más a nuestros poetas que la artificiosa estrofa manzoniana, de difícil amoldamiento a nuestra lengua.»

Antología, p. XXIV.

dora preocupación procura darle forma enteramente nueva, si bien la más adecuada al primitivo intento. Sucede lo propio con las versiones de prosadores, y en general con el comercio de las lenguas. Las afinidades seducen, alteran fácilmente en las versiones el giro castizo, y no es raro el caso de personas que por tener que hablar en una lengua muy semejante a la suya propia, llegan a confundirlas y barajarlas en un dialecto de su uso particular.

La dificultad de traducir bien en verso del italiano, del portugués, del catalán, siguiendo unas mismas normas métricas, nace de la concurrencia de afinidades y diferencias idiomáticas. Tan transparente es para nosotros el italiano que basta una ligera explicación de algunos términos para que un español que no haya estudiado aquella lengua pueda leer y saborear *Il Cinque Maggio*. Versos hay que apenas ofrecen alguna insignificante diferencia, acaso meramente ortográfica:

Ital. Dall'uno all'altro mar.
Esp. Del uno al otro mar.

Ital. La fugga e la vittoria....
Esp. La fuga y la victoria.

Ital. Segno d'inmensa invidia
E di pietá profonda,
D'inestinguibil odio
E d'indomato amor.

Esp. Signo de inmensa envidia
Y de piedad profunda,
De inextinguible odio
Y de indomado amor.

Ital. La gloria che passó.
Esp. La gloria que pasó.

Parece a primera vista, por tales afinidades lindantes con la identidad, que la oda de Manzoni puede volverse al español sin esfuerzo alguno, que está escrita simultáneamente en ambas lenguas, *mutatis mutandis*, y que eso que hay que mudar es apenas una palabra: *giorno*, *día*; una letra, *man*, *mano*; un signo ortográfico que no interesa a la pronunciación: *che*, *que*. El que traduce no encuentra dificultad ninguna; el que traduce, tratando de someterse a las leyes métricas, encuentra dificultades insuperables de medida, de consonancia, de sinonimia. Por ejemplo:

Venne una man dal cielo,

Se castellaniza naturalmente:

Viene una mano del cielo.

Pero la maldita *o* de *mano* añade una sílaba al verso, y no hay modo de reducir las ocho sílabas a siete:

Cadde la stanca man....
Cae la cansada mano (1)

El verso debe ser agudo, sobra la *o*, y no hay medio de suprimirla.

Due volte nella polvere....

Dos veces en el polvo.

Muy bien; pero *polvere* es esdrújulo, *polvo* nó, y esdrújulo debe ser forzosamente el final de este verso; hay pues que cambiarlo, y todo cambio debe ser aquí desgraciadísimo (2).

Al tácito:

Morir d'un giorno inerte

Al tácito:

Morir de un día inerte.

La diferencia entre *giorno* y *día* no altera la medida, bien que el verso castellano resulta algo débil. Pero *inerte* en italiano concuerda con *conserte*, en español *cruzados*. La exigencia de la rima obliga a refundir la estrofa. Fuéra de

(1) *Cansada* añade una sílaba a *stanca*, pero el monosílabo lícito *cae* se la quita a *cadde*, y los dos versos quedan de igual medida, salvo el final agudo o grave. Sálvase de la final dificultad el catalán:

Ben tost cansada quéyali
Al etern full la má.

(Martí y Fulguera);

Y a medias (ao) el portugués:

Enas eternas paginas
Cahiu sem forca a mao.

(Ramos Coello).

(2) Pesado y García de Quevedo, acaso provisionalmente, desesperando de hallar equivalente adecuado, lo dejaron así, faltando a la ley métrica:

Dos veces en el *polvo*.

¿A qué entonces respetar otras exigencias métricas convencionales? *Malum ex quocumque defectu*...... Admírese aquí la habilidad de Hartzenbusch:

Due volte nella polvere
Due volte sugli altar.

Se vio dos veces ídolo,
Y dos rodó su altar.

En la refundición corrigió:

Dos pereció su altar.

Borrando así la imagen *rodar* con un verbo pálido e impropio como *perecero*.

que en castellano decimos «condición tácita,» pero jamás «morir tácito.» Hartzenbusch traduce:

Y mil veces al tétrico
Fin de azaroso día
Bajas las ígneas órbitas,
Al pecho recogía
Los brazos, recordándose
Su prístino poder (1).

Ahora pues, el lector, que con ligeras indicaciones se encuentra en aptitud de leer y admirar la oda original, después de tomarles el gusto a frases y fórmulas irrenunciables, tales como

Due volte nell polvere....
Cadde la stanca man....,

se preguntará naturalmente: «¿Qué es lo que se proponen estos traductores? ¿Hacerme inteligible la oda original? Habríales bastado una versión prosaica, un modesto comentario que me sirviese de luz para penetrar en el santuario. ¿Reproducir la misma oda con cierta fidelidad, pero en forma nueva, con las galas y elegancias propias de nuestra lengua? ¿Demostrar que pueden presentarse esos mismos pensamientos, sin adulterarlos, vestidos a la española? Pues no lo han conseguido con traslaciones que no ofrecen la frescura de la planta misma, ni la nueva vida de una aclimatación o injertación afortunada.»

De todas las versiones poéticas castellanas que tengo a

---

(1) *Acordándose de* pedía la propiedad del idioma. En la refundición corrigió este defectillo, y echó a perder lo demás que tocó:

Bajas las ígneas órbitas
Brazos con pecho unía,
Y le asaltó en imágenes
El esplendente ayer.

De dos personas podrá decirse que se tocan *hombro con hombro;* de miembros cortados o muertos también se dirá que van mezclados *brazos con piernas.* «Brazos con pecho unía» por «cruzaba los brazos sobre el pecho» no corre ni en lenguaje telegráfico. Y ¿qué necesidad había de tan infeliz enmienda cuando, conservando todo lo demás, pudo decir:

Los brazos recogía
Sobre el pecho, acordándose
Del prístino poder;

o:

De su esplendente ayer?

la vista, la de Hartzenbusch en su primitiva forma es la más fiel, la más castiza, la mejor en todo sentido, y para cuantos sepan apreciar lo que vale la dificultad vencida, prodigiosa en algunos pasajes (1).

Mas si apartando la vista y la consideración del esfuerzo del traductor, y de toda causa atenuante, miramos sólo el resultado, ¡cuán débil la traducción de Hartzenbusch comparada con la oda original! Y ni a nuestra rica lengua castellana, ni al hábil versificador, autor de *La Medianía de Ingenio* y traductor de *La Campana* de Schiller, ha de imputarse la inferioridad de la copia; culpa es exclusiva de las desiguales y violentas condiciones de la competencia. Si el mismo Manzoni se hubiese propuesto traducir en la misma forma y metro alguna célebre poesía castellana de análogo carácter, no habría sido más afortunado.

No a las traducciones en general, como muchos han creído, sino al menguado éxito de las de esta particular índole, refirióse Cervantes en aquel conocido concepto:

«Me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, la griega y la latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y lustre de la haz; y el traducir de lenguas fáciles no arguye ingenio ni elocución (¿erudición?), como no lo arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por eso quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trajesen.»

Se ve que Cervantes exceptúa de su comparación las traducciones del griego y del latín, y como por entonces no se traducían las lenguas del Norte, se deduce que Cervantes se refería sólo a las débiles versiones poéticas de poemas

---

(1) García de Quevedo ensayó, como Hartzenbusch, esta oda en el mismo metro del original, y ¡cómo la despedaza!:

Muda pensando en la última
Hora *fatal del hombre;*
Ni sabe si otra *rápida*
Planta *que tánto asombre*
Vendrá su polvo *cárdeno*
Segunda vez a hollar.

....

¡Oh, cuántas veces *férvido*
Al describir sus glorias
Borró su mano *gélida*
La página inmortal!

italianos y portugueses (1), pero principalmente a las versiones del toscano, puesto que aquella lengua cautivaba por entonces la inteligencia de los conquistadores españoles, como el griego había cautivado al vencedor romano. Corrobóralo con lo que dice de las lenguas fáciles, y con este más preciso concepto:

«Y aquí le perdonaríamos al señor Capitán (Jiménez de Urrea) que no lo hubiera traído a España (el *Orlando Furioso*) y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que libros de versos quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen de su primer nacimiento.»

Aunque pronunciada esta sentencia en términos absolutos, parece que no tenía Cervantes ante los ojos otras lenguas extranjeras sino las que él conocía y que llamaba «fáciles.» Tratándose de una traducción de lengua extraña, cerrada con siete sellos a la gran mayoría de los compatriotas del traductor, ¿cuántos serán los que puedan establecer comparaciones, juzgar con acierto de la propiedad de ambas, fallar con cabal competencia? En ese caso la traducción es juzgada sin cotejo, y vendrá, si es buena, a enriquecer la literatura patria. Mas si el original está al alcance de muchos, el traductor (al modo que el autor de texto de lengua viva) se expondrá a diversas censuras justas e injustas. Ocurre además, para mayor desgracia en esta labor ingrata, que los que sólo conocen a medias una lengua extranjera suelen inclinarse tánto a apreciar sus riquezas y a despreciar lo de casa, que no admitirán por buena traducción ninguna. No pocos son los que no aciertan a expresar nada con gracia y precisión en la lengua que mamaron con la leche, y no sueltan la muletilla: «Tal o tal cosa, como dicen los franceses, o los ingleses.»

Comoquiera que sea, sólo a las traducciones del italiano o de otra lengua romance del mismo origen y de la mis-

(1) Benito Caldera había traducido y publicado desde 1580 *Os Lusiadas* (Alcalá de Henares). Indignaríanle a Cervantes justamente los encomios hiperbólicos y absurdos como este de Pedro Laynes, al final de un soneto:

El célebre Camoens cantó primero,
Con voz suave y bien templada lira,
El gran valor del pecho lusitano;

Y aunque el divino acento al Tajo admira,
Tú admiras con el tuyo sobrehumano
Al Tajo, al Mincio, al Tebro, al patrio Ibero.

ma índole prosódica (1) aplicó Cervantes la comparación de los «tapices flamencos,» y en ese sentido el símil es exactísimo, lo mismo que aquello de «trasladar o copiar de un papel a otro papel,» que hoy decimos calcar; sólo que, si bien es cierto que un calco no requiere «ingenio ni elocución» (2), no por eso es menos efectiva, cuando se traduce con sujeción a precisas normas métricas, la dificultad de los cambios a que obliga la menor discrepancia. Creo yo que si el señor Conde de Cheste, en lugar de traducir en el metro del original los grandes poetas italianos Dante, Tasso y Ariosto, nos hubiera dado versiones poéticas del inglés o del alemán, habríase ahorrado mucha enfadosa crítica. La traducción del *Orlando Enamorado* por Bello es un triunfo prodigioso de nuestra lengua sobre su hermana, debido a la fenomenal concurrencia de ingenio, erudición, agilidad y exquisito gusto del traductor; sin embargo, el mayor honor que se ha tributado a esta obra maravillosa consiste en eximirla de la crítica y no hablar de ella para bien ni para mal!! (3).

Dos lenguas colaterales como el italiano y el castellano, o sea dos dialectos de una lengua muerta llegados a la mayor edad, pueden compararse hasta cierto punto, en lo que hace a traducciones, con dos fases de una misma lengua en épocas cultas distintas; por ejemplo, el viejo francés de las canciones de Gesta y el francés de nuestros días; y en términos más estrechos, con dos estilos distintos, con dos maneras de tratar un mismo asunto, en una misma lengua en época determinada. ¡Cuántas veces no se ven dos o más traducciones de una misma poesía, idénticas por la materia y tan diversas por la forma, que una pueda considerarse obra magistral y otra no pase de miserable caricatura! Casos son estos que parecen calculados para demostrar que la originalidad literaria, más que en los pensamientos, se cifra en la manera particular de sentirlos, de asimilárselos y de apreciarlos; en el estilo, en el desempeño, en todo aquello, al par íntimo y externo, que se compendia hoy bajo la palabra «forma.»

De que si «un poeta lírico debe traducirse en estrofas» no se sigue que hayan de adoptarse siempre estrofas idénticas a las del texto original, lo que en ciertos casos es imposible y en otros puede ser inconveniente. Lo que impor-

---

(1) El francés es colateral de las lenguas romances peninsulares, pero de índole prosódica absolutamente distinta. Un verdadero poeta (como lo fue nuestro Bello) puede poner a una traducción poética del francés sello de brillante originalidad.

(2) «Erudición,» probablemente.

(3) Permítaseme aquí, por primera vez, duplicar el signo ortográfico de admiración.

ta es conservar el ritmo estrófico, y que la combinación métrica se adapte holgadamente a la reproducción de las ideas, y también al tono y movimiento de la composición original. El pasaje de Bello a que me he referido es de este tenor:

«En lo que juzgamos que este caballero (don Javier de Burgos) desconoció totalmente lo desproporcionado de la empresa a sus fuerzas, y pasó los límites de una razonable osadía, es en la elección de las estrofas en que ha vertido algunas odas. Así le vemos, violentado de las trabas métricas que ha querido imponerse, unas veces oscurecer el sentido y otras debilitarle. *Un poeta lírico debe traducirse en estrofas*; pero hacerlo en estrofas dificultosas es añadir muchos grados a lo arduo del empeño en que se constituye un intérprete de Horacio que trata de dar a conocer, no sólo los pensamientos, sino el nervio y hermosura del texto.»

Las estrofas latinas, por la diferencia de prosodia y ausencia de rimas, no tienen equivalente en las lenguas modernas, excepto la estrofa sáfica. Con todo, una estrofa sáfica castellana o italiana no reproduce el contenido de una latina; de modo que en este caso mismo la estrofa sáfica que adoptó alguna vez Burgos queda comprendida por ese motivo entre las «dificultosas,» y establecida por lo mismo la necesidad de variarla (1). Yo diría que el traductor debe elegir una, estrofa que le permita conciliar la fidelidad con la libertad y mostrar, sin perjuicio de la exactitud, cierta originalidad por medio de nuevas formas de expresión, de cadencia y de armonía.

Y aquí debía poner yo punto, sin sacar a luz, tras las observaciones críticas, mis deficientes ensayos, no sea que se piense que intento confirmar la doctrina con el ejemplo, ni que el conocimiento de causa sea motivo justo para agravar la sentencia desfavorable. Traducir en verso una poesía como *Il Cinque Maggio* arguye tal audacia, que mal se perdona si no se alcanza éxito completo, indiscutible. Al traductor se le exige demasiado, no se le abona la dificultad vencida, porque sólo se examina el resultado; la menor falta se le enrostra, y la comparación con el modelo le expone a toda clase de acriminaciones. Cada nuevo traductor censura a sus predecesores, y no debe ignorar que él, a su vez, habrá de ser severamente juzgado. Y sin embargo no

(1) El dístico latino y el terceto castellano son como moldes de pensamiento perfectamente equivalentes. La estrofa sáfica nuestra, al traducir la latina o griega, resulta violentamente escorzada; convirtiendo el pentasílabo en heptasílabo (estrofa de Moratín en *La Virgen de Lendinara*) la estrofa se ensancha, sin perder del todo su fisonomía.

faltan reincidencias. ¿Será porque el peligro cierto tiene un atractivo particular; que el desastre de los que nos precedieron, en vez de escarmiento, nos sirve de estímulo, y que nunca escasean quienes lleven por divisa la frase de Propercio: *in magnis et voluisse sat est?* Dijérase que no aspiramos al lauro del triunfo, que cedemos, sino a la extravagante vanidad del suicidio ruidoso. No faltarán aeronautas que sigan las sendas de Icaro, ni navegantes empeñados en arrancar su secreto a las regiones polares, así como las mariposas y pájaros nocturnos no cesan de estrellarse contra los grandes focos de luz artificial.

En muchos casos el que traduce un poema, como el que copia un cuadro, más revela humildad que soberbia presunción. Un poeta, o siquiera ejercitado versificador, que tiene abierto el campo de la invención, o a lo menos el de la libre asimilación de ideas ajenas, explotado sin escrúpulo por los poetas más originales, y que prefiere dedicar su tiempo a estudiar y copiar pacientemente una obra famosa, no lanza audaz reto a quien reconoce por maestro, antes bien, le tributa homenaje de admiración y respeto. Tal es el sentimiento que respiran las líneas antepuestas por Sully Prudhomme a su traducción del primer libro del poema *De rerum natura:*

«Emprendí esta traducción como mero ejercicio, para pedirle al más robusto y al más preciso de los poetas el secreto de sujetar el verso a la idea. Muchas veces dejé de mano este trabajo y muchas torné a proseguirlo, volviendo siempre al poema *de la Naturaleza* como al mejor gimnasio, siempre que tenía necesidad de probar y retemplar mis fuerzas.... Es este un estudio, y nada más que un estudio.»

No de otra suerte el gran Chenier traducía esmeradamente trozos y pasajes de poetas griegos y latinos para penetrar el secreto de varios recursos artísticos.

El examen prolijo que se ve precisado a hacer de un autor quien le traduce, al propio tiempo que permite apreciar mejor su mérito y penetrar más hondamente en sus bellezas, descubre también algunas inevitables imperfecciones. En las notas que van al fin he apuntado algunos defectillos que, en repetida lectura, he creído encontrar en *Il Cinque Maggio*, lo cual probará que el tributo de admiración que rindo a este canto no es irreflexivo y apasionado, sino «racional obsequio.»

IL CINQUE MAGGIO

Ei fu. Siccome immobile,
Dato il mortal sospiro,
Stette la spoglia immemore
Orba di tanto spiro,
Cosi percossa, atonita
La terra al nunzio sta.

Muta pensando all' ultima
Ora dell' uom fatale;
Ne sa quando una simile
Orma di pié mortale
La sua cruenta polvere
A calpestar verrá.

Lui folgorante in solio
Vide il mio genio e tacque;
Quando, con vece assidua,
Cadde, risorse e giacque,
Di mille voci al sonito
Mista la sua non ha:

Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio
Sorge or commosso al subito
Sparir di tanto raggio;
E scioglie all'urna un cantico
Che forse non morrá.

Dall' Alpi alle Piramidi
Dal Manzanarre al Reno,
Di quel securo il fulmine
Tenea dietro al baleno,
Scoppió da Scilla al Tanai,
Dall'uno all' altro mar.

Fu vera gloria? Ai posteri
L'ardua sentenza: nui
Chiniam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
Del creator suo spirito
Piu vasta orma stampar.

La procellosa e trepida
Gioia d'un gran disegno,
L'ansia d'un cor che indocile

Serve, pensando al regno;
E il giunge, e tiene un premio
Ch'era follia sperar;

Tutto ei provó: la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria,
La reggia e il triste esiglio:
Due volte nella polvere,
Due volte sull' altar.

Ei si nomó: due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi a lui si volsero,
Come aspettando il fato;
Ei fe'silenzio, ed arbitro
S'assise in mezzo a lor.

E sparve, e i di nell'ozio
Chiuse in si breve sponda,
Segno d'immensa invidia
E di pietá profonda,
D'inestiguibil odio
E d'indomato amor.

Come sul capo al naufrago
L'onda s'avvolve e pesa,
L'onda su cui del misero,
Alta pur dianzi e tesa,
Scorrea la vista a scernere
Prode remote invan;

Tal su quell'alma il cumulo
Delle memorie scese!
Oh quante volte ai posteri
Narrar se stesso imprese,
E sull'eterne pagine
Cadde la stanca man!

Oh quante volte, al tacito
Morir d'un giorno inerte,
Chinati i rai fulminei
Le braccia al sen conserte,
Stette, e dei di che furono
L'assalse il sovvenir!

E ripensó le movili
Tende, e i percossi valli,
E il lampo de'manipoli,
E l'onda dei cavalli,

E il concitato imperio,
E il celere ubbidir.

Ah! forse a tanto strazio
Cadde lo spirto anelo,
E disperó; ma valida
Venne una man dal cielo,
E in piu spirabil aere
Pietosa il trasportó;

E l'avvió, pei floridi
Sentier della speranza,
Ai campi eterni, al premio
Che i desidéri avanza,
Dov' é silenzio e tenebre
La gloria que passó.

Bella inmortal! benefica
Fede ai trionfi avezza!
Scrivi ancor questo, allegrati;
Ché piú superba altezza
Al disonor del Golgota
Giamai non si chinó.

Tu dalle stanche ceneri
Sperdi ogni ria parola:
Il Dio che atterra e suscita,
Che affanna e che consola,
Sulla deserta coltrice
Accanto a lui posó.

EL CINCO DE MAYO

No existe! Y como yace inmóvil, yerto
Cuerpo que alma tan grande ya no hospeda,
Así también cuando se dijo: «Ha muerto,»
Atónito, en silencio el orbe queda;

Y en las horas supremas, en la trunca
Vida al pensar de aquel predestinado,
Pregúntase si habrá quien deje nunca
Marca más honda en campo ensangrentado.

Vile sentado en refulgente trono,
Caer, tornar a alzarse, hundirse luégo,
Y jamás, en su triunfo o su abandono,
Mezclé mi voz a la del vulgo ciego.

De vil lisonja y de cobarde insulto
Puro me vi durante su carrera,
Hoy, en su ocaso el luminar oculto,
Exhalo un canto que quizás no muera.

Del Alpe a las Pirámides, del Reno
Amagando certero al Manzanares,
Iba él lanzando el rayo a par del trueno
Por cuantas son las tierras y los mares.

Fue gloria cierta? Al tiempo venidero
El arduo fallo; acá la frente nuéstra
Al Dios se humille que en el gran guerrero
Dio de aliento creador tan larga muestra.

El zozobroso júbilo que inspira
Un gran designio, la pasión ardiente
Del que indócil sirviendo al cetro aspira,
Y alcanza audaz lo que soñó demente;

Qué no probó? tras el peligro inmenso
Mayor la gloria, triunfador, proscrito;
Dos veces semidiós recibió incienso,
Dos veces del altar rodó maldito.

Dos siglos, éste contra el otro armado
Combatían a muerte: él se presenta,
Y tórnanle a mirar, y a su mandado
Callan, y entre ellos árbitro se asienta,

Y a apurar fue después lenta agonía
Relegado a un peñón, lejos del mundo,
Y allá le siguen, en tenaz porfía,
Rencor inextinguible, amor profundo.

Cual con ojos errantes la anhelada
Playa el náufrago logra ver remota,
De la cima de altísima oleada
Que cayendo sobre él le hunde y le azota,

Así el héroe agitaba la memoria
De su grandeza. Oh, cómo,siempre en vano
A trazar cómenzó su propia historia,
Y lánguida caer dejó la mano.

Cuántas veces, al fin de ocioso día,
En el suelo clavando la mirada
Y cruzados los brazos, revolvía
Vivos recuerdos de la edad pasada!

En las armas el sol reverberando,
Las levantadas tiendas, de bridones
El ruidoso tropel; la voz de mando,
El pronto obedecer de las legiones!

Ah! y al ver su presente desventura
Tal vez desesperó.... Mano clemente
Acudiéndole entonces de la altura
Llevóle a respirar plácido ambiente.

Y por floridas sendas de esperanza
A campos le guió donde supera
A todo anhelo eterna bienandanza;
Y es sombra muda lo que gloria fuera.

Bienhechora Virtud, Fe indeficiente!
Agrega esta victoria a tus anales:
A la oprobiada cruz más alta frente
Nunca inclinarse vieron los mortales.

Haz que al fúnebre lecho ultraje indigno
No llegue: el Dios que aflige y que consuela,
Que postra y alza, descendió benigno
Y acogió el alma, y en la tumba vela.

IL CINQUE MAGGIO

(SEGUNDA TRADUCCIÓN)

Ha muerto!—Así como inmóviles
Después del suspiro último,
De alma tan grande privados
Quedaron sus restos mudos,
Así espantada la tierra
Calla al imprevisto anuncio.

El fin contemplando absorta
Del hombre predestinado;
Sin saber cuándo los tiempos
Vuelvan a traer pie humano
Que su haz ensangrentada
Marque con tan hondo rastro.

En el solio, fulgurante,
Viole impasible mi Numen;
Ve cómo en vaivén continuo
Cae, y resurge, y se hunde.
Y al estruendo de mil voces
Y mil, su voz no concurre

Puro de servil lisonja
Como de cobarde ofensa,
Hoy, viendo súbito el astro
Desaparecer, despierta
Y en la tumba un canto exhala
Que acaso morir no deba.

El del Alpe a las Pirámides,
Del Manzanares al Reno,
Tras el relámpago el rayo
Siempre guardaba certero;
Fulminó de Scila al Tanais,
Desde un mar al mar opuesto.

Fue eso gloria verdadera?
La posteridad decídalo:
Acá la frente nosotros
Humillemos al Altísimo
Que de potencia creadora
Muestra tan larga dar quiso.

El borrascoso, azorado,
Goce de estupenda empresa,
Ansias de un pecho que indócil
Sirve, soñando grandezas,
Y allá va, y su premio alcanza
Que esperarlo era demencia:

Todo él lo probó: la gloria
Que con los peligros crece;
La huída y el triunfo, alcázar
Regio, y desolado albergue:
Una vez y otra en el polvo,
Y sobre el altar dos veces.

El dio su nombre; y dos siglos
Que a muerte armados se retan,
No sin misterio a él se vuelven
Como de final sentencia
Pendientes: silencio manda
Y árbitro en medio se asienta.

Vase, y un vivir ya inútil
En linde estrecho sepulta,
Blanco allí de envidia inmensa
Y de lástima profunda,
Y de odios que no se extinguen,
Y de amor que no se muda.

Cual sobre el náufrago el onda
Revuelta y pesada cae,
Onda desde cuya cima
Dilata, momentos hace,
Una mirada angustiosa
Hacia playas, ay! distantes;

Así abruman los recuerdos
Aquella alma infortunada!
Cuántas veces a los siglos
Trazar él su historia ensaya!
Y ah! la mano desfallece
Sobre las eternas páginas.

Cuántas veces, al callado
Caer de un sol inglorioso,
Los brazos cruzando, en tierra
Clavó los fulmíneos ojos,
Memorias de antiguos días
Asaltándole de pronto!

Y ve allá las tiendas móviles,
Los forzados parapetos,
Y el tropel de los caballos,
Y el brillar de los aceros,
Y aquel mandar apremiante
Y aquel pronto acatamiento.

Ay! bajo tan gran desastre
Quizá el ánimo doliente
Desesperó.... Mas piadosa
Mano del cielo desciende
Que ase de él, y le traslada
A más respirable ambiente;

Y guíale por las sendas
Floridas de la esperanza
A eternos campos, a un premio
A donde anhelos no alcanzan,
Donde lo que aquí fue gloria
Es silencio, y sombra, y nada.

Fe inmortal! Virtud excelsa
Avezada a triunfos! goza
Esto agregando a tus fastos:
Que no se ha visto en la historia
Cerviz más fiera inclinarse
Ante el deshonor del Gólgota!

De estos restos fatigados
Toda hostil palabra aléja:
El Dios que aflige y conforta,
El Dios que castiga y premia,
Sobre el túmulo desierto
Misericordioso vela.

———

EPICEDIUM

IN NAPOLEONEM IMPERATOREM

At mortalis erat! decessit spiritus ingens,
Littore deserto corpus inane jacet.
Attonitas rumor gentes pervadit, et ipso
Exanimo similes obstupuere viro,
Et tacite extremam perpendunt illius horam,
Cui dederant signum ferrea fata suum,
Incertae an veniat sæclis volventibus alter
Pulveream tali qui pede calcet humum.
Vidimus innixum solio radiisque superbum:
En cadit, en surgit, rursus et inde ruit.
Diverso interea populi clamore fremebant;
Nostraque testis erat nescia Musa loqui;
Nam, neque victorem servili extollere plausu,
Nec victum decuit voce minante sequi.
Nunc subito extinti surgens herois ad urnam
Carmina prima canam, forte vetanda mori!
Ille, ad Pyramidas terras emensus ab Alpe,
Scyllaes ad Tanain vectus ab usque sinu,
Quaque fluentisono decurrit limite Rhenus,
Hesperiique simul qua fluit unda Tagi,
Perque fremens urbes, geminique per aequora ponti,
Addidit accensis fulmina prompta minis.
Tantane, adepta sibi, dicenda est gloria vere?
Ardua venturis res dirimenda cadet;
Tale semel nobis divina potentia monstrum
Dum profert, pavidos procubuisse sat est.
Illi animus magno rerum molimine laetus.
Imperiique rapax, imperiique tenax;
Illi quae solum dementia fingere posset
Praemia, sub valida vera reperta manu.
Martem ille ambiguum bellique expertus honores
Queis decus adjiciunt spreta pericla novum,
Regalesque inter pompas tumidusque triumphis
Actus abire fuga est, exiliumque pati.
Omnes ille vices, casus tentavit et omnes,
Bis calcatur humi, bis tonat ecce Deus!
Saecula certabant duo: vix sese ille professus,
Nominis ad sonitum vertit utrumque caout.
Fatale expectant verbum: ille silentia mandat
Arbiter, et medius numinis instar adest.

Mox procul a terris tacito committitur aevo,
  Atque arctum in gyrum tristia fata subit.
Huc odia, huc pietas absentem quaerere certant,
  Invidia insequitur, fidus obumbrat amor.
Ac veluti e saevae cum vertice naufragus undae
  Littora adesse videt, non adeunda tamen,
Ipsi qui extulerant, fluctus se murmure volvunt,
  Et vasto premitur monte ruentis aquae;
Sic rerum plenos exul reminiscitur annos,
  Fluctibus et vitae mergitur ipse suae.
Ah, quoties veteris voluit monimenta laboris
  Tradere, dum sineret res memorare dolor!
Ah, quoties, quae aeterna foret, si scripta fuisset,
  Pagina deserta est deficiente manu!
Condere cum solem lentas spectaret in undas
  Quemlibet e multis, tempus inane, diem,
Brachia connectus stetit, ignea lumina fixus,
  Praeteriti raptim tum subiere dies;
Atque vaga immensis meminit tentoria campis,
  Atque equitum turmas praecipitemque fugam;
Fulguraque armorum, crebro fracta impete castra;
  Nutu signa dari, cunctaque jussa sequi.
Aspice inexpleto miserum nutare tumultu!
  Infirmæ vires, spe fugiente, cadunt.
Ecce benigna manus caelo descendit, et aufert
  Immemorem, atque aura dat meliore frui;
Perque iter aerium ducit, per florea rura,
  Ad quos antevolans spes docet ire locos:
Hic major votis merces; dum maxima mundi
  Sublata ex oculis, pulvis et umbra, latent.
Alma Fides, felix, magnis assueta tropaeis,
  Laetare, et fastis hoc quoque necte tuis;
Namque illo nullus per saecula major in armis
  Subdidit indecori pectus inerme Cruci.
Ossibus et cineri faveas tellure recepto,
  Fac procul exstincto sint mala verba rogo.
Fulmine qui terret, stratos qui suscitat idem
  Et pater et custos, sola sepulcra tegit.

———

EIUSDEM CARMINIS TRANSTLATIO ALTERA

IN A. D. III NON. MAI.

Ergo praeteriit! Sicut et immemor
Orbus tanta anima truncus iners iacet,
Rumorem accipiens attonita obstupet
Vasto Terra silentio;

Fatalisque hominis pertacitum ultimam
Horam commemorat, nec scit an exeat
Unquam qui parili calce terat suum
Mixtum sanguine pulverem.

Frustra illum solio fulgere viderat,
Nil noster Genius; cedere, surgere
Alternis vicibus,—milleque vocibus
Vocem iungere noluit.

At nunc, indecorae laudis, et improbae
Purus saevitiae, tale videns iubar
Submergi, excutitur, carmen et elicit
Dignum forsitan haud mori.

Ille ad Pyramidas ibat ab Alpibus,
Aut Rheno ignipotens inminet aut Tago;
In Scyllam, in Tanaim, per geminum mare
Plenus fulminibus tonat.

Quid certe emeritus? Solvite, posteri,
Causam difficilem. Nos capita ad Patrem
Curvemus, voluit promere qui suae
Signum tale potentiae.

Magni propositi turbida gaudia,
Ferventis trepidos cordis anhelitus,
Dum regnum insequitur praemiaque arripit
Ad quae tendere erat furor,

Cuncta illi propria haec: praeque periculo
Laurus nobilior, gloriaque et fuga,
Aula atque exilium: pulvere bis iacet,
Aris bis deus insidet.

Nomen prodiderat: cum duo saecula
Certarent, se ad eum vertere, fataque
Expectare simul; rite silentio
Facto, interfuit arbiter.

Ingrato sterilis margine clauditur;
Ingens Invidia et par Miseratio
Certatim huc subeunt, insatiabiles
Huc Irae indomitusque Amor.

Ac multis ut aquis fluctus agens premit
Quem nuper tenuit vertice in arduo
Suspensum, unde miser naufragus hospita
Frustra littora cerneret,

Sic mens obruitur, plurima cogitans!
O! sese quoties tradere posteris
Scripturus voluit, fessaque, paginis
Vix coeptis, cecidit manus.

O! solem quoties occiduum videns,
Fixis fulmineis luminibus solo,
Innexisque super pectore bracchiis,
Luxit praeteritos dies.

Occurrunt iterum vela fluentia,
Armis rupti aditi, fulguraque agminum
Effusa unda equitum; concita vix ducis,
Parendi ocior impetus.

Eheu! quantus adest moeror! ut illius
Vires deficiunt, spes fugit ultima!—
Caelo dextra potens devenit, et pia
Purum tollit in äera;

In sacrum inde nemus florida semita
Ducit, Spes comitat, vota ubi praeterit
Merces, atque hominum gloria disperit
Umbris mersa silentibus.

Alma, integra Fides, semper honoribus
Victrix aucta novis, hunc quoque vindica!
Frons humana prius nulla superbior
Tristi est subdita Golgothae.

Aspro tu cineres exime verbere
Defessos nimium. Qui premit et levat,
Afflictosque Parens ipse resuscitat,
Desertum ad tumulum sedet.

NOTAS

El 5 de mayo de 1821 murió Napoleón en Santa Elena. Manzoni (n. Milán 1784, 1873), aunque autor ya de los *Inni Sacri* (1810) y de su primera tragedia romántica *Il Conte di Carmagnola* (1820), vivía por aquel tiempo casi desconocido en Italia, dice Tommaseo, cuando esta oda vino a hacer saber a la nación, como cosa nueva, que tenía un poeta. Hallábase el poeta, cuando recibió la noticia de aquel acontecimiento, en el jardín de su quinta de Brusuglio (17 de mayo). Profundamente impresionado meditó, escribió el día 18, retocó lo escrito el 19, y no volvió a poner mano en ello. En carta a César Cantú decía: «Después de tres días, por decirlo así, *di convulsione*, en que he compuesto esta *corbellería*,» etc. Por una parte el poeta inspirado sintió que aquello que escribía podría ser digno de la inmortalidad, y así lo expresó (v. 324) como tantos otros antiguos poetas de su nación. *Exegi monumentum* (Horat. Carm. 3. 30), pero templando el grito de su conciencia orgullosa con un cristiano y modesto *forse* (*tal vez*); por otra parte, consecuente con esta modestia, propia de su carácter, no se cuidó de sacar a relucir su poesía; de tal modo que *Il Cinque Maggio*, esta oda mil veces publicada en su original y en múltiples traducciones, no vino a ser dada a luz por medio de la imprenta sino en junio de 1822, y no en la patria del autor, sino en Lugano, por el profesor Pietro Soletti di Oderzo, *Erifanto Eritrense*, que habiéndola traducido detestablemente en exámetros latinos, la dio a la estampa, no empero sin la venia del autor, en edición tan incorrecta que en la portada misma aun el nombre académico del traductor *Eritrense* aparece trocado en *Cretense*, y el de pila del poeta *Alessandro* en *Alessadro: Il giorno quinto di maggio voltato in exametri latini da Erifante Critense* (*Eritrense*) *con lettera al traductore di Alessadro* (*Alessandro*) *Manzoni.—Lugano, presso Francesco Veladini o Comp.* (1822). La oda inmortal apareció así, en edición raquítica y plagada de erratas, y *amparada* por una traducción latina pésima. La primera edición del autor mismo es del año 45 en la colección: *Opere varie di Alessandro Manzoni, edizione riveduta dall' autore.—Milano: dalla tipografía di Giuseppe Redaelli, 1845*. La segunda edición autorizada por Manzoni es del año 1870: *Opere varie* (ut supra)—*Milano. Stabilimento Redaelli dei Fratelli Rechiedei. 1870*. Esta segunda edición del autor aparece cincuenta años después

de escritas aquellas nueve (o si se quiere diez y ocho aladas estrofas), 792 sílabas, que pueden escribirse poco más o menos en diez minutos interpretadas ya en todas las lenguas europeas. Venga Herbert Spencer u otro eminente sociólogo a explicar ese fenómeno.

Medite Carducci.

Los números se refieren a los versos del texto italiano.

1. *Ei fu.* Ricci traduce «Iam fuit.» «Iam» debilita la expresión, y paréceme que «fuit» no puede emplearse de un modo absoluto, sin un nominativo que sea al mismo tiempo predicado, como en «fuimus Troes, fuit Ilion»: «Troes,» «Ilion» son títulos gloriosos que indican la importancia y grandeza de las cosas que desaparecen. «Iam fuit» y aun «ille fuit» nada expresa. No sé hasta qué punto sea propio en italiano el imperfecto latinismo «ei fu.» Más natural me parece, por el contexto, el «io fui» de Leopardi, *Le Ricordanze.*

No pudiendo decirse en latín «fuit,» preciso es verter esta expresión por formas equivalentes; por ejemplo:

Vixit et excedit: diffugit spiritus ingens....
At mortalis erat: decessit....

(«decessit» mejor que «diffugit,» pero inasociable, en la línea anterior, a «excedit»).

Ille adeo cecidit....

(«adeo,» en el sentido afirmativo con que lo usa Virgilio, especialmente después de «jamque,» «mine» o de un pronombre personal: «sí, él ha muerto?).

Ille jacet certe....

(«Troja jacet certe,» Ovid. Her. 1.3, «jacet ecce Tibullus, am. 3.9.—39).

Hunc quoque mors tetigit....
Cursum ille explevit....

(Creo que esta es la forma que mejor expresa el pensamiento original, porque «ei fu» significa propiamente «cumplió su misión,» «completó su carrera.» La forma íntegra es la que empleó Virgilio en aquellas palabras de Dido moribunda: «Vixi et quem dederat cursum fortuna, peregi.» Sólo que pudieran tacharse dos sinalefas juntas al principio del primer verso).

En quo pervenit....

Adopté la forma que ha visto el lector en la versión latina, y en castellano la expresión «no existe» «¡Pasó!» (Rubí) es expresivo, pero da la idea de una figura que desfila y desaparece, de un meteoro que se oculta, y no cuadra, por esto, con la imagen de los despojos mortales, que viene luégo.

Por lo demás, el arranque de esta oda es una reminiscencia evidente del comienzo del *Himno a la Resurrección* publicado por el poeta, con los demás *inni sacri*, seis años antes (1815):

E risorto.

1. *Siccomme.* La comparación parece algo forzada, e intempestiva en la primera línea esta forma retórica, que corresponde a un acto reflexivo incompatible con la misma emoción de sorpresa y asombro de que el poeta supone poseído el mundo. En la versión castellana me ceñí al original; en latín llevé la comparación al verso 4, atenuándola por medio del adjetivo «similes.»

2. *mortal sospiro*). En algunas ediciones leo *respiro.* Dícese «mortal» de lo que causa la muerte, y también de lo que la anuncia, como «semblante mortal»; no obstante, la expresión «mortal suspiro» parece impropia, e implica a lo menos cierta confusión de ideas: cuando se exhala el *último* aliento *vital*, sobreviene la muerte. Fernández Andrada, en la célebre *Epístola moral*, dijo con tanta corrección como elegancia:

Como los ríos en veloz corrida
Se llevan a la mar, tal soy llevado
Al *último suspiro* de mi vida.

5. *percossa, attonita*). Parece como si Manzoni hubiese tenido presente aquel pasaje de Ovidio:

Sic cum manus impia saevit
Sanguine Caesareo romanum extinguere nomen,
Attonitum tanto subitae terrore ruinae
Humanum genus est, totusque perhorruit orbis.

Ovid. Met. 1.200

Probablemente es una involuntaria coincidencia.

8. *uom fatale.* «El hombre predestinado.» «Tomada en buena parte esta expresión, recuerda el "fatale Aeneam," y es más latina que italiana.» Nic. Tommasi.—«Fatal,» en castellano, disonaría: me ha parecido mejor resucitar el término «hadado,» que da la idea de un guerrero de encan-

tadas armas o revestido de poder preternatural. Hartzenbusch, en su segunda traducción, escribe, y no mal, «el hombre del destino.» En la versión latina escribí primero, siguiendo las pisadas de Ricci:

> Et longum tacitis supremam mentibus horam
> *Fatalis* repetunt magnaque facta ducis.

Ricci:

> Sic perculsa stetit tellus rumore, siletque
> Fatalis reputans fata suprema ducis.

9. *Né sa*.... «No falta quien tache de impropia la expresión. Vale: "Né sa quando un piede mortale verrá a stampare un'orma simile sulla sua polvere cruenta." Nótese que una es la propiedad de la prosa y otra la de la lírica. Ni las grandes obras de arte se han de juzgar en rigor matemático.» Puccianti.

En el final de la primera estrofa y primeros versos de la segunda («percossa.... muta.... pensando.... ne sa») la tierra es el conjunto de las naciones, y está personificada como un sér moral que se asombra, enmudece y medita. El «sua polvere» del v. 11 presenta a la tierra bajo un aspecto material, y daña al efecto de la personificación. En latín resulta más patente la impropiedad del posesivo. Ricci traduce:

> Nescia mortalis pes an vestigia rursus
> Tanta *suo* figet pulvere sanguineo.

Adviértese además aquí que «nescit an,» pide subjuntivo, y que «suo,» fuéra del inconveniente intrínseco indicado, tiene el de que gramaticalmente debiera referirse al nominativo *pes*, que es el sujeto de la oración en que el posesivo está encajado.

Nótese cuánto disuena el posesivo en la versión de Pesado:

> Muda pensando en la última
> Hora del hombre fiero,
> Ni sabe cuándo intrépido
> Otro mortal guerrero
> Como él *su polvo fúnebre*
> Sangriento pisará.

Con más propiedad y fuerza tradujo Hartzenbusch, desechando el posesivo:

> Piensa en las horas últimas
> Del adalid, y calla
> Dudando si en *el hórrido*
> *Polvo de la batalla*
> Otro varón tan ínclito
> La huella estampe ya.

En su segunda versión, Hartzenbusch trató de reproducir con más fidelidad «l'uom fatale» y «orma di pié mortale,» pero con mal éxito en el conjunto, y sobre todo en el final de la estrofa:

La hora contemplan última
Del hombre del destino
Y dudan que *en el cárdeno*
Polvo de su camino
Pie de mortal imprímase
Que le semeje ya.

Aquí el posesivo no disuena, porque no se refiere a la tierra sino a «el hombre del destino,» sujeto sustancial o idea dominante del período; pero resulta otra impropiedad, pues no se trata de que otro guerrero o conquistador pueda dejar igual huella en *igual* campo, sino en la ensangrentada haz de la tierra. *Hórrido*, *fúnebre*, *cárdeno* (García de Quevedo y Hartzenbusch, 2ª) no satisfacen en lugar de «cruento,» que es el epíteto propio. ¡Fuerza del esdrújulo!....

10. *Orma de pié mortale*). La imagen sería más propia si se tratase de un héroe o gigante fabuloso como Hércules. El inevitable recuerdo de la pequeña estatura de Napoleón se interpone en la imaginación y hace desear que el pensamiento que en sí mismo es verdadero se hubiese expresado en forma más inmaterial, o que se aludiese a los efectos, aunque materiales, del gran poder del caudillo, no precisamente a la huella de su pie.

Con efecto:

Si del corso estremecieron
Las *miradas* fulminantes
A los pueblos que le vieron,
Fue porque *hombros de gigantes*
Sustentábanle los *pies*.

HARTZENBUSCH, *El dos de Mayo*.

«Pie mortale,» por otra parte, está *nimium vicinus* del «mortal sospiro»y «grabar» se repite en sentido moral en el v. 36. Bien habría hecho el poeta en mudar el primer «mortale» y la primera «orma» si este cambio no hubiese exigido alguna otra alteración inconveniente.

15. *vece assidua*. Esto es, «pervicende continue,» o sea, en riguroso turno de peripecias. *Assidua* me parece aquí un término impropio: «alla idea d'assidua quella di vece repugna dice Nic. Tommasi.

23. *urna*). Este término sugiere la idea de la cremación pagana, y pugna con «la spoglia immemore,» v. 3, con «la deserta coltrice,» v. 107, y con la verdad de los hechos. Tommasi lo refiere a la escuela de Fóscolo:

All'ombra de' cipressi e dentro l'urne....

25. Estas expresiones «dall'Alpe alle Piramide,» «dal Manzanarre al Reno,» «da Scilla al Tanai,» traducidas, así escuetas, al latín («Alpe ad Pyramidas,» «a Scylla ad Tanain,» Ricci) producen mal efecto. Requieren alguna, aunque sobria, exornación. El Manzanares no es mencionable en verso latino. Ricci traduce «hispanuo ab flumine,» como si no hubiese más que un río español. Como se trata de aludir a las guerras de España, y no siendo posible seguir fielmente el texto, me pareció bien, en la versión latina, mencionar el histórico Tajo, como ya lo hizo Hartzenbusch en su primera versión castellana, y luégo Pesado. Hartzenbusch, en la segunda versión, sustituye el «Guadarrama.»

En la versión española omití a Scilla. Pude reproducir toda la geografía del texto diciendo:

Del Alpe a las Pirámides, del seno
De Scila al Tanais, y del Rin a Henares ...

Pero esta condensación sería algo violenta y dañaría al efecto que trata de reproducirse, amén de la cacofonía *Rin a Hen....*

27, 28. *Di quel sicuro il fulmine Tenea dietro il baleno*). Hartzenbusch traduce: primero

El rayo que el relámpago
Lanzaba aquel guerrero;

Y aun mejora el texto, porque *Tenea dietro* es expresión débil. La tempestad anuncia el poder de Dios: «Qui faci angelos tuos spiritus, et ministros tuos ignem urentem» (Paslm, 103); «Caelo tonatem credidimus Jovem regnare» (Horat. Carm. 3. 5). La guerra es una tempestad, y los conquistadores imágenes en la tierra de un Dios vengador.

—praesens divus habebitur
Augustus, adjectis Britannis
Imperio, gravibusque Persis

Horat., íb.

—Caesar dum magnus ad altum
Fulminat Euphratem bello.

Virg. C. 4. 560.

Napoleón fue un «Tonante terrestre,» tal es en el fondo la idea. Parece que el poeta hubiese querido decir que la luz del relámpago (fogonazos) iba delante del gran guerrero, anunciando a distancia el destrozo que causaba con sus rayos (asaltos y batallas). Como el uso de la artillería ha hecho más exacta la comparación de la tempestad con la guerra, pudo el poeta decir que el trueno anunciaba el rayo, o sea que las detonaciones lejanas eran el eco pavoroso de sus triunfos. Pero la idea más adecuada para pintar el po-

der terrífico de un triunfador que avanza es la de la simultaneidad del empuje, el fragor y el destrozo: *Veni, vidi, vici.*

No hay ardor que resista
Al ímpetu y ardor del león de España,
Que vino, vio y venció. Y el agareno
Probó, de susto lleno,
A un tiempo amago y golpe de su saña.
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y *todo junto*,
Arder cielo y encina a un mismo punto.

Luzan, *Canción a la conquista de Orán.*

Vibratus ab aethere fulgor
Cum sonitu venit, et ruere omnia visa repente

Virg., *A*. 8, 525.

Rubí traduce elegantemente:

El rayo del coloso
Del relámpago en pos siempre estallando
Con eco pavoroso.

Pesado:

En alas del relámpago
Lanzó su diestra el trueno.

Forma feliz si la rima le hubiese permitido cambiar *trueno* por *rayo*, verbigracia:

En alas del relámpago
Lanzaba el rayo horrendo

Hartzenbusch en su segunda versión dañó, en este lugar como en otros, la primera:

Lanzó tras el relampago
El la *celeste llama.*

García de Quevedo destruye la imagen convirtiendo el tonante guerrero en gigante de libros de caballería, y destruye en seguida esta nueva grotesca imagen con la idea abstracta:

Al són de su estentórea
Voz se humilló el destino

Se humilló.... *el enano* (de algún castillo) es lo que naturalmente ocurre, y así los dos versos podrían incorporarse en el cuento de Meñiquín.

In quel modo che fulmine o bombarda
Co'l lampeggiar tuona in un punto e scoppia,
Movere ed arrivar, ferir lo stuolo,
Aprirlo e penetrar fu un punto solo.

Tasso, *Ger. Conq.* 15. 55.

29-30. Ovidio hablando de la fortuna:

Quaque ruit, furibunda ruit, totumque per orbem
Fulminat, et caecis caeca triunphat equis

Consd. Liv. 73.

30. Reproducción de un verso del himno *Pentecostés:*

Che le tue tende spieghi
Da l'uno a l'altro mar;

Donde el poeta a su vez tradujo (y lo cita al pie) aquel pasaje de los salmos 71, 8: «Et dominabitur a mari usque ad mare.»

31. 36. «¿Fue aquello verdadera gloria? Decídalo la posteridad. A nosotros, asombrados testigos, tócanos sólo adorar al Altísimo Hacedor, que quiso dar al mundo con este hombre fenomenal una muestra de su omnipotencia.» Reproduce el sentimiento de las primeras estrofas.

Virgilio, hablando del malogrado joven Marcelo, dijo, en rasgo célebre:

Ostendent terris hunc tantum
fata, neque ultra esse sinent.

Aen. 6, 869.

Esto es: «Los hechos le mostrarán apenas al mundo, sin permitir que brille en todo su esplendor.»

Dios mostrólo un día
Al mundo, y luégo lo volvió a ocultar,

J. E. Caro, *Epitafio de M. Tobar.*

El pensamiento es uno, en cuanto se reconoce que Dios es el autor de toda grandeza o poder, doquiera que éste se localice o particularice ocasionalmente; pero en su aplicación la diferencia raya en antítesis. Virgilio: «Los Hados le mostraron al mundo y no quisieron que brillase más»; como si se indicase un sentimiento de envidia de los Hados, o de temor de que aquel embrión hubiese de crecer demasiado. Manzoni, por el contrario, da a entender como si el Poder Divino hubiese hecho un esfuerzo especial para crear aquel hombre y demostrar en él toda su fuerza creadora.

Sin duda es más poético en este lugar Virgilio: el futuro contigente, cubierto por súbita sombra vale más que el mayor esfuerzo realizado: lo ideal más que lo real.

32. *nui*.... De muchos modos diversos he escrito el dístico latino correspondiente a este pasaje sin quedar nunca del todo satistecho. Sería versión más fiel en los términos, aunque no preferible a la adaptada en el texto latino, esta:

Ast tali fulget dum rerum Maximus Auctor
Prodigio, in vultus nos cecidisse decet.

Ricci traduce:

Ardua postgenitis tantarum arbitria rerum;
Nos decet ante Deum tangere fronte solum.
Namque impressa animis hunc sumus signa Creator
Virtutis voluit maxima ferre suae.

Hunc, *signa*, *maxima*, dislocados producen una construcción violenta y confusa.

El plural «arbitria rerum» no reproduce la cuestión concreta «fu vera gloria?» «Ante Deum,» «tangere fronte solum,» «ferre signa impressa animis,» no satisfacen como frase latina. *Tangere fronte solum* da de sí una idea material como *fronte ferit terram*, Virg. Aen 10, 349, y no la moral de religioso temor, expresada por Manzoni en «Chiniam la fronte.» Por lo demás, si en las lenguas modernas *uno* inclina la frente, y *muchos* inclinan también «la frente,» en latín no puede decirse que muchos tengan *caput*, *pectus* sino *capita*, *pectora*, etc.

34. *In lui*. Dios quiso dar una muestra extraordinaria de su poder reflejándolo gratis en un hombre, en una criatura suya, que lo mismo pudo llamarse Napoleón que Alejandro o Gengis-Khan. El poder del hombre es prestado. El pronombre personal *lui* no responde con precisión al sentimiento cristiano que el autor ha expresado, por lo demás, con claridad y fuerza.

Pesado traduce «su criatura»; Hartzenbusch «el hombre,» refiriéndose así a la especie humana representada ocasionalmente por un individuo; primera versión:

Si esta fue gloria dígalo
Futura edad; la nuéstra
Humíllese al Altísimo,
Porque tan larga muestra
De su creador espíritu
Quiso en el hombre dar.

Segunda (del mismo Hartzenbusch):

Si esto fue gloria, júzguelo
Futura edad: la nuéstra
Humíllese al Altísimo
Que dilatada muestra
De su potente espíritu
Quiso en el hombre dar.

La modificación, aquí como en otros lugares, desgraciada. «Larga muestra» y «creador espíritu» son indudablemente preferibles a «dilatada muestra» y «potente espíritu.»

36. Véase la nota al v. 10.

37. 48. La traducción de estas dos estrofas por Hartzenbusch me parece admirable, inmejorable:

El zozobroso júbilo
Que un gran designio cría,
Los indomables ímpetus
De quien reinar ansía
Y obtiene lo que fuérale
Vedado imaginar.

Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria;
Y proscripción y alcázares.
La fuga y la victoria.
Se vio dos veces ídolo
Y dos rodó su altar.

Al refundir esta traducción Hartzenbusch no tocó de esta estrofa sino el último verso, para dañarlo:

Dos pereció su altar.

Con el verbo «perecer» pálido, amén de impropio en la ocasión, borró la imagen de derrumbamiento que el verbo «rodar» despierta como equivalente sustancial de «nella polvere.»

El único cambio que yo habría propuesto sería el de «obtiene» por «alcanza,» porque este verbo expresa mayor esfuerzo que el otro, y con él se evitaría además la repetición *obtiene*, *tuvo*.

43. *Tutto ei provó.* «Y por todo pasó,» traduce Rubí en frase del mejor sabor castellano, aun cuando el Diccionario no registre este modismo.

46. *La reggia e il triste esiglio.*

Cum subito in medio rerum certamine praeceps
Corruit e patria pulsus in exilium.

VIRG. CAT. 12. 7.

55. 60.

E sparve e i di nell ozio
Chiuse in si breve sponda,
Segno d'immensa invidia
E di pietá profonda,
D'inestinguibil odio
E d'indomato amor.

Ozio, *invidia*, *odio* ital.; *ocio*, *envidia*, *odio*, cast., son en una y otra lengua palabras llanas en medio de verso. Contráense además en una sílaba, en italiano, también en medio de verso, otras combinaciones de vocales que hoy en castellano siempre se disuelven, como *abbia*, *dicea*. Mayor razón pues debía haber en italiano que en castellano para considerar graves o llanas a fin de verso tales vocablos, como *ozio*, *invidia*, *odio*.

Diríase que en un período rítmico el sitio influye en la prolación de las vocales concurrentes, premiosas en medio

de verso (diptongo), holgadas al fin (hiato). La observación es exacta, bien que esta holgura o apertura de sonidos nunca sea igual en las lenguas romances a la que produce la interposición de una consonante: *indio* será siempre distinto de *índico*. Pero dejando aparte esta objeción y concediendo que al final de verso las vocales seguidas se disuelven, natural sería que siempre se disolviesen allí; que *indio* valiese siempre tres sílabas en este sitio, y fuese en él, por lo mismo, esdrújulo. Nosotros tomamos *indio* siempre y en todo lugar como voz llana, distinta; los italianos emplean voces tales a fin de verso como esdrújulas o como llanas, según les conviene para satisfacer las exigencias métricas; esdrújulas como en la estrofa que da materia a esta nota; graves como en esta otra (43—46); en la que, combinados con los mismos falsos esdrújulos, aparece de bulto la inconsecuencia:

Tutto ei provó: la *gloria*
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la *vittoria*
La reggia e il tristo esiglio....

Gloria y *vittoria* llanos, *periglio* y *esiglio*, entremezclados ahí mismo, esdrújulos. ¿Porqué tal diferencia? ¿Acaso el lector la establece en la elocución? ¿Acaso la percibe el oído? Nó, ciertamente.

Aun más patente se advierte la inconsecuencia en la métrica latinizada de Carducci, verbigracia, en sus estrofas alcaicas, que en los dos primeros versos con finales esdrújulos remedan los dáctilos, y el tercero y cuarto se acomodan, con voces llanas, o hablando con más propiedad, a finales que tienen la penúltima sílaba precisamente larga. Y comoquiera que en latín *tibia*, verbigracia, es trisílabo, breve la penúltima, nada objetaremos, desde el punto de vista del remedo métrico, en una estrofa como esta:

Dal rosso Adamo crebbe a l'*esilio*
Il lavorante primo: *soverchio*
Gli parve nel mondo un fratello:
Truce rise su'l percoso Abele

La Guerra.

Pero aceptada esa regla, cómo admitir como espondaico lo que antes fue dactílico en la misma oda, por ejemplo, en el tercer verso de la estrofa:

De l'unico Allah *solitario*

O en el cuarto:

Fervere sentendo la *bataglia*?

Más lógica, más rigurosa es nuestra métrica en esta parte, y de aquí resulta una nueva dificultad para los que

intenten traducir en igual medida estrofas italianas que tengan ciertos finales esdrújulos. En sus versiones de esta oda, acogiéndose a insólita licencia, García de Quevedo empleó como esdrújulos *solio*, *encomio*, *premio*, etc., y Pesado *solo*, *asiduo*. Hartzenbusch, más severo, sólo introdujo como tales las voces *Tanais* y *héroe*, que por la colocación de las vocales se aproximan más a aquella acentuación que otras palabras, tales como las citadas, *ocio*, *envidia*, en que la vocal débil precede a la llena.

Esterlrich dice a este propósito:

«Por más que mi entusiasmo sea extraordinario en lo que se refiere a la moderna poesía lírica italiana, aun mayor es el entusiasmo que profeso a la lengua castellana, y no quisiera jamás verla torturada con las galas exóticas *de esdrújulos que no lo son ni lo han sido nunca, sino verdaderas palabras llanas terminadas en diptongo*, o verbos atiborrados de postfijos,» etc. (*Antología* p. 401).

56. *In si breve sponda.*

> Invidia me spatio natura coercuit acto.
>
> Ov. T. 2. 531.

66. *Invan.* Este adverbio modifica a *scorrea* y no a *remote*, y por lo mismo está mal colocado.

67. 72. La primera versión de Hartzenbusch es tan feliz cuanto cabe:

> Tal su memoria al héroe
> Le hundía en un abismo:
> Mil veces ay! propúsose
> Trazar su historia él mismo,
> Y mil su mano lánguida
> Cayó sobre el papel.

Estrofa que el traductor refundió en mal hora así:

> Así abrumaba al héroe
> Tanto recuerdo amargo:
> «El de historiarse impúsose
> *Mil veces el encargo*
> *Y mil cayóle inválida*
> *La mano en el papel.*

Apenas se concibe tánto error en el corregir. ¿A qué variar las frases naturales, propias y elegantemente rimadas?

> Le hundía en un abismo....
> Trazar su historia él mismo ...

Para sustituír la segunda con una construcción tan revesada como prosaica. *Lánguida* (mano) expresa bien el desfallecimiento de ánimo, la falta de voluntad que se ob–

serva en los movimientos exteriores: el adjetivo *inválido* denota en castellano un estado crónico en lo físico, y ni en este caso se aplica a los miembros inutilizados sino a las personas baldadas, especialmente a los soldados. Ni se puede decir que *le cae* a uno *la mano* como le cae un borrón en el papel, como le cae el pelo por la frente, o le cae la capa, etc., y menos que le *cayó la mano*.

En latín sí hay *artus invalidi*, como se verá en un ejemplo de Ovidio, pero aun así no sería aplicable al caso la expresión *manus invalida*.

69-72. Ricci:

> Narrare o quoties sese est aggresus in aevum!
> Tantaque narrantis lassa manus cecidit!

Versión casi literal, pero *narrare in aevum* no es *narrar ai posteri*. Qué es *stanca man?* No una mano que se deja caer por sueño o inconciencia:

> Blanda quies victis furtim subrepit ocellís,
> Et cadit a mento languida facta manus.
>
> Ov. *T.*—3. 17.

No articulaciones cansadas de escribir o de otra tarea mecánica:

> Iam satis invalidos calamo lassavimus artus,
> Et manus officium longius aegra negat.
>
> Ov. *H* 21. 245.

Es una mano que se deja caer por acobardamiento: no *inválida*, no *lassa*, sino *aegra* (porque *aeger* suele indicar enfermedad o cansancio que viene del alma, *aegri mortales*, *aeger amans*, Virgilio), o *deficiens* (Tibul).

71. *eterne pagine*). «Páginas destinadas a la inmortalidad,» no precisamente «inmortales» puesto que al cabo no se escribieron. En la versión latina traté de fijar el verdadero sentido. En otras ediciones leo en el texto *dotte pagine*, epíteto bien infeliz por cierto.

74. *giorno inerte*). El epíteto sugiere el forzado reposo del león cautivo. Hartzenbusch traduce: «azaroso,» que es precisamente lo contrario de «inerte.»

77-9. El contraste del melancólico morir de un día ocioso con la imagen de pasados tumultos y batallas, es admirable, y la expresión felicísima. En esta parte creo que mi versión latina reproduce fielmente los conceptos del original. En la parte final de la respectiva estrofa castellana no acerté con la forma que hubiera deseado. El epíteto «celebradas,» a que me incliné seducido por el recuerdo de

cierto noble pasaje de las *Ruinas de Itálica* (citado en la introducción), quizás resulte débil aquí. Con más fidelidad literal, pero sin mejorarlo, podría variarse este lugar de mi versión española así:

—revolvía
En su mente las horas ya pasadas,

Me declaro vencido; *faciant majora potentes.*

79-90. Esta bellísima descripción es en el fondo enteramente exacta, como lo advertirá el lector comparándola con la relación biográfica de Michaud, que traduciremos a modo de comentario.

Ei ripensó.... En su última enfermedad, en momentos de delirio, creía estar en campos de batalla, y llamaba a Stengel, Desaix, Massena .. «Adelante,» gritaba, «a la carga, ya los tenemos!»

Cadde lo spirto anelo ... El desfallecimiento sobrevenía luégo con intervalos de lucidez.

—ma valida.... El 27 de abril, persuadido Napoleón de que se acercaba su fin, dictó algunas disposiciones.

Y desde ese momento no volvió a pensar sino en sus deberes de católico—dice el citado Michaud, uno de los más puntuales biógrafos de Napoleón;—y no permitió que el PadreVignali se alejase de él un solo instante. «Nací (díjole más de una vez) en la religión católica, deseo cumplir con las obligaciones que me impone, y recibir todos los consuelos y auxilios que de ella puedo esperar.» Notando en su médico señales de desaprobación, dícele en tono enérgico: «¿Osaría usted no creer en Dios? Todo proclama su existencia, y las más altas inteligencias han creído en El.» Hubo un momento en que el médico se permitió reír a carcajas y del modo más indecente, de los preparativos ordenados por el Emperador para una ceremonia religiosa; Napoleón le reprendió con dureza y en términos tan fuertes, que Marchand, que los oyó, no se ha atrevido a repetirlos. «El 29 de abril—dice el Conde Montholon—había pasado yo veintinueve noches a la cabecera del Emperador, sin que él hubiese permitido reemplazarme al mismo General Bertrand, mi venerable compañero de cautiverio, en este piadoso y filial servicio, cuando ocurrió que en la noche del 29 al 30 de abril, mostrándose apesarado por mi fatiga, se empeñó en que hiciese venir en mi lugar al abate Vignali. Su insistencia me probó que hablaba bajo el imperio de una preocupación extraña al pensamiento que expresaba. Como él me permitía hablarle como a un padre, me atreví a decirle lo que entendía, y me respondió sin vacilar: *Sí, al sacerdote es al que necesito; cuide usted de que me dejen solo con él,* y *no diga nada.* Obedecí y trájele inme-

diatamente al abate Vignali, a quien advertí el santo ministerio que debía desempeñar.» Después de haberse confesado humildemente aquel Emperador, tan soberbio antes, recibió el viático, la extremaunción, y pasó toda la noche en oración y en actos de piedad, tan conmovedores como sinceros. Al día siguiente, temprano, al llegar el General Montholon, le dijo en tono afectuoso y lleno de satisfacción: «General, me siento dichoso; he cumplido con mis deberes; deséole a usted para la hora de su muerte igual dicha. Vea usted, yo lo necesitaba. Yo soy italiano, «enfant de classe» de Córcega. El tañido de las campanas me conmueve, la vista de un sacerdote me alegra. Yo hacía un misterio de todo esto; debo, quiero dar gracias a Dios. Dudo que sea su voluntad volverme la salud. No importa: dé usted, General, las órdenes del caso, haga colocar un altar en la pieza próxima, que se exponga el Santísimo y se celebren cuarenta horas.» El Conde de Montholon se disponía a salir para poner en ejecución lo ordenado, cuando Napoleón le detuvo diciéndole: «Nó, usted tiene bastantes enemigos; como noble, se le achacará haber dispuesto estas cosas por su cuenta y porque tengo la cabeza débil; quiero yo mismo dar las órdenes del caso.» En consecuencia, retiróse el General a su cuarto, y se echó vestido sobre una cama. Estaba dormido cuando sintió un ruido extraordinario, y vio al General Bertrand que entraba y le decía en tono muy animado: «¿Qué significa esa capilla permanente en la habitación del Emperador, y el abate Vignali oficiando allí?» —«Puede usted preguntárselo al Emperador mismo,» respondió Montholon con calma.—«¿Cómo es eso,» replica Bertrand, «si de usted sólo ha recibido la orden St. Denis?» Fue preciso bajar a la habitación del Emperador, y allí Bertrand, sin respeto ni miramiento, le hizo presente que aquellos actos tendrían resonancia en Europa, y que serían políticamente nada convenientes, como más propios de un religioso que de un veterano, de su Emperador.... A estas palabras, Napoleón incorporándose, exclamó con voz fuerte: «General, yo estoy en mi habitación; usted no tiene que dar órdenes aquí, ni que recibirlas; ¿a qué pues ha venido aquí? ¿Acaso ha visto usted que me mezcle yo en asuntos de su conciencia?» Entonces Bertrand, viéndose obligado a salir, lo hizo de modo poco respetuoso, encogiéndose de hombros, y pronunciando en tono de mal humor algunas palabras, entre las cuales se oyó bien el término *capuchino.* Como el altar había sido derribado, hubo que restablecerlo, y continuaron las ceremonias de orden del Emperador. Tuvo todavía algunos momentos lúcidos, y recordó lo que durante su vida había hecho en favor de la Religión. «Yo concebí el proyecto, dijo, de reunir todas las sectas del Cristianismo, y así lo acordamos con Alejandro en Tilsitt;

pero los reveses sobrevinieron luégo.... Al menos restablecí la Religión, y así presté un servicio de incalculables resultados: ¿qué llegarían a ser los hombres sin la Religión?» Después añadió: «Nada tiene de terrible la muerte; la he tenido por compañera de almohada durante tres semanas, y ya va a apoderarse de mí para siempre. Hubiera deseado volver a ver a mi mujer y a mi hijo; pero que se haga la voluntad de Dios.» El 3 de mayo recibió por segunda vez el viático. Al día siguiente, después de despedirse de sus Generales, pronunció estas palabras: «Quedo en paz con el género humano,» y añadió: «Mon Dieu!» Las palabras *téte*, *armée*, fueron las últimas que salieron de sus labios, lo que indica que en el delirio del momento supremo su imaginación vagaba aún sobre un campo de batalla. El día 5, a las seis de la tarde, expiró. (Michaud, *Biographie de Napoleón*).

79. 84. Hartzenbusch traduce:

Y al par las tiendas bélicas
Y *valles resonantes*
Los brutos ligerísimos,
Y aceros centellantes,
Y aquel mandar despótico
Y el pronto obedecer.

Excelente traducción, excepto la parte de cursiva. «Aquel mandar despótico» me parece superior al original. Parece que el poeta después de poner a la vista un campamento, quiso aludir con rápidos y pintorescos rasgos, a las tres armas: baterías, infantes, jinetes. Hartzenbusch («valles resonantes»), Cañete («heridos valles»), Rubí («el eco atronador de los cañones retumbando en el valle»), incurrieron en un curioso error de interpretación, tomando *vallo* por *valle*, términos tan diferentes como en castellano *valla* y *valle*, y en latín *vallis* y *vallum*. Ricci correctamente: «Frastaque valla armis.»

Hartzenbusch echó a perder aquí su primera traducción en la refundición que hizo luégo, y no enmendó el anotado error de interpretación:

Y vio las tiendas móviles,
Y armas el sol volviendo
Y el galopar belígero
Valles henchir de estruendo,
Las imperiosas órdenes
Y el pronto obedecer.

91-96. Variante para la traducción castellana:

Donde alegre esperanza por florida
Senda conduce a la eternal morada;
Do el premio es cierto, y lo que fue se olvida,
Y gloria que pasó se hunde en la nada.

101. *Al disonor del Gólgota*). Esto es, ante la *Cruz redentora* de que los vanos y soberbios se *avergüenzan*. San Pablo habla de la predicación de la Cruz, escándalo para los judíos, sandez para los gentiles. (Cor. 1, 23). El pensamiento está claro, pero la expresión parece algo rebuscada, y de pronto irreverente, por su forma elíptica.

No sé porqué, refiriéndose a la época en que se publicó *Il Cinque Maggio*, y aludiendo a este pasaje, dice Vapereau en su nota biográfica de Manzoni, que «en *El Cinco de Mayo* la religión, con grande asombro del partido juntamente religioso y realista, reclamaba a Napoleón como suyo.» Manzoni no dice que Napoleón hubiese sido un buen cristiano en vida, sino que murió como cristiano, y que jamás se vio a hombre más poderoso inclinarse humilde ante un Crucifijo: lo cual es pura verdad histórica.

105.—(*Che aterra e suscita*).

Humanaeque memor sortis quae tollit eosdem
Et premit, incertas ipse verere vices.

Ov. T. 3. 11. 67.

INDICE

Págs.

FLOS POETARUM

CATULO

LUCRECIO

TIBULO

Elegías.

PROPERCIO

Págs.

PSEUDO GALO

OVIDIO

HORACIO

VIRGILIO

LUCANO

El "Cinque Maggio."